

**APUNTES Y DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA
DEL
TRADICIONALISMO ESPAÑOL
1939 - 1966**

MANUEL DE SANTA CRUZ

TOMO 22 (I)
1 9 6 0

EXTRACTO DEL INDICE DEL AÑO 1959

La Regencia Nacional Carlista de Estella.

La colaboración con Franco, y sus detractores.

Polémica Pemán - Carrero Blanco.

La Comunión Tradicionalista y la cuestión social y laboral.

Actos Carlistas.

Los Estorilos.

Bibliografía.

MANUEL DE SANTA CRUZ

II RESUMEN DEL AÑO

El primer acto político importante del año 1960, de los que a esta recopilación interesan, es la entrevista de Franco con Don Juan de Borbón y Battemberg, en «Las Cabezas», el día 29-III-1960. No contribuyó precisamente a impulsar la política de colaboración de Don Javier con Franco, sino a reforzarla. En la pasada década digamos de oficial de los hechos, en el campo del tradicionalismo contra Franco arrastraba.

Don Javier, con la restauración del tradicionalismo, propia organización con la restauración del tradicionalismo, vacante desde el cese de Don Juan de Borbón en 1935, en la persona de Don Juan de Borbón y Battemberg.

A pesar de la restauración del tradicionalismo, la propia organización con la restauración del tradicionalismo, vacante desde el cese de Don Juan de Borbón en 1935, en la persona de Don Juan de Borbón y Battemberg. A pesar de la restauración del tradicionalismo, la propia organización con la restauración del tradicionalismo, vacante desde el cese de Don Juan de Borbón en 1935, en la persona de Don Juan de Borbón y Battemberg. A pesar de la restauración del tradicionalismo, la propia organización con la restauración del tradicionalismo, vacante desde el cese de Don Juan de Borbón en 1935, en la persona de Don Juan de Borbón y Battemberg.

La Regencia Nacional Carlos de España sigue avanzando en sus planteamientos iniciales. Los cambios continúan con los sucesos tras el poder interno de la causa de Don Juan. Los epígonos de Carlos VIII se mantienen como paradigma de una minoría inestable al desaliento.

TOMO 22 (I)

1960

Depósito legal: M. 38.408-1960 - I. B. N. 64-1480-035-9 - Obra completa

Gráficas La Torre - edit. S. A. - 28039 Madrid

MANUEL DE SANTA CRUZ

APUNTES Y DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA
DEL

TRADICIONALISMO ESPAÑOL

Este volumen ha sido editado
con la colaboración económica
de la
Fundación «Hernando de Larramendi»

I. S. B. N. 84-404-5543-7

Depósito legal: M. 38.408-1989 - I. S. B. N. 84-7460-035-9 - Obra completa

Gráfica La Torre - Pedro Barreda, 10 - 28039 Madrid

I. RESUMEN DEL AÑO

El primer acto político importante del año 1960, de los que a esta recopilación interesan, es la entrevista de Franco con Don Juan de Borbón y Battenberg, en «Las Cabezas», el día 29-III-1960. No contribuyó precisamente a impulsar la política de colaboración de Don Javier con Franco, que había empezado el año con la pesada digestión del nombramiento a Don Juan Carlos de Borbón y Borbón de oficial de los tres Ejércitos, en diciembre. El resentimiento contra Franco arraigaba en los carlistas.

Don Javier replicó indirectamente robusteciendo su propia organización con la restauración de la tradicional Jefatura Delegada, vacante desde el cese de Don Manuel Fal Conde en 1955, en la persona de Don José María Valiente Soriano.

A pesar de tantas adversidades, la actividad de la Comunión Tradicionalista era notable en varios sectores, además de los actos habituales: encontramos a los carlistas presentes en la consolidación de la Universidad de Navarra, en la guerra de la independencia de Argelia y en la defensa de la España Nacional ante la maniobra de sus enemigos de contraponerla a la nueva Europa unida y ante el resurgir del separatismo vasco. No obstante el tremendo desgaste de la lucha dinástica, se produjeron documentos doctrinales interesantes.

La Regencia Nacional Carlista de Estella sigue estancada en sus planteamientos iniciales. Los estorilos continúan con sus forcejeos tras el poder interno de la causa de Don Juan. Los epígonos de Don Carlos VIII se mantienen como paradigmas de una minoría inasequible al desaliento.

II. LA REGENCIA NACIONAL CARLISTA DE ESTELLA

Concentración en el Tibidabo (Barcelona), el día 22 de mayo.—Convocatoria.—Proclama «Carlistas, españoles todos».—Crónica de los actos.—Manifiesto de la Regencia Nacional Carlista de Estella.—Concentración en Poblet: Crónica de los actos.—Proclama del Requeté.

La Regencia Nacional Carlista de Estella tuvo en 1960 una actuación esforzada y brillante, con éxitos tácticos y locales, pero con el fracaso estratégico de ver transcurrir un año más sin hacerse con todo el Carlismo español; solamente organizaba actos y triunfaba en Cataluña. En el resto de España no podía competir con la Comunión Tradicionalista.

Esta situación se debía a varias causas: principalmente, a falta de dirigentes y a que no disfrutaba del beneficioso *modus vivendi* que Franco dispensaba a los seguidores de Don Javier; antes bien, sufría una persecución policiaca en serio con todos los recursos de un Estado totalitario moderno.

Conservaba enhiesto el rasgo genial que le hizo nacer de tener preparada y ofrecida esa preciosa institución previsor que hace aún más admirable la Monarquía, que es la Regencia. Era un aviso a Franco, a Don Juan de Borbón y a Don Javier de Borbón Parma de que a pesar de sus mentiras, de sus traiciones y de sus indecisiones, la lucha podría continuar y continuaría encauzada en la más alta formalidad monárquica. Era un ofrecimiento concreto y eficaz para los carlistas que no habían compartido las esperanzas en la política de colaboración con Franco y que a partir de la entrevista de éste con Don Juan en «Las Cabezas», a fin de marzo, se sintieron cargados de razón y extendieron sus razonamientos hasta dudar de la idoneidad de Don Javier para ser Caudillo de la Causa.

Pero muchos detuvieron el desarrollo mental de sus planteamientos al calcular que erigirse en corresponsales de la Regencia de Estella era padecer una represión seria por parte de un Estado omnipotente no sólo con su Policía, sino, además, con sus intereses. Optaron, pues, por inhibirse o por degradar su vocación política a *hobby* o a tema frívolo de tertulias placenteras y estériles. El hecho fue que no se sumaban a la Regencia y que ésta crecía lentamente, insuficientemente.

Después de la entrevista Franco-Don Juan en «Las Cabezas», y ante los intensos rumores de la inminencia de una restauración liberal, la Regencia arrojó su propaganda contra Don Juan de Borbón de forma violentísima. Fue una contribución valiosa al Carlismo en general.

Los hombres de la Regencia iniciaron el año con un esfuerzo de propaganda clandestina y, como tal, de modesta presentación y ausencia de ritmo, tan necesario para vincular a los lectores con cualquier publicación. La pobreza de su contenido ya era de otro origen: probablemente, el equivocado prejuicio de que las cosas destinadas al gran público tienen que ser mediocres. En enero salió el primer número de una hoja a multicopista titulada «La Trinchera»; en febrero apareció un impreso de mejor factura con el título de «Boletín de Ordenes y Avisos del Requeté de Cataluña», que para despistar y aparentar entidad llevaba el número 67; en junio apareció el número 1 de un boletín a multicopista titulado «Información Carlista» (1); en él encontramos, ahogada entre alegatos repetidísimos contra el colaboracionismo y contra Don Juan de Borbón, esta novedad, nunca más encontrada:

«Que el uso por parte de Don Juan de Borbón y Battenberg del título de Conde de Barcelona es totalmente ilegítimo por cuanto tal título es soberano y corresponde, por lo mismo, a los Reyes Legítimos como Señores del Principado de Cataluña y entraña, de consiguiente, una clara ofensa a la misma esencia de la Monarquía española por parte de quien no tiene derecho alguno sobre ella, no menos que al pueblo catalán, cuyo derecho a no acatar como Príncipe sino al legítimo sucesor de sus gloriosos Condes es indiscutible.»

Lo más importante de la propaganda escrita en este año de la

(1) En el epígrafe de Bibliografía de este mismo tomo damos noticia de otro boletín del mismo nombre y fecha de nacimiento, al servicio de los seguidores de Don Javier.

Regencia fueron varias ediciones de un manifiesto presentado en la concentración del 22 de mayo en el Tibidabo y que reproducimos en seguida a propósito de ésta.

CONCENTRACION EN EL TIBIDABO (BARCELONA)
EL DIA 22 DE MAYO.
CONVOCATORIA

«A la vista de las circunstancias que concurren en el Templo Expiatorio Real y Nacional al Sagrado Corazón de Jesús, en el Tibidabo (Barcelona), el «Aplec» Nacional Carlista que en años anteriores tenía lugar en Montserrat será sustituido este año por el que se celebrará, Dios mediante, en la montaña del Tibidabo, el día 22 de mayo próximo, comenzando los actos a las 11,00 de la mañana.

La devoción constante de los carlistas al Sagrado Corazón, que parte ya de nuestra primera guerra, siempre manifestada en los «detentes» de nuestros voluntarios; la consagración realizada por Carlos VII en Orduña y la designación por Alfonso Carlos I, con el título de Real, del Templo Nacional del Tibidabo, como lugar donde se renovará anualmente aquella consagración, figuran entre los principales motivos que han llevado a escoger el Tibidabo (Barcelona) como lugar para celebrar nuestro «aplec» de este año.

Esta Regencia encarece a todas las Junta y Delegaciones, y a los carlistas en general, que continúen con entusiasmo los trabajos preparatorios de dicho «aplec» para el lugar y fecha señalados, considerando la actividad que es imprescindible desplegar para que nuestra concentración anual adquiera singular relieve, habida cuenta de la importancia del lugar designado.

Para cuantas explicaciones complementarias precisen, y en caso de cualquier duda, rogamos se pongan en contacto con esta Junta de Regencia o con sus representantes para confirmación y ampliación del contenido de la presente circular.

Por Dios, por la Patria, los Fueros y el Rey.

En España a 23 de abril de 1960.

LA REGENCIA NACIONAL DE ESTELLA.»

«PROCLAMA: "CARLISTAS, ESPAÑOLES TODOS"»

El mundo, sin excepción de España, se halla en trance mortal:

Vivimos en «un mundo que camina sin saberlo por los derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos.» (S. S. Pío XII, 10 febrero 1952.)

España y el Carlismo tienen una misión especial que cumplir en este trance mortal del mundo:

«España tiene una misión altísima que cumplir, pero solamente será digna de ella si logra totalmente, de nuevo, encontrarse a sí misma en su espíritu tradicional y en aquella unidad que sólo sobre tal espíritu puede edificarse (...). Nos alimentamos, por lo que se refiere a España, un solo deseo: verla una y gloriosa, alzando en sus manos poderosas una cruz..., y proponerla después como ejemplo del poder restaurador, vivificador y educador de una fe en la que, después de todo, hemos de venir siempre a encontrar la solución de todos los problemas.» (S. S. Pío XII, 17 diciembre 1942.)

«¡Requetés! Los católicos prácticos. Navarra y los requetés que salvaron a España. Los llevo muy adentro a Navarra y los requetés y los bendigo.» (S. S. Pío XII, 24 abril 1950.)

El Sagrado Corazón de Jesús es el único medio para salvar a las naciones:

«En los recientes turbulentísimos tiempos..., el benignísimo Jesús manifestó en alto a las naciones Su Corazón Sacratísimo, como bandera de paz y caridad y como presagio de no dudosa victoria.» (S. S. Pío XI, encíclica *Miserentissimus Redemptor*.)

«Hoy se presenta a nuestros ojos otra señal muy favorable y divina: el Corazón Sacratísimo de Jesús, con la cruz sobrepuesta, brillando entre llamas de vivísimo resplandor. En El se han de colocar todas las esperanzas, a El hay que pedir y de El hay que esperar la salvación de los hombres.» (S. S. León XIII, encíclica *Annum Sacrum*.)

El Carlismo ha respondido siempre a los llamamientos del Corazón de Jesús y de sus vicarios en la tierra:

«El 16 de junio de 1875 tuvo lugar en Orduña la solemne consagración del Rey Carlos VII y de su ejército al Sagrado Corazón. En todas las provincias, los batallones, las juntas, los diputados y los pueblos se consagraron igualmente. El Infante General en Jefe de Cataluña y del Centro, Don Alfonso Carlos, consagró al Corazón de Jesús los ejércitos de su mando (en Montserrat, el 1 de junio de 1873, y en Adzaneta, el 16 de junio de 1874). Los voluntarios carlistas (como en la Cruzada de 1936, los requetés con sus «detentes») cubrían sus pechos con un pedazo de tela en que estaba bordado el Sagrado Corazón. Se veía a muchos jefes y oficiales de los ejércitos carlistas cuyas únicas prendas de uniforme eran la boina y el escapulario del Corazón de Jesús.» (F. Hernando: «La campaña carlista»; Doña María de las Nieves: «Mis Memorias», «El Estandarte Católico-Monárquico», de 12 julio 1874.)

Particular significado del Templo del Tibidabo en la consagración de España y del Carlismo al Corazón de Jesús:

«El último Rey legítimo de las Españas, Alfonso Carlos I, después de haberse comprometido con voto solemne sobre los Santos Evangelios, el 8 de junio de 1934, a «establecer, según el mensaje del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María de Alacoque, Su Reinado en España», designó el 19 de junio de 1936, un mes antes de la Cruzada, al Templo del Tibidabo, llamándole «Real Templo Nacional, Eucarístico, Expiatorio y Español, porque es y ha de ser la garantía de los españoles», como lugar donde anualmente renovasen la Consagración el Rey, por su representante, y el pueblo, y para que se acudiese a dicha iglesia "a pedir nuestra unidad católica y la prosperidad de nuestras Españas".» («Documentos de Don Alfonso-Carlos», por M. Ferrer.)

Este fue uno de los templos en que los carlistas se unieron al voto de 1934 del Rey Alfonso-Carlos I y donde, salvo la interrupción durante el dominio liberal-anarco-comunista, se ha renovado anualmente la Consagración del Carlismo al Corazón Divino y en el que, el 28 de junio de 1959, se consagró públicamente la Regencia Nacional de Estella, acompañada del pueblo carlista.

En los momentos en que España se abisma en el trance mortal que se extiende por todo el mundo y particularmente en ella se abandona el espíritu y la política propios de Cruzada, abandono que culmina en la supeditación al occidentalismo, con su «coexistencia» entre el liberalismo masónico y el comunismo y las conversaciones uncubres con el verdugo Kruschew, es deber de todos los españoles unirnos en el fundamento tradicional de nuestra Patria y comprender, sentir y ser ecos fieles y ardientes de los deseos del Corazón de Dios y de sus vicarios en la tierra, estando siempre atados a la gran promesa del Sagrado Corazón de reinar en España y con más veneración que en otras partes.

Carlistas, españoles todos:

Restablezcamos la unidad conseguida en el Alzamiento popular de 1936 para evitar el hundimiento de España.

Continuemos así la permanente Cruzada de nuestra Patria.

Con la

REGENCIA NACIONAL DE ESTELLA

en el

APLEC CARLISTA NACIONAL

que bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús y de la Virgen de Montserrat se celebrará, Dios mediante, en el

TIBIDABO (BARCELONA)

el

22 DE MAYO DE 1960

Dios, Patria, Fueros, Rey.»

CRONICA DE LOS ACTOS

La transcribimos de «Información Carlista», número 1, de junio de 1960.

«22 de mayo de 1960.

Se ha celebrado en el Tibidabo el «Aplec» Nacional Carlista. La Regencia de Estella define la actitud del Carlismo en los actuales momentos frente al confucionismo ideológico y político reinante. Asisten representaciones de diversas regiones. El Carlismo no se detiene ante ningún obstáculo y su firme voluntad de seguir adelante hasta el fin constituye la esperanza de los buenos patriotas.

Amanece un día claro y sereno de mayo. El Tibidabo —la montaña del Sagrado Corazón, a cuyos pies se extiende Barcelona— se perfila nítido sobre el azul radiante del cielo. Hacia él convergen las miradas de los carlistas catalanes y de los correligionarios del resto de España en este día 22 de mayo en el que conmemora la Iglesia la festividad de la hija de Barcelona Santa Joaquina de Vedruna, que supo de la cárcel y del destierro bajo el gobierno liberal de Doña Isabel, en la primera carlistada, y que fiel, como todos los suyos, al ideal sagrado de la Tradición, restañó las heridas de los voluntarios del Rey Carlos V y legó a sus hijos y a sus nietos el depósito de la lealtad al lema de Dios, Patria, Fueros y Rey legítimo.

Alrededor de las once de la mañana llegamos a la cumbre del Tibidabo. La expectación que en las vísperas del acto reinaba en muchos ambientes se ha trocado aquí, en la cumbre del Tibidabo y en esta mañana verdaderamente primaveral, en una sensación de pasmo y de asombro sin límites que se refleja en la mirada de gran número de espectadores.

¿Irán al Tibidabo los carlistas?, se preguntaba con insistencia ayer, anteayer y días atrás en la ciudad. Ciertas presencias en Barcelona hacían que la pregunta fuera casi de incredulidad y que se tachara a los carlistas de locos si intentaban subir al Tibidabo.

Y ya se ve: los carlistas, efectivamente, estamos aquí, en el Tibidabo. Sin trampas, sin autorizaciones de la «situación». Por el solo respeto que merecen la verdad y la firmeza de una actitud inclaudicable sustentada por la Legitimidad española. No le den más vueltas los «prudentes». No hay ninguna otra explicación del hecho.

Los carlistas estamos aquí, en el Tibidabo, y no han de pasar muchos minutos hasta que desde las puertas del templo superior del

Sagrado Corazón se desborde por escaleras y caminos un fantástico río de boinas coloradas que bulle en vivas y cánticos. Los vivas y cánticos que suben al cielo en alas de las voces juveniles de los requetés y de las margaritas en cada uno de nuestros actos y cuyos ecos afirman el recio sentir de nuestros hombres maduros y despiertan en el corazón de los viejos el recuerdo de pretéritas jornadas en las que ellos, bajo la mirada de los veteranos del Rey nuestro señor Carlos VII, hincaban sobre la geografía de la patria, cara al futuro, la renovada semilla —fibra y temple de heroicidad— del servicio ineludible a las puras esencias de la Tradición. Vamos, señores, camino de la victoria, pienso yo al hallarme en esos trances. Porque hay una victoria material que da Dios, cuando así lo dispone en su Providencia, pero hay otra también que podemos merecer cada día y sin la cual aquella otra no es posible: la de mantener vivo y actuante el depósito sagrado de la Tradición.

A las doce ha sido la Misa y al salir del templo los asistentes, después de oír aquella con entera devoción, nos hemos visto sumergidos en un mar de boinas bermejas de entre el cual se veía aquí y allí sobresalir unos brazos en demanda del manifiesto que repartían jóvenes requetés. La demanda se multiplica al llegar la multitud a las explanadas inferiores al templo. Son los paseantes que en gran número y según se acostumbra han acudido al Tibidabo, los que piden entonces ejemplares. Tenemos que rogar al lector, correligionario, amigo o simplemente simpatizante, que nos lea, que procure hacerse con uno de esos ejemplares. El que lea el manifiesto del Tibidabo sabrá, sin duda, lo que el acto allí celebrado el día 22 de mayo del año 1960 ha sido y ha significado. Pero es que, además, entenderá de un golpe, al comprender las razones del Carlismo, cuál sea el momento que se vive en nuestra Patria hoy y qué género de pensamientos ha de albergar todo español de pro a la vista de tal presente, si de veras desea y está dispuesto a laborar en serio por nuestra existencia católica y española.

Entre los pinos que a la derecha del templo cubren el parque del Tibidabo se ha situado la muchedumbre. Hablan los oradores desde el repecho de una escalinata que forma magnífica tribuna. Ha dicho el primero de aquéllos: «Es inútil dar coces contra el aguijón.» Sí, es inútil intentar que callen los carlistas, inútil la persecución que contra ellos se desate. Porque el Carlismo encarna el espíritu de España, y ese espíritu ha de sobrevivir a todas las construcciones materialistas que, fiadas en la aparatosidad de sus fuerzas, creen

poder ahogarlo. La muestra está ante nuestros ojos, hoy, en este acto y con esta muchedumbre, que saltando por encima de todas las dificultades y de todas las prohibiciones se ha concentrado aquí y se enfrenta gallardamente, con la fe puesta en Dios, a los poderosos que falsifican el ser de nuestra Patria.

Hablan luego los representantes de Navarra, de Canarias y de Asturias. Y nos traen a nosotros el abrazo de la hermandad de toda España en la comunión de los ideales salvadores del Carlismo.

A través de las palabras del último orador, que habla en representación de la Regencia Nacional de Estella, percibimos con rutilante claridad la trascendencia de la misión del Carlismo en el quehacer patrio que es, en esta hora, porque así lo quiere la Divina Providencia, nada más y nada menos que el de devolverla por entero al espíritu de Cruzada que sí ha dado en los momentos gloriosos peculiar fisonomía al ser nacional histórico, la ha salvado de caer en el precipicio en los momentos trágicos de los últimos ciento veinticinco años. «Los carlistas —ha dicho el orador— venimos aquí en cumplimiento de un deber.» Y ha puntualizado, pública y solemnemente, que en la decisión de celebrar el «aplec» nacional en el Tibidabo, adoptada por la Regencia de Estella, no ha influido lo más mínimo la coacción gubernativa, sino altas y superiores razones que ha ido explicando y que son, en sustancia, la necesidad de arrancar, en los actuales momentos y frente al confucionismo reinante, de la firmísima base espiritual sobre la que nuestros reyes y en especial S. M. C. Don Alfonso-Carlos I, quisieron descansase la magna empresa de la Comunión Carlista, que es la de la España auténtica. Dicha base es nuestra consagración al Sagrado Corazón de Jesús, al pie de cuyo templo nacional expiatorio estamos hoy congregados. El orador pasa revista a la actual situación del país. Proclama que el Carlismo no ha de consentir a ningún precio el restablecimiento de la monarquía que abandonó a España el 14 de abril, y que se opondrá con todas sus fuerzas a que se instaure bajo ningún nombre o apariencia de Tradicional la monarquía juanista o juan-carlista, y denuncia como un atentado a lo más noble y genuino de España el intento de situar en el trono a Don Juan de Borbón o a miembros de una dinastía ilegítima y usurpadora, excluida como tal de la sucesión en aquél. Señala el orador que al hablar en nombre de la Regencia Nacional de Estella, y siguiendo las directrices que ésta marca, lo hace en nombre de la única autoridad legítima carlista y española. La legitimidad española, explica, está en contra de la po-

lítica de degradación externa e interna que se ha seguido en nuestro país al desvirtuar la Cruzada. Distingue entre alianzas internacionales y sometimiento y esclavización o coloniaje. Somos partidarios de alianzas, pero en un plano de igualdad, nunca de sometimientos vergonzosos y antipatrióticos. En lo internacional hemos perdido la independencia y con ella el espíritu, pues se nos asocia, en plan de criados, a las aspiraciones de un bloque —el occidental— que nada tiene que ver con la concepción verdaderamente cristiana de la vida (1) y que, a la postre, está dominado por los enemigos de la Iglesia, al igual que el comunista. La pérdida progresiva de la libertad y la baja de la moral pública señalan en el orden interno la trayectoria del régimen del Movimiento. Después de poner de manifiesto que no se pueden pedir sacrificios en pro de la estabilización a los de abajo, si no es comenzando por los que ocupan los puestos de mando, termina invitando, en nombre del Carlismo, a todos los españoles, a sumarse a la gran tarea de la unidad sobre el espíritu tradicional de España, cuya realización esperaba el Papa Pío XII como fruto de la Cruzada.

Cuando termina el acto, nos damos cuenta de que el Carlismo está en marcha como no lo había estado desde hace tiempo. El acto del Tibidabo abre, sin duda, una nueva y trascendental etapa para la vida del Carlismo y para España.»

(1) A propósito de estas invectivas y de las que siguen en las páginas 17 y 20 acerca de la colonización económica de España por los judíos instalados en Norteamérica, conviene recordar que una de las discrepancias de la Junta Carlista de Cataluña con Don Javier, que iniciaron la gestación de la Regencia Nacional Carlista de Estella, fue el «occidentalismo» que se atribuía a éste (véase tomo X, págs. 106, 109, 111 y sigs., y tomo XI, págs. 94, 95 y próximas). No obstante, en una carta posterior de Don Javier al jefe carlista vizcaíno Don Pedro María Gaviria Zubeldia, de fecha 24-X-1955, leemos: «Pero en los últimos meses ha habido un gran cambio y España corre el peligro de caer económicamente y políticamente en manos extranjeras. (...) La cuestión económica sigue un rumbo desastroso y está llevada menos o más secretamente de los americanos (los dirigentes en mayoría judíos) para imponerse económicamente a España, y la política sigue siempre las necesidades económicas. Esos aprovecharán de la catástrofe financiera hábilmente y con larga mirada preparada para imponer su régimen.»

MANIFIESTO DE LA REGENCIA NACIONAL CARLISTA DE ESTELLA (1)

«Carlistas, españoles todos:

Restablezcamos la unidad conseguida en el Alzamiento popular
de 1936 para evitar el hundimiento de España

Continuemos así la permanente Cruzada de nuestra Patria
con la
Regencia Nacional de Estella
en el
Aplec Carlista Nacional
bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús y de la
Virgen de Montserrat

Tibidabo - Barcelona

22 de mayo de 1960
Festividad de Santa Joaquina de Vedruna»

«Carlistas, españoles todos:

Desde la muerte acaecida el 29 de septiembre de 1936 de Alfonso-Carlos I, último Rey legítimo de la España, y el abandono y la traición a la Santa Causa de nuestra Patria, perpetrados, encubiertamente durante largos años y públicamente después, especial y definitivamente en su mensaje a los carlistas de 12 de diciembre de 1957 (2), por el Regente instituido por aquel Rey para mante-

(1) La primera edición de este manifiesto repartióse durante los actos del «aplec» nacional carlista que se celebró en el Tibidabo (Barcelona) el día 22 de mayo de 1960.

(2) Vid. tomo XIX-(I), pág. 113.

nerla, regirla en el interregno y proveer, sin más tardanza que la necesaria, la sucesión legítima de la Monarquía, se hallaron privados en realidad, aunque no en apariencia, España y su Carlismo de verdadera autoridad soberana de derecho.

Hasta que, aclarada totalmente la situación en el «aplec» nacional de Montserrat de 20 de abril de 1958 (1), asumió aquella autoridad la Regencia Nacional de Estella, pública, unánime y solemnemente proclamada allí en nombre y representación de la dinastía de los carlistas, prevista por Carlos VII en su Testamento Político para continuar la obra de salvación de la Patria si llegara a extinguirse la dinastía de los Reyes legítimos. Siendo la dinastía de los carlistas el único ser colectivo político que ha conservado la Legitimidad española, por haber cumplido siempre su deber y su misión para con la católica España —últimamente en la Cruzada de 1936—, y por no haber reconocido nunca la usurpación revolucionaria consumada desde 1833 y no rectificadas hasta hoy, ni participado de ninguna manera en ella.

En el cumplimiento ordinario de su misión política, ha debido la Regencia ordenar ahora la acostumbrada celebración anual del acto nacional, puramente —sin mixtificaciones ni claudicaciones— tradicionalista, carlista, español, que la solapada traición javierista no ha podido borrar del calendario de nuestra Patria, a pesar de la efectiva y convenientemente encubierta protección que para ello le viene prestando (con ese fin la ha creado y mantiene) la dictadura totalitaria, al parecer perpetua, que a la fuerza soporta el país.

Para hacerlo hemos tenido en cuenta, por un lado, los principios fundamentales, y por otro, las hondas y graves realidades actuales, que, seleccionadas desde nuestro punto de vista, ineludiblemente religioso y patriótico, creemos de nuestro deber puntualizar hoy en esta apremiante invitación.

1.º El derecho o más bien el deber de los católicos, en general, de intervenir en los asuntos políticos.

Con expresiones de S. S. Pío XI en su encíclica *Ex officiosis litteris*: «Cada uno de los católicos pueda pertenecer a organizaciones de carácter político» y «es preciso más bien añadir que el participar de la vida política responde a un deber de caridad social, por

(1) Vid. tomo XX, pág. 10.

cuanto todo ciudadano debe contribuir según sus posibilidades al bienestar de la propia nación. Y cuando tal participación está inspirada en los principios del Cristianismo, no puede menos de producirse gran bien no sólo en la vida social, sino también en la vida religiosa».

2.º Prescindiendo de antecedentes, aunque elocuentísimos, más lejanos, la misión especial de nuestra Patria en esta materia queda iluminada por las palabras dedicadas a España, a los requetés y a Navarra —fuerza guerrera y sede principal, respectivamente, de los carlistas— por Su Santidad Pío XII.

Dijo este Soberano Pontífice el 17 de diciembre de 1942: «España tiene una misión altísima que cumplir, pero solamente será digna de ella si logra totalmente, de nuevo, encontrarse a sí misma en su espíritu tradicional y en aquella unidad que sólo sobre tal espíritu puede edificarse.»

Y también dijo en la misma ocasión: «Nos alimentamos, por lo que se refiere a España, un solo deseo: verla una y gloriosa, alzando en sus manos poderosas una cruz, rodeada por todo ese mundo que, gracias principalmente a ella, piensa y reza en castellano, y proponerla después como ejemplo del poder restaurador, vivificador y educador de una fe en la que, después de todo, hemos de venir siempre a encontrar la solución de todos los problemas.»

Y el mismo Papa, el 24 de abril del Año Santo de 1950, con ocasión de la visita *Ad Limina* del Cardenal Primado del Perú y Arzobispo de Lima, Emmo. Sr. D. Juan Gualberto Guevara al que acompañaban su secretario, P. Basilio Ayerdi, y el P. José Gómez Sagardoy, Superior de los Agustinos de Lima, tuvo con ellos (copiamos literalmente la narración del P. Gómez Sagardoy, aparecida en «El Pensamiento Navarro» de 14 de mayo del mismo año 1950) la entrevista siguiente:

«Después de la entrevista del Cardenal, entraron su secretario, señor Ayerdi, y el P. José Gómez Sagardoy.

»Al besar con inenarrable emoción la mano del Santo Padre, el Primado del Perú les presentó.

»—¿De qué nación son ustedes? —preguntó el Papa.

»—Santísimo Padre: somos españoles —respondieron.

»—De qué parte de España?

»—Somos navarros.

»Su Santidad hizo un movimiento de saludable reacción, cruzó

las manos sobre el pecho, levantó los ojos, que destacaron con más viveza en aquel rostro macerado por tantas vigiliass y sufrimientos, y exclamó con admiración:

«—¡Navarra! ¡Navarra! La Patria de los requetés. ¿Se dice así?

«—Sí, Santísimo Padre: ¡Requetés!

«—¡Requetés! Los católicos prácticos. Navarra y los requetés que salvaron a España. Los llevo muy adentro a Navarra y los requetés y los bendigo.»

3.º El trance mortal en que se halla el mundo, sin excepción de España.

Con palabras del Papa Pío XII, en su mensaje de 10 de febrero de 1952, vivimos hoy en un «mundo que camina sin saberlo por los derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos».

4.º Después de haber mantenido y ganado España una Cruzada, la iniciada en 1936, puede y debe afirmarse con seguridad que si se encuentra hoy también ella en trance mortal es por causas semejantes a las que han llevado a ese trance al resto del mundo.

Al mundo, porque hace siglos desertó éste de los verdaderos y grandes Ideales.

A nuestra Patria, actualmente, porque han sido suplantados el espíritu y la política propios de Cruzada y españoles, únicos justificados y perfectamente aplicables una vez ganado aquel género de guerra, por otros extraños y enemigos: los del totalitarismo cesarista, racionalista y partidista, extranjero, impuesto a nuestro pueblo; denominado al principio «F. E. T. y de las J. O. N. S.» y hoy «Movimiento», y también «democracia orgánica» y «Reino», por ahora sin titular formalmente proclamado, aunque sí, astuta y dolorosamente, prejugado y ostentado.

También es verdad que mientras permanezca la actual situación, España se halla en gran peligro de que se agrave todavía, en cualquier momento, la total suplantación de la Cruzada de 1936 —mejorando y remozando, para la mayoría, su apariencia—, si el Carlismo, entregado absolutamente a Dios (como, desembarazado ya de la traición javierista, lo haría siempre, aun a costa de la vida, por pésimas que fueran las condiciones de la batalla), no cierra el paso a la entrada en escena, con aparato «monárquico», de otra república coronada en la testa de Don Juan o de Don ... «Monarquías», cualquiera de las dos, inevitablemente más falsas, más hechura de la Revolución, más anti-Cruzada que las de ninguno de sus antepasa

dos liberales, desde su raíz en Doña Isabel, hija de Fernando VII. «Monarquías» que, deshecha España por la gangrena satánica que la corroe, de la «coexistencia» entre el «occidentalismo» masónico-liberal y el comunismo (1), la precipitaría en un abismo incomparablemente peor que el 14 de abril de 1931 en que la sepultó la «monarquía» de Don Alfonso, llamado XIII.

Mas para que, carlistas y españoles, terminemos de estar preparados para servir a nuestra Patria sin errores que resultan fatales, es imprescindible que sepamos o aprendamos que la falsificación de la Cruzada de 1936 la hizo posible el vacío político de lo genuinamente español, dejado o producido por la organización oficialmente constituida del Tradicionalismo, caída en poder de los enemigos del Carlismo. Ante todo mediante los, durante mucho tiempo encubiertos y disimulados, abandono y traición del Príncipe Don Javier de Borbón-Parma, descubiertos poco a poco y finalmente denunciados en el documento de proclamación de esta Regencia de Estella, fechado en Montserrat el 20 de abril de 1958, al que remitimos a cuantos de buena fe desconozcan todavía esa realidad histórica. Regencia de Estella nacida precisamente de la inaplazable necesidad patriótica de llenar aquel vacío político antes de que hubiese producido la muerte de la verdadera España.

5.º Las constantes declaraciones de los Soberanos Pontífices especialmente desde el mensaje del Sagrado Corazón a Santa Margarita María de Alacoque.

Entre otras, las de Pío XI en su encíclica *Miserentissimus Redemptor*, de 8 de mayo de 1928, y de León XIII en la suya, *Annum Sacrum*, de 25 de mayo de 1899, según las que —*Miserentissimus Redemptor*— «en los recientes turbulentísimos tiempos... el Benignísimo Jesús manifestó en alto a las naciones su Corazón Sacratísimo, como bandera de paz y caridad, y como presagio de no dudosa victoria en la contienda». Y, por cierto, Nuestro predecesor León XIII, de f. r., habiendo visto admirado la oportunidad tan grande del culto del Sacratísimo Corazón de Jesús, no titubeó en manifestar atinadamente en su Carta Encíclica *Annum Sacrum*: «Estando oprimida la Iglesia por el yugo cesáreo, durante los tiempos próximos a su nacimiento, fue vista en lo alto por un joven emperador la cruz, presagio juntamente y causa de la gloriosísima victoria que luego se siguió. He aquí que hoy se presenta a nuestros ojos otra señal muy

(1) Vid. tomo XI, págs. 94, 95 y próximas.

favorable y divina: el Corazón Sacratísimo de Jesús, con la cruz sobrepuesta, brillando entre llamas con vivísimos resplandores. En El se han de colocar todas las esperanzas, a El hay que pedir y de El hay que esperar la salvación de los hombres.»

6.º El eco sumiso y filial que los deseos del Sagrado Corazón de Jesús y las declaraciones y decretos de sus vicarios han hallado y, Dios mediante, hallarán siempre en las órdenes y actos de los Reyes legítimos de España, de su actual, continuadora, la Regencia de Estella y del pueblo carlista.

Ordenes y actos de los que, por no alargarnos más de lo imprescindible, nos limitaremos a recordar algunos de las etapas más recientes, de Carlos VII, Alfonso-Carlos I y la Regencia.

«El 16 de junio (de 1875) tuvo lugar en Orduña la solemne consagración del Rey y del Ejército al Sacratísimo Corazón de Jesús. Don Carlos (VII) y su augusto padre, Don Juan de Borbón, comulgaron piadosamente acompañados de los generales y fuerzas que componían el Cuartel Real, y al salir de la iglesia, Don Juan, con acento conmovido, vitoreó a Pío IX y al Ejército de Carlos VII.

En todas las provincias, los batallones, las Juntas, los diputados y los pueblos se consagraron, conforme a los deseos del vicario de Jesucristo, al Corazón Divino de nuestro Salvador, piadosa devoción que propaga la Iglesia con tanto celo en los pueblos católicos, como la más adecuada para combatir los progresos del mal en estos calamitosos tiempos y darla el triunfo completo sobre sus enemigos.

Los soldados carlistas, en vez de la acerada malla o la pesada coraza de otros tiempos, cubrían sus pechos con un pedazo de tela en que estaba bordado el Sagrado Corazón de Jesús y escrita una piadosa oración. Y se veía a muchos jefes y oficiales cuyas únicas prendas de uniforme eran la boina y el escapulario del Corazón de Jesús.» («Recuerdos de la Guerra Civil. La campaña carlista, 1872 a 1876». París, 1877, págs. 410, 70 y 71. Por Don Francisco Hernando.)

Antes se había consagrado al Sagrado Corazón el entonces Infante-General en Jefe con los Ejércitos carlistas de su mando. El de Cataluña, en Montserrat, el 1 de junio de 1873, y el del Centro y Cataluña, en Adzaneta, el 16 de junio de 1874.

El mismo Infante que, Rey legítimo de las Españas más tarde, con el nombre de Alfonso-Carlos I, después de prometer solemnemente el 2 de junio de 1932, en la reunión carlista de Toulouse, entronizar la Divina Imagen en el escudo nacional y de haberse comprometido con voto, jurándolo sobre los Santos Evangelios en su

fiesta de 8 de junio de 1934, a «establecer, según el mensaje del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María de Alacoque, su reinado en España», si llegaba a triunfar, designó un mes antes de la Cruzada, el día del Deífico Corazón, 19 de junio de 1936, «al templo del Corazón de Jesús del Tibidabo» para dar así cumplimiento al deseo manifestado por El a la Santa, «llamándole Real Templo Nacional, Eucarístico, Expiatorio y español, porque es y ha de ser la garantía de los españoles», tomándolo bajo su protección real, ayudado de sus españoles, y prometiendo mandar todos los años, si llegaba a entrar en España, a su representante a visitar dicho templo del Tibidabo para que, a su ejemplo, fueran también sus súbditos «a pedir nuestra unidad católica y la prosperidad de nuestras Españas y las demás mercedes que necesiten.»

(«Mis Memorias», Madrid, 1934, por S. M. C. Doña María de las Nieves de Braganza y Borbón; «El Estandarte Católico-Monárquico», Campamento Carlista, 12 de julio de 1874, año II, núm. 33, y «Documentos de Don Alfonso-Carlos», Madrid, 1950, por Don Melchor Ferrer.)

7.º Dentro de la hermosísima realidad de la devoción colectiva del Carlismo al Sagrado Corazón de Jesús y de su filial obediencia a las declaraciones y decretos correspondientes de sus vicarios, se da en la etapa contemporánea un particular y significativo paralelismo entre las ideas, sentimientos y voluntad del último Rey de España, Alfonso-Carlos I, y su realización en el templo del Tibidabo.

Esta fue una de las iglesias en que los carlistas, cumpliendo el deseo manifestado por Alfonso-Carlos I a su Delegado, en carta de 31 de mayo de 1934, se unieron al voto —relatado ya— que formuló en el destierro el Rey, el día del Sagrado Corazón, 8 de junio del mismo año.

En el propio templo, desde entonces anualmente, se ha renovado en público la consagración del Carlismo al Corazón Divino, unida, cuando posteriormente lo decretó la Iglesia, al de Su Madre Inmaculada, sin otra interrupción que la correspondiente a su cierre durante el dominio liberal-anarco-comunista.

Y finalmente, en el mismo templo del Tibidabo, designado por Alfonso-Carlos I para realizar el deseo del Divino Corazón de recibir la consagración y los homenajes del Rey y de toda la Corte (documento de 8 de junio de 1934, en relación con el de 19 de junio de 1936, ya citados), el día 28 de junio del último año de 1959, la Regencia Nacional de Estella, personificación de la dinastía de los

carlistas y, por ello, única representante y continuadora soberana de la Legitimidad española, se consagró públicamente, acompañada del pueblo carlista, a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y les rindió homenaje proclamando la Realeza del Deífico Corazón (1). Constituyendo este acto un modestísimo, pero real y verdadero anticipo —el que puso Dios a nuestro alcance— del cumplimiento del referido deseo del Sagrado Corazón de Jesús y de su promesa de reinar en España, y con más veneración que en otras partes.

8.º Nuestra inmensa deuda con cuanto pertenece a la celestial Patrona de Cataluña, la Santísima Virgen de Montserrat.

Ella vivificó durante la Cruzada guerrera al Carlismo de Cataluña, adoptando y glorificando al Tercio de requetés que aquél le dedicó y bautizó con su excelso nombre (2).

Ella nos inspiró que levantáramos, según quedó hecho hace años, un dignísimo monumento a los muertos de su Tercio y a todos los Mártires de la Tradición, mediante la fundación de una Misa perpetua mensual, a celebrar en la Basílica montserratina, por sus almas.

Ella ha cobijado en su maternal regazo, desde la terminación del Alzamiento, al Carlismo y lo ha elevado y conservado firme e insobernable en estos calamitosos tiempos de confusión, claudicación y orfandad carlista.

Ella ha terminado con esta orfandad, amparando hace dos años, en su Santa Montaña y en el «aplec» nacional carlista de 20 de abril de 1958, el renacimiento público y solemne de su autoridad legítima, en la Regencia de Estella, y confirmando esta autoridad, contra todas las dificultades, hace un año, allí mismo, y también pública e incontrovertiblemente, en el «aplec» nacional carlista del 19 de abril de 1959.

Y Ella, ahora, escribiendo recto con renglones torcidos a nuestros pobres ojos, como frecuentemente lo hace la Providencia, y procediendo como las buenas madres, parece negarnos el refugio de sus brazos, forzándonos a andar solos. Pero lo hace para que nos entreguemos íntegramente, para que consagremos con plena confianza todas las actividades de nuestra vida privada y pública al servicio del Omnipotente Corazón de su Divino Hijo Jesús.

(1) Vid. tomo XXI, pág. 34.

(2) Vid. el libro del Rvdo. Sr. Don Salvador Nonell «Los Requetés catalanes del Tercio de Nuestra Señora de Montserrat en la Cruzada Española 1936-1939». Hay una nota bibliográfica de este libro en el tomo XVIII-(y II), página 410 de esta recopilación.

Por todo eso, la señal negativa de este año nos ha llevado a meditar profundamente las realidades cada vez más acuciantes que estamos exponiendo y a adoptar la decisión que de ellas ineludiblemente surge. Sin que, según patentiza esta exposición y se evidenció el año pasado en Montserrat, influya, gracias a Dios, para nada en nuestras conclusiones la ilícita coacción que la mal encubierta y permanente dictadura que sufre el país ejerza sobre nosotros.

Según la maquiavélica sintomatología del caso —entre ella, los anuncios publicados en la prensa «clandestino-dirigida» que, pagada por el fondo de reptiles, reparten públicamente, y protegidos por la Policía, los mercenarios gubernativo-javieristas, tocados con boina roja; y más que ese anuncio, otros hechos al parecer inocentes, pero realmente retorcidos y solapados—, es más que probable, si Dios no lo remedia, la suplantación, este año, del tradicional y noble «aplec» nacional carlista en Montserrat por una o varias parodias o claudicantes apostasías, dirigidas siempre (si bien, según el oportunismo del momento, más o menos descaradamente o desde la penumbra) por el tiranizante monopolio totalitario montado sobre España, aunque se presenten enmascaradas por cosas muy sagradas para cualquier carlista.

Pues bien, acompañe nuestro cordial y público reconocimiento y homenaje a la Virgen de Montserrat, el humilde ruego de que excuse o perdone a cuantos por ignorancia, simple sentimiento, ingenuidad o causas peores, por acción u omisión, directa o indirectamente, contribuyan a la realización de atentados, en sí tan graves, contra la Religión y la Patria.

Y nuestra petición a Ella de que perdone a cuantos, sea por lo fuere, nos han injuriado y calumniado. Y nuestra súplica de que, aunque, si es posible, asimismo, perdonándolos, confunda a los enemigos de la Verdad y, por consiguiente, de Ella, de Su Divino Hijo y también, aunque sean tan miserables, de nosotros.

En cuanto a estos puntos, sólo nos resta hoy hacer patente a todos los carlistas de Cataluña y de España entera, y también a todos los patriotas, nuestra dulce obligación, so pena de infamante ingratitud, de agradecer de corazón a la Soberana Reina y Madre de Montserrat, sus extraordinarios beneficios, individualmente todos los días y colectiva y públicamente siempre que la autoridad carlista, de la Patria, lo demande.

9.º Ahora y para siempre conviene tener presente que de nuestras citas de los Romanos Pontífices y de las aplicaciones que de

ellas creemos estar obligados a hacer, para facilitar su difusión y obediencia efectiva entre nosotros y nuestros compatriotas, en el ámbito del Derecho público cristiano, político-social de la sociedad española y de sus ciudadanos, respondemos nosotros ante nuestra Patria, naturalmente, con entera indemnidad de la Iglesia, aunque sometidos siempre filialmente a su juicio.

De las anteriores premisas, realidades evidentes para los hombres de fe, no puede salir, ni sale racionalmente, más que una ineludible consecuencia, concorde con toda la historia de España y la carlista:

Que los carlistas, con sus Requetés y demás organizaciones genuinas, que los españoles, no tenemos otros espíritu, ideología ni política propios que los de Cruzada.

Por lo que todos los otros que tratan de implantarse en nuestro país le son extraños, enemigos de su mismo ser. Y tienen que acudir, en definitiva, más o menos descaradamente, para ver de imponérsele, a la ayuda del extranjero (el de hoy, fundamentalmente, el que predomina en Norteamérica, en el mundo y principalmente a través de aquella en España) y su quinta columna de extranjerizados. Como acudió el liberalismo clásico, primordialmente, a franceses, ingleses y yanquis, con los españoles afrancesados, et., etc. Y el totalitarismo, socialismo de Estado y comunismo, especialmente a nacistas y rusos, con los españoles contagiados por esas epidemias. Aunque haya mucha mezcla y ninguna oposición esencial entre todos esos enemigos, cuya única diferencia real estriba en que, a efectos tácticos, forman diversos escalones y facetas de la Revolución, de la anti-Cruzada, de la anti-España.

La única pregunta, pues, a formular, y a cuya respuesta estamos obligados a ajustar exactamente nuestra decisión definitiva, es la siguiente:

La actual situación en el poder y su espíritu, programa y política efectiva, llamados primero «F. E. T. y de las J. O. N. S.» y ahora «Movimiento», ¿son o no propios de Cruzada y de los principios fundamentales españoles, o son compatibles siquiera con el Derecho público cristiano o con el Derecho natural?

Resueltas están —respuesta y obligada decisión— por los hechos ocurridos en España desde hace veintitrés años y aún en las premisas mismas del presente documento. Mas el asunto es sobradamente

grave y trascendental para que sea superfluo comprobar el análisis ya hecho y, según corresponda, rectificarlo o ratificarlo.

Por sus frutos los conoceréis, dice la Sagrada Escritura. Y, palabras, plagios de conveniencia y apariencias aparte, en la España de hoy hallamos, real y gravemente, conculcados así los derechos de Dios, como los fundamentos patrios, los del Derecho público cristiano y los del Derecho natural. Aunque a fin de evitar reacciones, siempre peligrosas y más de temer en un país que acababa de vivir cruentamente una etapa más de su Cruzada, el enemigo haya preferido realizar su trabajo, en cuanto le ha sido posible, sin dar la cara, indirecta, encubierta y progresivamente.

Así, maquiavélicamente, ha podido ir socavando la Unidad Católica (1) —existente de hecho (proclámalo la Cruzada guerrera) y de derecho (compruébelo el Concordato vigente con la Santa Sede)—, y como necesaria consecuencia, la catolicidad y aun la dignidad humana de España y de los españoles, entre otros muchos medios, que omitimos por brevedad, por los que, a manera de ejemplo, consignamos:

A) Mediante el establecimiento en nuestra Patria, al engañoso parecer por generación espontánea, de centros de proselitismo protestante, cada vez más numerosos, incluidos seminarios y capillas, propaganda pública escrita y verbal, introducida ésta personalmente hasta en los hogares católicos, y actos anunciados públicamente, aunque con calculada sordina (2).

B) Con la creación oficial y pública de sinagogas, como la recientemente inaugurada en la capital de la Patria de los Reyes Católicos, flanqueadas de numerosas concesiones de nacionalidad española a los descendientes, judíos de religión, de los que fueron expulsados por aquellos Monarcas, y a otros extranjeros del mismo pueblo israelita; encargando de promulgarlo todo y ante todos, como infamante *Inri*, a los periódicos más liberales de la prensa civil —toda dirigida y censurada gubernativamente— que aquí puede editarse públicamente.

Pretendiéndose simbolizar en tales sinagogas y nacionalizaciones

(1) Hay que notar aquí el silenciamiento malicioso de la más alta responsabilidad que incumbía en este asunto a la Iglesia, aun antes del Concilio, por la impunidad en que dejaba a altos miembros de su jerarquía y sacerdocio españoles y extranjeros, que promovían la libertad de cultos de manera arrolladora. La Santa Sede nunca denunció las supuestas o reales violaciones del Concordato que se insinúan.

(2) Vid. tomo IX, pág. 245, «Zamanillo pone el dedo en la llaga».

no sólo que se ha extinguido en España el espíritu, ideal y política con los que forjaron aquellos grandes Reyes la unidad y la grandeza de nuestra Patria, sino la marca, impresa a fuego en nuestra frente cristiana y española, de esclavos de aquel pueblo deicida y vengativo.

Y todo este conjunto, en hipócrita y grotesco contraste con la abundancia de yugos y flechas, emblemas de los mismos Reyes Católicos, que, fingiéndose su continuadora, ha sembrado la situación imperante sobre nuestro país.

C) Haciendo renacer y fomentando la heterodoxia en la enseñanza y la intelectualidad:

Por una parte, mediante introducir o retener en España, ya durante la Cruzada guerrera, previo garantizarles toda clase de inmunidades y ventajas, colocándoles o manteniéndoles en posición respetable y ejemplar en puestos socialmente relevantes, a hombres tan típicamente anti-Cruzada, nefastos y máximos culpables de la hecatombe que, por sus doctrinas y ejemplos, estaba produciéndose en nuestra Patria, como Unamuno, Ortega, Marañón, Baroja, etc., cuyas glorificaciones oficiales y oficiosas, con motivo de su perniciosa obra, aunque con pretextos varios, especialmente el de su muerte, centenario de su nacimiento, etc., hemos tenido que sufrir con indignación en estos años de dictadura llamada católica.

Y, por otro lado, imponiendo a España, en esta materia, como en todas (no olvidemos su naturaleza totalitaria), el monopolio estatal con partido único (1) (en sí anticristiano, antiespañol y antinatural) que oprime a la verdad y al bien con las falsas ideologías que lo infectan (racionalista, liberal, totalitaria, socialista, progresista, etcétera) y protege a la mentira y al mal, de cualquier competencia organizada, impidiendo a la Iglesia, familia o individuos indóneos que puedan ejercer, sin mediatizaciones o intromisiones, sus derechos naturales o divinos en materia tan vital para la sociedad.

D) Por la reanudación, puesta en práctica en inmensa escala, y sistematización, especialmente en la vida pública, del «enchufismo», «estraperlo» (perdónense, por lo breves e inconfundibles, las expresiones) y corrupción, inseparables, por lo visto, del actual sistema.

E) Permitiendo, promoviendo e imponiendo (recuérdese, entre

(1) Vid. tomo I, págs. 27 y sigs.

otras imposiciones menos aparentes, las represiones policiacas de las protestas contra la proyección pública de películas como «La Fe», «Gilda», etc.) la inmoralidad pública, cada vez más escandalosa, hasta haber conseguido que se enseñoree de nuestras calles y playas, campos y ciudades, libros, revistas y diarios, teatros y cines, «boîtes» y salas de noche, etc., etc., sin excluir siquiera de esa mortal inundación a la cien veces maldita degeneración de Sodoma, como no podrá negar, aun sin tener acceso a ciertos archivos, ninguna persona digna que se preocupe del bien común, compare las manifestaciones externas de hoy en la materia con las de los tiempos de la guerra y postguerra de Cruzada, y contemple, día tras día y mes tras mes, la, para España y todos los españoles, infamante y corruptora exhibición pública, en todas partes y especialmente en las carteleras y anuncios de nuestros diarios y revistas, teatros y cines, y su representación en los escenarios y pantallas (nos vemos obligados a recordar: todo censurado y dirigido por el Estado), de exponentes cada vez peores y más numerosos de degradación moral, incluidos los de aquel inmundado linaje cuyo nombre no queremos repetir.

F) Por medio de esclavizar, totalitaria y partidistamente, al hombre, a la familia y a la sociedad en todas sus manifestaciones, con menosprecio de la dignidad y libertad en las que Dios les creó y constituyó.

Estableciendo arbitrariamente, para lograrlo, una sintematizada, complejísima, tupida, difícilmente atravesable red de instrumentos de opresión: del Partido Unico, como el Servicio Social de la mujer, Frente de Juventudes, S. E. U., Vieja Guardia, Guardia de Franco; de las «Corporaciones, instituciones, organizaciones, servicios y gabelas», públicos y semipúblicos (todos faltos de elementos esenciales para ser en verdad lo que sin engaño significaría su nombre), como las falsamente llamadas Cortes, sin representación ni libertad; Leyes sin ser dictadas por un órgano legislativo ni poseer las demás condiciones esenciales de tales disposiciones generales; Diputaciones y Ayuntamientos, con iguales fallos esenciales que las Cortes; contribuciones e impuestos de todas clases, sin real intervención, representación, asentimiento ni control en su establecimiento, exacción ni liquidación de los ciudadanos a quienes ilegítimamente se cobran; Universidades, Institutos, etc., simples instrumentos del ilegítimo monopolio estatal y partidista de la enseñanza, de que ya hemos hablado; Sindicatos, Gremios, Mutualidades, Montepíos y Seguros, oficiales, no profesionales, sino otros tantos elementos del tinglado

del «Movimiento», del «enchufismo», de la imposición ilegítima y de la estatificación general; Organismos de las profesiones libres, de propietarios, industriales, comerciantes, banqueros, etc., desnaturalizados e imposibilitados en la práctica para defender, como tales, los genuinos y legítimos derechos e intereses de sus, teóricamente, mandantes. Amén de la censura y dirigismo de toda la prensa, radio y televisión, teatros y cines, y moralidad pública, como hemos visto.

Todo artificial, oficial, impuesto, del «Movimiento», del Estado. Nada del y al servicio del hombre, de la familia, de las sociedades naturales, de los Municipios, de las comarcas, de las regiones, de las Universidades, de los Institutos, de las profesiones, del obrero, del técnico, del patrono, del estudiante, del profesor, de la propiedad: en una palabra, del orden establecido e impuesto por el mismo Dios.

G) Como esbozamos en el 4.º punto y en ejemplo B) de este documento, por el sistema de doble efecto de incluir oficialmente a España en la suicida y satánica política de «coexistencia», kerenskys-ta, de claudicación ante el comunismo y de aproximación entre las fuerzas del mal, la masónico-liberal «occidentalista» y el comunismo; entregando de esta manera, a la vez, a nuestra Patria a su peor enemigo, al judaísmo mundial.

Indirectamente, mediante nuestra total supeditación oficial, prácticamente como colonia, a los Estados Unidos. Hasta el punto de que, y vaya sólo como botón de muestra, en la próxima reunión de París «coexistirá» la España oficial —no la auténtica— con el asesino Kruschév, se sentará a su lado, representada por nuestros colonizadores, los que acaban de montar la burda farsa de la imposición de cruces gamadas por todo el mundo para fingirse víctimas en lugar de verdugos, los que también esclavizan al verdadero pueblo norteamericano, aunque ordinariamente no suelen aparecer corporalmente en primera línea, ya que para ello pueden pagar bien a sus «hombres de paja»; en pocas palabras, queremos decir que la España oficial se hallará representada indirecta, pero realmente, en París, en la reunión con Kruschév, por los compatriotas y descendientes de los judíos que fueron expulsados, por los Reyes Católicos, de nuestro país, contra el que alimentan un odio irreconciliable y contra el que siempre han utilizado cuantos medios han tenido a su alcance.

Y directamente, no sólo por la «participación» de los que oficial u oficiosamente actúan en nombre de España en «ciertas» organizaciones, congresos, tratados, viajes, manifestaciones científicas, culturales y deportivas occidentales y de las Naciones Unidas, sino, por

la que se realiza por la España oficial, sin intermediario ni compañero alguno, con los países situados tras el «telón de acero», incluida Rusia.

Desgraciadamente, así podríamos proseguir horas y horas. Pero el análisis de la situación actual de España que, en estricto cumplimiento del deber patriótico permanente del Carlismo, aunque con harto sentimiento, acabamos de exponer, resulta ya sobrado concluyente; excepto para los que estén ciegos porque no quieran ver, sordos porque no quieran oír, débiles porque no quieran salir de su debilidad. Actitudes ante las que es impotente la manifestación y aun el ejemplo de la verdad y el bien y que debemos rogar cambie, cuanto antes, la misericordia de Dios.

Carlistas y españoles todos: ¡No nos dejemos paralizar por el materialismo!

Y para no equivocarnos, por lo menos en lo fundamental, pongamos sobre nuestra cabeza los deseos y mensajes del Sagrado Corazón de Jesús y sigamos las directrices e indicaciones de los Soberanos Pontífices, en especial las que hemos resumido o transcrito literalmente en los puntos 1.º, 2.º y 5.º de este documento, entre las que se encuentran algunas de las que dedicó particularmente a España, a Navarra y a los requetés Su Santidad el Papa Pío XII.

Sólo de este modo veremos claros y seguros, indudables e inamovibles, los mojones que señalan con evidencia por dónde va el trazado del camino de nuestro deber; sin perjuicio de que, en todo caso y momento, sea y continúe siendo imprescindible que pidamos a Dios luz para no extraviarnos y fuerza para no claudicar.

Evidentemente, a nuestro parecer, esos hitos o jalones que marcan el camino del deber de todos los españoles son los siguientes:

I. Unirnos de la sola manera que, gracias a Dios, nos es posible a los españoles, en el «espíritu tradicional» de España, según las expresiones del Sumo Pontífice Pío XII, a fin de que logre nuestra Patria «totalmente, de nuevo, encontrarse a sí misma», como medio único, pero imprescindible, para hacerse digna de la altísima misión que tiene que cumplir: alzar «en sus manos poderosas una cruz, rodeada por todo ese mundo que, gracias principalmente a ella, piensa y reza en castellano», para poder proponerla después —el Papa hablaba el 17 de diciembre de 1942— «como ejemplo del poder res-

taurador, vivificador y educador de una fe en la que, después de todo, hemos de venir siempre a encontrar la solución de todos los problemas».

II. Comprender, sentir y ser ecos fieles y ardientes de los deseos de Dios y de sus vicarios en la tierra, amorosamente obedecidos en todo momento por la Legitimidad española, Rey y pueblo —a los que nos hemos referido principalmente en los puntos 5.º, 6.º y 7.º de este documento— sobre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y Su Reinado, y acerca del significado y misión especial de éstos en la sociedad de nuestro tiempo.

III. Estar siempre atados, como supuesto obligado de toda nuestra acción, a la gran promesa del Sagrado Corazón al venerable Padre Bernardo de Hoyos de reinar en España y con más veneración que en otras partes.

IV. Adoptar con elevación, desinterés y generosidad, como modelo de la vida pública de todos —incluidos, naturalmente, el Carlismo y esta Regencia Nacional, la situación en el Poder, Don Juan, Don Juan Carlos y sus valedores y amigos, España entera— el ejemplo que ofrecen las palabras de S. S. el Papa Pío XII del 24 de abril de 1950, que debemos repetir aquí: ¡Requetés! Los católicos prácticos. Navarra y los requetés que salvaron a España. Los llevo muy adentro a Navarra y los requetés y los bendigo.

Y si, quienquiera que sea, no adopta ese modelo salvador de España, él mismo se excluye de la comunidad nacional.

He ahí, sintetizados, los hitos de España. ¡A alcanzarlos, pues, carlitas y españoles todos! Y a pesar de la oposición de «programas» políticos inventados por la «sabiduría humana», siempre partidistas por no ser nacionales, España y el mundo tras ella se salvarán.

A fin de suplicarlo al Sagrado Corazón de Jesús por medio del Inmaculado de María, bajo la advocación de Montserrat, que ha sido y es nuestra especial protectora, acudiremos, Dios mediante, este año, el día 22 de mayo, primero, al Templo Real y Nacional del Tibidabo, y a continuación, al «aplec» carlista, español, que se celebrará en ese mismo paraje de la ciudad de Barcelona.

A los que asistáis a dicho acto, os recordamos que hagáis vuestros en él, personal, colectiva y entrañablemente, los deseos e intenciones del último Rey legítimo de España, Alfonso-Carlos I, pidiendo

con fe, concretamente como él prescribió, «nuestra unidad católica y la prosperidad de nuestras Españas».

Y a todos, incluidos los carlistas y demás españoles que, fuere por lo que fuere, no asistáis al Tibidabo el día señalado, os encarecemos que contiúéis rehaciendo o comencéis a rehacer la Comunión Tradicionalista, Carlista, Española, uniendo vuestro espíritu, intenciones y propósitos con los nuestros y trabajando, sin perder un solo día, por la consecución de los fines comunes. En especial, no dejéis de hacerlo, en y desde la misma fecha del «aplec», los que hayáis recibido para entonces esta invitación, y los demás, sin diferirlo, a partir del momento en que llegue a vuestro conocimiento esta decisión y actividad continuadora de la Cruzada española, para que, unidas en real comunión las almas de todos con las de nuestros Mártires, acaben de alcanzar del Cielo la salvación de la Patria, por la que hace más de siglo y cuatro luchamos.

Por Dios, la Patria, los Fueros y el Rey legítimo de origen y de ejercicio.

En España, en Cuaresma, próxima la Pascua, del año del Señor de 1960.

En nombre y representación de la Legitimidad española,

LA REGENCIA NACIONAL DE ESTELLA.»

CONCENTRACION EN POBLET. CRONICA DE LOS ACTOS

«El día 16 de octubre del actual 1960 se celebró el «aplec» carlista de Poblet. Son ya típicas de cada año las dificultades de todo género con que el «Movimiento» pretende impedir dicho acto: prohibiciones de salida de autocares, multiplicados controles en carreteras, empleo de la fuerza para privar del uso de la palabra a los oradores, etc.

Los carlistas, con todo, han superado año tras año, a costa de los necesarios sacrificios, todas las dificultades que el «Movimiento» ha sembrado a su paso. Y se llegaba a Poblet con las naturales quiebras que en el mayor esplendor de los actos causaban aquel cúmulo de entorpecimiento. Y el «aplec» se celebraba para proclamar pacífica, pero firmemente, la fe en los ideales eternos de Cristo

Rey, de la Patria, de la Tradición monárquica y regionalista, de las libertades cristianas.

En el presente año, la situación gobernante redobló sus esfuerzos. Un denso «telón de seguridad» cerraba Poblet. Pero los carlistas... llegaron a Poblet.

No muy segura debía estar la partidista situación imperante de la eficacia de sus medidas impeditivas, cuando en Poblet tenía reservado el aparato suficiente para cortar el acto por la fuerza bruta.

Sorteando todas las dificultades, un autocar, con el primer contingente de carlistas, apareció en la plaza exterior de Poblet. Una avanzada de la fuerza pública saltó materialmente sobre el vehículo, mientras el resto circunvalaba la amplia plaza y dirigía sus armas contra los carlistas. Pero fueron llegando más y más carlistas y la fuerza pública vio patente su sinrazón e inferioridad moral.

Los carlistas entraron en la iglesia del Real Monasterio para oír la Santa Misa. A la salida, los asistentes se encaminaron pacíficamente al lugar de celebración del acto patriótico. Poco después de haber dado éste comienzo, la fuerza pública a caballo y a pie, fusil en mano, se lanzó a paso de carga contra los carlistas concentrados, rodeándolos los de a pie y penetrando entre la multitud los de a caballo. Los carlistas no abandonaron el lugar. Y una y otra vez se lanzaban los caballos a la carrera contra los carlistas. Y una y otra vez la fuerza pública de a pie la emprendía a culatazos contra los asistentes o les encañonaba con sus fusiles. Firmes en sus puestos, los carlistas resistieron impávidos las brutales agresiones hasta que, dada cima al acto, se cantó el «Oriamendi» y se vitoreó clamorosamente a Cristo Rey, a España, al Rey y a la Regencia de Estella.

En realidad, sobran los comentarios. La agresión se califica por sí misma. Sólo importa señalar que, una vez más, al emplear la fuerza contra el Carlismo, tanto como al proteger a protestantes, judíos y antiespañoles de toda laya, el «Movimiento» se denuncia a sí mismo en su partidismo contrario a los ideales que en verdad empujaron a los buenos españoles a sostener la Cruzada con el sacrificio de sus vidas, libertad y haciendas. Como dijo el orador que cerró el acto: «No hacen falta más discursos. Aquí ha quedado demostrado, una vez más, que lo que hoy manda en España es el anti-19 de Julio.»

Todo está muy claro para el que quiera entender. Y la misma fuerza pública debe pensar qué clase de «gobierno» es el que les lanza contra los requetés.

Por Poblet, todos los españoles han de tomar conciencia de que

el «Movimiento» no nació para perpetuar la Cruzada, sino para traicionarla.

Por Poblet, todos los españoles han de comprender la palabrería hueca y la farsa hipócrita, con sus confusionismos y engaños, que utiliza la «legalidad» imperante para consumir aquella traición.»

Por Poblet, todos los españoles han de saber que, precisamente porque España hoy se lo exige, el Carlismo no debe retirarse a sus cuarteles de invierno.

Por Dios, la Patria, los Fueros y el Rey: ¡Viva la Regencia Nacional de Estella!

LA COMUNION CARLISTA.»

* * *

En la concentración de Poblet se repartió la siguiente

«PROCLAMA DEL REQUETE

A los carlistas y a la juventud española:

Ha llegado el momento de que el Requeté, la organización más combativa y enérgica de la Comunión Tradicionalista, cual adelantado de la juventud que arde en ansias de luchar en el terreno que Dios disponga por la conquista de una España realmente mejor, hable de sus ideas, de sus ilusiones y de sus afanes con la misma claridad que toma sus actitudes.

Frente a la sofística doctrina de la Revolución que pretende fundar la sociedad sobre la falsaria soberanía popular, los embaucadores derechos del hombre y el anárquico partidismo parlamentarista, el Requeté defiende la Tradición. Y con ella afirma la soberanía de Dios, la dignidad humana de hijos de Cristo y la unidad de la sociedad para el bien común, con sus naturales consecuencias de libertad, democracia y monarquía verdaderas, sus instituciones autárquicas y sus representaciones orgánicas en Cortes, su autoridad que gobierna con amor y justicia y está tan alejada del libertinaje liberal como del despotismo totalitario.

Frente a los separatismos políticos y sus «ismos» colindantes, revestidos de ropajes confusionistas, que se presentan acá y acullá del solar hispano, el Requeté brinda a sus compatriotas las Españas federativas y regionales, contenidas en el programa salvador del Car-

lismo, que, sin menoscabo de la unidad nacional, ofrecen a las regiones, comarcas, municipios, corporaciones, familias e individuos las libertades naturales y cristianas que en otros tiempos labraron nuestra grandeza.

Frente a la confusión reinante en el mundo del trabajo y a las luchas cruentas o incruentas que de ella se derivan, el Requeté pide una más equitativa distribución de la riqueza y una auténtica justicia social, proclamando como suyas la integridad de la Doctrina Social de la Iglesia (desconocida, incumplida y adulterada) y la gloriosa tradición gremial de nuestra Patria, que la Revolución hubo de destruir para preparar el camino al socialismo y al comunismo. Ni Capitalismo, ni Marxismo ni Sindicalismo revolucionario: Corporativismo laboral y económico, fundado en la libre asociación profesional y en la síntesis «progresar protegiendo».

Frente a tanta intelectualidad y literatura desmoralizadoras y disolventes que propugnan o un personalismo egoísta o una adulteración de la verdad cristiana y tradicional o unos naturalismo y materialismo antisociales, todos al servicio directo o indirecto de la Revolución, el Requeté pone el ejemplo de sus mártires que con alegría y con generosidad se sacrificaron hasta la muerte para que en España no triunfara la Revolución, fuese ésta liberal, dictatorial o marxista.

Este reto a la Revolución exige un redoblado esfuerzo de todos los carlistas y de todos los demás españoles que se sientan preocupados por el cariz que toman los acontecimientos de la vida española y mundial. Y el momento exige una cooperación constante y seria al Requeté para que resulte eficaz su lucha anti-revolucionaria que, en la misma y por dura que se presente, sólo teme a Dios.

¡El Requeté da el grito de alarma!

Hay comunismo, último eslabón de las conquistas revolucionarias, en las universidades, en ciertos medios pseudointelectuales, en los centros de trabajo, en sectores llamados «democráticos» e incluso en determinados ambientes de creyentes, que aún hablan de ciertas razones que asisten al comunismo. Estamos más cerca del comunismo que hace veinticinco años. La afirmación es grave y, como tal, propia para meditarla y sacar de ella consecuencias.

Pensad que la cobardía y el retraimiento de los buenos agiganta a los malos. Y así, ¿hasta cuándo? ¿Y hasta dónde?

El Requeté habla y lo dice claro: hará cuanto esté en su mano para hacer frente a la Revolución. Y lo hará en todos los terrenos en que la lucha se presente.

Llamamos en primer lugar a los hijos de los carlistas y llamamos también a tantos jóvenes españoles que sienten y aman lo que nosotros amamos y sentimos. El Requeté abre sus filas a todos los hombres de buena voluntad.

Nadie quedará defraudado. Habrá, es cierto, luchas, trabajos y sacrificios, pero con la ayuda de Dios venceremos. Y en justa compensación nos sentiremos felices de cumplir con nuestro deber de españoles, sirviendo a la Causa santa de Dios, Patria, Fueros y Rey, por la que dieron la vida millares de españoles a través de varias generaciones.

Quien acude a la llamada del Requeté, sigue la senda del honor.

¡Para la defensa de los sagrados derechos de Dios!

¡Para barrer tanto materialismo que nos infecta!

¡Para servir a la santa política nacional!

¡Para dar la batalla a la Revolución!

¡¡¡Alistaos al Requeté!!!

¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España! ¡Viva el Rey! ¡Viva la Regencia de Estella!

A la sombra del Real Monasterio de Poblet.

16 de octubre de 1960

EL REQUETE.»

III. POLITICA DE LA COMUNION TRADICIONALISTA

La política de colaboración y contactos con Falange.—Reunión del Consejo Nacional.—Nota para los Consejeros.—Documento presentado por la Jefatura Regional de Granada ante el Consejo.—El «Boletín de Información» número 1.—Reunión de Don Javier, Don Hugo y el Secretariado en Hendaya, el día 2 de junio de 1960.—Exposición del Secretariado a Su Majestad, el 2 de junio de 1960.—Carta de Don Javier al P. Tura, C. M. F.—La situación legal de Don Hugo.—Carta de Don Hugo al Ministro de la Gobernación.—Nota de Don Ignacio Toca Echeverría al Director General de Seguridad.—Elecciones a las Diputaciones.

LA POLITICA DE COLABORACION Y CONTACTOS CON FALANGE

Los afiliados a la Comunión iniciaron el año 1960 difundiendo de mano en mano distintas ediciones de un escrito sin firma, redactado por Don José María Valiente, titulado «Nota para los Consejeros», y que así, en una segunda fase, resultó ser una nota para todo aquél que la quiso leer. Otra edición del mismo texto se titulaba «Informe del Secretariado Nacional de la Comunión Tradicionalista presentado al Consejo Nacional en su última reunión» (revista *Montejurra*, número de junio de 1960). Otra edición se titulaba «Unico planteamiento lógico de la Sucesión del Régimen».

Su verdadero destinatario inicial no era, sin embargo, el gran público, sino el propio Franco y las personas de su entorno influyentes en él.

Su claridad y sencillez nos excusan de ponerle notas. Una habría,

si acaso, de repetirse a lo largo de su texto, y sería la de señalar que el paso del tiempo ha ido desvelando que muchas de sus afirmaciones llevaban en sus entrañas un profetismo impresionante.

Los estados de confusión y de contradicción que se señalan repetidamente eran ciertos. Una sutil mentira se podría encontrar en la fingida ingenuidad de no encontrar explicación para ellos y de estar sorprendidos de los mismos. Porque el que se contradecía y sembraba confusión era el propio Franco, que era un existencialista visceral, ante quien ningún valor tenían las invocaciones a su propia ley de mayo de 1958. Esto los gritaban en la calle los carlistas de filas, pero los dirigentes javieristas creían en la necesidad de extremar la delicadeza con Franco. Volveremos en varias ocasiones sobre la ingenuidad de estas invocaciones ante Franco de sus palabras y de su propia biografía.

Vemos, pues, apenas iniciado un nuevo año, que las luchas dinásticas siguen tan absorbentes como es constante en esta historia. Si bien, a veces, llevan prendidas ricas lecciones de derecho político independientes de ellas.

La presión política ejercida por Don Juan y sus seguidores se potenciaba con la que espontáneamente fluía de la presencia física en variados y renovados ambientes de España de su hijo Don Juan Carlos. Había sido nombrado oficial de los tres ejércitos de Tierra, Mar y Aire en diciembre del año anterior (1), y ahora frecuentaba las clases de la Universidad de Salamanca.

Los carlistas habían enviado una protesta por lo primero al ministro del Ejército, teniente general Barroso, y llenaron las universidades españolas de octavillas protestando contra la presencia del príncipe liberal en las aulas. Esto se completó con un escrito al Rector de la Universidad Central usando el manido tópico de que la policía que le daba escolta y entraba con él violaba el fuero universitario. De poco sirvió todo esto; a poco, al empezar el nuevo

(1) Vid. tomo XXI, pág. 97. Además: Don José María Valiente envía el 19-I-1960 uno de sus habituales informes a Don Javier, sin especial interés, en el que le dice: «El Acto celebrado en la Academia Militar de Zaragoza para entregar a Don Juan Carlos los Despachos de Teniente de los tres Ejércitos produjo impresión dolorosa en el espíritu de los carlistas. Nosotros creemos que la cosa no tiene carácter definitivo para el problema dinástico. Y que no debía atribuírsele demasiada gravedad, porque está dentro del plan previsto hace bastantes años. Sin embargo, el Secretariado ha creído debía enviar al Jefe del Estado el escrito cuya copia acompaño a Vuestra Majestad. No le he enviado antes esta copia por no distraerle de sus múltiples ocupaciones de los preparativos de la boda de Su Alteza la Infanta Doña Francisca María.»

curso en octubre de este año, Don Juan Carlos entraba libremente en la universidad sin producir incidentes generales ni reacciones de AET; a los afiliados a ésta les faltaba «tiempo de fuego».

En conspicuos ambientes carlistas se tenía la impresión de que los mandos de AET (Agrupación Escolar Tradicionalista), aunque hicieron lo ya dicho, no se emplearon tan a fondo como pudieron y debieron. Estaban obsesionados en gobernar la Comunión y, rebasando su esfera propia, aparecían impertinentemente en centros de decisión superiores queriendo intervenir en cuestiones que les debían estar vedadas por la organización y por su edad. Daban la impresión, abonada de otras maneras, de que no servían solamente a la Comunión, sino que también se servían de ella para los fines de algunas otras organizaciones a las que simultáneamente pertenecían.

El día 29 de marzo Franco se entrevista con Don Juan de Borbón en «Las Cabezas». Tratamos de ello en el epígrafe siguiente. La Comunión Tradicionalista invierte el resto del año en rehacerse de este tremendo golpe que hace estragos en sus campos de reclutamiento y de operaciones, porque todo el mundo, con razón o sin ella, interpreta que el sucesor de Franco será Don Juan Carlos, y según ley universal, se inclinan hacia él, a socorrer al vencedor.

La Comunión Tradicionalista sale de la crisis de «Las Cabezas» mediante tres acciones, a saber:

1.^a El día 2 de junio se celebra una «cumbre» en Hendaya de donde sale de nuevo una definición escrita de la política a seguir: nada nuevo, sino insistir, en un alarde de falta de imaginación, en la política de colaboración con Franco, es decir, de agarrarse al verdugo para no dejarle actuar; pero el verdugo iba, a pesar de ello, atando a la víctima con la mayor desenvoltura.

2.^a Se mantiene, a pesar de prohibiciones y tensiones, la línea de hacer grandes concentraciones.

3.^a En octubre se disuelve el Secretariado y se nombra Jefe Delegado a Don José María Valiente. Es una medida acertada que, además de replicar a la dificultad de las comunicaciones con el Rey, dando más independencia a sus representantes, da al público una sensación de eficacia y de voluntad de vencer.

Pero junto a estas manifestaciones visibles de fortalecimiento aparece otra, secreta, de debilidad, que es la tendencia de Don Hugo a moverse por su cuenta y sin contar con el Jefe Delegado.

Repasamos algunas noticias acerca de la política de colaboración:

El 31 de enero de 1960, Don José María Valiente contó al recopilador que le acababa de visitar el Padre Juan Antonio Segarra Roca. Era un jesuita famoso por su inteligencia, su capacidad de maniobra, su carlismo puro y desembozado, y por haber sido el brazo derecho del Padre General de la Compañía de Jesús, Wladimiro Ledochoski, en la lucha contra la Segunda República (1). Valiente se desahogó contándole que crecía la oposición interna a la política de colaboración con Franco. El Padre Juan Antonio Segarra Roca, S. J., le exhortó a seguir apoyando a Franco y a colaborar con él, porque —le dijo textualmente—: «Franco es el único que nos defiende del Vaticano. Si por Roma fuera, y por la Compañía, ya tendríamos aquí la libertad de cultos».

A principio de año, Don José María Valiente, que conservaba las grandes amistades de su juventud con dirigentes católicos, supo que la Asociación Católica Nacional (2) de Propagandistas y su obra «La Editorial Católica», editora del importante periódico *Ya*, le iban a pedir a Franco la misma libertad para empezar a moverse que estaba dando a los carlistas, y esto obligaba —según Valiente— a que los carlistas se fueran más hacia Franco y hacia Falange para poder, unidos a éstos, detener a la democracia cristiana, representada por esos propagandistas, y a Don Juan de Borbón.

El 17 de febrero, Don José María Valiente envía al Rey uno de sus habituales informes en el que entre pequeñas cuestiones concretas, figura la siguiente estimación de la situación:

«Por las Actas que le habrá enviado Juan, habrá visto Vuestra Majestad que las impresiones son buenas, aunque nos falte mucho que hacer, porque las otras posiciones monárquicas que se oponen a nuestra marcha nos llevan mucha delantera y cuentan con muchos elementos económicos y sociales. Nosotros vamos despacio, midiendo mucho los pasos, pero creo que avanzamos con firmeza y seguridad.»

«Si me lo permite Vuestra Majestad, me atrevería a suplicarle que ordene informaciones a unos y a otros, aun a los más contrarios entre nuestros amigos. Todo ello, para que Vuestra Majestad tenga siempre la información más completa, desde los más distintos puntos de vista.»

(1) Vid. tomo XXI, pág. 160.

(2) Posteriormente esta poderosa organización vaticanista se avergonzó del nombre de «Nacional» y lo suprimió, quedando en Asociación Católica de Propagandistas.

A raíz del susto de la entrevista Franco-Don Juan se buscó en abril un nuevo contacto con el antiguo Jefe Nacional de Falange, Don Manuel Hedilla Larrey. (El primero fue Don José Antonio Primo de Rivera; el segundo, Don Manuel Hedilla Larrey, hasta el decreto de Unificación de 19-IV-1937, y el tercero fue Franco.) Otros contactos tenidos escalonadamente en años y episodios anteriores habían fracasado totalmente. Pero ahora había una nueva esperanza de encontrar mejor acogida, porque había contraído segundas nupcias con una hija de Don Fernando de Rojas, Marqués de Algorfa, y jefe carlista de Valencia muchos años. Vivía Hedilla aparentemente retirado de toda política activa, pero siempre en contacto con un nutrido grupo de viejos falangistas que le admiraban y querían. La entrevista fue desoladora. A pesar de la sensación de peligro de restauración de la Dinastía Liberal que se vivía en aquellos días en Madrid, y que era la que impulsaba a buscar angustiosamente en esa y en otras entrevistas contactos, siquiera ocasionales, contra Don Juan de Borbón, Hedilla estaba absolutamente despreocupado. Se reía de Franco, que, según él, lanzaba los rumores de su próxima retirada, pero con firme decisión de no marcharse. No admitía el símil de la fábula de los pastores y el lobo, es decir, que alguna vez estas alarmas fueran ciertas y cogieran a los de la España Nacional despreocupados. En último término, decía que Falange no era en absoluto monárquica, y que por ello le daban lo mismo unos pretendientes que otros; que ellos seguirían luchando contra Don Juan, pero solos, porque no veían ninguna posibilidad de que Falange, la auténtica, la suya, naturalmente, se entendiera para nada con los carlistas, que formaban un partido monárquico.

Es importante dejar bien claro que no todos los falangistas pensaban tan extremosamente. Había entre ellos diversos grados de voluntad de entenderse con los carlistas. Los más proclives hacían un esquemita sumamente elemental, que precisamente por eso se podía admitir fácilmente. Decían que estaban dispuestos a hacer en cuestión de monarquía lo que los carlistas quisieran, a cambio de que los carlistas admitieran sus doctrinas sociales. Puro disparate, porque ni ellos mismos sabían cuáles eran esas doctrinas sociales. Concretamente; en la práctica se reducían a la repetición de tópicos como «una más justa distribución de la riqueza» y «acabar con las desigualdades irritantes», y otras cosas parecidas en su vacuidad e imprecisión. Y, por otra parte, el Carlismo tenía una doctrina social muy elaborada, si bien desplazada de sus propagandas por el tema

dinástico, obsesivo. Pero el hecho era que aquel esquemita necio circulaba con fluidez, y hasta se recogía en algún escrito. Producía, injustamente, en algunos jóvenes recién llegados a las filas de Don Hugo una sensación de inferioridad debida también, claro está, a la ignorancia de la propia doctrina social; reaccionaban diciendo otra tontería, que el Carlismo era en materia social tan «avanzado» como los que más, y esto les predisponía a deslizarse hacia la izquierda.

Al regreso de la «cumbre» del 2 de mayo en Hendaya, donde se reafirmó la política de colaboración con Franco, y en vísperas de la concentración de Montejurra, Don José María Valiente adelantó un proyecto de cenar con Don Manuel Fraga Iribarne, que dirigía una sección en la Secretaría General del Movimiento, y empezaba a hacerse notar en política. En la cena, en el restaurante Lhardy, de Madrid, Don José María Valiente explicó a Don Manuel Fraga Iribarne sus repetidas tesis, con el deseo de hacerlas subir por esa nueva vía «hacia arriba». Eran tranquilizadoras y convenientes para Franco. A saber:

«Que dentro de dos o tres años Don Carlos (Don Hugo) estaría en forma. Que hasta entonces nuestra política es ganar tiempo, y en esto coincide con la de Franco. Por el contrario, la de Don Juan es correr, porque: a) Sus partidarios tradicionalistas saben que si no viene en vida de Franco, luego no tiene nada que hacer; b) porque las izquierdas que le apoyan le quieren ahora como cuña contra Franco, pero después ya no les hace falta; c) los de Renovación, porque tienen miedo a dejarle solo, sin Franco; si entonces viene Don Juan, ellos se irán al extranjero para que no les coja la Revolución.

Que Don Carlos tiene los dos pies en el Movimiento para que el 18 de Julio siga siendo un hito en la historia de España, como el 14 de Julio en la de Francia. En cambio, Don Juan tiene un pie dentro y otro fuera.»

REUNION DEL CONSEJO NACIONAL

El Consejo Nacional se reunió en Madrid, los días 22, 23 y 24 de enero; al mismo tiempo lo hacía la Junta de Gobierno de la Comunión Tradicionalista. Los dos principales documentos que se

produjeron fueron los que siguen: la Nota para los Consejeros, que alcanzó cierta fama, y el escrito de los carlistas granadinos. Del primero, de la Nota para los Consejeros, dice Don José María Valiente en un informe a Don Javier el 14-XI-1960: «La razón de este documento es salir al paso de las inquietudes sembradas entre los tradicionalistas con motivo de la solemnidad militar de Zaragoza, de diciembre último en la que se entregaron los Despachos de Teniente a Don Juan Carlos». Vid. et. pág. 38.

NOTA PARA LOS CONSEJEROS

1. Ciertos sectores monárquicos fomentan, con motivo de alguna solemnidad militar, el rumor de que se han tomado decisiones dinásticas con carácter definitivo, al hacer tantas evocaciones históricas de manifiesto alcance dinástico liberal. Con ello se sitúan fuera de los Principios del Movimiento, y de la Monarquía Tradicional, que es la reconocida por la Ley de 17 de mayo de 1958. Por tanto, esta actitud monárquica queda fuera de la ley, porque la Monarquía Tradicional es la continuidad de la Cruzada, y no es la continuidad del anterior régimen liberal.

2. Esta actitud monárquica evidencia, una vez más, su íntima confusión doctrinal, tan contradictoria, que justifica la alarma y desconfianza que está causando en la opinión pública. Y pone en grave peligro el ambiente monárquico en nuestro país, porque el recuerdo de la monarquía liberal no es popular. La indudable confusión doctrinal entre los seguidores de la dinastía liberal aumenta tal popularidad.

3. En la Monarquía Tradicional, lo primero son sus Principios y la seguridad en la doctrina, a fin de evitar desviaciones de la opinión pública sobre esta institución.

Esto es lo que están haciendo los tradicionalistas: Exponer al pueblo la doctrina monárquica auténtica, revalidada en las circunstancias históricas que vivimos, como fruto de la Cruzada.

4. Es necesaria la presencia tradicionalista en la preparación de las múltiples instituciones que han de constituir la futura Monarquía Tradicional.

Dentro del Movimiento, la Comunión Tradicionalista está des-

arrollando, con el beneplácito de las autoridades, una intensa campaña de actos públicos, para la difusión de los Principios Fundamentales del Movimiento, y especialmente de la Monarquía Tradicional, proclamados en la Ley de 1958.

Esta actuación pública contribuye eficazmente a mantener vivo el Movimiento en grandes sectores de nuestro pueblo, porque el Carlismo fue siempre una fuerza eminentemente popular.

La Comunión Tradicionalista acudió generosamente al Alzamiento del 18 de Julio de 1936, para salvar a la Patria de las últimas y constantemente previstas consecuencias del liberalismo. Con igual generosidad acude hoy al llamamiento de la Ley de 1958, que abre la etapa de la institucionalización, anunciada por el Jefe del Estado, para asegurar la continuidad del espíritu del Alzamiento por medio de la Monarquía Tradicional.

5. Es preciso reconocer, a la luz de una doctrina correcta, que en nuestro país no ha existido en realidad un *problema dinástico*, sino un *problema de fondo monárquico*. Pero después de la Cruzada ya no existe tal problema, porque se ha fallado, con un inmenso sacrificio, en favor de la Monarquía Tradicional, social y representativa, reconocida por la Ley de 1958.

Lo primero es la seguridad doctrinal; después vienen las cuestiones de Príncipes, las cuales quedan sometidas, tanto por el derecho sucesorio como por el sentido moral político, y el principio de la legitimidad de ejercicio, al servicio de una doctrina. Y en tanto en cuanto la profesión de la doctrina se haga con serias garantías. *No se puede alterar este orden de valores.*

Ciertamente los españoles tienen sus opiniones en cuanto a Príncipes pero estas opiniones han de estar supeditadas siempre a una fidelidad doctrinal, que no ofrezca dudas, ante los Principios de la Monarquía Tradicional.

Cualquier alteración en este orden de valores conducirá no a la monarquía, sino a la república coronada. Algún monárquico, no carlista, ha dicho que lo ocurrido el 14 de abril fue *que la república se quitó la corona* (1). Siempre se acabará del mismo modo, si se hacen las cosas del mismo modo. Y en el interregno se producirá la interinidad, la esterilidad y el desorden moral y material. La Ley de 1958 cierra el paso a cualquier alteración en este orden de valores, y salva los Principios del Movimiento.

(1) Fue Eugenio Vegas Latapie.

6. La sola palabra *monarquía* no convence a nadie, porque en la conciencia pública se ha producido la certeza de que la monarquía puede ser de distintas maneras, y teme a la que carece de apoyos sociales, que nunca fue popular, y que al fin quedó abandonada por su pueblo.

En negocio tan serio como es la reinstauración de la monarquía en nuestro país, será necesario un serio estudio de las circunstancias actuales, después del disolvente período liberal, para el replanteo de las instituciones básicas, si la monarquía ha de ser verdaderamente social, y ha de estar asistida por la sociedad. Por eso no se puede ir de prisa, sino con ritmo tradicional. Ni pueden admitirse maniobras que van por el atajo del *hecho consumado*. Pensar en el *hecho consumado* para traer la monarquía es una maniobra liberal, que no aceptará de nuevo la sociedad española.

7. Los tradicionalistas sienten fervorosamente sus lealtades dinásticas. Por eso respetan las lealtades personales de los demás. Lo que no pueden comprender es las confusiones doctrinales, porque ello daría en tierra con la Ley de mayo de 1958, con los Principios fundamentales del Movimiento, y con el espíritu de sacrificio de la Cruzada.

El Rey ha de profesar con absoluta garantía los principios de la Monarquía Tradicional, como lo hizo siempre la dinastía carlista española, hoy representada por Don Javier de Borbón.

8. La reinstauración de la Monarquía Tradicional está decidida en la Ley, se llevará a cabo con la amplitud propia de un sereno ordenamiento jurídico, y con la presencia del Carlismo, tan legítimamente interesado en este asunto, con tanta autoridad moral para ello, y con plena actualidad política después del 18 de Julio.

9. Las evocaciones dinásticas liberales que se están haciendo conducen a una restauración de signo canovista y de pactos de partidos. Tal planteamiento del problema no conduciría a otra cosa que a lograr una monarquía de pura apariencias, sin base doctrinal, y sin asistencia de la Nación auténtica. Sería no sólo una simple obra muerta, sin calado popular, como fue en el siglo pasado, sino que además, y sobre todo, sería hoy infiel a la Cruzada.

Esta monarquía desembocaría en seguida en la república, y en un revanchismo atroz. Hay que mantener la alerta, porque el enemigo está al acecho del menor error o desfallecimiento.

Los dirigentes rojos exiliados han alzado la bandera de lo que

llaman *monarquismo instrumental* (1). Es su Caballo de Troya. El viejo ardid está calando mucho, incluso en las mentes más sencillas del republicanismo. Tal peligro debe, ante todo, ser alejado, tanto en el espacio como en el tiempo. Después se podrá hacerle frente, sin presiones, que pudieran producir algún error de cálculo en la actuación.

10. La monarquía continuadora de nuestro movimiento, no puede ser otra que la tradicional, social y representativa. Sólo así podrá ser popular. Hoy no bastan las oligarquías, porque los estamentos trabajadores no se limitan a ser comparsa. Sería un grave error no ver las cosas de este modo.

Las fuerzas económicas de los altos estamentos sociales tienen su función social en su ámbito propio. Pero no pueden convertirse en grupos de presión, ni conducir la política, porque no están llamados a ello directamente. Además les falta sentido popular, y la política ha de ser necesariamente popular.

La monarquía defendida por los carlistas se ha apoyado siempre en el pueblo. Este es el fundamento de la Monarquía Tradicional: Ser protectora del pueblo ante los grupos sociales de presión. Monarquía Tradicional quiere decir Monarquía Popular. No se puede prescindir de las masas tradicionalistas, tan necesarias para la firmeza y popularidad de la monarquía. La representación de estas masas es indispensable para la Monarquía futura.

Las oligarquías madrileñas carecen de sentido nacional y regional; viven en un centralismo despectivo, que constituye el separatismo peor, y hacen política de salón, y democracia de salón, mientras tienen las espaldas guardadas, y mientras tienen quien las defiende. Pero ni agradecen la defensa, ni saben defenderse por sí mismas, cuando la democracia se les escapa de sus salones. Entonces huyen, como huyeron siempre en las grandes crisis nacionales del liberalismo, y sobre todo en la del 14 de abril, en la cual abandonaron la institución, en su propio terreno liberal de las urnas. En todo caso, la monarquía liberal demostró, por última vez, y para siempre, que carece de recursos doctrinales y legales para su defensa, y la del pueblo, frente a la revolución.

Madrid, enero de 1960.»

* * *

(1) V.d. Alvaro D'Ors, en «Gobierno y legislación», tomo XX, pág. 81.

DOCUMENTO PRESENTADO POR LA JEFATURA REGIONAL DE GRANADA ANTE EL CONSEJO

La Comunión Tradicionalista, como uno de los principales elementos civiles que actuó en la preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional, se siente participante de la Victoria, y de la interpretación de los principios que deben considerarse inmutables del Movimiento Nacional, proclamados en la Ley fundamental del Estado de 17 de mayo de 1958 (1).

Apartada de las tareas de Gobierno y Administración durante un largo período, la proclamación de esta Ley fundamental y las circunstancias que se vienen produciendo en nuestra Patria, hacen preciso revigorar de una manera clara el frente nacional que ha de mantener y dar el desarrollo político con auténtica sustancia del pueblo, al Movimiento Nacional, dentro de una «Monarquía tradicional, católica, social y representativa», como fija la citada Ley fundamental de 17 de mayo de 1958, y los principios generales señalados como inmutables en todas ellas.

De cara a la unidad de España, que ha de exigir nuestra futura paz social, con el régimen de libertades reivindicadas un 18 de Julio, expresamos:

1.º Que sentimos la unidad de la Patria, que está garantizada en nuestro Movimiento en la persona del Jefe del Estado o del Rey. En España no existe un problema dinástico, sino un problema monárquico; una monarquía liberal-capitalista, y una MONARQUÍA TRADICIONAL POPULAR. El Movimiento ha proclamado, como consecuencia lógica de su propio ser, la Monarquía Tradicional.

El Rey ha de profesar con absoluta garantía estos principios, como lo viene haciendo la dinastía carlista española, hoy representada por Don Javier de Borbón.

2.º La Comunión Tradicionalista ni es ni actúa como partido político, sino como depositaria de unos principios integrados en el Movimiento Nacional (2).

(1) Ni todo lo de esta Ley era tradicionalista ni todo lo tradicionalista estaba en esta Ley. Véase el tomo XX, pág. 131.

(2) No todos los principios de la Comunión Tradicionalista estaban integrados en el Movimiento Nacional. Entre otros, la cuestión foral y la de la representación social. Silenciar o disimular, aunque no fuera más que estas dos diferencias, parece gravísimo engaño.

3.^o Ante la situación del momento político y la necesidad de ir dando forma a proyectadas organizaciones internacionales (1), y evitar todo confusionismo sobre nuestro régimen representativo, solicitamos con el apremio que nos da la razón y las circunstancias por las que se va deslizando nuestra Patria:

a) Que se avance con la prudencia necesaria en la renovación de los órganos representativos de la Nación, buscando, cada vez más, la autenticidad de estas representaciones, dotando a los Sindicatos, a los Municipios y a las Cortes, así como al Consejo del Reino, de los elementos que sientan la plenitud de la responsabilidad ante sus representados para sustituir las delegaciones puramente estatales, por otras más sociales.

b) Que se vigoricen las bases para un régimen local fuerte y eficiente, dotando a los Municipios y Diputaciones de su independencia administrativa, indispensable para su función, integrados, por otra parte, en las regiones forales, que han dado siempre vitalidad y fuerza con sus diversas peculiaridades, a la unidad de España, que es principio fundamental para todos.

c) Que el sindicato o gremio —el nombre es accidental (2)— sea libre de presiones estatales, ideológicas, ni empresariales: autónomo, porque la autenticidad sólo se da en lo que es genuinamente propio. La función de los sindicatos no debe reducirse a las exigencias de justicia laboral (Carlos, Príncipe de Asturias, Montejurra, 1958). Hay que ir a una auténtica participación de la empresa en la economía nacional a través del Sindicato y de las Corporaciones, desvinculándose de la organización política del Estado.

d) Que exista una auténtica responsabilidad en los cargos y funciones públicos, tanto políticos como administrativos y técnicos.

e) Que se lleve hasta las últimas consecuencias la política de estabilización, austeridad y reducción de gastos públicos, haciendo que una mayor libertad de la iniciativa privada, y un encauzamiento del crédito bancario hacia ella, con una economía de mercado, sustituya a empresas del Estado que no están debidamente justificadas, y que han de ser siempre transitorias, y como sustitución de la ini-

(1) Alusión al tema de moda de la unificación de Europa, sin resaltar su carácter anticristiano ni las diferencias entre el proyecto en curso de unión europea, y el proyecto católico de Pío XII, recién derrotado y apartado entre bastidores.

(2) Ver las diferencias entre sindicato y gremio en el tomo XII, pág. 85.

ciativa privada (1). Y en cuanto a las grandes empresas privadas, hay que evitar situaciones económicas de privilegio.

f) «La política social del Estado —firmemente impulsada por el Generalísimo— ha intentado disminuir la hondura que separa a los grupos sociales. Para conseguirlo plenamente hace falta la asistencia precisamente de quienes critican. Además hay que decir que no se ha apuntado bastante a la raíz del problema. Estas trágicas desigualdades son manifestaciones de algo más profundo. La organización de nuestra sociedad es inactual; está basada en la riqueza» (Carlos, Príncipe de Asturias, Montejurra, 1958).

Hay que hacer efectiva esta política social con una creciente justicia distributiva, que no va contra el capital y la propiedad, legítimamente considerada según la doctrina social católica, sino contra el capitalismo de presión, que ha sido el único apoyo de la monarquía liberal.

4.º Con estos postulados políticos, compartidos por todos los españoles que se consideran participantes del Movimiento Nacional, aspiramos todos juntos a defender los valores sustanciales de la Patria contra los enemigos de siempre que atacan hoy de nuevo la roca inmovible de la auténtica España.

Madrid, enero 1960.»

EL «BOLETIN DE INFORMACION», NUMERO 1

Como en otras ocasiones, para divulgar de otra forma las mismas ideas que era urgente hacer llegar a Franco a toda costa y machaconamente para que se las aprendiera, se inventó un «Boletín de Información», hecho en Madrid, muy cerca de Don José María Valiente, cuyo estilo literario recuerda. Lleva el número 1 y fecha de mayo de 1960; ya no salieron más números. Pero en él se dice, entre

(1) Era el caso del INI. Copiado de un organismo del Estado de Mussolini, su espíritu fundacional era hacer con el apoyo del Estado y de la Administración aquellos negocios malos, pero necesarios, que no se atrevía a acometer la iniciativa privada. Era una pura aplicación del principio de subsidiariedad. Pero el INI degeneró de ese espíritu fundacional suyo porque después de sanear un sector o asunto, cuando la empresa destinada a ello se consolidaba, en vez de subastarla a la iniciativa privada, la retenía, alcanzando con este método proporciones monstruosas.

otras cosas, lo que era entonces una explicación de la política de la Comunión.

Empieza con unos párrafos que, bajo la rúbrica de «Situación política de la Comunión», minimizan la trascendencia de la entrevista Franco-Dan Juan en «Las Cabezas». Los hemos trasladado a la página 82. Después leemos:

«Política de la Comunión.—La política de la Comunión no ha variado, ni puede variar en tanto se mantengan las mismas circunstancias.

Las maniobras del enemigo no pueden tener otro efecto que el de multiplicar las actividades de la Comunión, procurando sobre todo una mejor organización, para poder influir de una manera eficaz en la marcha de los acontecimientos.

El Carlismo no es de hoy, ni de ayer, ni de mañana, sino de siempre, hasta que se consiga la instauración de la Monarquía Tradicional con plenas garantías, en la Dinastía Legítima, única que ofrece esas garantías. En este sentido el deber actual es incrementar los esfuerzos para hacer que ése sea el desemboque del 18 de Julio y Cruzada. Si no se llegara a conseguir ese objetivo, siempre quedará la obra realizada, con su valor real, y como justificación ante España y nosotros mismos.

Se va perfilando cada día más la idea de que no va a ser posible el "hecho de una restauración que con el nombre de tradicional sin contar con el Carlismo".

El aplazamiento de los actos públicos, previamente autorizados, de Murcia (3 de abril), de Quintillo, Sevilla (24 de abril) y de Montserrat (1 de mayo), es forzoso relacionarlo, más o menos directamente, con las maniobras del frente liberal, que aprovechó el ambiente propagandístico creado por la entrevista de «Las Cabezas», para conseguir esas suspensiones. No obstante, podemos afirmar que se va saliendo del bache formado en el mes de abril.

Sin embargo, se ha celebrado Montejurra con más afluencia de gentes de toda España que en años anteriores, dentro de la mayor unidad y ortodoxia carlista, y con una significación especial de oposición a la maniobra liberal, por las circunstancias del momento. Se acompañan los textos de la carta de S. A. R. el Príncipe de Asturias al Jefe Regional de Navarra y de los discursos pronunciados por el Presidente del Secretariado, don José María Valiente, y por Don Ramón Massó.

Los demás actos aplazados seguirán celebrándose, y ya hay fechas

fijadas para uno en Valladolid (5 de junio), Montserrat (12 de junio) y se prepara el de Villarreal de los Infantes (Castellón). *Nuestra serenidad, firmeza y perseverancia son nuestras mejores armas frente a las prisas y embestidas del enemigo.*

Madrid, mayo de 1960.»

REUNION DE DON JAVIER, DON HUGO Y EL SECRETARIADO EN HENDAYA EL DIA 2 DE JUNIO DE 1960

Fue el primer encuentro personal después de que se observaran graves perturbaciones en el enlace mediante Don Pedro Dorao, citadas en la carta de Don Javier a Valiente del 30 de marzo. Respondía, además, al grave acontecimiento de un mes antes, la entrevista Franco-Don Juan en «Las Cabezas». Era una reunión obligada e importante.

Acudieron el Rey, el Príncipe de Asturias y los tres miembros del Secretariado, Don José María Valiente, Don José Luis Zamañillo y Don Juan Sáenz Díez. Además, como ayudante o miembro de la Casa del Príncipe de Asturias, Don Ignacio Toca Echeverría y Don Javier Ipiña.

Después, el día 22 de junio, Don José María Valiente envía a Don Javier uno de sus informes habituales con pequeños asuntos de trámite, y una «Exposición», que dice así:

EXPOSICION DEL SECRETARIADO A SU MAJESTAD EN 2 DE JUNIO DE 1960

«1. La última batalla

Las fuerzas juanistas desencadenaron una gran ofensiva durante el mes de abril, después de la visita de Don Juan a Cáceres. Esto ha sido un golpe fuerte para los Carlistas, pero no ha sido *la última batalla*.

Los carlistas han demostrado, en general, sangre fría y nervios duros, y se están rehaciendo con los Actos de Montejurra y los próximos de Valladolid y Montserrat. Los carlistas no se han desconcertado, y esto está desconcertando a sus contrarios.

2. *Adenauer-De Gasperi*

Algunos creen que para suceder a Franco es necesario no haber estado con Franco. Estos son los que aspiran a ser Adenauer o De Gasperi. Confunden el hecho alemán, o el italiano, con nuestro Alzamiento del 18 de Julio.

En los movimientos fascistas, italiano y alemán, no intervinieron ni la Iglesia ni el Ejército. Ambas instituciones quedaron al margen. Por el contrario, en nuestro país, la Iglesia y el Ejército han sido columnas fundamentales del Alzamiento.

Nuestro caso no es el de Italia o Alemania. Es muy distinto, y es imposible un revisionismo tipo Adenauer-De Gasperi (1).

3. *Permanencia*

Decimos que nuestro caso es muy distinto a los de Italia y Alemania, porque éstos fueron *transitorios*, al no contar con instituciones tan fundamentales como la Iglesia y el Ejército. En cambio, el nuestro es *permanente*.

El Episcopado español calificó a nuestro Movimiento diciendo que no fue una guerra civil, sino una *Cruzada*.

Fue una Cruzada que defendió a la Iglesia contra la mayor persecución sufrida en toda la historia de la Nación. Nunca hubo en nuestra historia tan inmenso número de mártires. Costó un millón de muertos. En la historia de todas las Naciones hay fechas permanentes o de gran duración. El 18 de Julio quedará como una fecha permanente de nuestra historia.

Nuestra Cruzada fue la crisis del liberalismo, tanto del monárquico como del republicano, porque ambos conducen al comunismo. Nuestro 18 de Julio es el término del proceso abierto el 14 de julio de 1789 por la Revolución Francesa.

(1) Es una réplica a lo que dice Don Javier sobre los consejos de amigos de entrevistas en su carta a Valiente de 30-III-1960, escrita inmediatamente después de la entrevista Franco-Don Juan. Léase en el epígrafe siguiente. En ese epígrafe y subtítulo «¿Hubo un proyecto de contramina?» se halla el origen de la cuestión.

El Movimiento español ha sido la Contra-Revolución francesa de la burguesía de presión y la liquidación del marxismo de 1848.

4. *El error del monarquismo liberal*

Consiste su error en plantear una política de democracia cristiana, tipo Adenauer-De Gasperi. Esto es imposible en nuestra Nación, porque en la lucha intervinieron la Iglesia y el comunismo, y toda transacción es imposible (1).

El monarquismo liberal pretende hacer la paz con las fuerzas que formaron, primero, el Frente Popular, y después, el bando rojo, absorbidos siempre por el comunismo.

Por el momento, los exiliados aceptan el juego monárquico liberal, porque no tienen fuerza para imponer la revisión de la Cruzada y sólo pueden entrar en España escondidos bajo el manto de la monarquía. Pero este ardíd del caballo de Troya no engaña a nadie.

Los frentepopulistas se aprovecharán de la monarquía para entrar en España, pero después de haber entrado se revolverán contra ella y la exigirán la revisión de la guerra, de lo que llaman la sublevación armada contra la República, que era el régimen legal, según ellos. Pero esto, para nosotros, supondría la revisión de la Cruzada.

Se advierte en seguida que el problema así planteado es insoluble, porque en nuestro país no quedó nadie fuera de la terrible contienda. En el lado nacional todos han participado en el Alzamiento armado contra la República y esto no lo olvidará el Frente Popular, aunque ahora finja un aplazamiento de la exigencia de responsabilidades que no perdonarán a ninguno de los que se sumaron al Alzamiento armado y que fueron todos. En España nadie puede ser Adenauer o De Gasperi.

Plantear el problema, como lo plantean los monárquicos liberales, o demócratas centristas, del conservadurismo burgués, supone una actuación fuera de la órbita del 18 de Julio, lo cual es inútil intentar.

(1) En 1960 el progresismo religioso, con precoces e importante extrapolaciones políticas, ya estaba en marcha. Aunque no tenía las proporciones y consecuencias que luego alcanzó, permitía presagiarlas y fue un gravísimo error de este documento, y de otros análogos de la época, el ni siquiera mencionarlo. Tal vez se considerara algo anecdótico y de base, minimizado por la fe que entonces aún se tenía en los obispos y en Roma. La posterior y próxima convocatoria del Concilio hizo concebir la esperanza de que éste remediara esta situación. Pero no fue así y se produjo el «desenganche» de la Iglesia oficial de la situación política nacida de la Cruzada y del recuerdo de ésta.

Todo lo discutible puede discutirse, siempre que sea dentro de esa fecha, que es fecha permanente de nuestra historia. En cambio, la revisión de la Cruzada es imposible.

5. *Posición del Carlismo*

El Carlismo ha de continuar resueltamente su marcha por el camino del 18 de Julio. Los que andan este camino con titubeos y vacilaciones, porque no acaban de estar seguros de su estabilidad y permanencia, terminarán por perder el apoyo del Ejército y la opinión popular.

La postura del Carlismo es clara y limpia:

a) Acudió al 18 de Julio hasta terminar la guerra.

b) Después de terminada la guerra no ha podido tener ninguna intervención en la Administración pública ni en la política legislativa de estos veinte años. En vista de ello, se abstuvo correctamente en espera de que se produjese la sazón para el planteamiento de la monarquía, que forzosamente había de llegar.

c) Reconocida en la Ley de 17 de mayo de 1958 la Monarquía Tradicional, el Carlismo no puede estar ausente en los trabajos necesarios para la reinstauración de dicha monarquía.

Estos trabajos exigirán un cuidadoso estudio de las circunstancias actuales, y un proceso legislativo y administrativo desarrollado con ritmo lento, seguro y tradicional.

Exigirá también una lucha política que aún puede ser muy dura, como luego veremos.

6. *Colaboracionismo*

En el apartado anterior, letra b), decimos que el Carlismo no ha tenido ninguna intervención política durante el tiempo que va desde la guerra al anuncio de la Monarquía Tradicional y la Ley de 17 de mayo de 1958.

Durante ese tiempo de más de veinte años han colaborado todos los sectores políticos. Han colaborado todos los sectores monárquicos. Ha colaborado el Ejército. Ha colaborado la Iglesia como nunca lo había hecho tan intensamente en toda su historia.

También han colaborado elementos carlistas, algunos de mucho abolengo, aunque lo hicieron a título exclusivamente personal.

Debe advertirse que ninguna colaboración, dentro del 18 de

Julio, puede quedar incurso en el término francés COLLABORATION, muy usado en Europa en los últimos años, con la significación de ayuda al extranjero invasor de la Patria.

Este término francés no es aplicable al caso de nuestra Nación, dentro del 18 de Julio, como tampoco es aplicable, según dijimos, el revisionismo tipo Adenauer-De Gasperi (1).

7. *Cambio en el planteamiento del problema político*

En 1956 se anunció la Restauración de la Monarquía Tradicional y Vuestra Majestad dio orden de iniciar un proceso de intervención política que tiene la siguiente finalidad:

Preparar la reinstauración de la Monarquía Tradicional y evitar una restauración liberal.

Esto supone en la ejecución práctica la ocupación de posiciones políticas, en la Administración y en el Estado, para el cumplimiento de este fin.

Cinco meses después del Manifiesto de Vuestra Majestad de 12 de diciembre de 1957, se publicó la Ley de 17 de mayo de 1958, que promulga la Monarquía Tradicional, Católica, Social y Representativa, y define los principios del Movimiento de tal modo que ha cambiado el planteamiento del problema político en nuestro país.

A la vista de este nuevo planteamiento, debe actuar la Comunión Tradicionalista como la reserva más especialmente llamada a preparar las instituciones de una monarquía si ha de ser verdaderamente social y popular.

(1) Un grupo de carlistas notables visitó a Don José María Valiente el día 27 de abril de 1960. Estaban arrepentidos de la política de colaboración con Franco. Le explicaron a Valiente que Franco estaba retrocediendo ante la presión extranjera y que su política (la de Valiente) de apuntalar a Franco como a un dique era ya inútil porque estaba Franco fallando. De tal manera que aunque se retirara esa política no serían los carlistas culpables más que de pocos meses de anticipo de la catástrofe. Que si se fuera a retrasar años esta catástrofe, nada dirían y aun tendrían remordimientos de proponer terminar la política de colaboración.

Respondió Valiente que cuando fallara Franco, todo el mundo estaría comprometido de haber colaborado con él y que todavía se podía hacer mucho desde los despachos oficiales.

8. Continuidad. Continuidad perfeccionada constantemente. El Carlismo

La opinión pública teme los saltos bruscos después del enorme sacrificio de la Cruzada. Quiere una *continuidad*, aunque también es cierto que quiere que esa continuidad sea *perfeccionada constantemente*.

Para la seguridad en esta continuidad de perfección progresiva, el Carlismo puede prestar una aportación valiosa porque su doctrina tradicional, su ritmo ponderado y sereno y su sentido popular evitará las convulsiones, las improvisaciones y los saltos en el vacío del liberalismo irresponsable.

Hay que seguir adelante, y no volver atrás ni rozar los límites de la Cruzada, porque aún es muy grave el peligro de que se reproduzca la guerra civil.

El Carlismo debe ser la *continuidad perfeccionada progresivamente*.

La vía del 18 de Julio no es una vía muerta, sino la vía de porvenir de la Monarquía Tradicional, que es la popular y no la de clase inventada en el siglo pasado por el liberalismo.

El Carlismo ha cumplido absolutamente su misión militar, pero en el terreno político tiene que hacer frente a una oposición, que aún ha de ser muy dura:

a) Porque los liberales conservan muchas posiciones ventajosas para esa lucha política como consecuencia de la posesión del Trono durante el último siglo; porque defienden sus posiciones a toda costa, con la hábil explotación de un cómodo catolicismo que seduce a gentes preocupadas sólo por el orden material, y porque todo ello junto les proporciona todavía una gran superioridad técnica, de posiciones y de efectivos.

b) Porque los tradicionalistas-juanista son los que hacen ahora la oposición más cerrada y tenaz, y juzgan más duramente al Carlismo, al cual imputan que está haciendo imposible la única solución viable, que consiste, según ellos, en que los Príncipes de la antigua dinastía liberal hagan suya la doctrina y la sucesión carlista.

Este conjunto de elementos contrarios a la Comunión constituye un enemigo muy fuerte y muy ventajosamente situado para la lucha

política. Puede imponer derrotas, y ganar batallas, pero el Carlismo no debe dar por terminada la lucha hasta que no sea suya *la última batalla*.

Madrid, 2 de junio de 1960

Señor.»

CARTA DE DON JAVIER AL P. TURA, C. M. F.

La carta que sigue está tomada de «Boina Roja», número 60, de enero-febrero de 1961. En otros tiempos, su interés hubiera sido escaso por su carácter protocolario. Pero en 1960, en plena erupción del progresismo periconciliar que todo lo contaminaba, incluso al Príncipe de Asturias y a su Secretaría, es muy importante por la definición que da de la Comunión Tradicionalista con estas palabras, que hay que destacar: «Una Comunión de hombres que son ante todo católicos y que todo lo ordenan a la realización del reinado de Jesucristo en la sociedad».

«Bost-Besson. Allier, 11 de diciembre de 1960

Reverendo y muy querido Padre Tura:

Tengo conocimiento de que el próximo día 18 celebrará usted sus Bodas de Oro sacerdotales, y deseo unirme espiritualmente a esa feliz conmemoración.

Todos los buenos amigos de usted, y yo con todos ellos, damos gracias a Dios por haberle conservado en su santo servicio hasta llegar a esta fecha gloriosa.

Para todos es un honor tenerle a usted entre nosotros. Además de un honor, es una seria garantía de aciertos, en nuestros difíciles trabajos, porque los consejos de usted los estimamos como inspirados en criterios que son fruto de serios estudios, cumplida información y fervoroso entusiasmo, por la causa de Dios y de la Patria, en cuyo servicio nos sentimos todos tan fervorosamente unidos a usted. Esta profunda unión espiritual con usted deseo reiterarla en sus Bodas de Oro sacerdotales.

Pido mucho a Dios que le conserve largos años de salud y energías siempre juveniles. Pido también que pueda seguir actuando

como Consiliario nuestro, y que sus obligaciones sacerdotales le permitan como religioso ser Consiliario de nuestro Consejo Nacional.

Todas estas actividades quedan completamente apartadas del espíritu liberal de los partidos políticos, y son, por el contrario, actividades de una Comunión de hombres que son ante todo católicos y que todo lo ordenan a la realización del reinado de Jesucristo sobre la Sociedad.

La Reina, el Príncipe y las Infantas se unen a mis cordiales saludos. Todos en esta casa, nos uniremos con el sincero afecto de siempre y el agradecimiento por sus valiosos trabajos, le saluda su afectísimo

JAVIER.»

LA SITUACION LEGAL DE DON HUGO

La ausencia de Don Hugo en Montejurra puso de nuevo sobre el tapete político la indescifrable cuestión de la calificación legal de su permanencia en el territorio nacional. Este asunto, entre bastidores, llena en 1960 todo lo relativo a su persona. Recogemos algunos apuntes y documentos al respecto:

La fuerza de la legalidad y su cultivo no eran precisamente la característica de la España de Franco. Nadie más lejos que él del positivismo jurídico. Por eso hemos escrito muchas veces en esta recopilación que había entre él y la Comunión Tradicionalista un *modus vivendi*. Este era lo importante. Mas, al fin, como cuando le convenía a Franco invocar la legalidad, lo hacía, se pensó en atender este aspecto jocoso del *modus vivendi*, a falta de otros medios de mejorar éste. No por ingenuidad, sino por mantener el contacto con el enemigo, por no quedar parados, por «hacer algo». El verdadero camino para traer a Don Hugo a España, si realmente él y su padre hubieran querido entonces esto, y si el Secretariado por su parte también lo hubiera deseado con deseo eficaz, no era resolver jurídicamente su situación legal, sino negociar políticamente con Franco, que sabía muy bien saltarse muy legalmente sus propias disposiciones.

En una carta escrita el 5 de mayo, Don Javier responde negativamente a los proyectos de Don Ignacio Toca para que Don Hugo

volviera inmediatamente a España: su presencia era necesaria para contrarrestar la presencia de su rival, Don Juan Carlos de Borbón. Mucho más lo sería después de la entrevista Franco-Don Juan. Su aparición en Montejurra hubiera sido una adecuada réplica a la «bomba» de «Las Cabezas».

Pero Don Hugo, inspirado por su padre, seguía a fin de octubre sin querer volver a España, según claramente dice en su carta, que vamos a leer, al ministro de la Gobernación.

En una serie de pequeños documentos se repite la idea directriz de la política de la Comunión Tradicionalista en 1960. Nosotros somos el 18 de Julio; es así que Franco es el 18 de Julio; luego nosotros estamos con Franco y Franco no tiene otra salida lógica que estar con nosotros.

Pero no; no sería así; la segunda premisa era falsa.

CARTA DE DON HUGO AL MINISTRO DE LA GOBERNACION (1)

«Bostz, 28 de octubre de 1960.

Mi General:

Le agradezco mucho el saludo que me envía por medio de Ignacio Toca. Siempre he estimado en lo que valen sus simpatías personales.

Es difícil de explicar que un Ministro, que necesariamente ha de estar informado del alcance y significado de mis viajes, insista en mantener una prohibición que crea, por su parte, una situación de violencia inaceptable e inconveniente.

Conoce mi pensamiento sobre el futuro político de España. Es vital para asegurar la continuidad al Movimiento el apoyar y respaldar al Generalísimo.

Por eso, para no crearle dificultades y fiel a las directrices de mi Padre, acato esta prohibición, que supone un trato desigual que hasta podría comprometer la independencia del Generalísimo. Quiero demostrar que no vengo a infringir las leyes, sino a cumplirlas, en

(1) Archivo de Don Ignacio Toca.

tanto en cuanto no me impidan cumplir con Deberes Superiores que me imponen la fidelidad a unos Principios, que el propio Generalísimo ha proclamado como fundamentales del Movimiento.

Aunque tengo el convencimiento de que esta prohibición ha de revocarse y que no seguirá manteniéndose la violencia que se me hace, no pienso, por ahora, ir a España. Por ello le escribo esta carta con carácter reservado, para expresarle mi situación de espíritu.

Con toda mi gratitud y afecto,

Carlos de Borbón.»

NOTA DE DON IGNACIO TOCA ECHEVERRIA AL DIRECTOR GENERAL DE SEGURIDAD

«6 de diciembre de 1960

Excmo. Sr. D. Carlos Arias Navarro.

Director General de Seguridad.

MADRID.

Excmo. Sr.:

Le agradezco sinceramente la atención que ha tenido conmigo al recibirme el pasado día 28 de noviembre y atender toda mi explicación en relación con los viajes a España de S. A. R. D. Hugo Carlos de Borbón de Parma y Borbón.

Siguiendo sus indicaciones, el martes 29 estuve en el Ministerio de la Gobernación solicitando audiencia del Sr. Ministro. Me recibió el Ayudante Sr. Ybarra, al que informé del motivo por el que deseaba ser recibido por el Sr. Ministro. Me explicó cómo sería muy difícil la concesión de la audiencia, por el gran trabajo que pesa sobre el Sr. Ministro.

He considerado prudente el esperar una semana antes de hacer uso de su amable ofrecimiento. La adjunto la nota en que transcribo cuanto expliqué a V. E. a fin de que la haga llegar al Sr. Ministro (1).

Creo que habré sido suficientemente claro y concreto. Si no

(1) Es la que sigue.

obstante, el Sr. Ministro o V. E. estimaran que debo ampliar cualquiera de los datos, estoy a su entera disposición.

He de insistir a V. E. que mi decisión al visitarle y exponerle las circunstancias antedichas, se debe a que, a través de las manifestaciones de Autoridades, que han intervenido en este asunto, he llegado a la conclusión de que hay algunos malentendidos, que son necesarios aclarar, y que, sin duda, son los que han motivado la orden de septiembre, por la que se ratifica la prohibición de mayo, orden que al ir difundiéndose entre los Carlistas, está creando un clima de creciente malestar, que será muy difícil de disipar, por ser esta medida contradictoria con la actuación que sigue la Comunión Tradicionalista en relación con S. E. el Jefe del Estado, actuación que, por otro lado, es deber de todos el mantenerla y estimularla.

Le ruego, Sr. Director, que junto con mi gratitud acepte mi más atento saludo.

Ignacio Toca Echeverría.»

NOTA INFORMATIVA

en relación con los viajes a España de S. A. R. el Príncipe
Don Hugo Carlos de Borbón de Parma y Borbón

He de hacer constar:

1.º Que en todos los viajes que S. A. ha realizado a España se han observado las formalidades de rigor en la frontera; obran en su pasaporte, tanto los visados de las Autoridades Consulares de España, como los sellos de entrada de los Servicios de la Policía Gubernativa en las fronteras.

2.º Las estancias de S. A. en España se han debido principalmente a razones de estudio.

3.º Los viajes de S. A. se reservaron en un prudente incógnito, pero en ningún momento se entendía que habrían de constituir un secreto para las Autoridades.

4.º Es norma constante en S. A. el encaminar su actuación al servicio de una doctrina Monárquica, siempre defendida por el Carlismo, y hoy vigente por la Ley Fundamental del Estado de 17 de mayo de 1958, con una finalidad muy concreta, la de asegurar la continuidad del espíritu del 18 de Julio.

5.º El motivo de su actuación pública en Montejurra el 5 de mayo de 1957 fue el de reforzar las órdenes dadas por D. Javier, para la actual orientación política de la Comunión Tradicionalista. S. A. R. al reafirmar, merced a su intervención personal, la unidad de la Comunión, en un momento muy delicado para la misma, prestó un gran servicio a España y al Movimiento.

Conocedores de actividades desplegadas por personas, desligadas ya de la Comunión y opuestas a las normas de D. Javier, se hubo de disponer cuanto se relacionaba con la persona de S. A. con la máxima discreción y prudencia (1).

6.º Al volver a dirigirse al pueblo Carlista el 6 de mayo de 1958, lo hizo por su deseo de estimular a las juventudes a incorporarse a las inquietudes sociales del Movimiento.

7.º En 1959, quiso asistir, junto con el pueblo, al rezo del Vía Crucis, por los Mártires de la Cruzada (2).

8.º Su proyecto al intentar volver nuevamente a España el 5 de julio de este año, era únicamente el de perfeccionar sus estudios.

9.º S. A. no ha querido de ninguna manera violentar a S. E. el Jefe del Estado, planteando cuestiones dinásticas; creo poder resumir el pensamiento de S. A. con esta frase. Actuar discretamente, pero nunca a espaldas del Generalísimo.

En esta línea de conducta, se entiende que no son necesarias autorizaciones expresas; en cambio, no son aconsejables prohibiciones que pueden estimarse ofensivas e injustificadas, ya que la actitud de S. A. ha sido de absoluta corrección en todo momento, aunque haya habido algunos malentendidos, que espero queden aclarados con esta nota.

ELECCIONES A LAS DIPUTACIONES

Mediado el año el Gobierno dispuso que se celebraran elecciones para la renovación de todas las Diputaciones españolas. La Comunión Tradicionalista como tal no se pronunció sobre este acontecimiento. Pero su pensamiento aparece recogido en un editorial de

(1) Vid. tomo XIX-(I), págs. 31 y 32.

(2) Vid. tomo XXI, pág. 170.

la recién nacida revista navarra, semiclandestina, «Montejurra» (número 3). Como el mentor ideológico de la misma era Don José Angel Zubiaur Alegre, es verosímil que a su pluma se debiera. Ofrece también ideas acerca de los Ayuntamientos (1). Dice así:

«Elecciones.—Ya están convocadas las elecciones para la renovación de las Diputaciones españolas, hecho que no puede pasar sin nuestro comentario.

Los Carlistas somos esencialmente forales y por eso, desde nuestro nacimiento a la vida política, hemos venido, siempre, oponiéndonos a los centralistas y a sus consecuencias, entre las que se encuentra la de la división del territorio nacional en provincias simétricas.

Partiendo de este criterio, es natural que cuando se refiera a la constitución de las Diputaciones o de los Ayuntamientos tiene para nosotros, en principio, gran importancia, ya que una de las características del sistema de gobierno que propugnamos es la de que sea «representativo», principio que ha sido recogido en la Ley Fundamental del Reino, de 17 de mayo de 1958, "como básico de nuestras instituciones públicas".

Entendemos que a la hora de realizar esa "representación" de abajo arriba habría que tener en cuenta las notas peculiares de las regiones españolas, acreditadas por la Historia y por la experiencia de siglos.

Pero, puesto que no se ha llegado todavía a ese final, preconizado en la Ley citada, aun dentro del planteamiento actual insistimos en que las elecciones tienen importancia, en cuanto que se trata con ellas de designar a las personas que han de administrar los intereses públicos, que a todos nos afectan por tratarse de cosas comunes.

Esta importancia se acrecienta en Navarra, en donde, por su régimen foral, la Diputación tiene una personalidad y unas facultades singulares que encierran grandes posibilidades.

Es claro que hablando de la representación no se puede limitar el comentario al punto de vista teórico, sino que ha de extenderse a la representación práctica o de hecho.

En este sentido, no podemos menos de significar que la actual legislación elimina la posibilidad de que puedan ser elegibles para el puesto de Diputado personas que, reuniendo condiciones para ello,

(1) Acerca de las elecciones municipales, véase tomo de 1963.

les falta el requisito previo de ser Concejales de Ayuntamiento del mismo Distrito que ha de designar al Diputado. Esta reducción de "elegibles" no es conveniente para los intereses comunes. Sería fácil evitar esa consecuencia, admitiendo que el Cuerpo electoral de los Ayuntamientos pudiese otorgar su representación para Diputado a las personas que considerasen aptas para recibirla, prescindiendo de que esas personas formasen o no parte de dichos Ayuntamientos. Una modificación legal en ese sentido no alteraría el principio de la representación.

Siguiendo con el punto de vista práctico, pues la política no es precisamente la ciencia de la abstracción, sino del gobierno de los pueblos, caben otras observaciones.

Una de ellas es la de que los Ayuntamientos realizan su votación para Diputados por medio de compromisarios. No cabe duda de que, por lo menos, el espíritu de la actual legislación es el de que el compromisario refleje el criterio del Ayuntamiento que le designó, aunque en su nombramiento no especifique que sea con mandato imperativo, pero lo evidencia el mismo concepto de compromisario, esto es, que ha adquirido un compromiso con respecto a la Corporación que representa para ese momento.

Pero no siempre vota el compromisario a la persona a la que el Ayuntamiento quiere que se vote. Esto está mal por principio y puede prestarse a abusos inadmisibles. Se evitaría si el compromisario fuese el portador del acta municipal en la que constase el nombre y apellidos de la persona elegible a la que su Ayuntamiento vota para Diputado.

Otra de las observaciones es la de que debieran eliminarse las llamadas candidaturas oficiales. Si el uso de ese nombre fuera un notorio abuso, debiera aclararse públicamente, buscando la ejemplaridad. Que cada candidato juegue su baza electoral tomando como base sus condiciones personales, pero sin recomendaciones que pudiesen interpretarse como presiones.

En resumen. Allá cada Ayuntamiento con su acierto o su error; pero que realice su voluntad libremente, ejercitando los derechos que la Ley le concede, porque si es así y actúa con arreglo a su criterio, se salvará el principio de la "representación", y de lo contrario se reduciría a una mera apariencia, al margen de lo que la Ley trata de conseguir.»

IV. ENTREVISTA DE FRANCO CON DON JUAN DE BORBON, EN LA FINCA «LAS CABEZAS», EL 29-III-1960

Crónica juanista.—La reacción carlista.—Carta de Don Javier a Don José María Valiente.—Impreso «En defensa del 18 de Julio».—Nota del Secretariado de la Comunión Tradicionalista.—Comentario del «Boletín de Información» número 1.—La situación de la Comunión Tradicionalista después de esta entrevista.—¿Hubo un proyecto de contra-mina?—La designación de Don Federico Suárez Verdeguer.

Esta entrevista fue la tercera entre Franco y Don Juan. La primera tuvo lugar a bordo del «Azor», en aguas del Cantábrico, el 25-VIII-1948, y la segunda, en esta misma finca de «Las Cabezas», el 29-XII-1954. De ellas nos hemos ocupado ya en esta recopilación en los lugares que cronológicamente les corresponden. Esta entrevista de 1960 fue, pues, la segunda celebrada en la misma finca, y ello ocasiona alguna confusión cuando se menciona la «entrevista de "Las Cabezas"» sin indicar inmediatamente después una fecha que permita entender a cuál de las dos entrevistas parecidas se alude.

Pueden encontrarse detalles y la versión de Franco en la prensa de Madrid del 31 de marzo de este año de 1960. La versión pública juanista figura en su boletín, «Afirmación», número 4, de abril siguiente. Parece que hubo algunos pequeños cambios en el comunicado sobre la entrevista acordados por los interlocutores, que fueron señalados en una hoja, impresa por los juanistas más antifranquistas, los del grupo «Unión Española» (1), capitaneados por Don Joaquín Satrústegui. Varios historiadores de ese período hacen hincapié en esos pequeños cambios de redacción, que para nuestra historia son de interés escaso y secundario.

(1) Véase tomo XXI, pág. 225.

El boletín juanista «Afirmación», número 4, de abril de 1960, publicó una extensa crónica de la entrevista, de la cual tomamos los siguientes datos:

Se celebró el día 29 de marzo en el palacio que el marqués de Comillas tiene en «Las Cabezas» (Cáceres). Don Juan de Borbón —«el Rey»— llegó la víspera acompañado del duque de Alburquerque y de su secretario, Don Ramón Padilla. El día 29 de marzo llegó el Generalísimo hacia las doce de la mañana y pasó inmediatamente con «el Rey» a uno de los salones; la conversación se prolongó hasta las dos, en que pasaron al comedor. Habían acompañado a Franco el Jefe de su Casa Civil y escolta. Las conversaciones se reanudaron a las cuatro y media. Una hora después llegaron los ministros de Obras Públicas y de Educación Nacional, señores Vigón y Rubio, que fueron recibidos por «el Rey» y el Generalísimo a las seis y media. El Generalísimo salió del palacio a las siete de la tarde. «El Rey» recibió después a los dos ministros. (...)

El temario parece haber sido amplio, aunque sin duda lo más inmediato fuera el plan de estudios del «Príncipe de Asturias».

Ya había acuerdo sobre la persona del Preceptor, que ha pasado a serlo Don Federico Suárez Verdeguer, Catedrático de Historia, conocido tradicionalista y experto conocedor de los movimientos políticos españoles del siglo pasado. En la entrevista se dispuso que los estudios del Príncipe estarán dirigidos por un comité de siete miembros, cuya presidencia ostenta el insigne científico Don Julio Palacios (1), mundialmente conocido. Forman además parte de él, el Rector de la Universidad de Salamanca, Beltrán de Heredia; el catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Santiago, Don Alvaro D'Ors (2); el catedrático de Latín del Estudio General de Navarra, Fontán; el Rector de la Universidad de Madrid, Royo Vilanova; el ex decano de la Facultad de Ciencias Económicas de Madrid, Torres Martínez, y el catedrático de Derecho Político de Madrid, Ruiz del Castillo. El Presidente y los tres primeros vocales han sido propuestos por «el Rey», y los tres últimos, por el Generalísimo.

(1) Don Julio Palacios había sido espía de Franco en zona roja. Véase Ricardo de la Cierva, «1939, agonía y victoria», Editorial Planeta, 1989.

(2) Don Alvaro D'Ors no aceptó esta designación, anunciada sin contar con él.

Será el Jefe de la Casa Civil del «Príncipe de Asturias» el Duque de Frías (1), y su Casa Militar estará formada por un jefe u oficial de cada uno de los tres Ejércitos (2).

El «Príncipe de Asturias» llegó a Madrid el pasado 22 de marzo, y se encuentra instalado en el Pabellón de Caza del Jefe del Estado en El Escorial. Se rumorea, sin embargo, que a partir de octubre el Príncipe residirá en un pabellón de la Casa de Campo, junto al Hipódromo de Madrid (3).

LA REACCION CARLISTA

La noticia de esta tercera entrevista de Franco con Don Juan de Borbón, segunda de las celebradas en «Las Cabezas», cayó como una bomba en las filas carlistas, como era natural y como había sucedido con las dos entrevistas anteriores. Esta bomba, además de los efectos generales naturales, produjo involuntariamente gravísimos desperfectos muy selectivos en el seno de la política colaboracionista con Franco de Don Javier y de su plana mayor, en auge a la sazón.

El recopilador da fe de que hubo una ola de manifestaciones verbales airadas y groseras, individuales pero masivas de los carlistas contra Franco. La política de colaboración con él, siempre impugnada por importantes fuerzas aun dentro de las filas de Don Javier, quedó herida de muerte. Lo que de ella sobrevivió quedó ya sin ilusión y sin esperanza.

La Regencia Nacional Carlista de Estella, que había exagerado sus críticas a la accidental política de colaboración hasta hacerlas poco menos que una parte de su esencia, ganó prestigio y fuerza. Pero, como había sucedido en situaciones análogas, no toda la que

(1) El Excmo. Sr. Duque de Frías rompió políticamente con Don Juan Carlos de Borbón poco después de ser éste nombrado Rey como sucesor de Franco.

(2) Este equipo de profesores estaba más próximo al espíritu de la España Nacional que el equipo anterior. Véase el tomo X, págs. 121 y sigs.

(3) El 25 de octubre de este año, el cuñado de un proveedor avisó a Don José María Valiente de que se trabajaba febrilmente en el acondicionamiento del Palacio de La Zarzuela. Una gran instalación estaba surgiendo en medio de grandes precauciones policíacas: Franco iba con frecuencia a comprobar el avance de las obras; entre los que en ellas trabajaban se decía que Don Juan Carlos iría allí en la primavera del año siguiente, ya casado. No hace falta explicar cuánto alarmaban e indignaban estas noticias a los carlistas: tenían la fuerza psicológica de una designación.

podía y debía, porque estos reveses hacían que muchos, más que buscar otras orientaciones, salidas y grupos, se fueran a sus casas a recluirse en el ostracismo.

Veremos en primer lugar, gracias a una carta del archivo de Don José María Valiente, la reacción inmediata de Don Javier. Para la publicidad exterior, se imprimió en doble folio una réplica titulada «En defensa del 18 de Julio»; este texto se reeditó bajo el título «¡Justicia!» en junio, en doble folio, con otros documentos. El Secretariado que gobernaba la Comunión Tradicionalista en el intervalo entre la Jefatura Delegada de Fal Conde y la de Valiente (agosto de 1955-octubre de 1960) produjo una nota sin más fecha que la de «abril de 1960». Y con fecha de mayo de 1960 se difundió un «Boletín de Información, número 1», en el que se insistía en las mismas ideas, también recogidas en una nota de «Boina Roja» en su número de abril.

Eran éstas, tres fundamentales: 1.^a Aquí no ha pasado nada; tono cordial, conciliador; sigue el juego de la política de colaboración. 2.^a Los carlistas y su Dinastía son los únicos leales al espíritu del 18 de Julio; es un verdadero *leit motiv* de Valiente ante Franco, que entrañaba la tremenda ingenuidad, al menos aparentemente, de creer que éste estaba en el 18 de Julio (1), cuando la realidad era que no estaba en ninguna parte, y siempre dispuesto a los cambios que le exigiera su supervivencia. 3.^a Que el Carlismo tenía y podía aportar un gran apoyo popular; era cierto, pero esto tenía reflejos de una cierta apelación a una especie de sufragio universal del cual se reía Franco, que llevaba años comprobando diariamente que con buenas transmisiones y un reducido número de agentes disciplinados se podía tener la nación en un puño.

CARTA DE DON JAVIER A DON JOSE MARIA VALIENTE

Esta carta tiene dos partes fundamentales, no tan independientes entre sí como pudiera parecer. Es la primera, una denuncia docu-

(1) En esta misma aparente ingenuidad incurrían también otros políticos: algunos, falangistas, que se dirigían a Franco como el «Jefe Nacional de la Falange»; uno de ellos, el doctor Don Narciso Perales, que cayó pronto en la cuenta de ese error. Otros, independientes de varios matices, que invocaban ante Franco, al presentarle sus quejas, ese mismo espíritu del 18 de Julio; su paradigma fue Don Blas Piñar, que, aun ante la evidencia, se negó siempre a reconocer ese error.

mentada y grave de irregularidades importantes en las transmisiones entre el Rey y el Jefe del Secretariado. La segunda se refiere a las relaciones con Franco inmediatamente después de la entrevista de Franco con Don Juan de Borbón en «Las Cabezas», el 29 de marzo de 1960.

El enlace entre los dos temas es la permanente hostilidad de Franco contra el Carlismo, que lo mismo se manifiesta en su acercamiento a Don Juan que en la agresión a las transmisiones internas de la Comunión Tradicionalista. Esta es antigua y múltiple. La que aquí se descubre se confirma y completa en el informe que sigue de Valiente a Don Javier. Nótese en el primero la cautela de no hablar de las relaciones con Franco después de la entrevista de éste con Don Juan.

«Bost. Besson. Allier.

30 de marzo.

Muy querido José María Valiente.

Mi carta de ayer no había salido al correo, cuando hoy mañana recibo tus cartas, en un mismo sobre: del 12 de enero, la copia de la carta al G., otra del 12 de diciembre, la del 28 de febrero, la del 14 de marzo y la nota para los consejeros del mes de enero!!

Por cierto no teniendo contestaciones mías, no sé lo que habrás pensado de nuestras relaciones.

Te pido de tomar una otra manera de enlaces, porque así no podemos continuar nuestros contactos (más de tres meses de retraso para cartas y documentos importantes!). A pie hubiera sido más rápidas las cartas y la contestaciones. Pienso que habrá sido la viejez o enfermedad de nuestro enlace la causa de esos retrasos.

La Nota para los Consejeros (1) está perfecta así, con una claridad y fuerza que no puede ser mejorada.

No te hablo de la carta al G. porque los acontecimientos después demuestran la inanidad de estas esperanzas. No tiene cuenta de la verdad que los carlistas representan y de la fuerza popular que nos sigue. No si puede jugar con estas fuerzas y principios, como con los de otros partidos. No necesitamos ni promisas, ni alabanzas; vamos independientemente por nuestro camino siguiendo nuestra con-

(1) Se refiere a la nota para los Consejeros de enero de 1960 de la página 43 de este mismo tomo.

ciencia sin pedir nada. Quedamos una fuerza que puede ser un apoyo único de seguridad, y eso es la sola razón que veen; pero por eso también nos desprecian cuando no necesitan, y creen que si puede siempre contar, en caso de peligro, sobre la rectitud y la valentía carlista. Aquí hay un equívoco si una vez más nos llaman para llevarnos a una meta que no será nuestra (1).

Tener contactos personales es una cosa útil, llevar seco el Carlismo es una otra. Esa es la razón de mi resistencia para mí y para Carlos a los consejos de amigos de entrevistas. Ellos veen el aspecto exterior y no las consecuencias lejanas que eso puede traer.

Te envío el nombramiento de José Arturo Márquez de Prado como Delegado Adjunto del Requeté.

Adiós, mi querido José María Valiente, con un fuerte abrazo quedo tuyo afectísimo,

Francisco Javier.»

P. S. Lo que te digo en relación con la carta enviada no es una crítica de tu actuación, porque tu manera de ver las grandes líneas es precisamente la mía, y somos en perfecto acuerdo. Lo que critico no es que la de el que la recibe y no contesta que con actos contrarios a nuestros sentidos.

Creo que Rafael y sus amigos en la manera torcida de esos tristes, le hace creer que estamos de acuerdo con D. J. en el fondo y sólo hacemos figuras de los tiempos pasados. Eso es una injuria a nuestros heroicos combatientes y a la rectitud nuestra. No hemos nunca sido por o contra la persona que ostenta, pero contra los principios que son suyos y de sus sostenedores.»

Impreso,

«EN DEFENSA DEL 18 DE JULIO»

«Con fecha 31 de marzo último, la prensa y radio nacionales daban a la publicidad una nota oficial sobre cierta entrevista mantenida entre S. E. el Generalísimo y Jefe del Estado español y D. Juan

(1) Esta interpretación, certísima, se encuentra ya en la carta de Don Javier a Baleztena el 13 de julio de 1936 (vid. tomo I, pág. 151).

de Borbón, en la que se decía que habían llegado a un acuerdo sobre la nueva y última etapa de estudios civiles de D. Juan Carlos, y aludiendo seguidamente a la cuestión sucesoria y a la "normal transmisión de obligaciones y responsabilidades dinásticas".

La coincidencia de este hecho con otros acontecimientos, discursos y manifestaciones de personas allegadas a la dinastía liberal; la satisfacción producida en sectores claramente sospechosos; la divergencia del texto de la nota publicada en España con la versión "para el extranjero" de la misma entrevista, y el ambiente cada vez más enrarecido en torno a cuestión tan capital para el porvenir de los españoles, nos obliga a manifestar de nuevo nuestra leal opinión.

Nuestra protesta

La posibilidad de que un miembro de la Dinastía liberal y usurpadora pueda suceder al Generalísimo Franco, nos fuerza a hacer pública y solemne manifestación de protesta.

Ni Don Juan, ni su hijo Don Juan Carlos tienen la imprescindible legitimidad de origen necesaria para reinar, porque descienden de usurpadores y por tanto están excluidos de todo derecho.

Con arreglo a la Ley Semisálica de Felipe V, fundamental, porque había sido aprobada por Rey y Cortes en 1713, el derecho correspondió, muerto Fernando VII, a su hermano Don Carlos, derecho que usurpó Isabel II, y continuaron detentando contra toda razón sus descendientes, amparados en una "pragmática" de los últimos momentos de Fernando VII, la cual fue nula de pleno derecho:

a) Porque no fue otorgada libremente. La propia reina María Cristina, cómplice de aquella falsedad, lo manifestó en carta de 27 de abril de 1981 y lo ratifica la infanta Doña Eulalia, hija de Isabel II, en sus "Memorias".

b) Aunque hubiera sido libremente firmada, por ser acto unilateral del Rey, no pudo derogar la ley de 1713, que habían hecho Rey y Cortes.

c) Pero, aunque el Rey hubiese podido anular la Ley fundamental de Sucesión, al mandar en su pragmática que se publicase un acuerdo de las Cortes de 1789, y ser éste nulo, nula era la pragmática fundada en aquél.

d) Suponiendo que la pragmática hubiera sido libremente otorgada, suponiendo que el Rey por su sola voluntad hubiese podido

anular una ley fundamental, suponiendo que el acuerdo de las Cortes de 1789 hubiera sido válido en principio, ni siquiera en tal supuesto podría haberse excluido a Don Carlos de sus derechos al Trono, derechos adquiridos de 1713, que había hecho Rey y Cortes.

Por tanto, Isabel II y todos sus descendientes han usurpado la Corona a Carlos V, Carlos VI, Carlos VII, Jaime III, Alfonso Carlos I y sus sucesores en los derechos legítimos a la realeza española. Los miembros de la llamada dinastía liberal son ilegítimos de origen y están excluidos para siempre.

¿Legitimidad de ejercicio para Don Juan Carlos?

Negar u olvidar la legitimidad de origen es establecer una prima a la anarquía y a la ambición de poder. Si prescindimos del derecho de la Legitimidad, ¿qué garantías de estabilidad tendrá la Corona? Si todos, por no existir dictados de legitimidad de origen, podemos aspirar al Trono, con una fácilmente ganada legitimidad de ejercicio, ¿con qué razón y en nombre de qué se nos puede impedir a todos y a cada uno pretender el poder?

La ilegitimidad de origen implica la ilegitimidad de ejercicio. Dicho de otra manera: para obtener la legitimidad de ejercicio es preciso tener la de nacimiento.

Apurando la cuestión: si se olvida la legitimidad de origen, cualquier español, la mayor parte de los españoles, tendríamos más derecho al Trono de España que los miembros de la dinastía liberal, porque difícilmente podrá encontrarse entre nuestros compatriotas nadie que entre él y sus ascendientes haya acumulado tantos males para su Patria.

Además, la legitimidad de ejercicio que se intenta adquiera Don Juan Carlos no es la nuestra, la carlista. Nuestra legitimidad comprende más exigencias, más perfectas garantías, que una mera adscripción verbal a unos principios que Don Juan Carlos empieza por no entender ni creer en ellos.

Los falsos tradicionalistas

Los llamados «tradicionalistas» que defienden a Don Juan Carlos quieren ocultar su traición al Carlismo pretextando que la legitimidad de ejercicio que éste pueda obtener le limpiará de culpas familiares gravísimas. Dicen que lo fundamental son los principios y que a su

lado las personas poco importan, y que si Don Juan Carlos se educase en tradicionalista podría ser nuestro Príncipe.

Pero si Don Juan Carlos se hace tradicionalista repudiando el significado político de su familia, ¿qué pensaríamos de él habiendo, como hay, un trono de por medio? ¿No sería remedar a Enrique IV, el de "París bien vale una misa"? Es más sensato suponer que continuará fiel a la tradición de su Dinastía. Porque ¿es lógico que un hijo reniegue de los suyos, repudie públicamente la conducta de todos sus antepasados hasta la cuarta generación y reniegue de su propia razón de ser, mayormente pensando que el día que falte el Generalísimo se verá inmediatamente rodeado de todos los liberales, cuya cabeza es su propio padre, y por toda la corrompida nobleza liberal española?

Frente a estas tácticas de los falsos tradicionalistas, que bien podríamos llamar "tradicionalistas" los carlistas auténticos, los que nos enorgullecemos de nuestros padres luchadores de Carlos VII y de nuestros hermanos héroes y mártires de la Cruzada, defendemos que si los principios son esenciales, también lo son las personas que los representen y encarnen, puesto que las personas son la garantía de su cumplimiento. Ya que las ideas no son entes que viven y se mantienen solos, en el aire, sino que necesitan quienes los encarnen, quienes los defiendan, quienes los actualicen a las necesidades que vayan surgiendo. ¡Príncipes Carlistas y principios tradicionalistas! es nuestro lema.

Es que, por otra parte, para nosotros, la exclusión de los usurpadores y de todos sus descendientes es también cuestión de principios, por la cual no transigiremos ni pasaremos jamás.

Razones históricas contra esa familia

La Dinastía que comienza con Isabel II, no sólo fue usurpadora, sino que además se constituyó en representante del Liberalismo, cuyos frutos resumió el Generalísimo Franco en su discurso del 14 de mayo de 1946 a las Cortes, al recordar que desde la muerte de Fernando VII al destronamiento de Isabel II, en treinta y cinco años, hubo 41 gobiernos, dos guerras civiles, dos regencias y una reina destronada, tres constituciones, innumerables disturbios, repetidas matanzas de frailes, un atentado contra la reina y dos levantamientos en Cuba; que del destronamiento de Isabel II a Alfonso XIII —algo menos de treinta y cuatro años— hubo 27 gobiernos, un Rey extran-

jero que dura dos años, una República que en once meses tiene cuatro presidentes, otra guerra civil, una guerra con Estados Unidos y la pérdida de las últimas colonias, dos presidentes de gobierno asesinados y dos nuevas constituciones; y que desde la coronación de Alfonso XIII al 14 de abril de 1931, 29 gobiernos, tres atentados contra el rey, un descabro militar, una dictadura y en el último año de la monarquía, dos gobiernos, y, al fin, la entrega del poder al gobierno provisional de la II República.

El Liberalismo y su Dinastía representan la más completa vergüenza nacional. Ella nos recuerda la pérdida del Imperio, nos trae a la memoria el estrangulamiento de los legítimos regímenes forales, el nacimiento de los separatismos, que aquella Familia, en su afán de destruir al Carlismo, fomentó sin reparo. Durante su mandato, España es un pobre juguete internacional: recordemos, por ejemplo, la guerra hispano-americana y la de África. Por último, a un representante de esa Dinastía le corresponde la responsabilidad de que la segunda república fuera proclamada en España.

¡Sería una burla al Movimiento Nacional!

El 18 de julio de 1936 nos alzamos los Carlistas, la parte sana del Ejército y la entonces naciente Falange. Nos levantamos para arrumbar la República, que había venido por la cobardía de Alfonso XIII, abuelo de Juan Carlos, el Rey que prefirió la pelliza de chófer fugitivo al armiño real.

¿Pueden los culpables de la guerra beneficiarse de lo que costó un millón de muertos?

Nosotros ofrecimos por la salvación de España 67 Tercios y Unidades de Requetés; la Patria entera fue un campo de boinas rojas. ¿Qué ofrecieron los partidarios de la Monarquía autodestronada? ¡Una o dos tristes compañías de «boinas verdes»!, algunas de las cuales se pasó al enemigo.

Los Requetés llegaron a todas partes. A Zaragoza, donde impusieron la bandera bicolor, que fuerzas menos ardientes de ideal patriótico no se habían atrevido a izar; marcharon a Huesca a detener las columnas catalanas; a Teruel, hacia Guadalajara. Columnas de Requetés sofocaron las tentativas izquierdistas de la Rioja. Los Requetés nutrieron los batallones del Ejército. ¿Quién conquistó Somosierra, empujando hacia el sur las chusmas de la República? Los

Requetés marcharon a Burgos y a Valladolid. El Tercio de Abárzuza salvaba la situación en el Alto de los Leones en la mañana del 27 de julio, reconquistando la posición de Cuelgamuros, donde hoy se levanta el monumento a los Caídos.

Los carlistas estaban en Villarreal, conteniendo la ofensiva rojeuzkadiana, y desde la misma línea de Navarra comenzaban la reconquista del Norte de la Patria. Las gloriosas Brigadas de Navarra, integradas por los legendarios Tercios de Requetés, asaltaron a pecho descubierto San Marcial, resistieron en Arrate y Calamúa y rompiendo el frente vizcaíno destruyeron el «cinturón de hierro» que se creía inexpugnable. ¡Cuarenta requetés navarros se bastaron para entrar en San Sebastián!

Fueron, en fin, los vencedores del Norte.

Y respecto al Ejército del Sur, el Requeté de Andalucía encuadrado en los Tercios de Virgen de los Reyes, Nuestra Señora de la Merced, Isabel la Católica, etc., tomó parte en todos los grandes combates, así como en el avance del Ejército Nacional por Extremadura hacia Toledo y Madrid, siendo decisiva su aportación para el triunfo del Movimiento en la Zona Sur (léase «Con la Columna Redondo»).

Ellos ganaron las victorias más rotundas del Ejército Nacional, asistieron a todos los grandes combates, dejando por doquier un reguero de heroísmo y de leyenda. Sus unidades, los benditos Tercios, con nombres de victorias carlistas, llenaron de espanto a las más famosas del Ejército rojo, deshaciendo sus más selectas brigadas.

Frente a este comportamiento tan heroico, ¿qué pueden ofrecer esos que hoy se proclaman partidarios de la restauración juanista? ¿Dónde estaban entonces, dónde sus príncipes, dónde sus hombres?

Pero, eso sí, a la vuelta de los años quieren hacer tabla rasa de todo lo ocurrido y saltar por encima de los miles de muertos que con su sangre generosa rescataron la Patria de las manos de aquellos a quienes ellos mismos la habían cobardemente entregado.

Si las únicas fuerzas políticas que hicieron la guerra fueron el Carlismo y la Falange, ¿cómo puede siquiera pensarse que hoy vayan ambas a quedar excluidas? Resulta una trágica paradoja que los culpables de la guerra quieran resultar hoy los beneficiarios. Sería un timo, una burla, una gigantesca estafa, un monstruoso delito contra el espíritu y los luchadores del Movimiento Nacional y contra la Patria en suma.

Si Alfonso XIII es el símbolo de una familia nefasta para España, Carlos VII es la representación genuina de la Patria.

Alfonso XIII, al primer embate de la adversidad, huye cobardemente, abandonando familia y Trono a merced de las turbas.

Por el contrario, cuando Carlos VII, traicionado, se ve forzado a retirarse hacia Francia, le rodean y pretenden cercar poderosas columnas enemigas, le acompaña todo su ejército, que gustoso emprende el camino del destierro y de la pobreza, por no faltar al honor, por no romper la palabra empeñada, por la fe que tenían en sus principios y en el Rey que los defendía y encarnaba.

Tenemos derecho a hablar

Los carlistas tenemos derecho a decir todas estas cosas, estamos llenos de merecimientos para con la Patria, nuestras filas están llenas de huecos que dejó la muerte. Por servir a España nunca dudamos en sacrificarlo todo: honores, dignidades, riquezas. Podemos hablar, tenemos derecho a hablar y lo hacemos.

En nombre de siglo y medio de heroísmos, de lealtad y de amor patriótico protestamos y protestaremos siempre contra la traición que se prepara.

El general Cabrera, al terminar la primera guerra carlista, tuvo que vivir con una módica pensión de 80 francos mensuales. El general Lizárraga, de la tercera guerra carlista, murió en Roma, en un asilo. El general Montoya, como portero del palacio episcopal de Victoria, y el general Lerga, de peón caminero en un pueblo de Navarra. Sus sacrificios, sus heroísmos no pueden ser olvidados ni burlados. No lo consentiremos jamás.

Esos eminentes méritos, esas fidelidades hasta la muerte, esas luchas sangrientas fueron únicas en la Europa del siglo pasado. Sólo los carlistas combatieron contra la Revolución que, nacida en Francia, lo había arrasado todo. Los carlistas, sus guerras, fueron los verdaderos precursores del Movimiento Nacional. La paz que hoy disfrutamos, la tranquilidad, el imperio del orden fueron la consecuencia inmediata, innegable, de aquellas guerras y de aquel heroico esfuerzo de los requetés en la Cruzada. Quien lo niegue, miente, y quien lo oculte es un traidor.

Los únicos, los solos españoles que en el siglo pasado y en lo

que va de éste defendieron los principios de la auténtica España fuimos nosotros. Un ejemplo bien elocuente: ¿quién se acordaba de la reivindicación de Gibraltar? El Testamento de Carlos VII de 1897 ya reclamaba que el Peñón debía volver a España. Fuimos, pues, los únicos precursores, los únicos a quienes debía España, los únicos que hemos luchado por ella sin descanso desde la aparición del Liberalismo.

Por eso hablamos. En nombre de cuanto hemos hecho, en nombre de la Patria, de sus gloriosas tradiciones, llamamos a la conciencia, al corazón de tanto y tanto español dormido en los laureles de la victoria, dormido en la apatía e indiferencia ambiental, ignorante de la traición que se está tramando de nuevo contra la Patria. Contra esta general inconsciencia hemos de golpear con nuestros puños, con voces emocionadas, queriendo despertar a los españoles, queriendo que se piense sobre todo esto, porque el porvenir de España está en peligro.

La misión del Carlismo no está acabada ni cumplida

«La misión del Carlismo no está acabada ni cumplida. Por el contrario, cada vez se ven más los horizontes de su porvenir» (Carlos VII).

Su vibrante espiritualidad, su identificación maravillosa con el alma católica de España, será el aglutinante que en el gran choque que se avecina con las fuerzas del mal sirva de sal y levadura de la Causa de Dios. El Carlismo constituyó siempre la gran reserva de la Religión y de la Patria. Hoy, las miradas y las esperanzas de los católicos del mundo entero están puestas en nuestra nación, en esa arriscada legión de hombres valientes y generosos, que lo dan todo, porque hicieron ofrecimiento de sus vidas y haciendas a Dios y a su Rey.

Por eso, el Carlismo es de nuevo una esperanza no sólo para España, sino también para toda la Cristiandad. Por su anticomunismo recio, viril, lleno de contenido religioso, con olvido de móviles interesados, que parecen prevalecer hoy en las naciones llamadas occidentales.

Su lema, que sólo un alma de poeta pudo componer, de «Dios, Patria, Fueros y Rey», es la síntesis más perfecta del más acabado sistema de gobernación.

Ciertamente, algunos puntos de nuestro programa han tenido realizaciones parciales, pero hay otros que ni siquiera se han tocado.

Mantendremos la unidad católica, «alma de nuestra historia y salud de nuestro pueblo» (Jaime III); restauraremos «la constitución interna de la Monarquía Tradicional, neta y genuinamente española, con sus Cortes y sus Consejos, con Rey que reina y gobierna, que no es despotismo ni tampoco sombra de Rey sujeto a oligarquías irresponsables» (Jaime III).

Nuestro programa regionalista, que reconoce la personalidad jurídica en la región y en la autonomía municipal, daría vida próspera al ser libradas las provincias del centralismo absurdo y tentacular impuesto desde Madrid por los que en nombre de la libertad destruyeron todas las libertades.

Ante la amenaza de la opresión, se está construyendo trabajosamente la unidad europea. El ideal de nuestro emperador Carlos, el César de Europa, puede ser algún día una realidad. Pero para que sea solución definitiva y estable necesita asentarse sobre bases firmes, que no pueden ser otras que las religiosas. España puede ofrecer todo su contenido espiritual a la empresa. Como las regiones españolas se unieron bajo un denominador religioso y dinástico al formarse las grandes nacionalidades, así Europa puede unirse. El magisterio de la gran Tradición española no ha terminado. Quiera Dios que los políticos europeos conozcan la lección de España, sigan los deseos del Papa y que no sea demasiado tarde.

El legado de Carlos VII sigue en pie, aceptado con orgullo por nosotros. Defendemos la unidad ibérica con Gibraltar y Portugal, y la unión de «todos los pueblos que hablan el idioma de Cervantes, unión afianzada no por la fuerza, sino por el amor y la sangre, por la comunidad de lenguas y creencias» (Carlos VII).

España tiene hambre de justicia, sed de que su administración sea moralizada y de que habiendo en ella integridad y honradez, sea espejo en el que el pueblo pueda mirarse, tomar ejemplo y aprender.

«Si el país está pobre, vivan pobremente sus ministros y hasta el mismo Rey.» «Si el Rey es el primero en dar ejemplo, todo será llano, suprimir ministerios, y reducir provincias, y disminuir empleos y moralizar la administración» (Carlos VII).

Obedeciendo este sagrado mandato del más grande de nuestros Monarcas, nos pronunciamos contra el peligroso crecimiento de la burocracia parasitaria, contra la centralización, creadora de más y más oficinas llenas de empleados mal pagados, contra la consideración del

Estado como tío benevolente, asilo de un ejército de burócratas siempre en aumento, contra el «sobrinismo», contra los «enchufes» para los hijos de familia, contra la general desmoralización, en suma.

La justicia social es un derecho del pueblo y un deber de los gobernantes. El Carlismo, amamantado en las encíclicas papales y completamente identificado con el pueblo, se consagrará en cuerpo y alma a esta hermosa obra de redención. No guiados por conveniencias políticas del momento, sin contemplaciones ni cobardías, movidos únicamente por el idea de la justicia.

El Rey Legítimo

Extinguida la sucesión directa de la Dinastía encabezada por Carlos V, e incapacitadas por las leyes fundamentales de la Monarquía española las restantes ramas entroncadas con Felipe V, sólo una de ellas queda libre de toda mancha de ilegitimidad, por su continuada fidelidad a los principios tradicionales y por su radical repudiación del sentido revolucionario: la rama de los Borbones de Parma, representada hoy por el Rey Legítimo S. M. Don Javier de Borbón y de Braganza y por su primogénito, S. A. R. Don Carlos de Borbón. Sobre su indiscutible legitimidad de origen está su adscripción plena a la obra de salvación de España. Fue el Rey Don Javier quien dio la orden de alzamiento a los Requetés en 1936, quien dedicó personalmente sus mejores esfuerzos a cumplir las órdenes de Don Alfonso Carlos preparando la Cruzada, adquiriendo armas, organizando Tercios y dando el 18 de julio la orden general del Alzamiento. Hacia él se dirigen las miradas de todos los buenos españoles, sean o no carlistas, porque en él y en su Dinastía está la auténtica legitimidad.

Quien hable de dinastías extranjeras no sabe una palabra de monarquía. Una dinastía que ha vivido en el extranjero porque la revolución no le dejó nacer y vivir en la Patria es cien veces más española que la que desde nuestro suelo inició y consumó la destrucción de España y la entregó a manos de sus peores enemigos.

El Carlismo sólo reconocerá como su Señor al Príncipe personalmente digno, católico a machamartillo, de corazón tan español que se consagre por entero a nuestra Patria, carlista por convicción y procedente de línea legítima.

Advertencia

Estas son nuestras ideas y estas nuestras aspiraciones, con cuya realización se prestaría el mejor servicio a Dios y a España. Las ofrecemos como fórmula de salvación.

Sin embargo, el Carlismo, consciente de su responsabilidad y orgulloso de su participación eminente y heroica en la Cruzada Nacional, advierte con la necesaria solemnidad que se opone y se opondrá a toda solución monárquica que de una u otra forma tienda a poner en el Trono de España un miembro de la Familia Usurpadora y Liberal.

Es materia en la que no podemos transigir, ni siquiera en el caso de que se nos prometa la aceptación por Don Juan Carlos de nuestro ideario. Es tal el daño inferido a la Patria por esa nefasta Dinastía y tan concluyentes nuestros principios sucesorios, que sus representantes no sólo han quedado postergados en el derecho al Trono, sino que han sido terminantemente y para siempre excluidos.

¡No podemos olvidar!

¡No podemos olvidar la muerte de nuestros abuelos al servicio de Carlos V!

¡No podemos olvidar los sacrificios de nuestros padres junto a Carlos VII!

¡No podemos olvidar la cobarde huida de Alfonso XIII, artífice de la República!

¡No podemos olvidar los sacrificios de sesenta mil requetés!

¡No podemos olvidar el holocausto de nuestros Mártires, cuyo luto aún guardan nuestras madres!

¡No podemos olvidar los altos intereses de Dios y de la Patria!

¡¡¡No podemos olvidar!!!

¡¡¡No queremos olvidar!!! Porque sería salirnos del cauce por el que durante siglo y medio ha discurrido la mejor sangre española; sería renunciar a nuestra estirpe de lealtad, y

¡Creemos en Dios, amamos a España y esperamos al Rey Legítimo y Carlista!

Abril de 1960.»

* * *

Todo este texto fue reeditado en junio en un doble folio titulado «¡Justicia!», que incluía, además, un «Mensaje de S. A. R. el Príncipe de Asturias para el acto de Montejurra» y una carta del Rey a Don Fernando López Barranco, fechada el 2 de junio. Precisamente con estos dos documentos se empezaba a remontar la crisis.

NOTA DEL SECRETARIADO DE LA COMUNION TRADICIONALISTA

«Ante la campaña de rumores de las últimas semanas, la Comunión Tradicionalista hace constar que continúa serenamente su política de difusión de los principios de la Ley de 17 de mayo de 1958, para mantener viva y constante la adhesión del pueblo a tales principios.

Los tradicionalistas actúan correctamente dentro de esta Ley y con fidelidad al espíritu del 18 de Julio. Así lo demuestran en todos sus actos públicos, en los cuales se ven acompañados de una auténtica asistencia popular.

La Comunión Tradicionalista desmiente todos los rumores que tratan de envolverla en reconocimientos que nunca ha prestado, y que estarían en pugna con la lealtad con que los carlistas deben corresponder a la lealtad que siempre tuvo para su pueblo la Dinastía Carlista, hoy representada por Don Javier de Borbón.

La Comunión Tradicionalista se debe al espíritu popular de la monarquía tradicional, y se desentiende de los manejos oligárquicos que continúan actuando a espaldas del pueblo.

Madrid, abril de 1960.»

Nótese la omisión de la menor alusión a la entrevista de Las Cabezas y a sus protagonistas. Este planteamiento, los conceptos y el estilo literario delatan la autoría de Don José María Valiente.

COMENTARIO DEL «BOLETIN DE INFORMACION»
NUMERO 1

En la página 49 nos hemos referido a este boletín, que empieza como sigue:

«A) *Situación política nacional y política de la Comunidad*

1.º Situación política nacional.

La situación política nacional sigue confusa en sus manifestaciones externas, aun cuando cada vez se precisan con más claridad las fuerzas y tendencias que actúan bajo su superficie.

En este sentido, *la entrevista de Las Cabezas*, recientemente celebrada, ha querido interpretarse por las fuerzas que actúan para tratar de borrar el 18 de Julio, en favor de sus propósitos. Estas fuerzas, naturalmente, utilizan como instrumentos dóciles a los católicos liberales e incluso otros que no lo son, pero que por su inexperiencia política de movimiento nuevo se prestan a servirles de máscara.

No obstante, no parece que podrán conseguir su objetivo, al menos por ahora. Hay señales que permiten suponer que la situación actual continuará sin cambios fundamentales. Los rumores de un inmediato reconocimiento de la dinastía liberal, de que se han hecho eco principalmente los grupos de izquierdas y juanistas, no han tenido confirmación como era de suponer. Conviene advertir a todos, y especialmente a los Mandos, que no se dejen impresionar por la guerra de nervios desatada por el enemigo con los bulos y rumores.

Igualmente se observa una reacción beneficiosa en personas que hasta ahora no veían el peligro de vuelta a un régimen liberal y que ahora manifiestan claramente sus temores.

A mediados del corriente mes se ha reunido en Madrid, bajo la presidencia del señor Pemán, el Consejo de Don Juan de Borbón. Después de discutir acaloradamente entre sí los Consejeros, divididos en tres grupos irreconciliables, el Presidente tuvo que levantar la sesión sin llegar a un acuerdo entre dichos grupos, significando que lo primero era traer a Don Juan y luego ya verían la orientación política de la Monarquía.

Por otra parte, la agudización reciente de la crisis internacional ha de considerarse como un factor decisivo para la estabilidad del Régimen, que sin duda favorece la actuación de la Comunidad.»

LA SITUACION DE LA COMUNION TRADICIONALISTA DESPUES DE ESTA ENTREVISTA

Ya hemos señalado el efecto desastroso que este encuentro de Franco con Don Juan tuvo para la Comunión Tradicionalista. Su política de colaboración con Franco quedó destrozada. Esto había de producir una crisis interna, como sucede en cualquier organización ante sucesos gravemente adversos. Todo ello es tan natural que cualquier persona que viva posteriormente a los hechos lo podría adivinar o deducir especulativamente o por analogía, sin esperar a leer esta historia.

Don José María Valiente, presidente y alma del Secretariado, para salvar la política de colaboración con Franco, suya y del Rey, descartó y evitó la ruptura con Franco y dio a la reacción carlista un tono moderado y conciliador que permitía seguir el juego. Se agarró como a un clavo ardiendo a las palabras del comunicado oficial de que la educación de Don Juan Carlos en España, objeto declarado de la entrevista, no prejuzgaba la cuestión sucesoria. Palabras que otros comentaristas del comunicado decían que se referían a la elección entre Don Juan y su hijo, disyuntiva que ya se esbozaba. Todo el mundo creía que Franco nombraría sucesor suyo a Don Juan Carlos y que esas palabras de que no quedaba prejuzgada la cuestión sucesoria no eran ciertas. Correlativamente tachaban a Valiente de ingenuo o de hipócrita, por hacer como que las tomaba en serio.

Y, sin embargo, Valiente tenía alguna razón en cierto modo, porque todo prejuicio es un compromiso y Franco, por su manera de ser, no se comprometía nunca a nada, ni siquiera consigo mismo: vivía al día, como los existencialistas, entonces de moda, y se contradecía con la mayor frescura. Había que estar, pues, colocado para el momento de la definitiva e inaplazable decisión, que, en realidad, sería una decisión jupiterina, para la cual, como para todas las cosas, se podrían luego hallar y aducir antecedentes.

El pesimismo, el malestar y la crispación eran grandes dentro de la Comunión Tradicionalista.

Valiente recibió en aquellos días innumerables visitas de carlistas notables para hacerle críticas a la política de colaboración con Franco. El respondía que no había otra alternativa, porque la de la ruptura había sido ya largamente experimentada por Fal Conde durante todo su mandato y, además de no haber dado resultados, había lle-

vado a la Comunión Tradicionalista cerca de la muerte por inanición.

A otros visitantes de más confianza les decía que él había escrito al día siguiente de la entrevista una carta «muy dura» a Franco. Mejor hubiera sido el silencio, porque la carta, por dura que fuera —lo cual estaba por ver—, era una forma de seguir el juego. No he hallado esta carta entre los papeles de Don José María Valiente a que he tenido acceso. Más impresión hubiera hecho en El Pardo un misterioso silencio, hermético, general y prolongado.

Los carlistas andaluces estaban encendidos contra Franco porque su tradicional concentración en Quintillo, convocada para el 24 de abril, fue suspendida por orden gubernativa. Igualmente se suspendió la concentración de Montserrat. Había dos concentraciones anuales en Montserrat: una, javierista, la suspendida este año, y otra, de la Regencia de Estella, que abandonando este lugar tradicional se trasladó al Tibidabo, donde se hizo a la brava, sin autorización (1). También se prohibió por orden gubernativa una gran concentración que habían preparado los carlistas de Murcia con gran ilusión de que alcanzara rango nacional. Únicamente sobrevivió la concentración de Montejurra.

Los rumores de que Franco se marchaba eran intensísimos. En la última promoción de gobernadores civiles no había ninguno tradicionalista, desvaneciéndose la esperanza iniciada en 1959 con los nombramientos de Don Hermenegildo Altozano y de Don Santiago Galindo Herrero; éste había cesado en su cargo de gobernador civil de Tenerife e inmediatamente después se había sumado a los ex carlistas y a los tradicionalistas juanistas.

Al tener que comentar tanta adversidad, Valiente, en un supremo esfuerzo por salvar el contacto con Franco y sospechando, como político avezado que era, que un sensible porcentaje de sus visitantes eran o funcionaban como si fueran espías, explicaba a quien le quería oír que el culpable de todo era Don Camilo, el ministro de la Gobernación, Don Camilo Alonso Vega, y que de todo el Gobierno el que más nos quería era Franco.

El ambiente era de gran pesimismo. Estos equilibrios de Valiente eran insuficientes para evitar que sus filas se clarearan. Pero es obligado consignar —el recopilador recuerda nombres, apellidos y datos muy concretos— que no pocas de estas deserciones se debían, más que a las discrepancias con la política de colaboración, lo cual era

(1) Vid. págs. 12 y sigs.

más bien y en realidad un pretexto, a que comprendían que allí no quedaba esperanza de «hacer carrera política» y a que estaban contaminados más de lo que parecía de las herejías laicista y socialista periconciliares.

Terminamos aquí los apuntes sobre la repercusión que tuvo la segunda entrevista de Las Cabezas en la política de colaboración de la Comunión Tradicionalista con Franco.

Además, tuvo otra repercusión, más profunda y más hiriente, que fue desatar una ola de recriminaciones internas contra Don Javier, correlativamente acompañada de unos sentimientos de desconfianza hacia él.

No hace falta extenderse en explicar que los agentes secretos de Franco echaban su leña en este sector del incendio.

Este revés alcanzaba al prestigio del mando supremo de la Comunión, al Rey Don Javier. No era en sí mismo un mal grave, porque era algo natural. El mal estaba en que Don Javier no ofrecía en contrapartida un recuento de victorias ni, al menos, una actitud brillante en la adversidad. No recordaba la estampa gallarda de Don Carlos VII en Valcarlos cuando, definitivamente vencido, dio su famoso grito de «¡Volveré!». Estaba desprestigiado por sus vacilaciones anteriores, por la lentitud de su juego político y por su conducta equívoca; ello era causa de un desánimo enorme. También Franco había tenido derrotas militares en la Cruzada, pero sus victorias eran superiores y su prestigio no había dejado, a pesar de todo, de crecer.

Los desfallecimientos de Don Javier por falta de recursos y de gente eran rasgos del más puro liberalismo, comparable al de Don Juan de Borbón, que parecía condicionar su aparente adscripción al Tradicionalismo al número de carlistas que se le incorporaran de manos del Conde de Rodezno en 1946 o de Arauz de Robles en 1957.

El enunciado de este segundo aspecto de la crisis podía ser: el crecimiento de Franco y de Don Juan, cada uno por su lado, y la decadencia del Carlismo se debían en parte importante a la mala táctica política, no ocasional, sino prolongada y de fondo, de Don Javier. En consecuencia, había que llamar la atención a Don Javier y preparar otras soluciones.

Se recordaba la escisión de Vázquez de Mella frente a Don Jaime III y algunos empezaron a estudiarla para imitarla.

Algunos visitaron a Valiente para pedirle que explicara a Don

Javier y a Don Hugo que la Causa no era un «hobby» y que había que tomar las cosas más en serio.

Otros querían obtener inmediatamente una declaración solemne de Don Javier con una reivindicación clara y firme de sus derechos, y leerla en una conferencia de prensa extranjera. También se pensaba en pedirle que «antes de traicionar a la Causa» abdicara en su hijo.

Ni faltaban quienes proyectaban visitar a Franco para decirle que diera de una vez garantías claras al Carlismo, y que si las circunstancias internacionales le empujaban hacia Don Juan, que resistiera formando un Gobierno de coalición en el cual entrarían los carlistas, que aceptarían que el sucesor fuera otro general, al que apoyarían antes que a un miembro de la Dinastía Liberal y Usurpadora. Es curioso que a este planteamiento, al cual se llamaba el Plan Horty (1), habían llegado otros por otro lado. Así, leemos en el libro de López Rodó «La larga marcha hacia la Monarquía» lo siguiente:

«Lequerica me contó (...) que el Archiduque Otto de Habsburgo le había expresado su sorpresa porque Don Juan le habló desfavorablemente de Franco tras la entrevista de Las Cabezas. Lequerica me dijo que el propio Archiduque descartaba que Don Juan pudiera suceder al Jefe del Estado y que, así las cosas, la mejor solución sería, a su juicio, buscar otro general.»

Se temía mucho una alta traición de Don Javier consistente en entenderse con Franco en la cuestión sucesoria en favor de Don Juan o del hijo de éste, Don Juan Carlos, a espaldas de la Comunión Tradicionalista. Se quería hacer saber a Franco y a Don Javier que si este acuerdo se producía, la Comunión Tradicionalista no lo aceptaría y seguiría sola y por su cuenta en el damero político. Independientemente de la supervivencia de la Regencia Nacional Carlista de Estella y de los irreductibles epígonos de Don Carlos VIII.

Un diplomático español, cuyo nombre conoce el recopilador, al regresar de su destino en París contaba a sus amistades de Madrid que Don Javier le había dicho en París que se veía en el compromiso de tener que seguir al frente del Carlismo, porque si lo dejaba, sus seguidores se harían separatistas o republicanos. La noticia se repetía con fruición por las más selectas tertulias madrileñas como una mancha de aceite y no contribuía en nada a corregir la sensación de inse-

(1) Horty era el nombre de un almirante húngaro que después de reprimir la revolución comunista de Bela Kun con la ayuda de los monárquicos, en vez de restablecer la monarquía, se quedó hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

guridad que daba Don Javier. Y eso que éste no profetizó crudamente lo que después sucedió: que una parte de los carlistas lo que se hicieron fue socialistas, y de la mano de su hijo Don Hugo.

Lo dicho en este subtítulo debe completarse con la lectura del comienzo del epígrafe anterior, donde hemos comentado tres contramedidas a la entrevista de Las Cabezas, a saber: la reunión en Hendaya, el 2 de mayo, las grandes concentraciones y el nombramiento de Jefe Delegado en la persona de Don José María Valiente.

Addenda.—Es sabido que en todas las entrevistas políticas se negocia más de lo que trasciende. Una persona extraordinariamente bien informada refirió al recopilador que cuando algunos partidarios de Don Alfonso de Borbón y Dampierre hicieron notar su presión con cierta intensidad, el almirante Carrero Blanco y Don Laureano López Rodó las atajaron haciéndole ver a Franco que no podía faltar a sus compromisos con Don Juan Carlos. Como esta intervención fue muy anterior a 1969, año en que Don Juan Carlos fue designado sucesor, esta persona extraordinariamente bien informada entendió que esos compromisos invocados tan importantes a favor de Don Juan Carlos se tomaron o iban muy claramente implícitos en esta segunda entrevista de Las Cabezas.

¿HUBO UN PROYECTO DE CONTRAMINA?

Hasta Don José María Valiente llegaban constantemente numerosas informaciones de cuestiones variadísimas, unas necias, otras sutiles, por conductos unas veces habituales y otras insospechados. Esto es normal en cualquier puesto de mando. Lo que sí era peculiar de la Comunión Tradicionalista entonces era una enorme desproporción entre los servicios de información propios, en unas ocasiones inexistentes y en otras de pura artesanía, y el volumen enorme de informaciones regaladas por motivaciones ajenas al Carlismo.

Parece ser que hubo «un soplo» de que se gestaba una entrevista entre Franco y Don Juan. Cuidadosamente silenciado, para no herir a la gallina de los huevos de oro, cuya identidad conoce el recopilador. Valiente era discreto por su función y exageradamente discreto por escarmiento de un grave contratiempo político de su juventud, su entrevista con el destronado Alfonso (XIII) en Fontainebleau.

Las informaciones no tienen un fin recreativo, como creen algunos que reducen su servicio a la política a hacer tertulia, sino que deben ser utilizadas como medios al servicio de las operaciones. La operación que concibió Valiente en este caso fue que Don Javier solicitara una entrevista con Franco. Una gran contramina. Le escribe dos veces, indicándole la conveniencia de hacerlo. La segunda vez, en el informe que transcribimos a continuación, con un apremio poco frecuente y llamativo en un hombre de la delicadeza y prudencia de Valiente. Apremio que adolece de empirismo, pero que debía haber llamado la atención de Don Javier, antiguo conocedor de la manera de ser y de escribir, suave y críptica, como de abolengo eclesiástico, que su jefe delegado tenía. No fue así, como afirman los hechos y su desestimación escrita al final de su carta a Valiente (pág. 70) de «los amigos de entrevistas» que hemos leído en este mismo epígrafe.

O tal vez se debió a que esas instancias de Valiente no llegaran a Don Javier; el primero incluye el informe que vamos a transcribir en la relación de envíos que no han tenido confirmación de haber llegado, que hay en su informe a Don Javier.

Todo esto nos devuelve a la cuestión de las transmisiones, ya señalada.

A Franco le resultaba rentable su ataque a las transmisiones internas de la Comunión Tradicionalista. Sin él, las sugerencias de Valiente hubieran llegado pronto, y no hubieran necesitado ser tan empíricas. Sin el desgaste y la falta de recursos de la clandestinidad hubiera podido enviar un enlace o ir personalmente a explicar y justificar ese proyecto de contramina.

El 17 de febrero de 1960, Valiente envía un Informe a Don Javier, al final del cual le dice:

«En la reunión del Secretariado de anoche, propuso José Luis Zamanillo que me dirigiera a Vuestra Majestad para exponerle la conveniencia de que escriba Vuestra Majestad una carta a Su Excellencia el Jefe del Estado, y le proponga celebrar una entrevista para informarle de la política general de la Comunión.

Si Vuestra Majestad estima que es oportuno hacer esto, podría estudiarse el modo de su realización.

Espero que Vuestra Majestad se digne darme las órdenes que estime oportunas en relación con este asunto.»

Trece días después, Valiente insiste de manera llamativa con la siguiente carta:

«Señor:

Tengo el honor de escribir de nuevo a Vuestra Majestad, por encargo del Secretariado, que se ha reunido el miércoles 24. Juan estaba aquí, y asistió también a nuestra reunión. Los tres coincidíamos plenamente en suplicar, y recomendar a Vuestra Majestad, la conveniencia de que Vuestra Majestad escriba al Jefe del Estado, con el fin de concertar una entrevista de Vuestra Majestad con Franco, sobre la política general de la Comunión.

Este asunto lo propuse a Vuestra Majestad en mi carta del 17, apartado cuarto, de la misma. Juan se ha mostrado conforme con el acuerdo que tomamos José Luis Zamanillo y yo, y que elevamos a Vuestra Majestad en la carta del 17. Hoy elevo a Vuestra Majestad el acuerdo unánime del Secretariado.

Como dije a Vuestra Majestad en mi carta del 17, si Vuestra Majestad estima que es oportuno plantear este asunto, estamos a disposición de Vuestra Majestad para estudiar el modo de su realización.

Deseo que el Señor se encuentre en buena salud y me reitero como siempre a las órdenes de Vuestra Majestad.

Madrid, 26 de febrero de 1960

Señor.»

LA DESIGNACION DE DON FEDERICO SUAREZ VERDEGUER

El 2-II-1960 Franco escribe a Don Juan de Borbón una carta sobre los próximos estudios de Don Juan Carlos. En ella dice: «Respecto a las otras personas que pueden acompañar al Príncipe, si V. A. está contento con ellos, podrían ser los ayudantes, a quienes conoce y con los que ha convivido en estos años, uno de los cuales podría estar de servicio a su lado. Y también había pensado en un catedrático como director o secretario de estudios, que pudiera asesorarle y cuidarse de su formación moral y espiritual como consejero. Para esto había pensado en un excelente catedrático de la Universidad de Santiago, que combatió en los Requetés; pertenece al Opus y es hoy sacerdote. Es profesor de Historia Contemporánea;

está actualmente en el Estudio de Navarra, y todos cuantos le han tratado le quieren y estiman. En la Marina es muy querido por haber dado ejercicios espirituales en la Escuela Naval de Marín. Es hombre de cuarenta y tantos años, que aceptaría el sacrificio de apartarse temporalmente de sus tareas por tratarse de tan alto servicio».

Don Juan de Borbón contesta a esta carta de Franco con otra en la que se lee: «Acepto de la mejor buena voluntad que se designe al catedrático y sacerdote Don Federico Suárez Verdeguer con una misión que ha de tener lógicamente una profunda dimensión moral y religiosa; me propongo rogarle que venga para conocerle personalmente, pero tengo ya de él las mejores referencias».

Estas dos cartas se encuentran íntegramente en el libro de Don Pedro Sainz Rodríguez «Un reinado en la sombra». Lo que no dicen ni Franco, ni Don Juan, ni Sainz Rodríguez, es que Don Federico Suárez Verdeguer era a la sazón un destacado carlista; uno de los pocos intelectuales carlistas de que podía presumir, y presumía mucho, la Comunión Tradicionalista.

Esto explica que Javier Lavardín, pseudónimo de persona muy próxima a Don Hugo y al Opus Dei, escriba en su libro «El último Pretendiente»: «El ambiente carlista se encrespó más al saberse que un conocido historiador del siglo XIX español, sacerdote del Opus Dei y sincero carlista, Federico Suárez Verdeguer, había aceptado ser nombrado director espiritual de Juan Carlos de Borbón».

«Era una vez más un ardid para crear la impresión de que los tradicionalistas estaban con Juan de Borbón. Carrero Blanco, el subsecretario de la Presidencia del Gobierno, integrista de corazón, fue el encargado de comunicar al Padre Suárez, en nombre de Franco, el nombramiento de que había sido objeto. El sacerdote insistió en que, para él, el rey era Javier. Carrero fué hábil. ¿Cómo un sacerdote podía negarse a dirigir un alma? Y si esta alma llegaba a ser rey de España, ¿quién sería el responsable de su deficiente formación religiosa? (1). Suárez debió de objetar que eso equivalía a dar por sentado que los carlistas no llegarían al poder. Franco, en persona, se ocupó de quitar ese escrúpulo al reverendo: «Por si en su día es llamado...». Suárez terminó aceptando, si bien proclamando su lealtad a Javier ante Carrero, Franco y el propio Juan de Borbón.» (...)

«Los juanistas del Opus Dei volvieron a mirar dentro de "casa".

(1) Nótese la identidad de este planteamiento con el que, independientemente y por su lado, se había hecho a sí mismo muchos años antes Don Eugenio Vegas Latapie. Véase el tomo X, pág. 121.

Había allí otro carlista eminente, Alvaro d'Ors, uno de los catedráticos de Derecho Romano de mayor prestigio internacional. ¿Por qué no podía ser él también uno de los preceptores de Juan Carlos de Borbón? d'Ors se negó en redondo. Juzgaba que, aunque el hombre es débil y flaco, no merecía la pena caer en tentación de tan poca monta. No era un juicio delicado, pero posiblemente, d'Ors quiso cortar de raíz todo intento de coacción que se quisiese hacerle.»

Hasta aquí, Javier de Lavardín.

Cabe conjeturar que en la aceptación de la negativa de Don Alvaro d'Ors influyera el prudente deseo de no echar más leña al incendio que originó el nombramiento de Don Federico Suárez Verdguer. El recopilador lo presencié de muy cerca: aquello fue un temporal tremendo y produjo cartas y documentos de alto nivel, todavía inéditos, con involuciones interesantes; aún duraba, como veremos, en 1962. Antes y después que Don Federico Suárez Verdguer, muchos otros carlistas habían transbordado a las filas de Don Juan, y ello produjo siempre reacciones; pero en este caso se desorbitó la cuestión porque había una sensibilidad especial para todo lo relacionado con el Opus Dei. Con razón o sin ella, la realidad fue que este transbordo le resultó muy costoso al Opus Dei. sus frutos están a la vista, pero fuera de nuestro período.

V. DON JOSE MARIA VALIENTE ES NOMBRADO JEFE DELEGADO

La supresión del Secretariado.—Escrito de Don Javier a Don José María Valiente, el 25-IX-1960.—Oficio del nombramiento, el 2-X-1960.—Otros nombramientos.—Personalidad y pensamiento del nuevo Jefe Delegado.—Artículo de Elías de Tejada, «Los dos José María, según Plutarco».—Declaraciones de Valiente a «La Gaceta del Norte».—Conferencia en Jerez de la Frontera, el 12-XI-1960, titulada «Monarquía Popular».—Conferencia «El problema social».—Visita a Franco.—La reconstrucción de la España Nacional.

LA SUPRESION DEL SECRETARIADO

Para estudiar la supresión de cualquier organismo, en nuestro caso la del Secretariado, parece natural investigar previamente por qué se creó; porque esa desaparición puede deberse a la de sus causas o a otras razones.

El 11 de agosto de 1955, Don Javier cesó a su Jefe Delegado, Don Manuel Fal Conde. Tuvo entonces la elegancia, digna de un rey, de no nombrar inmediatamente otro Jefe Delegado, sino de decir que el cese se debía a que él mismo iba a tomar personalmente el mando de la Comunión (1).

Después, en noviembre de aquel mismo año, Don Javier creó un Secretariado que le sirviera de órgano intermedio en sus rela-

(1) Posteriormente, fracasada y sepultada la política de colaboración con Franco, le concedió el título de Duque de Quintillo, con Grandeza de España para él y sus descendientes legítimos por línea de varón, por Real Decreto dado en Fátima el 8-XII-1967. Tardío desagravio.

ciones con los mandos territoriales de la Comunión; función que había venido atribuyéndose, con otras, al recién suprimido cargo de Jefe Delegado.

Pero este Secretariado duró cinco años, bastante más tiempo del necesario para su misión inicial de suavizar caballerosamente el paso de un Jefe Delegado a otro.

Es que, además, sirvió para dar a la nueva etapa política bajo el signo del acercamiento a Franco y de la colaboración con él, un carácter de fácil reversibilidad; un carácter de provisionalidad que permitiera dar marcha atrás. Cuando en cinco años esta política se consolida, el Secretariado pierde esa segunda razón de ser. Conviene señalar esta ejemplar muestra de prudencia política y advertir que la política de colaboración con Franco, que ahora no juzgamos, no fue fruto de una decisión precipitada.

Tercera razón para su desaparición fue volver a la normalidad de la organización, que era que el Rey tuviera un Jefe Delegado. Esta figura, tradicional en la Comunión, había sido ennoblecida y exaltada por su último titular, Don Manuel Fal Conde. Aunque el presidente del Secretariado venía siendo comparado a un Jefe Delegado, su nombramiento explícito con este nombre clásico, le daba más prestancia y más autoridad, y tanto los de casa como los de fuera tuvieron por un momento la sensación de que la Comunión Tradicionalista iba a funcionar mejor, lo cual implicaba, además, en aquella coyuntura, que no moriría a resultas de la entrevista de Franco con Don Juan, en marzo, en «Las Cabezas».

Otra razón, de índole personal, era que en estos cinco años ya se había preparado un nuevo Jefe Delegado. Cuando fue cesado Don Manuel Fal Conde, ninguno de los otros dirigentes que hubiera podido ser designado inmediatamente para sustituirle tenía ante el pueblo carlista la popularidad y el crédito necesario para ello. Ahora, los carlistas ya estaban acostumbrados a ver en Valiente algo cercano a la nueva figura que iba a asumir. Por su parte, el propio Valiente se había preparado y entrenado lo más que era posible.

Una causa más, secreta pero importantísima, era la crisis iniciada y en desarrollo en el seno del Secretariado. Secreta y desconocida aún por el pueblo carlista, no lo era para sus componentes ni para el propio Rey. Había nacido de su también secreta rivalidad con otro secretariado, el personal de Don Hugo, y con la propia persona de éste.

Antes de seguir digamos que a la vista de estas razones palidece

y no se acredita la versión de Don Javier en su carta a Valiente de 25-IX-1960, que vamos a reproducir, de que el nombramiento de nuevo Jefe Delegado se debe a la necesidad de una mayor velocidad en el mando (1). Viviendo, como vivían, los dos miembros del Secretariado —Zamanillo y Sáenz Díez— y su presidente —Valiente— en Madrid, y aun dentro de Madrid muy próximos, no parece que el Secretariado fuera causa de lentitud o que ésta no pudiera subsanarse más que con su disolución.

Desde que se estableció en España, Don Hugo mostró inclinación a proceder con independencia y fuera del organigrama o cauce oficial de su propia organización, la Comunión Tradicionalista. Aumentaban los casos en que los miembros del Secretariado se enteraban de actividades políticas importantes de Don Hugo de manera casual y por cauces vulgares. Estas anécdotas no les hacían ninguna gracia.

El trabajo político del Príncipe de Asturias no estaba claramente definido y sí, en cambio, estaba claramente definido que el Rey, el que mandaba, era Don Javier, y que lo hacía por medio del Secretariado, que le enlazaba con los jefes regionales. En una ocasión, Don José Luis Zamanillo estuvo explicando esto a voces, aunque sin nombrar a Don Hugo, de momento, pero con evidente alusión y reticencia.

Había una interacción entre este talante de Don Hugo y el de sus secretarios; tampoco se había definido la misión de éstos, tal vez por su modestia. Queda manifiesto con absoluta claridad e impudicia en el libro «El último pretendiente» (que se atribuye con verosimilitud a uno de ellos, oculto bajo el pseudónimo de Javier Lavardín), que estos secretarios intervenían con atrevimiento en las más importantes cuestiones, situándose de muy distinta y superior manera

(1) Por aquellos años, Don Javier escribe al catedrático de Historia del Derecho en Granada, y consejero de la Comunión, Don Rafael Gibert para agradecerle unos envíos. La carta está fechada en París el 28 de octubre, sin expresión del año, según la mala costumbre de Don Javier, y entre otras cosas le dice:

«Esas cartas son un gran aliento porque, como me dices, el alejamiento desde años no disminuye el afecto, pero impide lo que llamaré el sentido de la mentalidad del pueblo en que si vive. Esos muy finos sentimientos de lo que se puede y debe hacer y lo que es preciso evitar. Eso no si puede sentir de lejos. Pero por eso tengo, gracias a Dios, mis Jefes que me aconsejan y las Juntas. Tenemos un pueblo magnífico, de una lealtad y servicio como no hay otro en el mundo: uniendo sus sentidos cristianos con los de la Monarquía. Son los mejores hombres de la tierra. Eso es efecto de la nobleza de la Causa y grazia de Dios.»

de la que clásicamente se atribuye a unos secretarios. Algo parecido se podría decir de algunos jóvenes amigos de Don Hugo. Entre todos formaban una especie de «equipo», paralelo, marginal y rival de los cuadros de mando oficiales de la Comunión.

Don Hugo pensaba, y no sin cierta justificación parcial, que el Carlismo, vencedor en la guerra, había sido vencido políticamente en la paz nacida de aquélla por la falta de categoría y de acierto de los jefes carlistas, ignorando otros muchos factores. Había, pues —según él—, que desplazar a toda esa cuadrilla de ineptos y sustituirlos por otros, más listos, que eran él y sus amigos.

Este fenómeno psicológico tiene en esa época de la historia de España dos precedentes: uno, político, a cargo de Don José Antonio Primo de Rivera, que en el discurso fundacional de Falange Española dijo que todo está contaminado, que todos los viejos están invalidados por sus corrupciones y que había que convocar solamente a los jóvenes que eran los únicos inocentes. El otro fenómeno era religioso y debió influir en Don Hugo más que el anterior: los «progresistas» se presentaban diciendo que hasta su llegada todo había sido deficiente en la Iglesia, pero que con ellos llegaban los listos que todo lo arreglarían.

Ante este planteamiento, cada miembro del Secretariado hizo su composición de lugar y tomó sus medidas.

Don Juan Sáenz Díez informó al recopilador que el primero en darse cuenta de la manera de pensar y de ser de Don Hugo fue Zamanillo, y que éste fue un factor, no el único, en su decisión de desviarse hacia Franco, exagerando hasta la heterodoxia la política de colaboración.

Zamanillo no fue, empero, el único en barruntar la tragedia muy tempranamente. Don Mauricio de Sivatte había sido avisado confidencialmente por un religioso francés de que Don Hugo tenía una mentalidad marxista. Pero esto no fue divulgado por la absoluta incomunicación voluntaria en que se encontraba, por otras muchas razones, el jefe catalán respecto de sus antiguos compañeros dirigentes a la sazón de la Comunión Tradicionalista. Pero indudablemente influyó en el endurecimiento de su postura.

Don Juan Sáenz Díez había aceptado con ejemplar abnegación encargarse de la gestión económica que se le asignaba tradicionalmente con la esperanza, fundada, de que su fuerte posición económica, unida a su generosidad, acabaría arreglando las situaciones apuradas. Don Hugo aplicaba a la cuestión económica su tesis gene-

ral ya dicha: atribuía a incapacidad de los recaudadores que la recaudación fuera insuficiente. Apremiaba de manera despectiva e impertinente a Don Juan Sáenz Díez para que le diera más dinero en plazos breves, como de ultimátum. Le impuso la colaboración de uno de sus «secretarios», Ramón Massó, que Sáenz Díez aceptó con su conocida humildad que tanto le enaltecía a los ojos de cuantos le trataban. Pero puso tres condiciones: que antes de visitar gente para pedir dinero se le avisara a él para que él le presentara y no quedara desairado ni hubiera confusiones; que le entregara todo el dinero que recaudara, y que el que tenía que distribuir los fondos era él, Sáenz Díez, porque además tenía compromisos previos que cumplir. Ramón Massó, a las órdenes directas de Don Hugo, no reunió estas condiciones, y por ello, Sáenz Díez, un día en que Don Hugo le invitó a comer en su domicilio de la calle de Hermanos Bécquer, de Madrid, se lo hizo notar, añadiendo que por ello iba a escribir a su padre, Don Javier, dimitiendo de su puesto en el Secretariado. Don Hugo se apresuró a avisar a su padre para que admitiera la dimisión de Sáenz Díez, y así fue. (Véase la alocución de Don Hugo a la Junta Nacional y al Consejo, el 25-X-1961.)

Don José María Valiente, presidente del Secretariado, era el que peor parado quedaba por las libertades que se tomaba Don Hugo, sin consultarle. A principio de año, sin decirle nada, se había ido a Cataluña a negociar con unos falangistas el hacer una concentración común en El Bruch para gritar ¡Viva el Rey Javier! delante de Franco. También por su cuenta había establecido una amistad con un general entonces de moda, Don Antonio Alcubilla, que informaba puntualmente a Franco de los cambios de impresiones políticas que tenían. A principios de abril, Valiente se enteró de que estaba preparando una carta para ser leída en la concentración, ya inminente, de Montejurra, sin haber tenido con él un cambio de impresiones previo sobre su conveniencia y sobre sus líneas generales.

De antes y después de estos días que historiamos se podrían recoger muchos episodios análogos. Tenían caracteres y concepciones muy distintas. Años adelante, cuando estas diferencias se divulgaron, se comentaba con acierto que tenían los papeles cambiados. Valiente servía para Rey por su serenidad, lentitud, prudencia, erudición, alteza de miras de largo alcance y dedicación a altas especulaciones, con descuido de las cosas pequeñas y de la ejecución de las decisiones. Don Hugo, en cambio, funcionaba como un «leader», calificativo que finalmente, en el fondo de su desastre, se arrogó

como una gracia; era activo, dinámico, emprendedor, audaz, omnipresente y zascandil; inculto, como muchos de los que se complacen en autodenominarse hombres de acción. Valiente era inteligente, y Don Hugo, simplemente, listo.

Don José María Valiente decidió aguantar las genialidades de Don Hugo y las complicadas combinaciones de sus secretarios, que no tardaron en agravarse con desviaciones doctrinales; como hacen, pero solamente hasta cierto punto, los buenos monárquicos. No le quedaba otra solución, porque no quería irse a servir a otros señores, como Zamanillo a Franco, ni quería retirarse de la política activa, como Sáenz Díez; ni levantar bandera de rebeldía, como Don Mauricio de Sivatte. Muchas veces prefirió hacerse el tonto, aunque de tonto no tenía ni un pelo. En este año escribe una carta al destacado carlista Don Raimundo de Miguel, y en ella, con estilo críptico, alude a las dificultades con los secretarios de Don Hugo, que es como decir con éste, aunque elude mencionarle. Dice: «Creo que éste es el asunto más grave para nosotros. En otros terrenos podemos maniobrar, hacer y deshacer, concertar alianzas, todo correctamente pero con libertad. En cambio, en este terreno, las dificultades son muy serias».

Cuando aceptó el nombramiento de Jefe Delegado, Don José María Valiente ya sabía perfectamente lo que le esperaba en este punto. Tal vez tenía alguna esperanza de que podría enderezar las cosas desde su nueva situación.

Don José María Valiente cesó en la Jefatura Delegada a petición propia en 1968, fuera del límite de esta recopilación. Después de dos años de silencio e inactividad política pública aceptó el nombramiento de Procurador en Cortes por designación directa del Jefe del Estado sin contar con Don Javier, lo que produjo una reacción violentísima de éste, si bien no desbordó el ámbito privado. Valiente consideró que la conducta de Don Hugo había acabado definitivamente con el Carlismo y no se dedicó a salvarle, como intentaron, cada uno por su lado, Don Mauricio de Sivatte, primero, y don Juan Sáenz Díez, después, y en escalas menores, no pocos otros carlistas. Trató de vigorizar a varios ensayos fugaces de reorganizar la derecha que se sucedieron en los últimos años del franquismo y al fin de sus días estaba a las órdenes de Don Manuel Fraga Iribarne en la directiva del partido «Alianza Popular».

ESCRITO DE DON JAVIER A DON JOSE MARIA VALIENTE,
EL 25-IX-1960

«Decreto

Al Excmo. Sr. Don José María Valiente Soriano

Desde más de cinco años he dirigido la Comunión Tradicionalista Carlista directamente mediante mi Secretariado.

Los años han pasados y pasan sin tener la posibilidad para mí de ir a España y pasar la frontera.

A la larga, esos contactos indirectos causan retrasos que pueden ser perjudiciales al buen desarrollo de nuestra Jefatura.

Durante estos años el trabajo ejecutivo quedará en tus manos y en las del Secretariado, y habéis cumplido mis directivas con éxito, gran actividad y fidelidad, sirviendo así la gran Causa de la Comunión Tradicionalista Carlista.

Ahora los tiempos políticos vuelven con una prisa siempre maior y para actuar con más eficacia y celeridad y tomar decisiones que tal vez deben ser inmediatas; en consideración de tus eminentes servicios a la Causa que servimos, te nombro con ese decreto Jefe Delegado Nacional de la Comunión Tradicionalista Carlista.

Tu actuación será más directa, siempre en estrecha colaboración conmigo que llevo la entera responsabilidad del mando. Tengo a confirmarte la completa confianza que he siempre tenido en ti y que tú has altamente merecido (1).

Que Dios Nuestro Señor te ilumine y que la Santísima Virgen te asistan.

París, 25 de septiembre de 1960.

Francisco Javier de Borbón.»
(Rubricado.)

(1) En una carta de 4-VII-1958, Don Javier había escrito a Valiente: «Tienes perfectamente razón que tú eres el Jefe que menos ha tratado de influir en mi espíritu. Pero tú eres el Jefe también en el cual he puesto toda mi confianza y que ha siempre acatado mi pensamiento con grande inteligencia, prontitud y fue siempre eficaz.»

OFICIO DEL NOMBRAMIENTO, EL 21-X-1960

En el ángulo izquierdo del papel hay una corona real y debajo de ella tres flores de lis.

El texto dice:

«Correspondiendo a la petición que me ha sido formulada por el Consejo Nacional de la Comunión, que cumple también mi deseo, y vistos los méritos que concurren en la persona de Don José María Valiente Soriano, quien al frente del Secretariado ha sabido interpretar fielmente mi pensamiento político en estos cinco años,

Vengo en nombrarle Jefe Delegado mío en España, con todas las facultades y atribuciones que tradicionalmente han correspondido a dicho cargo, esperando en Dios que, para el bien de la Comunión, responderá dignamente a esta prueba de mi confianza.

Dado en París, 21 de octubre 1960.

Francisco Javier.»

CARTA DE DON JAVIER A DON JOSE MARIA VALIENTE, EL 31-XII-1960

«Bost. Besson. Allier.

31 Dic. 1960.

Muy querido Valiente.

Grazias para tu carta y en este último día del año pienso a ti, a los cargos que te he pedido asumir y pido a Dios que te ilumine y gué en la carretera dura y difícil que constituye el mundo, con sus deberes al servicio de los otros. Sé que habrá siempre una unidad de pensamiento entre ti y mí y si hai algo que a ti no conviene, te pido decírmelo, como lo haré contigo. La edad ya se hace sentir en muchas cosas para mí y la falta de contactos directos hacen las cosas más difíciles. Pero nuestra Unión sabrá guiar la Comunión en el rumbo moderno y en las circunstancias que pueden presentarse inesperadamente. Creo que el año que abre sus puertas esta noche, será lleno de dificultades y peligros Internacionales, y habrá nuevos re-

gresos de nuestra cultura cristiana política, pero estamos en las manos del Todopoderoso y sabemos que luchamos para El y su reinado aquí, no sólo rezando, pero actuando con vigor y con los medios políticos y humanos que el Señor ha puesto en nuestras manos.

Buen y feliz año a ti, a tu esposa y a tu familia!!

Aprovecho esta carta para anunciarte el envío de breves contestaciones a las felicitaciones recibidas de nuestra gente. Las curso así, sin sobres, pero con la dirección puesta en cada uno. Te pido encargar alguien que las ponga en sobres y las envíe por Correo o por las manos de los Jefes Locales y Provinciales. No puedo contestar a todos y les pido de hacer una contestación de agradecimiento global a todos que me han escrito, y de las cuales, por cierto, no he recibido las cartas. Además te envío dos cartas de Argentina. Te pido estudiar la contestación y enviarme tu pensamiento en este asunto. No podemos dejarles sin directivos.

Adiós, mi querido Valiente, te agradezco de todo corazón y quedo tuyo afectísimo,

Francisco Javier.»

(Rubricado.)

OTROS NOMBRAMIENTOS

La disolución del Secretariado fue suave y elegante. Aparte Don José María Valiente, enaltecido con el nombramiento de Jefe Delegado, que era lo importante, los otros dos miembros salieron de la crisis con los honores de nuevos nombramientos.

A Don Juan Sáenz-Díez García se le nombró «Delegado Regio en los Reinos de Aragón y de Valencia y en el Principado de Cataluña» («Boina Roja» de junio de 1960). Era un honor con el que figuró en la concentración de Ulldecona de 23-X-1960, pero pronto cayó en desuso.

«El Excmo. Sr. Don José Luis Zamanillo, por Carta Real de tres de diciembre ha sido nombrado Secretario Nacional de la Comunión Carlista» («Montejurra», segunda época, núm. 3). Pronto veremos lo artificial y forzado, desajustado y efímero que fue este cargo. En esta suave y lenta maniobra de desenganche, dejaba Zamanillo de ser Jefe Nacional del Requeté, cargo distinguidísimo que

había desempeñado gloriosamente desde la preparación del Alzamiento.

Le sustituyó Don José Arturo Márquez de Prado y Pareja, que unía a su juventud y a otras cualidades, la de una total disponibilidad por tener terminados sus estudios y disponer de una buena situación económica. Le encontraremos frecuentemente en las páginas siguientes de esta recopilación. Cesó en este cargo en mayo de 1965. Su nombramiento fue planteado por Valiente a Don Javier en uno de sus habituales informes, el de 14-III-1960, de la siguiente manera:

«Señor:

Tengo el honor de elevar a Vuestra Majestad este escrito, para hacerle presente una propuesta del Secretariado, que sometemos a la superior decisión de Vuestra Majestad.

Pensamos que el nombramiento de José Arturo Márquez de Prado, para Delegado Nacional del Requeté, como sucesor de José Luis Zamanillo, convendría hacerlo en dos etapas. En la primera, nombrarle Delegado-Adjunto de Zamanillo. Esta etapa puede durar un tiempo prudencial, para que el mismo Zamanillo pueda presentar a su Adjunto en algunos actos importantes. Así se verá la *continuidad*, y no habrá base, ni pretexto, para interpretaciones inconvenientes. La segunda etapa consistiría en nombrar a Márquez de Prado, Delegado Nacional, ya *con carácter definitivo*, para suceder a José Luis Zamanillo.

Para el caso de que Vuestra Majestad acepte esta propuesta del Secretariado, me permito enviarle un proyecto de Decreto.

Decreto

Teniendo en cuenta tu meritoria, acertada y generosa labor en el Requeté, y tu fidelidad en mi servicio:

Vengo en nombrarte Delegado Nacional-Adjunto del Requeté, a las órdenes inmediatas de Don José Luis Zamanillo.

Dado en París, a 21 de marzo de 1960.»

Pero Don Javier, que ya barruntaba la crisis política de Zamanillo, que veremos, envió un nombramiento directo de Delegado Nacional. Hubo un discreto forcejeo entre Don Javier y el Secretariado a este respecto; la revista «Boina Roja», muy adicta a Zamanillo, dio la noticia del nombramiento de Delegado Nacional-Adjunto.

PERSONALIDAD Y PENSAMIENTO DEL NUEVO JEFE DELEGADO

El boletín «Boina Roja», de octubre-noviembre de 1960, al dar cuenta del nombramiento del nuevo Jefe Delegado, dice: «Coincidente con este nombramiento es el de cumplirse en este año los veinticinco del ingreso del nuevo Jefe Delegado en las filas del Carlismo». El mismo Don José María Valiente en algunas ocasiones dejaba caer alusiones tangenciales a que su ingreso en la Comunión Tradicionalista había sido «de manos de Don Alfonso Carlos».

El lector que no vivió aquellos años no sospecha lo que había detrás de estas noticias aparentemente secundarias. Había una réplica a la maledicencia de muchos que en lo tocante a la personalidad de Valiente se ensañaban en recordar constantemente, y con reticencia acusadamente peyorativa, que procedía de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas). Efectivamente: en su juventud había sido amigo del constructor de este partido político, Don José María Gil Robles, y había compartido con él un despacho de abogados y había trabajado intensamente en la CEDA. Pero entre su baja en este partido, en 1934, y su ingreso en la Comunión Tradicionalista, en 1935, pasó un año, y después, hasta su nombramiento de Jefe Delegado sirvió constante y abnegadamente a la Comunión durante veinticinco años.

Es importante añadir que la CEDA recién nacida a la que sirvió Valiente fue un aparato urgente de muchos católicos, apoyados por una Jerarquía Católica entonces ortodoxa, para resistir a los primeros embates antirreligiosos de la Segunda República. Don José María Gil Robles defendía la Unidad Católica en el Congreso, en sus mítines y en sus escritos. Aquello se parecía poco a la democracia cristiana periconciliar, exasperadamente de izquierdas y a la conducta del propio Don José María Gil Robles después del Alzamiento del 18 de Julio de 1936 y del Concilio Vaticano II.

Extensos sectores del pueblo carlista han sido en ocasiones hiper-críticos. Don Manuel Fal Conde se lo explicaba al recopilador como una enfermedad profesional que acaban contrayendo los que durante muchos años viven en una oposición operativa y diligente, que crispera. Por supuesto, que aconsejaba a prevenirla y curarla. El también, con sus servicios a la Comunión Tradicionalista no superados, era acusado de haber militado un año de su juventud en el Partido

Católico Nacional, vulgarmente llamado «Integrista»; las mismas críticas se dirigían contra Don José Luis Zamanillo. Y cuando el ilustre catedrático Don Alvaro d'Ors despertaba admiración y entusiasmo con sus escritos del más puro Carlismo, se le acusaba, como de un crimen, de pertenecer al Opus Dei.

ARTICULO DE ELIAS DE TEJADA.

«LOS DOS JOSE MARIA SEGUN PLUTARCO»

A principios del año 1973, el profesor Elías de Tejada publica unas colaboraciones extensas en el diario «El Pensamiento Navarro», tituladas «Crónicas apolíticas de 15 días». Forman una serie corta pero rica en noticias y reflexiones valiosas para la historia del Carlismo. Una parte de la crónica del 15-II-1973 se titula «Los dos José María según Plutarco», y en ella, al estilo del clásico, presenta entrelazados rasgos de Don José María Gil Robles con otros de Don José María Valiente. Extracto y resumen:

«Mis dos José María son dos víctimas de estas tragedias personales en las que el temple propio pugna rabiosamente con las voluntades respectivas de ambos. Por circunstancias diversas, ambos están empeñados en representar en el escenario del grande teatro de la política papeles incompatibles con sus peculiares condiciones. Se han pasado setenta años de existencia empeñados en ser lo que no pueden ser, tozudamente encabezonados en combatir consigo mismos. El historiador que los estudie en el futuro —y por fuerza habrán de ser estudiados, pues son dos figuras señeras sin las cuales queda coja la perspectiva del siglo que corremos—, apenas empiece sus trabajos destapará dos cajas de sorpresas.

Para el historiador presunto del mañana, José María Gil Robles es la cabeza visible e indiscutible de la democracia cristiana.» (...). «Para el narrador del futuro, mi otro y muy querido José María, José María Valiente, es el carlista representativo por excelencia, el integérrimo, inquebrantable servidor de la Casa de Parma, el Delegado regio de Don Javier de Borbón Parma, el monolítico abanderado de los ideales, la roca granítica de la Tradición viva, magníficamente encanecido en el gobierno del Carlismo.

Y, sin embargo, trátase de dos estampas a mi modo de ver equi-

vocadas. Porque José María Gil Robles, pese a sus posiciones políticas, constituye el caso típico del carlista que se empeña duramente, retorciéndose el corazón en la famosa frase suya, por no serlo, por ser el jefe de la democracia cristiana entre nosotros. Mientras José María Valiente es el demócrata cristiano que ha consagrado su existencia, tras variadas mudanzas, a empeñarse en el imposible de ser carlista, siendo así que el Carlismo constituye la antítesis de sus por lo demás espléndidas, brillantísimas, portentosas, talentudas cualidades.»

Elías de Tejada se extiende, primero, en el estudio de Don José María Gil Robles, del que destaca la devoción a su padre, el catedrático y carlista Don Enrique Gil Robles, cuya obra magna, «Tratado de Derecho Político según los principios de la Filosofía y del Derecho cristianos», reeditó a sus expensas en 1961. Aquí nos interesa más lo que dice de Don José María Valiente.

«Mucho más que el otro José María, éste (Valiente), ha conservado devota y fidelísimamente la memoria de Angel Herrera, su maestro, su amigo, su mentor. Incontables veces le he oído referir, emocionado, sus visitas de discípulo al maestro.» Apunta Elías de Tejada varios posibles grandes triunfos de Valiente en la línea de Don Angel Herrera que se malograron por ser «víctima de una proverbial mala fortuna», al final de las cuales «vino al Carlismo con todos sus dilatados talentos, naufrago agarrado a la tabla del ancho corazón de Don Manuel Fal Conde. Para luego sucederle en la Jefatura Delegada, por un motivo que yo he vivido: porque la mentalidad democristiana de Don Javier de Borbón Parma estaba mucho más cerca de Don Angel Herrera que de la memoria de Don Enrique Gil Robles». (...)

«... los dos José María han trocado sus papeles políticos. El hijo de Don Enrique Gil Robles, de no haber sufrido el maléfico influjo de Angel Herrera y por reacción sus inclinaciones de demócrata totalitario, hubiera sido un magnífico Jefe-Delegado regio del Rey de la Tradición de las Españas. Don José María Valiente, si no hubiera sido por la inoportuna visita de 1934 a Fontainebleau, hubiera subido a ministro de Justicia de la Segunda República y hoy a cabeza insigne del vaticanismo político entre nosotros. Y es que José María Gil Robles es político de suerte, mas ayuno de diplomacias. Mientras José María Valiente es desafortunado político, aunque admirable diplomático. Aquél duro, éste dialogante. Pese a sus posturas liberales, José María Gil Robles practica el arte de la política tal cual lo

practicara Carlos VII, enseñanza nunca olvidada de su padre: pensando que gobernar es resistir. Al paso que José María Valiente posee del arte político la concepción canovista que le enseñó Angel Herrera: la de que gobernar es transigir.»

* * *

DECLARACIONES DE VALIENTE A «LA GACETA DEL NORTE»

La Hermandad Provincial de Ex Combatientes del Requeté, de León, publicó en un folio doblado bien impreso, las «Interesantes declaraciones de Don José María Valiente, Jefe Nacional de la Comunión Tradicionalista, a la *Gaceta del Norte*», sin indicación de fecha, que debe ser alrededor del otoño de este año. El texto dice así:

«La Ley Fundamental es en España el camino abierto hacia la
Monarquía Tradicional

Será de signo social y las regiones tendrán en ella el reconocimiento de sus peculiaridades y su personalidad

Don José María Valiente ha venido a Bilbao para hablar al público sobre el doble tema de los Fueros y la Ley Fundamental.

Don José María Valiente es catedrático y político de larga experiencia. Hemos ido a verle para que nos dijera cuál es —ahora y cara al futuro— la posición del tradicionalismo español, estimando el interés público que ha de tener el que se conozca esa postura.

Y Don José María Valiente nos ha hablado y ha contestado a nuestras preguntas con diáfana claridad.

Estamos donde siempre, somos los de siempre

—Esa es la postura de la Comunión Tradicionalista —nos dice—, que no es partido político, ni lo será nunca, sino eso: una comunión de hombres que sienten el mismo ideal y luchan por él. Estamos donde siempre y somos los de siempre. Y no sólo los que lucimos la boina roja, sino todos los hombres de buena voluntad,

honrados, católicos y españoles, forman parte de nuestra Comunidad de una u otra forma.

—¿Qué ha hecho la Comunidad Tradicionalista desde que terminó la guerra de España?

—Mantener firmemente su línea ideológica, informando de ella cuanto podía a los rectores de la política española. Y observar y analizar discretamente.

—¿Por qué este renacimiento a la vida pública con concentraciones y discursos?

—Porque hemos visto en el semáforo del Gobierno la luz verde para nosotros, en el momento en que es necesario actuar para el bien de España. La promulgación de la Ley Fundamental que señala el camino a seguir, el de la Monarquía Tradicional, plenamente dibujada en dicha Ley, nos ha empujado a la tarea. Y se nos ha abierto la luz verde por reconocimiento implícito de que podemos ser una palanca poderosa en la vida de España, con la autoridad y la fuerza de nuestra historia y con el servicio de nuestros hombres.

Despojarnos de todas las formas de liberalismo

—¿Cuál es la tarea más urgente?

—Urgente, larga y cuidadosa: la de despojarnos de todas las formas de liberalismo, monárquico liberal. El siglo XIX truncó la historia y la vida de España, y es preciso reconstruir mucho.

—¿Cree usted que hay muchos monárquicos en España?

—Creo que hay españoles que desean el bien de su Patria, la paz, el orden, el trabajo, la justicia social, la personalidad de las regiones, el respeto a la religión, todo ese tesoro del mundo cristiano, todo lo que el liberalismo ha destruido y perturbado en siglo y medio. Y eso no lo puede dar una monarquía liberal, cuyo fracaso ha sido rotundo y causa de tantos males en España, ni una república. La única fórmula posible es la de la Monarquía Tradicional. Y ella —los españoles lo comprenderán, aun los que no sientan fervor monárquico— es la única que puede llenar los deseos de todos.

—¿No cree usted que se hace poco por parte del Estado, del Gobierno, por popularizar lo que entraña la Ley Fundamental, el

espíritu de colaboración, de conocimiento, respecto del Reino, de la monarquía?

—No me parece que sea misión del Estado, del Gobierno, sino de la sociedad. Eso estamos haciendo nosotros con nuestros actos, y yo ahora mismo charlando con usted.

La juventud en su sitio

—¿Qué opina usted de la despreocupación de la juventud por la política, de sus posturas de enfrentarse con la generación anterior?

—Pienso que la indiferencia política de una buena parte de la juventud es índice bien claro de que no hay grandes problemas que moverían, en su caso, hacia la política a los jóvenes. Hay una juventud, como la nuestra, que ha heredado un entusiasmo por los propios ideales, que lo demuestra ampliamente en muchos aspectos, como en los centros de estudios la Agrupación Escolar Tradicionalista, conocida por A.E.T., y las demostraciones de Montejurra, Quintillo, Villarreal de Castellón y otras, que se realizan anualmente y en las que se ha registrado, con cierta sorpresa, por los observadores españoles y por los extranjeros, un predominio muy grande de auténtica juventud. Por otra parte, las posturas de enfrentamiento de la juventud han de ser una poderosa fuerza colaboradora en la paz y en el trabajo.

La diversa y unida España

—¿Cómo ve usted la España de mañana en cuanto al sentido regionalista?

—La doctrina tradicionalista está bien clara en ese punto y sobre él se ha escrito mucho, como usted sabe. Hay un reconocimiento pleno de la personalidad, no de las provincias —creación artificial que nos trajo el liberalismo y que habrá que rectificar—, sino de las regiones naturales, perfectamente caracterizadas en España. Y conviene tratar el tema cuidadosamente para que se conjugue, sin extremismos de ninguna clase, la variedad con la unidad. La unidad que, para mí, es el logro de la armonía, la paz, el trabajo en la convivencia.

—Si llegase un momento en el que se encargase a la Comunión Tradicionalista de formar Gobierno, ¿contaría la Comunión con hombres capacitados, de altura y en número suficiente para gobernar España?

—Sí, porque la Comunión Tradicionalista no es un partido político que aspire al Poder. De lo que se trataría no iba a ser de que gobernasen los hombres del Carlismo, sino los españoles. Hombres capacitados para su misión, de buena voluntad, de los que hay muchos en España. Los partidos políticos desembocan en el absolutismo liberal. El Gobierno de la nación debe nacer de los mismos organismos que produce la sociedad para ser auténticamente representativo. En la doctrina tradicionalista española hay una auténtica y profunda democracia que Carlos VII definió muy bien con su «No es el pueblo para el rey, sino el rey para el pueblo».

Nos despedimos de Don José María Valiente. Y mientras nos alargaba la mano, nos dijo:

—Insista usted en eso: estamos tan lejos del absolutismo como del liberalismo. Que España lo sepa. Como estamos lejos, tan lejos, del capitalismo marxista como del liberal, firmemente asentados en la doctrina social de la Iglesia, cristiana y humana, trabajando por una monarquía popular que asiente la paz, la justicia, la familia, el trabajo, la religión y lleve a España al puesto que le corresponde, dejando atrás tantos años de errores y de luchas estériles.»

CONFERENCIA DE DON JOSE MARIA VALIENTE
EN JEREZ DE LA FRONTERA, EL 12-XI-1960, TITULADA
«MONARQUIA POPULAR»

Se editó, bien impreso, un folleto titulado, sobriamente, «Monarquía Popular», con esta conferencia precedida de los discursos de Montejurra y Montserrat. Trasladamos estos últimos al epígrafe «Actos carlistas». En la transcripción literal, que sigue, de la conferencia «Monarquía Popular» conservamos los títulos de los capítulos del original.

I. *Planteamiento de la Monarquía Popular*

Voy a tratar de la Monarquía Popular y a sostener la tesis de que fue desterrada violentamente por el liberalismo, el cual debilitó la fe monárquica en gran parte de nuestras clases populares. Es innegable que estas clases aún no han recobrado la creencia de que su régimen protector sea la Monarquía, porque temen que se recaiga en el Liberalismo clasista y oligárquico. Si se logra disipar este recelo y se presenta a la opinión pública la Monarquía Popular, que responde a nuestra constitución interna, volverá a ser el régimen estable que el pueblo entiende y respeta, porque protege la convivencia jurídica entre la sociedad que es todo el pueblo y el Estado, convivencia que asegura la libertad en la paz, nunca logradas durante más de un siglo de agotadoras convulsiones.

Después de las varias crisis de Fernando VII, la Monarquía liberal vino a fundarse, con caracteres definitivos, en 1833. Desde antes de ese año, nuestra Monarquía necesitaba trabajos de reparación que imponían los deterioros causados en ella por el acoso de las Monarquías absolutistas del Renacimiento. Entonces ocurrió lo que ocurre siempre en las grandes crisis: unos quieren enmendar con espíritu de perfección y continuidad, y otros se limitan a destruir por resentimiento demoledor y sin sentido de responsabilidad. En la última crisis del absolutismo político, los que querían enmendar y restablecer las libertades eran los hombres fieles a nuestra constitución social y política, protectora de las libertades auténticas; los otros eran los reformadores teorizantes y simplistas, enemigos de todo lo que constituyera un severo freno para su gobierno oligárquico, como son los Fueros y las libertades vivas, que pretendieron sustituir por la libertad de piedra de las estatuas, manejada cómodamente por los poderosos desde los pedestales de sus oligarquías.

El régimen liberal es de fácil manejo para el caciquismo oligárquico. Bastan unas camarillas, un encasillado, para hacer el Parlamento desde Madrid, una Constitución escrita, que se suspende e infringe constantemente, como luego veré al recordar la destitución votada por el Parlamento republicano del Presidente Alcalá-Zamora, a quien se condenó bajo la misma acusación que él había hecho al último Monarca liberal.

La Monarquía del liberalismo no es estable, y su facilidad es engañosa. Lo realmente fácil es su destronamiento, con todas las

convulsiones que le acompañan. En menos de un siglo ha sido destronada repetidas veces por los mismos liberales. Y en 1931 su propio sistema la dejó indefensa y salió de España en el mayor abandono, sin un movimiento de opinión popular en su favor. En 1833 se había instaurado sin contar tampoco con el apoyo popular. La Monarquía de ese siglo nació sin apoyo del pueblo y murió sin ser defendida por el pueblo. No tuvo de Monarquía más que la apariencia, y de ahí su inestabilidad, sus saltos en el vacío y sus repetidos destronamientos. Hoy este juego da horror a las gentes porque están convencidas de que ahora ya no sería un juego.

Fue la tal Monarquía como una estrella apagada que seguía enviando su luz sobre la tierra. Pero en realidad no era la Monarquía Popular, sino un régimen de clase. La clase era el Tercer Estado, grupo vencedor en la Revolución Francesa, que *quiso serlo todo*, según la proclama del Abate Sièyes. El Tercer Estado se llamó después burguesía capitalista de presión, que no debe confundirse con la clase media ni con el legítimo derecho natural de propiedad.

Ciertamente, son necesarios los estamentos que han de conducir las finanzas y procurar los embalses de capitales para fecundar la economía. Pero cuando estos capitales se salen de su órbita propia, pretenden comprar el poder político y tratar la política como un negocio más, se convierten en capitalismo de presión, que ya resulta muy sensible a la influencia del internacionalismo apátrida de raíces ocultas y sospechosas.

La clase formada por la burguesía de presión del Tercer Estado no estimó nunca al pueblo, aunque explotó la comparsa populachera y callejera, ni tuvo el sentido popular de nuestra Monarquía. Por eso aquello ya no era el régimen popular de nuestra Nación, sino una oligarquía clasista a la cual le era indiferente presentarse con Corona o sin ella. Por eso también ha podido decirse por un escritor monárquico que lo ocurrido el 14 de abril de 1931 fue que *la República se quitó la Corona*.

Del mismo modo podemos decir que en 1833 la República se puso la Corona. Todo fue un juego turbio, a espaldas de la Nación. Las andanzas de La Granja fueron turbias, precipitadas y sin ninguna intervención popular. Fue una listeza oligárquica, sin el menor respeto para el sentimiento popular de la Monarquía. Y se produjo la división de hondura incalculable.

De un lado, se situó un grupo de presión pequeñísimo, pero con todos los resortes oficiales en sus manos. Las palancas del Poder

fueron empuñadas rápidamente por ese grupo pequeñísimo y sobre esa turbia maniobra pusieron la Corona de España.

De otro lado quedó el pueblo, la inmensa mayoría de la Nación, que no cabía en las alcobas de La Granja. Era todo el campo y el pueblo de España el que rodeaba a Don Carlos, quien buscó el apoyo del pueblo, como lo había hecho siempre la Monarquía a lo largo de toda su historia. Esto había sido siempre lo monárquico. En este campo popular es en donde se ha conservado la Monarquía Popular, que es la única posible en nuestro país.

La división no fue entre dos bandos monárquicos, sino entre el pueblo y esa pequeñísima oligarquía que arrebató las palancas del Poder y se puso la Corona en 1833 para quitársela en 1931, sin sentido de continuidad ni responsabilidad, que no han tenido nuestras oligarquías liberales porque no han comprendido ni respetado a su pueblo.

En la discusión de la boda de Montemolín se demostró que la raíz vital de la diferencia *no era simplemente una cuestión dinástica*, sino que *era profundamente una cuestión monárquica*. Los esfuerzos de Balmes no pudieron resolver un problema insoluble para el Liberalismo que *quiere serlo todo*. La Monarquía Popular para todas las clases y organismos sociales, para todas las Regiones y para proteger los derechos de todos, según sus Fueros y costumbres, no podía aceptarse por el Tercer Estado, que *él solo quería serlo todo*. Este espíritu clasista y exclusivista es el constante fundamento del cerrilismo liberal. La Monarquía quedó entregada a esa clase y situada enfrente, y en contra, de su pueblo. Nunca había ocurrido cosa semejante en la historia de la Monarquía, que jamás había luchado contra su pueblo ni fue justo que luchara entonces, porque lo que rodeaba a las banderas de la Monarquía Popular no era un motín, sino la Nación entera. El motín estuvo en la minoría audaz que asaltó el Poder.

El liberalismo se impuso en el campo político como se había impuesto en el económico, no sólo con los capitales hechos en la lucha liberal, elementalmente biológica y darwiniana, sin los frenos del bien común y de la justicia social, sino, además, con el inmenso latrocinio de la desamortización, que compró a importantes sectores nacionales para sostener, por dinero, el Trono liberal. «El Dinero aplastó a la Monarquía de servicio» (McNair Wilson).

La burguesía del Tercer Estado *logró serlo todo*. Se impuso al pueblo en el campo económico y en el político. Pero *serlo todo*

es ser demasiado, porque arrebató a muchas gentes el *sentido reverencial del dinero y el sentido reverencial de la Monarquía*. Fácilmente ha de comprenderse que todo esto debía plantear un gravísimo problema.

Después de la experiencia liberal, para una gran parte del pueblo, repito, no es su régimen protector, sino que es todavía el régimen de clase de las oligarquías burguesas. Por eso hemos de situarnos honradamente, y bravamente, ante la *Monarquía como problema*, según nos la ha dejado el liberalismo. Este problema planteado artificialmente puede resolverse fácilmente si se replantea con autenticidad y se llega al fondo de la Legitimidad en órdenes y no se incurre en nuevas improvisaciones, aunque estén intencionadas. Si no se plantea a fondo, volveremos a quedarnos en la superficie, es decir, en la superficial República coronada que nunca ha logrado la estabilidad y que cualquier día se quita la Corona porque no tiene sentido de continuidad.

En la sociedad siempre hubo, hay y habrá intereses encontrados que tienden a constituirse en grupos de presión. Función de la Monarquía es armonizar los intereses legítimos y proteger con la soberana política la tensión vital de la sociedad dentro de la soberanía propia de la sociedad misma. La Monarquía es popular cuando protege a todo el pueblo en todos sus derechos de todo orden.

Durante largo tiempo tuvo que luchar contra el grupo más potente, que era la Nobleza. Hubo alternativas en esa lucha, pero la Monarquía luchó siempre y el pueblo se sentía protegido por ella.

La nobleza conserva, aun en sus peores épocas, el sentido popular que nunca pierden los verdaderos señores, cuyos privilegios tuvieron un origen de deber y servicio. Su poder —poco feudal en nuestro país— no fue tan de presión como el poder del dinero contante y vivo de la burguesía liberal. La Monarquía nunca se entregó al excesivo poder de sus nobles Pares y, sin embargo, se entregó a esta burguesía de presión de modo incomprensible.

Algunos de nuestros estamentos dirigentes continúan fieles al Tercer Estado burgués de la Revolución Francesa y *quieren seguir siéndolo todo*, en lo económico y en lo político. Pero si pretenden alzarse otra vez con la Monarquía y seguir su juego sin contar con el pueblo, va a ser muy difícil que consigan de nuevo *ponerse la Corona*.

El pueblo somos todos y también lo es esta reunión de estudio de la Academia de San Dionisio. Estas reuniones son imprescindibles.

bles para la buena marcha de la sociedad, porque cada uno tiene su función, y unos han de dirigir y otros han de ser dirigidos. Pero la Monarquía debe de ser una de las zonas seguras de nuestra convivencia social. La Monarquía ha de ser sentida por todo el pueblo, si es verdad, como decimos, que es una de las bases de nuestra unidad nacional.

II. *La Monarquía Popular y la Democracia*

La aportación democrática en nuestro sistema monárquico responde a sólidos principios de Derecho público cristiano, y es además un hecho probado por la experiencia constante de nuestra doctrina, que se adelantó a todas las de Europa en contenido democrático y rechazó el endiosamiento monárquico en los días absolutistas de la Reforma.

Nuestra Monarquía es democrática por los principios que regulan nuestro concepto de la sociedad civil, y por exigencia de nuestro propio ser nacional, regional y foral.

En nuestra Monarquía Popular se combinan, en proporciones adecuadas, el gobierno monárquico, la necesaria dirección que compete a los estamentos cultos y dirigentes, y la intervención imprescindible de la democracia que aporta el común consenso de la sociedad y ejerce la soberanía social.

La tradición democrática de nuestra Monarquía tiene su base en el gobierno popular de las Regiones y Municipios, bajo la protección jurídica de los Fueros. Pero no termina aquí, sino que se eleva y culmina en las Cortes, formadas por la representación de estas sociedades infrasoberanas y de las demás entidades que produce la sociedad espontáneamente para asistir, limitar y fiscalizar al Gobierno e intervenir en la acción legislativa como determina el Acta de Loredán (1).

Las Regiones en nuestro país son territorios con fuerte personalidad en todos los órdenes de la vida. Fueron las avanzadas de nuestra Nación definitiva y entre todas la forjaron sobre el yunque de la Reconquista. Así se formó nuestra gran Nación, múltiple y varia, conforme a una geografía y costumbres de suma variedad.

La estructuración federativa es la más aconsejable para nuestro

(1) El Acta de Loredan se encuentra en la «Historia del Tradicionalismo Español», de Melchor Ferrer, tomo XXVIII, pág. 128. Es un documento magnífico.

país, al cual no se puede aplicar la uniformidad centralista. La variedad federativa nunca ha sido obstáculo para la unidad nacional. Por el contrario, el absolutismo centralista es el que ha provocado los separatismos, nunca curados en nuestro régimen liberal, y causa grave de la inestabilidad de la paz política durante dicho régimen.

España fue uno de los primeros países de Europa en lograr su unidad nacional, asentada sobre estructuras federativas que repugnan al centralismo uniformista de la Revolución Francesa. No puede ser uniforme el modo de tratar los problemas de Regiones que son tan distintas. Nuestra unidad nacional no encuentra su interior satisfacción en la rigidez centralista. En cambio, España se siente UNA en sus grandes destinos históricos. España es una unidad de destino en lo universal, y a este llamamiento ha respondido siempre.

Las Regiones pueden gobernarse democráticamente porque están en contacto con sus problemas vivos, los sienten de modo entrañable, y difícilmente caen en la deshumanización teorizante del partidismo liberal.

Dentro del ámbito de la Región puede moverse con más viveza y eficacia el espíritu municipal. Las libertades municipales son otro fundamento serio del gobierno popular.

El Derecho Foral es la protección jurídica del gobierno democrático. Bajo esta protección es difícil el despotismo y se limita mucho el afán de absorción que es creciente en los regímenes centralizados por el apriorismo racionalista.

En todos los países preocupa la constante invasión estatal que pone en peligro libertades inderogables. El antiguo principio de la división de poderes se considera hoy anticientífico, vanamente teórico e impotente para frenar el despotismo. Como medida de emergencia para atajar las absorciones estatales, se están dictando en todos los países drásticas medidas de descentralización administrativa. Estas medidas tienen mucha importancia. Las grandes crisis políticas se han resuelto, en parte apreciable, por medio de reformas administrativas que son aplicación práctica de doctrinas políticas. Repito que estas medidas son importantes, pero añado que no son suficientes. Para impedir el estatismo hay que centrar la interpretación de la soberanía y distinguir entre la soberanía social y la política. El ejercicio así jerarquizado de la soberanía produce el gobierno templado y jurídico de nuestra Monarquía protegido por el Derecho Foral. Nuestro Derecho Foral, por tanto, no se limita a resolver una cuestión puramente administrativa, sino que es la re-

gulación jerarquizada de la soberanía. Puede afirmarse que nuestra doctrina monárquica se mantiene en plena vigencia científica y que es un sistema de principios jurídicos defensores de la democracia auténtica y practicable.

Los Fueros tienen profunda raíz histórica y constituyen Derecho que el pueblo entiende y respeta. Su reforma y adaptación a los tiempos puede hacerse con ritmo más humano y menos expuesto a los saltos en vacío del liberalismo teorizante.

El Pase foral es una defensa que concede este Derecho a un recurso legal que se ejercita por medio del procedimiento adecuado, porque no es una barricada subversiva. Pero debe mantenerse al día este recurso, con los necesarios reajustes técnicos, para la protección jurídica de nuestra democracia. Todo esto ha de hacerse sin brusquedades en el procedimiento que podrían dar al traste, por precipitación, con el Derecho mismo que se trata de defender.

En el ambiente entrañable de las Regiones y los pueblos, la familia desarrolla mejor sus funciones como célula social y base de la Representación. Lo mismo acontece con las asociaciones de toda índole que produce espontáneamente la sociedad: corporaciones, gremios, sindicatos, etc.

También conviven mejor las clases sociales, que son funciones sociales distintas y no simples diferencias económicas, según pretende el concepto materialista del liberalismo económico. El concepto de clases en la buena doctrina queda así justificado, humanizado y ennoblecido.

Es imprescindible el reconocimiento de toda esta vida social y de *relaciones humanas* para lograr la base firme de la democracia auténtica.

Nuestros Fueros constituyen la verdadera garantía jurídica de esa democracia auténtica, vigorosamente sentida y, por tanto, estable y seria, aunque tan incómoda para el despotismo oligárquico como beneficiosa para el gobierno democrático. Esto es lo que hace que nuestra Monarquía sea democrática y popular.

Antes de pasar al punto de la Representación nacional en las Cortes quiero hacer una observación. El planteo foral de nuestro Derecho Público no es una postura de determinadas Regiones contra Castilla, sino contra el centralismo liberal, que tuvo a Castilla más olvidada, sin duda, que a otras Regiones. No puede admitirse el anticastellanismo como un serio sentimiento foral. Por el contrario, la protección de los Fueros debe extenderse a todas las Regiones, en

defensa de sus libertades y de su soberanía social, mediante el desenvolvimiento evolutivo de los principios de nuestra constitución social y política.

III. *La Monarquía Popular y la Representación del pueblo en las Cortes*

Nuestras Cortes se fundan en una sincera democracia, porque todo este mundo social de *relaciones humanas*, que se gobierna de modo popular y democrático, como acabamos de ver, es la base auténtica de la Representación popular en las Cortes, que asisten y fiscalizan al Gobierno e intervienen en la acción legislativa. (Acta de Loredán.)

Nuestro sistema de Representación popular puede reconstruirse fácilmente porque sus cimientos son firmes y auténticos, aunque ahora yacen sepultados bajo los escombros de la ruina de los partidos liberales. Hay que desescombrar y limpiar el terreno para que la sociedad se encuentre a sí misma y pueda designar sus representantes en las Cortes de modo espontáneo y auténtico, sobre la base de *relaciones humanas* que, insisto, constituyen las Regiones, los Municipios y las Entidades que produce espontáneamente la sociedad.

La reconstrucción debe hacerse con fidelidad al Derecho y Costumbres del pueblo, que es lo que da viveza a la evolución para adaptarse a los cambios sociales —ley constante de la vida— sin los saltos en el vacío tan propios de la utopía racionalista como contrarios a la naturaleza.

Debe hacerse sin prisas ni pausas, con perdón del poeta. Sin prisas, porque sería infringir las leyes de la Naturaleza, que es infracción castigada severamente con la esterilidad. Sin pausas, porque tampoco la Naturaleza se detiene nunca.

La opinión pública tiene el buen sentido de no exigir milagros racionalistas si no está alterada por agitadores profesionales. Las cosas no pueden hacer *en veinticuatro horas*, a no ser que intervenga la mano del genio, que no es lo normal. Aun así, lo que hace el genio *en veinticuatro horas* es pasar de las Musas al Teatro, y esto no es la vocación política. De todos modos, la genialidad política —que algunas veces se produce— consiste en una mayor agudeza de visión para percibir el sentido íntimo y profundo de la sociedad que ha de interpretar y gobernar.

Para que nuestro sistema de Representación popular de *relacio-*

nes humanas, que es tan razonable y de tan buen sentido democrático, quede a vista del pueblo después de la polvareda liberal, hacen falta dos cosas:

Que se plantee con sinceridad.

Que se desautorice toda maniobra oligárquica liberal de partidos, porque es cosa fracasada trágicamente en nuestro país.

Veamos el primero de estos puntos.

Que se plantee con sinceridad y que se desarrolle con seguridad. Es decir, con cautela y firmeza, sin ceder a los empujones de algunos estamentos dirigentes que tienden a las medidas fulminantes y mágicas, sin respeto para la sociedad, la cual está aún muy sensibilizada por los constantes traumatismos a que le han sometido las fórmulas mágicas de las oligarquías irresponsables.

Ha de hacerse con fidelidad a nuestras circunstancias sociales de todo orden, sin ceder a la tentación racionalista de lo fulminante y brillante.

Esto último es teórico, liberal, sospechoso y engañoso. La sinceridad afronta la dificultad y no la niega ni la teme, pues lo difícil no es lo imposible en nuestra Patria, es el sistema liberal de partidos tan reiteradamente fracasado. Pero esto nos lleva ya al otro punto.

El fracaso del sistema oligárquico de partidos en nuestro país es un hecho que no se puede negar. No teorizamos. El balance de esta política es de una esterilidad trágica. Lejos de resolver ningún problema, el liberalismo destruyó de tal modo nuestra coherencia social que hoy la esencia misma de nuestra Nación es un problema. Esta es la trágica esterilidad. Bajo los focos de luz liberales, España es un problema. Ello es imposible negarlo, como también es imposible imaginar un balance más lastimoso de siglo y medio de liberalismo ni una prueba más concluyente de la incultura política de las generaciones liberales. Dice Pérez de Ayala que nuestros últimos intelectuales han ignorado dos grandes zonas de la cultura: la Religión y el Derecho.

Estas generaciones estéticas cometen el error de aplicar el estudio, que es propio del ensayo y del estilo precioso, a problemas que exigen tratamiento distinto. Ante el fracaso constante echan la culpa al pueblo y se desentienden con la frase: «*No es eso*», que estamos oyendo, con unas u otras palabras, desde las Cortes de Cádiz. Siglo y medio oyendo lo mismo. El pueblo tiene la culpa de todo y sus dirigentes liberales no tienen la culpa de nada. Un sencillo buen sentido dice que esto es una exageración. Los culpables son los que sabían

derribar, pero no sabían construir. Lo que está fracasando es la dirección que pretendió dar a nuestro país la oligarquía liberal de partidos. Bastarán algunos hechos concretos para recordar el fracaso de estas oligarquías.

La multiplicidad de partidos nunca llegó a curarse a pesar de Leyes electorales mayoritarias, y fue siempre una prueba de la falsedad de los mismos. Llegó a haber tres partidos conservadores y seis liberales, lo cual ni tenía valor representativo alguno. Los partidos liberales de los señores Conde de Romanones, Marqués de Alhucemas, Don Santiago Alba, Don Niceto Alcalá-Zamora, Don Miguel Villanueva y Don Rafael Gasset producían mucha más política de la que el pueblo podía consumir o entender.

A la vista de estos seis partidos liberales, cualquier observador extranjero, sobre todo si nos observa desde la realidad anglosajona, que se precia de tan parlamentaria, comprenderá que aquí aplicamos la expresión *partidos* para significar una realidad distinta a la de aquellos países.

El planteo anglosajón es cosa distinta. Allí no hay nunca más que dos partidos con eficacia de gobierno, y ambos están de acuerdo en las bases fundamentales del Régimen. Sus debates tienden a obtener la visión bifocal de los asuntos —como en el procedimiento ante los Tribunales— dentro de unas normas que todos aceptan. Y en cuanto al sistema usado para lograr el Poder, es una competición deportiva, en la cual puede triunfar cualquiera de ellos sin que se conmuevan las paredes maestras del Régimen. Todo ello responde a una tradición de siglos y no es un arbitrio teorizante sin raíces sociales. Ni puede estimarse como la fórmula única aplicable al mundo entero.

En nuestro liberalismo, la tensión que se produce entre los partidos nos somete a la zozobra de los períodos constituyentes, los cuales nunca ha logrado superar el régimen liberal. Nuestro liberalismo no ha logrado encontrar una fórmula estable de convivencia.

Los liberales se han acusado recíprocamente de la farsa electoral con que unos y otros trataban de disimular su vacío político. Pero lo que nunca lograron disimular fue la violencia desplegada en la oposición, por donde venía a descubrirse la guerra sorda que ardía en las entrañas de un sistema que nunca ha podido asegurar la paz en la Nación. Ellos mismos se destruyeron entre sí y no pueden culpar a nadie más.

Los propios liberales, en sus recíprocas acusaciones, nos han di-

cho mil veces que la verdadera elección de los diputados la hacía el Gobierno por medio de lo que se llamaba el Encasillado, que eran unas hojas de papel cuadriculado en las que se acoplaban los candidatos a los distritos. El ministro de la Gobernación conocía los nombres de todos los diputados que iban a ser elegidos, como Temístocles conocía por sus nombres a todos los atenienses. No es sincero hablar ahora de la sinceridad parlamentaria de antaño.

Cánovas dijo que el sufragio universal de la revolución termina en el Comunismo y, sin embargo, lo aceptó. Si realmente creía que aquel sufragio termina en el Comunismo, no fue sincero al aceptarlo. Esta era la verdad. Lo que pensaron él y todos los buergueses liberales era falsear el sufragio, y así lo hicieron siempre.

No es posible volver a aquella farsa tan descarada y antigua, que provoca el revanchismo y la ferocidad de nuestras luchas políticas que conoce el mundo. Digo que la farsa es antigua porque los historiadores no han logrado aclarar la penumbra del procedimiento de designación de los diputados de Cádiz. Aquella elección no fue ni clara ni seria, y sin embargo, los diputados ya se mostraron arrogantes y provocadores. Rosita la Pastelera pedía la pena de muerte para el que propusiera la reforma de la Constitución de Cádiz. Con tales bombas atómicas empezó la agresión liberal en nuestra Patria.

El liberalismo dividió el Ejército. Ciertamente es misión del Ejército defender a la Patria de los enemigos de fuera y también de los de dentro, y por esto último ha de intervenir alguna vez en el interior. Pero es un contrasentido que esta intervención ocasione precisamente la pérdida de la disciplina militar. El Liberalismo rompió la unidad militar y produjo el fenómeno que el mundo conoce con el nombre de *Pronunciamientos*, que fueron choques de militares liberales contra militares liberales. El Pronunciamiento es la gran institución liberal en nuestro país. Esto carece de sentido político y, sobre todo, de sentido representativo. Partidos de este tipo no eran cauces de representación de ninguna opinión pública.

La batalla de Alcolea en 1868 y el posterior asesinato del General Prim, todo ello entre liberales, tiene además un trasfondo que no es político, ni representativo de opiniones populares. El mismo trasfondo tiene la actitud de nuestros partidos en 1909 frente a un escándalo internacional, que nuestro Parlamento hubiera tratado de modo más digno si hubiera representado, de algún modo, la opinión nacional.

La política de obras públicas fue prácticamente nula, a pesar de que es la más sanamente popular. Ni siquiera para regadíos —que es la ansiedad atormentada de nuestra dura Península— hubo un mínimo de atención y continuidad. Decía Costa que gobernar es regar. No hay que entender sus palabras al pie de la letra, pero no puede negarse que son una explosión de esa ansiedad nacional. Sólo un político aislado se hizo eco de esa ansiedad y fue la excepción que confirma la regla.

La política cultural era también lamentable. El presupuesto de la Biblioteca Nacional para compra de libros nunca pasó de veinticinco mil pesetas. En cuando a presupuestos para las Bibliotecas de las Universidades sería difícil hablar sin un fuerte sonrojo.

Nuestros partidos liberales siempre estuvieron, entre sí, en guerra total. No coincidían ni en unas pocas normas comunes de política constructiva. Ni aun para mantener el orden público, que nunca protegió debidamente la convivencia social. Si alguna vez se unieron, fue de modo fugaz y estéril. La Unión Liberal de O'Donnell acabó a tiros entre liberales.

El vacío de contenido político se pretendió llenar con un vulgar anticlericalismo, que no respondía a ninguna inquietud religiosa. Pero como aquellos anticlericales carecían de preparación para las cuestiones religiosas, según hemos visto que dice Pérez de Ayala, venía a reducirse a campañas de agitación política disolventes y callejeras provocadoras de nuestros endémicos incendios de iglesias y conventos.

No todos los que se llamaban anticlericales lo eran sinceramente. El doctor Marañón ha visto en el pecho de algunos de ellos medallas y crucifijos. Tanto peor. Tenían la imagen de Jesucristo en sus hogares, y la arrancaban de las escuelas en que se educan los hijos del pueblo modesto. No coincidían con Voltaire, quien hacía ir a misa a los obreros de sus fincas para su seguridad de gran burgués. Pero si no eran anticlericales sinceros, coincidían, en cambio, con Voltaire en ser muy sinceros defensores de las posiciones tomadas por la economía liberal, que fue el escándalo que contribuyó tanto a la des cristianización de nuestro pueblo.

La gente de España está cansada de esos juegos que nos conducen siempre a la violencia. Los nostálgicos de ese siglo olvidan las tragedias en que ha desembocado. Mientras se incubaba la tragedia, vivíamos en zarzuela, y estamos demasiado cerca de la tragedia para alucinarnos nuevamente con nostalgias zarzueleras. Es

verdad que nuestros dirigentes liberales, o liberaloides, olvidan pronto y nos estrellan contra las mismas piedras, quizás por la falta de preparación jurídica de que se lamenta Pérez de Ayala. Pero ahora debemos esperar que la pasada tragedia, la mayor de nuestra historia, sirva ya de serio escarmiento.

No podemos volver al mismo camino engañoso de la oligarquía, porque ya sabemos adonde lleva. Hay que tomar el camino real, y seguro, de la Representación sinceramente popular de nuestra doctrina monárquica para que todo el pueblo se sienta representado y no engañado ni agitado por las violencias constantes de los partidos, que son falsos. Hemos de volver a las *relaciones humanas* que produce espontáneamente la sociedad, y que son verdaderas.

No es necesario descender aquí a precisiones de política legislativa o reglamentaria. Bastaría indicar que las normas electorales para la designación de representantes en Cortes son las adecuadas a la índole propia de cada entidad. Un Ayuntamiento Rural, y una Universidad, tienen sus procedimientos electorales propios. Lo que importa es que en unos y otros haya autenticidad. Nuestra doctrina tiene también sufragio universal, pero orgánico y adaptado sinceramente a las realidades sociales.

El liberalismo pareció entender que nuestra Nación es menor de edad y que no puede interpretarse a sí misma. La incultura histórica-jurídica de nuestro liberalismo es innegable. España puede interpretarse a sí misma sin necesidad de fórmulas extrañas, ni complejos de imitación, que han servido mucho a algunas grandes Potencias para someternos a un colonialismo vergonzante. Este es también un hecho histórico indiscutible.

En nuestra constitución social y política hay cauces jurídicos amplios y firmes, como hemos visto, para canalizar la Representación de la sociedad y manifestar la opinión pública en los problemas nacionales. Nuestras Cortes son sinceramente representativas y su función logra el gobierno templado y jurídico, propio de la Monarquía Popular.

IV. *La Monarquía Popular y la libertad*

La libertad es el imperio de la Ley. La libertad y el derecho no sólo regula, sino que al mismo tiempo protege el ejercicio de la libertad. Mas para ello es preciso que la Ley sea la ordenación de la razón al bien común.

Este concepto de la Ley es el de nuestra doctrina, y el que aplican nuestras Cortes, que intervienen en la acción legislativa, como acabamos de ver, en representación de toda la sociedad, la cual está interesada en que la Ley no sea la imposición de la voluntad de nadie, sino una ordenación de la razón al bien común, inspirada en principios de Derecho natural superiores a la simple voluntad de los que tienen el poder, o de los electores, cualquiera que sea la forma de gobierno o sistema político. Pondré un ejemplo que demuestra que no todo lo puede una mayoría electoral: ninguna mayoría electoral, por grande que fuere, podría legitimar la esclavitud.

Esta es la Ley que garantiza y protege la libertad humana, la libertad cristiana, la libertad de todos. La libertad de todos por ser hijos de Dios y no por tener dinero o alguna otra superioridad, como es realmente la libertad liberal, ni por tener mucho más dinero, o la fuerza, como es la libertad de los poderosos sindicatos marxistas o del omnipotente Estado comunista.

A su vez, la libertad humana protegida jurídicamente garantiza el gobierno jurídico y templado de nuestra Monarquía Popular que está igualmente lejos del despotismo liberal y del absolutismo marxista. En estos dos extremos, la libertad y la Ley son la Ley y la libertad de los fuertes en la lucha de la vida.

El liberalismo no ha sido una interpretación de la libertad, sino un arma del Tercer Estado para enriquecerse a costa de la Justicia Social, y para alzarse con todo el poder político a costa de la Ley de Dios. Veamos rápidamente el proceso seguido para la implantación de la libertad liberal.

PRIMERO.—El absolutismo fue restaurado por el Renacimiento. La Historia está hecha de renacimientos. Volvieron entonces a la vida muchas cosas del mundo antiguo, y entre ellas el cesarismo. La Reforma aprovechó la circunstancia, y colaboró con el Renacimiento para divinizar a los Reyes, esfumar la figura del Pontífice y romper la unidad de la Cristiandad. El Renacimiento y la Reforma restauraron la confusión entre Dios y el César. Las Monarquías Leviathanes de la Reforma fueron cesaristas y divinizadas contra nuestro concepto de la libertad cristiana.

SEGUNDO.—El Tercer Estado irrumpe a codazos en el terreno económico, no tolera trabas de ninguna clase y patea duramente las estructuras sociales que, a pesar de todos sus deterioros, seguían defendiendo a las clases populares. En este terreno económico es

en donde realmente empezó el Tercer Estado a *querer serlo todo*. Esta es la entraña sociológica de aquellos movimientos, como de tantos otros en la Historia Universal, aunque se cubran con hermosas banderas. El liberalismo fue menos original que vulgar.

El Tercer Estado, enriquecido y ambicioso, hace la Revolución francesa para alcanzar el Poder, y se cubre astutamente con las banderas de la Libertad y de la Razón. El racionalismo se hace dueño del poder político y sustituye al Rey de derecho divino por la Diosa Razón.

TERCERO.—La Diosa Razón no podía estar siempre sobre las andas que la pasearon por las calles de París. Alguna vez tenía que descender a la realidad, pero aquí se hacía muy difícil la actuación de esta divinidad.

Si no hay principios superiores de Derecho que encaucen a la Razón se produce el absolutismo de la Razón. Y, por tanto, el absolutismo de la voluntad, del acto de voluntad en que desemboca el proceso racional, había de terminar necesariamente en el absolutismo de la "Volonté Générale". De este modo queda completo el proceso: Endiosamiento protestante del Rey, destronamiento del Rey endiosado, apoteosis de la Diosa Razón y entronizamiento descarado de la "Volonté Générale".

Caídas ya todas las caretas, queda al descubierto el simple voluntarismo, que es despótico. El despotismo liberal no es la corrupción en la práctica de un principio que fuera correcto en la teoría, porque es el mismo principio teórico el que consagra el despotismo. Si la Ley no es una ordenación de la razón al bien común, sino un simple acto de voluntad sin ninguna limitación moral o de doctrina, todo el gobierno es despótico porque la Ley no puede ser un simple acto de voluntad, cualquiera que sea la forma de gobierno.

Si el proceso racionalista acaba por entregar la Ley a la voluntad, sin otra razón, el racionalismo viene a ser contrario a la razón. Y si el proceso liberal se resuelve en una decisión voluntarista y despótica, resulta que el liberalismo viene a ser contrario a la libertad, porque la libertad no puede quedar a merced del despotismo de nadie, sino que ha de ser el imperio de la Ley como razón ordenada al bien común.

Cuando la fuerza política la tuvo el Tercer Estado, impuso su Ley, que era la "Volonté Générale", controlada por él mismo. La Ley fue, de este modo, un acto de voluntad de los fuertes, sin preocuparse de que fuese o no una ordenación de la razón. Pero a

partir de 1848, los trabajadores unidos fueron más fuertes que el Tercer Estado, y entonces la "Volonté Générale" empezó a ser la de ellos, y la Ley, la que ellos quisieron.

El Tercer Estado creyó que había hecho la última revolución posible, *que ya lo era todo*, y que la libertad suya era toda la libertad. Pero poco después la Revolución Francesa tuvo su réplica en la marxista. La rebelión de los burgueses contra Dios tenía que provocar la rebelión de las masas contra los burgueses. Chocaron ambas rebeldías en el terreno de la lucha de clases planteada por la libertad liberal, que es la ley de la selva, la cual acabaría por dar la victoria a los más fuertes para alzar sobre el pavés al Estado marxista, también totalitario, porque *también quiso serlo todo*, aunque al precio de la libertad cristiana, de las libertades humanas, que han sido, en definitiva, el precio de la libertad liberal.

El liberalismo, y sobre todo el continental, nunca ha sido interpretación seria de la libertad. Empezó por negar la libertad de enseñanza y nacionalizar la Universidad, que es incomprensible monopolio, y abrió fatalmente el camino del marxismo. Hoy está el mundo al borde de este abismo, y sólo pueden verse libres de tan mortal peligro los pueblos que tengan un concepto de la libertad de más sentido moral y tradicional cristiano que el simple concepto voluntarista del despotismo liberal.

Si después de todo este proceso, tan fracasado, se volvieran a plantear las cosas del mismo modo, acabarían del mismo modo, y se volvería a perder la libertad cristiana después de pasar por las mismas convulsiones.

A pesar de la astucia en que consistió el invento de la acepción política de la antigua palabra liberal —que es casi la misma palabra libertad—, el pueblo no se dejó engañar. Ni el pueblo, ni Unamuno, que tampoco se dejaba engañar por la libertad de los políticos liberales cuando decía en el Ateneo: "Los verdaderos liberales de España son los Carlistas; los otros, no."

Si la Ley es sólo una decisión de la voluntad, sin ninguna otra razón moral carece de la fuerza moral suficiente para obligar. Es necesario que esté inspirada en principios superiores de Derecho que conduzcan la razón. Ha de ser un ordenamiento de la razón, Ha de ser un ordenamiento de la razón, promulgado por el que tiene, con Legitimidad, el cuidado de la comunidad. Esto es lo que da a la Ley la necesaria autoridad. Aquí se ve clara la diferencia que hay entre *la simple legalidad y la profunda Legitimidad*. La simple le-

galidad hizo perder a nuestro pueblo el *sentido reverencial de la Ley*.

Los que imputan a nuestro pueblo falta de respeto a la Ley deben observar que ello se ha debido a esa legalidad que no goza de Legitimidad en la conciencia pública. En esto el pueblo seguía el ejemplo que le daban las máximas alturas. Recordemos tres hechos:

Primero.—La protesta republicana de 1931 alzó la bandera de la legalidad, que estimaba atropellada por el último Monarca liberal, a quien acusó de haber caído en poder personal.

Segundo.—El siguiente Jefe de Estado, y primer Presidente de nuestra II República, fue destruido de su cargo por el voto del Parlamento, bajo la misma acusación de haber caído en el mismo poder personal que se imputó al Monarca, destronado precisamente para restablecer la legalidad liberal.

Tercero.—Años antes, cuando el Parlamento exigía el cumplimiento de la constitución, el Presidente Castelar había contestado: "¿La Constitución? ¡La quemasteis en Cartagena!"

Estos tres ejemplos demuestran que ni el Monarca liberal, ni los dos Presidentes de la República, lograron respetar su propia legalidad, ni ser respetados por ella.

Podrían multiplicarse los ejemplos. La falta de autoridad de la Ley es la zozobra constante de nuestro régimen liberal, y en este vacío jurídico resuena constantemente el "No es eso" de los estamentos intelectuales liberales, tan disconformes con el régimen durante los períodos monárquicos como durante los períodos republicanos, con la única diferencia de que durante los períodos monárquicos se yerguen como despreciadores, y durante los períodos republicanos se abaten como despreciados. Durante la Dictadura de Primo de Rivera, intensificaron la altivez despectiva y agresiva con que habían tratado a la Monarquía liberal. Al advenimiento de la República se pusieron *al servicio de la República*. Pero la República los despreció en seguida, y todos enmudecieron. Cuando tuvieron más libertad es cuando tuvieron menos que decir.

Nuestro pueblo no sabe a qué atenerse en cuanto a la posición política de nuestra intelectualidad liberal, que aún no ha logrado adaptarse a ningún régimen liberal entre los incontables que hemos tenido. Siempre se han refugiado en un negativista "No es eso". Su actitud ha sido, hasta ahora, disolvente y amarga, y nunca constructiva, quizás por desconocimiento de nuestra constitución política. En estos días que vivimos insisten en decir "*sotto voce*", aunque es un secreto a voces, que tienen estudiada la fórmula de nuestro

futuro político, y les alientan los elementos disolventes que en seguida volverán a despreciarles, y a apartarles de un manotazo. Por eso el pueblo no cree ya en estos incultos utópicos.

La legalidad y la Legitimidad no siempre están acordes. En nuestra Patria podría decirse que han estado en pugna muchas veces durante más de un siglo de zozobra constituyente, con el tejer y destejer inacabables de una legalidad superficial, sin raíces de Legitimidad, sin calado sociológico y sin fidelidad al ser histórico y consuetudinario del pueblo.

La libertad es el imperio de la Ley. Y así, por ejemplo, la libertad de Prensa ha de ser el imperio de la Ley de Prensa, o de un suficiente Derecho consuetudinario. En la época liberal, la Prensa estaba fuera de la Ley, a pesar de que es, sin duda, la fuerza de mayor trascendencia social. Nadie puede ser médico, ni arquitecto, sin alguna garantía para la sociedad. En cambio, cualquiera podía atacar lo más sagrado y constitutivo de la sociedad misma con la absoluta irresponsabilidad de la libertad liberal. Hablo de irresponsabilidad absoluta con relación al bien común, pero no con relación a las poderosas empresas periodísticas, en cuya férrea censura está la irresponsabilidad más grave.

Si la Ley es tan superficial como la liberal —puro acto de voluntad o de poder—, la libertad que se funda en ella es la libertad de los fuertes. Esta fue la libertad del Tercer Estado, mientras era el fuerte y se alzó *con todo*. El pueblo no podía aceptarla. La rebelión de las masas arrebató el Poder al Tercer Estado, y lo entregó al Estado marxista. El positivismo tenía que desembocar necesariamente en el materialismo. Tanto en uno como en otro, la Ley es la voluntad de los fuertes, y no un ordenamiento de la razón por principios de Derecho superiores a toda voluntad. Ni en el extremo liberal ni en el extremo marxista hay Legitimidad ni libertad.

La libertad es cristiana. Ni antes de Jesucristo ni fuera de El existe la libertad. Esta idea vivía en la conciencia de nuestras masas populares antes de que fueran descristianizadas por el racionalismo. Nuestras masas respondían a la Legitimidad que llena las zonas insobornables de la conciencia. Nuestro pueblo menospreció la libertad de la burguesía liberal, dirigida por el racionalismo positivista y la nueva fuerza económica de presión. La estimó como una libertad engañosa y falta de peso. La actitud despectiva del pueblo no se debía a ningún envilecimiento moral, como pretendieron los liberales. Por el contrario, la actitud popular frente al

liberalismo del Tercer Estado demostró su profundo sentido de la Legitimidad.

El Tercer Estado podía *manejarlo todo* con una Constitución escrita, hecha a su medida, pero no hubiera podido *serlo todo* si hubiera tenido que gobernar con nuestro Derecho histórico, verdadero protector del pueblo. Esto último hubiera sido imposible para los que no tenían la conciencia de la *Legitimidad*, ni de la libertad, ni el sentido popular del bien común.

V. *La Monarquía Popular y la Justicia social*

Las Leyes fiscales y su aplicación en la Ley del Presupuesto, son quizás las más importantes para hacer la Justicia distributiva de la Renta nacional que grava la riqueza de unos para aliviar la pobreza de otros. Esta es la Justicia primera, porque es la más directamente social. Y la Justicia es la primera misión de la Monarquía (Justicia, Moneda, Fonsadera, etc.).

Estas Leyes son el origen y la primera razón de ser de nuestras Cortes, cuando son sinceramente representativas y no caen en manos de las oligarquías que viven de espaldas al pueblo. También el liberalismo extremaba aquí su afán de demostrar ignorancia del Derecho Público. Para el liberalismo, estas leyes carecían de interés, y su discusión era la más mortecina en todos sus Parlamentos. El último reinado duró *veintinueve* años, tuvo exactamente *cuarenta y nueve* Ministros de Hacienda, y los Presupuestos se prorrogaron múltiples veces, de modo rutinario. El estudio de las Leyes de Presupuestos y fiscales de nuestro régimen liberal constituye una prueba definitiva de su carencia de sentido de la Justicia Social, y de su vacío de Representación popular.

La burguesía liberal hizo su revolución económica contra toda moral pública y de bien común, y luego pretendió conservarla con un conservatismo cerrado. Nuestras clases conservadoras liberales no eran conservadoras de Instituciones básicas de la Patria, como quizás lo sean los conservadores de otros países, sino simplemente de sus posiciones económicas. Esta actitud reaccionaria de la peor índole tenía que provocar la protesta marxista, que no se produce en los países en que los conservadores tienen mayor generosidad social. Los liberales, en nuestro país, son revolucionarios, egoístas e imprudentes, y abren el camino a la última revolución. Ellos no hicieron la Justicia Social, sino la revolución en su provecho, pero

no cayeron en la cuenta de que no habían hecho la última revolución posible. El marxismo sacó las últimas consecuencias.

El marxismo se limitó a sacar las últimas consecuencias, pues, en verdad, no fue el inventor de la interpretación materialista de la Historia, ni de la lucha de clases. Todo fue la obra liberal, porque el positivismo termina en el materialismo, y la libertad liberal en la lucha de clases. El proletariado descristianizado por el positivismo liberal fue a refugiarse en el marxismo, para defenderse contra el capitalismo agresivo creado por una economía como la liberal, que le dejaba indefenso. Para defenderse, contraatacó, y se produjo la rebelión de las masas.

Contra esta temida rebelión, los burgueses inventaron la *política de izquierdas*, que se concreta en la fórmula *liberal-conservadora: liberal*, para aceptar todas las ideas, con espíritu de amplitud y de magnánima convivencia; pero *conservadora*, para oponerse cerradamente a todas las ideas que cuesten dinero. Los burgueses liberales creen que su *truco izquierdista* aún puede tener buen éxito, y efectivamente lo tendrá como trampolín para el marxismo, que sigue siendo una amenaza para nuestro pueblo, aunque algunas naciones occidentales quieran ignorarlo. Las masas proletarias ganadas por el marxismo sólo siguen a los burgueses liberales hasta que les abren las puertas del Poder. Luego los matan. Igual que a los sacerdotes y a las monjas, como ocurrió en la zona roja durante nuestra Cruzada. A Don Melquiades Alvarez, que se gloriaba de ser el gran heterodoxo, lo mataron igual que a un obispo. E igualmente mataron a todos los políticos de izquierdas que apresaban.

La paz social está rota desde la revolución liberal por la agresividad de la clase que *quiso serlo todo*. Sólo podrá recuperarse a costa de grandes esfuerzos de justicia y de caridad, porque la salud se pierde más fácilmente que se recobra. El clamor de los Papas es constante, expresado en términos de la mayor severidad. Si habláramos más al pueblo el lenguaje social de los Papas y practicáramos con más fidelidad sus enseñanzas, tendríamos más abierto el camino de lo que se llama la recristianización de las masas, que debiera ser nuestra anhelante preocupación.

Sería necesario mucho tiempo para recordar los textos severísimos de tantas encíclicas. Esta noche me limitaré a uno de ellos: "Las condiciones de la vida social y económica son tales que vastas multitudes de hombres, sólo a costa de gran dificultad, pueden prestar atención a aquella sola cosa necesaria, que es su eterna sal-

vación." No es posible encontrar un mayor estímulo en defensa de la justicia social y del amor al pueblo.

La justicia social, como toda Justicia, ha de hacerse con procedimientos jurídicos. Es función pública, y nadie puede tomarse la justicia por su mano. Esto último sería caer en demagogias que son estériles, aunque se vistan de clericales, si están inspiradas en un celo imprudente. Un concepto serio de las cosas y de la justicia no permite la gesticulación facilitona. Repito que la justicia es función pública, y también lo es la Justicia social, que debe hacerse por medio del adecuado procedimiento: hay que oír a la Teología Moral, y hay que oír también a la Economía. No se puede recaer en el puro criterio económico-liberal, sin frenos morales de bien común; pero tampoco se debe ceder a la peligrosa tentación del "summun ius", que puede ser la suma injusticia si no se aprecian debidamente las circunstancias económicas y sociológicas del momento.

La misión fundamental de la Monarquía es la justicia protectora del pueblo. Y en esto, nuestra Monarquía Popular fue fiel a sí misma. Ella fue la primera en recoger el llamamiento de los Papas en las Encíclicas sociales de nuestra época. Nuestra Monarquía Popular se adelantó a todos los sectores sociales del país en leer la Encíclica "*Rerum Novarum*", que citó expresamente para incorporarla a su doctrina social.

El sentido de la justicia social lo han tenido, en nuestro país, de una parte, los marxistas como bandera de su revolución y de la lucha de clases, y de otra parte, los católicos como bandera de la paz social. Pero los que han desdeñado siempre este problema vital para una digna convivencia han sido los liberales, *las izquierdas liberales*. Ni siquiera en sus escritos de mayor elevación moral es fácil encontrar textos que demuestren alguna inquietud sobre el nivel de vida moral y económico de su pueblo. Y esto las priva de autoridad de un modo constante, y creciente, entre las juventudes contemporáneas, que si no son católicas, serán marxistas, porque aún no han perdido la fe en el marxismo debido a lo atrasadas que están de noticias, y a su ignorancia de lo que está ocurriendo en todo el mundo, y principalmente en Inglaterra y Alemania. En lo que no es probable que vuelvan a creer las juventudes de nuestro siglo es en la farsa burguesa liberal, ni liberal de izquierdas, ni liberal-católica, porque una y otra han agotado ya todas sus posibilidades de seguir engañando al pueblo.

Las clases conservadoras deben serlo con dignidad y con gene-

rosidad para mantener la paz social que se funda en la Justicia, pues no basta la simple paz material mantenida por la fuerza. Los que no tienen generosidad de espíritu deberían convencerse de que lo más práctico, aun miradas las cosas sólo de tejas abajo, es hacer el bien y la justicia como prima del mejor seguro contra la revolución. Aunque la verdad es que no debería hablarse así entre cristianos, a los cuales debe moverles la justicia y la caridad, porque el amor a Dios exige amar también al prójimo como a uno mismo, y ésta es la Ley y los Profetas.

Nadie puede decir que hoy está distribuida justamente la Renta en el mundo, ni entre los países, ni en ningún país. Aún hay que andar mucho camino para recuperar la paz social y para que el pueblo crea en nuestra sinceridad y vuelva a Cristo.

Al pueblo no le engaña ya la libertad liberal que le dejó indefenso en la lucha de la vida, porque es la libertad de los que tienen resuelta su vida. El pueblo ha de ser protegido desde el *primun vivere*, y pide al Estado justicia protectora. No se vio protegido por el Estado liberal, y fue a pedir la protección al Estado socialista. Este fue el triste camino seguido por el pueblo descristianizado. Pero el precio de la protección socialista ha sido nada menos que la libertad humana.

La Monarquía Popular puede demostrar el pueblo que en su protección justiciera y la defensa de su profunda libertad humana.

VI. *La Monarquía Popular es la Monarquía social*

La Monarquía no puede ser de clase como lo fue la liberal. En la Monarquía ninguna clase *debe serlo todo*, como quiso el Tercer Estado.

El Liberalismo de clase entregó la libertad práctica a los fuertes, y la libertad teórica, a los débiles. Este desequilibrio, y sus consecuencias para la seguridad de la vida de los que viven por sus manos, provocó la mayor revolución de todos los tiempos. No es posible recaer en la Monarquía de las oligarquías de los fuertes. Esto es un contrasentido monárquico. Si no se desmontan los partidos políticos —que son las oligarquías nacidas de la Revolución Francesa—, la Monarquía quedará a merced de tales aves de rapiña, que volverán a sacarla los ojos. Debe liberarse de estos enemigos encubiertos.

Su verdadero asiento está sobre más firmes bases, y principal-

mente sobre nuestras regiones, que son bases sociales tan firmes como poco estudiadas en las últimas épocas. Debe asentarse sobre toda la sociedad, sin infieles intermediarios. Es el régimen social por excelencia, porque es la protección respetuosa y jurídica de la soberanía social. La Monarquía ha de sentirse sinceramente social.

En nuestra época debe poner especial atención en huir del aburguesamiento oligárquico que tan caro le ha costado. El poder económico tiene su función social, como dije antes, pero no es por sí solo título político, ya que estos títulos lo son de servicio y se fundan en un deber moral y no en un Haber contable, que son cosas distintas, ambas respetables en sus órbitas propias, pero que son cosas distintas.

La Monarquía traiciona al pueblo si abandona la soberanía política a esos partidos que no están regulados por ninguna ley, y que, sin embargo, son dueños del Poder. El poder queda fuera de la ley cuando lo ejercen esos partidos políticos, que son poderes ilimitados, y, por tanto, despóticos, además de no ser órganos de la Representación popular, según vimos antes.

En cambio, nuestra Monarquía Popular es una Monarquía templada por los principios del Derecho Público Cristiano, y por la traducción de los mismos en derechos y obligaciones concretas, que son freno del que manda y defensa del que obedece. La Monarquía templada no puede abandonar a esos partidos políticos —que no están regulados por ninguna ley—, la soberanía política, pues ésta es un conjunto de derechos que son irrenunciables, ya que en el fondo son deberes, como los de la patria potestad, y su renuncia no tendría nunca, jurídicamente, causa lícita. El Monarca tradicional ejerce la soberanía política de los cauces jurídicos de la Legitimidad. Tiene la interpretación política suprema de la Nación, porque tiene el cuidado de la comunidad, sin necesidad de convertirse en el gran burócrata, pues está asistido por los Consejos —de dignísima historia en nuestro país— para el despacho de la Administración. Está asistido también de las Cortes, que fiscalizan la Administración, en servicio del bien común, e intervienen en la acción legislativa.

Nuestros estamentos dirigentes han de recobrar el sentido social de la política y del bien común, o de todos, que nunca tuvo el liberalismo. Nuestros liberales no tenían la idea respetuosa de las gentes sencillas que tenía Lincoln, por quien, por ejemplo, nunca hubiera contestado como Cánovas cuando le preguntaron por qué no iba a Málaga, y dijo que porque había allí demasiados malague-

ños. Es triste pensar que esto se tenía entonces por muy gracioso, pero lo cierto es que la vulgaridad lamentable no es la de las personas corrientes, sino la de las personas que no deben ser vulgares. Ni Cánovas, ni Sagasta, ni mucho menos los grandes liberales anteriores a ellos, gustaban de tener reuniones con las gentes sencillas, porque en el pueblo sólo veían la "plebe", el populacho, según es nuestra tradición liberal desde las Cortes de Cádiz, aunque explotaron y se sirvieron de las turbas como fuerza de choque de la Revolución, cosa que es también tan vulgar como antigua. La arrogancia de la burguesía liberal despótica no supo entender al pueblo, que tiene un instinto colectivo, por lo menos de defensa. En cambio, Vázquez de Mella, paladín de la Monarquía Popular, expuso casi toda su doctrina en grandes reuniones populares, como, en general, lo hicieron los paladines de esta concepción monárquica.

Durante la época liberal el pueblo estuvo ausente tanto de las urnas electorales como del resto de la vida política. Sin embargo, el sistema resultó ingobernable, pero ello fue porque los ingobernables eran los estamentos gobernantes, desplazados por la política de partidos, y por su confusión mental jurídica. Por eso pudo decir Silvela: "No es difícil gobernar a los españoles, es difícil gobernar con los españoles." Los estamentos directores del Liberalismo no perderían mucho si hicieran el estudio de esta cuestión: "Nosotros como problema." Y basta ya de echar tanto la culpa al pueblo.

He recordado antes que la Monarquía fue entregada al Tercer Estado en contra de su pueblo, que quedó atropellado por la fuerza del dinero. Esto causó una herida muy difícil de cerrar en la conciencia pública. Si se añade la descristianización producida por el racionalismo que explotaba la ambición económica del Tercer Estado, se comprenderá que muchas zonas de nuestro pueblo no podían ver ya en la Monarquía su antiguo régimen protector.

Otros pleitos monárquicos se habían entablado entre fuerzas más equilibradas, y las heridas podían curar más fácilmente. Así, las luchas en tiempos de Santo IV, Enrique II, Enrique IV; las de 1700 entre el Duque de Anjou y el Archiduque de Austria, ambos nacidos fuera de España y ninguno de los dos tachado de extranjero, y en fin, la guerra, más costosa y dura, de las Dos Rosas, casi con los mismos colores de la guerra entre los Dragones Rojos del Rey Arturo y los Dragones Blancos anglosajones. Quiero decir que en todas estas crisis monárquicas, los bandos partieron el sol de modo más aproximado a como lo hacían las Justas caballerescas.

Nada de esto fue lo que hizo la oligarquía coronada del liberalismo contra todo un pueblo monárquico, al cual atropelló con la fuerza del dinero robado y la del Estado naciente que se alzaba con la fuerza centralista de la concepción revolucionaria francesa y del llamado Derecho nuevo, que atropelló también todo nuestro sistema jurídico y consuetudinario, y rompió la paz social.

Pero todo debe ordenarse al fin de la paz y la convivencia social, fundada en la justicia, que consiste en dar a cada uno lo suyo y evitar que nadie arrebate lo que es de otros. La Monarquía justiciera, protectora de todos y especialmente de los más débiles en la lucha de la vida.

También la convivencia se refugió en el campo de la Monarquía Popular, porque sólo allí hubo voluntarios, asistidos por sus familias, sus mujeres y sus pueblos. En todos los caseríos y cortijos de la Nación, los voluntarios de la Monarquía Popular encontraban el amor del pueblo. Y era el pueblo formado por todas las clases sociales, en una convivencia más popular que militar, pero muy heroica y entrañablemente religiosa.

La Monarquía ha de asentarse sobre la paz y la convivencia social, que ella misma asegura por medio de la armonía que acierta a lograr entre todos los grupos sociales. Esta es la Monarquía Social.

El Tercer Estado y su poderío económico llegó a *serlo todo*, como quiso el Abate. Logró el aburguesamiento clasista y antisocial de la Monarquía. También aburguesó a algunos sectores de la Nobleza antigua que habían perdido la conciencia de servicio. No sería lícito en un acto como éste juzgar a una persona determinada, mucho menos si es una señora, y menos aún si ha muerto ya. Pero es el caso que un ilustre jerezano a quien tenéis dedicado no recuerdo si un monumento o una plaza de vuestra ciudad, recibió una carta que fue pública, y que, por tanto, podemos correctamente discutir. La Condesa de Albornoz no deja en claro su relación económica con uno de sus admiradores, por donde muestra la vulgar condición de la época, y en cuanto a otras flaquezas humanas —que son para la intimidad cuanto existe una señorial sensibilidad— hace alarde de ellas con tal pérdida del propio respeto, que había de acarrear la pérdida del respeto del pueblo. El único señorío de esta condesa está en su estilo literario.

Para que la Monarquía vuelva a ser social y popular ha de fundarse sobre su verdadera doctrina, protectora del pueblo y de su soberanía social. Hoy sería un grave error volver a confundir la po-

pularidad con la campechanería prefabricada, maja y goyesca, sugestiva en la Historia del Arte, pero que enrareció la alta política del siglo liberal. Se ha abusado mucho de esta habilidad, que acaba por ofender al pueblo porque no es lo popular, sino la burla de lo popular. Esa atmósfera enrarecida es contraria a la auténtica y grande Monarquía Popular y Social.

VII. *La instauración de la Monarquía Popular*

Para iniciar el proceso de reinstauración de la Monarquía Popular de nuestro país conviene partir de nuestro Derecho Monárquico, y no simplemente de una teoría monárquica. Esta es una distinción fundamental.

Tenemos un Derecho monárquico, escrito y consuetudinario, de mucha holgura humana, que la Nación ha vivido durante largo tiempo, y al amparo de este amplio Derecho protector, la Monarquía logró nuestra unidad nacional, que es la armonía de múltiples instituciones sociales espontáneas, de Costumbres varias, y de distintos caracteres geográficos y temperamentales, sobre el cimiento firme y respetuosamente humano de una profunda unidad espiritual.

El Derecho histórico de un país, cuando tiene larga y buena historia, es más de fiar que una teoría sin comprobación práctica. En una larga historia jurídica hay más profunda sistemática que en una teoría arbitrista.

En nuestro país ocurre como en todas partes, que cuando una institución histórica y vital, como es la Monarquía, pierde sus raíces vitales, que son raíces sociales, jurídicas e históricas, queda a merced de las teorías, que pueden ser tan brillantes como irresponsables.

Es poco científico el arbitristo teorizante sobre una institución vital. Es más científico su estudio histórico y filosófico. Estudiada a fondo una institución vital, no es difícil ponerla al día y hacerla recobrar su vitalidad.

Partamos de nuestro Derecho monárquico, y estudiémoslo seriamente para ponerlo al día. De este modo partiremos de la realidad, porque el Derecho es un ordenamiento de reglas sociales que tienen una realidad.

Hay que partir de nuestras estructuras, en lo que tienen de permanente, para regular su tensión vital y su vital evolución, con principios y normas jurídicas que han demostrado conocer, interpre-

tar y saber regular nuestra vida social. La Monarquía ha de presentarse desde el primer momento como régimen social, que interesa vitalmente como régimen social, que interesa vitalmente a la sociedad entera, porque es la protección jurídica de la soberanía social.

La reinstauración de la Monarquía Popular ha de hacerse con la seria intervención del común consenso de la sociedad, lo cual es menos difícil de lo que parece si los estamentos directores de la sociedad se ponen a ello. Algunos llaman difícil, y quizá imposible, a lo que no es más que el camino largo. Pero el camino largo suele ser el camino ancho y llano, por lo cual acaba por andarse más rápidamente.

Conviene salir de las prisas arbitristas, que nos han enloquecido durante más de un siglo de giros y revoluciones en el vacío. Volver al camino ancho y llano de las realidades sociales producirá el efecto psicológico de sentir la Monarquía no sólo como posible, sino como deseable, y como institución vital de nuestro pueblo.

La Monarquía Popular de nuestro pueblo es un sistema de instituciones cristianas, familiares y sociales. En su conjunto es una institución vital, y no la simple monocracia clásica. No es una simple forma de gobierno, sino una profunda y cristiana interpretación jurídica de la sociedad. Por eso su reinstauración ha de verse con optimismo, o, mejor dicho, con firme esperanza.

Los que plantean la Monarquía como una simple monocracia no creen en ella. Y es natural que no crean en ella, porque tal concepto monárquico es sólo pasajero, y se legitima sólo en circunstancias excepcionales.

La simple monocracia clásica produce constantemente el pesimismo clásico, por lo que se refiere a su continuidad. Tanto si el gobierno monocrático dio buen resultado como si lo dio malo, su continuidad se ve con pesimismo. Esto es un hecho histórico.

Los griegos consideraron imposible la continuidad monocrática, porque era imposible mantener la altura a que la llevó el último Rey, que fue el último descendiente de Teseo. La Monarquía griega se hizo imposible de puro buena.

En cambio, la Monarquía romana se hizo imposible de puro mala. El último Rey la desprestigió de tal modo que su continuidad hubiera parecido una ofensa al pueblo. El Consulado fue una reacción defensiva contra los excesos de la monocracia romana.

El problema de la Monarquía española es muy distinto. Ni se

ha hecho irreal por haber tenido épocas muy buenas ni se ha hecho inaceptable por haber tenido épocas malas. La Monarquía española es una institución vital y social, que responde al concepto cristiano y familiar de la sociedad. Es la Legitimidad, el profundo Derecho protector de la convivencia y de la paz social. Pero esto hay que demostrarlo, y para ello hay que restaurar el concepto de la Legitimidad en todo su alcance, que es lo primero que debe hacerse.

Nada más jurídico, ni más humano, ni más conforme con la Naturaleza, ni que pueda dar mayor estabilidad a la paz social, que la restauración plena de la Legitimidad. La reinstauración de la Monarquía en nuestro país será cosa muy hacedera si nuestras clases directoras aciertan a restaurar el concepto de la Legitimidad. Esta es la *Restauración* que hace falta en España.

La legitimidad, en todos sus órdenes, es la flor y el fruto del Derecho Público cristiano. Por eso nuestra Monarquía es católica, además de social. Por eso su reinstauración exige un gran movimiento espiritual. Pero en este punto sólo vale lo que sea sincero y acate plenamente el Magisterio de la Iglesia.

La sinceridad obliga a reconocer que en el fondo de toda cuestión social hay una cuestión teológica. Esto sorprendía a Proudhon, pero Donoso Cortés replicaba que lo único sorprendente era la sorpresa de Proudhon. El problema espiritual está en el fondo, y no sólo en las manifestaciones externas.

En el siglo liberal se abusó mucho de manifestaciones religiosas externas. La Constitución de Cádiz se hizo entre procesiones desde el Teatro de la Isla hasta la Iglesia de San Felipe. Todos los días se hacía celebrar Misa en la iglesia de San Felipe, antes de comenzar las sesiones de las Cortes. Y en el texto de la Constitución hay una verdadera inflación religiosa. Después, se ha seguido mucho este camino, en el cual encontramos el Manifiesto de Cea Bermúdez en 1833 para presentar a la Monarquía liberal vestida con el ropaje de la doctrina tradicional. Los Cantonales de Sevilla coronaron con un gorro frigio a una imagen de la Virgen, y la II República, de 1931, se anunció bajo el patronato de San Vicente Ferrer, y con no poco ruido de aportaciones clericales. No entramos en la zona subjetiva y personal, pero de puertas afuera del respeto a las personas, podemos decir que nada de esto fue serio según los hechos demostraron después. La Iglesia ha condenado el Liberalismo.

La sinceridad religiosa se traduce en el amor. No bastan ni las hermosas palabras ni aun los gestos de desprendimiento. Aunque

habláramos las lenguas de los ángeles y de los hombres, y diéramos todos nuestros bienes a los pobres, de nada serviría si no tenemos caridad, que es amar a Dios y al prójimo como a nosotros mismos. Este es el verdadero motor del gran movimiento que debe ser la reinstauración de la Monarquía Popular.

Debemos tener fe incommovible en la eficacia de nuestro amor al pueblo. Siempre hará falta el saludable temor del Príncipe, y la espada al servicio de la balanza de la Justicia. Pero la gran masa del pueblo ha de ser movida por el convencimiento que tenga de que nos mueve un sincero amor a su bien común. A su bien temporal, pero sin que ello baste, porque sería mezquina empresa la de pretender la adhesión de los hombres por su simple interés temporal. No podemos limitarnos a este interés, aunque tampoco podemos pasar de largo junto a él, sin detenernos todo lo que haga falta. Pero hay que ir más allá, con una política que proteja a los hombres contra las excesivas inquietudes y agobios temporales y les facilite el camino de su destino eterno.

Una política sinceramente popular es un apostolado que nos llama a todos, aunque no a todos pide lo mismo. A los llamados a dirigir les pide la máxima generosidad y entrega al servicio del bien común. Los estamentos intelectuales dirigentes, y los que han recibido de Dios los dones de la fortuna son los más obligados al llamamiento de una política popular. Su ejemplo es imprescindible para la estabilidad y la paz social.

Estoy seguro de que el llamamiento para la reinstauración de nuestra Monarquía Popular será atendido eficazmente por este selecto auditorio que hoy ha acudido a esta sesión de la Academia de San Dionisio. Jerez es una ciudad de España y del mundo, tan progresiva en los afanes temporales como conservadora de los valores del espíritu, que tiene además el sentido y el ademán popular del verdadero señorío, y puede mover con el ejemplo de su señorío y de su generosidad religiosa esta gran empresa popular que debe ser la reinstauración de la Monarquía en España.»

CONFERENCIA «EL PROBLEMA SOCIAL»

En la «Primera Semana Nacional de Estudios», de la Agrupación de Estudiantes Tradicionalistas, celebrada en el Valle de los Caídos en julio de 1960, dio la conferencia de clausura el Jefe De-

legado, Don José María Valiente, con el título «El problema social». Se editó a multicopista; es extensa y en ella se entrelazan, de una parte, doctrinas generales con planteamientos filosóficos, y de otra, alusiones al Carlismo. Hemos seleccionado estas últimas por necesidades de espacio; sus principales párrafos dicen así:

«En el problema social no vamos a entrar en las cuestiones de política legislativa, sino en fijar unos cuantos puntos fundamentales sobre los que debe girar nuestra doctrina y nuestra actuación (...).

Ambas banderas están hoy en el suelo, en España y en el mundo, en la teoría y en la práctica. Y está perfectamente al día la bandera social del Carlismo, no siempre ondeada como la está ondeando el Carlismo de hoy, porque en épocas anteriores hubo unos afanes más urgentes aunque no se retrocedió tampoco. No estaba el Carlismo como puede estar en el año en que vivimos, frente a una responsabilidad más inmediata, de carácter político ante la nación, pero ya en 1897 Carlos VII, en el Acta de Loredan, formula con gran precisión el programa social del Carlismo. Y dice, citando nominalmente a la Encíclica "Rerum Novarum", de León XIII, que la hace suya. Y entonces habla —lo hace con mucha frecuencia en sus cartas y manifiestos— en un sentido paternal, como padre, pero al llegar a este terreno lo hace como Rey, es decir, como hacedor de la justicia y termina el capítulo del Acta de Loredan diciendo que el Carlismo hará suya toda la doctrina social de los Pontífices y que él se enorgullecerá siempre con ser el Rey de los obreros (...).

Si esto es así, es evidente que el Estado concebido a la luz de la doctrina carlista, el Estado gobernado en último término por el Rey que reina y gobierna no puede cruzarse de brazos ante la lucha biológica elemental del liberalismo, sino que ha de intervenir. Pero ha de intervenir por medio de la justicia. El Estado no puede caer, según nosotros, en ningún extremo totalitario, ni andar por este camino para quedarse a medias. No puede de ninguna manera ser empresario, ni agricultor, ni administrador con exceso de lo que corresponde a la administración de la sociedad, sino que ha de intervenir por medio de la justicia para obtener el verdadero equilibrio en las relaciones sociales; en el contrato de trabajo, que es, fundamentalmente, el contrato sobre el que se asienta toda la vida social en el orden de la justicia social de un país (...).

Nosotros, la doctrina carlista, tiene la concepción del Estado como hacedor de la justicia y, por consiguiente, de ninguna manera vuelto de espaldas a la realidad social, y la realización de la justicia tiene que hacerse por medio de las leyes, por la aplicación de las leyes y con alguna ley fundamental como es la ley de presupuestos (...).

... tan importante como el Ministerio de Trabajo para hacer esta justicia en la doctrina carlista es el Ministerio de Hacienda, porque es el que formula "la ley del presupuesto".

La ley de presupuesto tiene dos grandes aspectos. Un aspecto puramente de la obtención de los recursos para atender a los gastos normales y ya establecidos, para atender a los gastos del Estado. Pero además la ley de presupuesto debe ser la ley de la justicia distributiva, justicia social. En los Parlamentos liberales, las leyes interesaban más o menos, los debates políticos más o menos, pero lo que no interesaba nunca era la discusión de la ley de presupuesto. Era la discusión más mortecina de un Parlamento liberal, porque parecía que era una ley de pura contabilidad: cinco para este departamento, cuatro para el otro, etc., porque no sentían la ley del presupuesto como la ley de justicia social. ¿Y en qué sentido es la ley del presupuesto, la ley de la justicia social? En el sentido en que el presupuesto no debe atender sólo a la obtención de los medios para cubrir los gastos del Estado sino que debe estar constantemente "redistribuyendo" la riqueza pública. Constantemente haciendo la justicia con un ritmo sereno, sin violencias a un lado y a otro, como se mueve serenamente la aguja de la balanza de la justicia. Pero debe estar constantemente, por medio de los impuestos y de los tributos, quitando a unos para dar a otros. Y en este sentido entronca esta ley —que aun en los Parlamentos inficionados de liberalismo racionalista, como en el Parlamento inglés—, que, sin embargo, han rodado siempre con rodamientos tradicionales, al menos con fidelidad a la tradición de su propio pueblo; en estos Parlamentos siempre la ley del presupuesto ha sido la ley fundamental de la política de un Gobierno, y normalmente los primeros ministros pasaban a este puesto desde la cartera del Ministerio de Hacienda. Porque es en la ley del presupuesto donde se refleja toda una política, toda la política de un Gobierno, y para nosotros mucho más porque para la doctrina carlista, las Cortes —dice también Carlos VII en el Acta de Loredan— son auxilio y limitación del

poder central. No son pura imitación como las Cortes liberales, son también limitación, dice Carlos VII, y son al mismo tiempo auxilio. Y el fundamento de las Cortes no es como hoy se dice, hacer la ley del presupuesto. No existía esta ley, la técnica de la ley del presupuesto, y los medios eran las Cortes, la sociedad, quienes los daban. Lo que existía era el sentido de la justicia, que no podía traspasar el gobernante, ni el Rey —aun el Rey templado y cristiano de la Edad Media—, sin el auxilio y limitación de las Cortes (...).

Muchas personas se sienten tradicionalistas y hay que ver en ellas con respeto el buen deseo con que lo dicen. Pero no pasa de ser un buen deseo, el verdadero Tradicionalismo lo ha conservado el Carlismo. El Carlismo es el que tiene la bandera y el honor de haber conservado el verdadero sentimiento tradicional de España. La bandera tradicional de España está tejida con los principios del Derecho Público Cristiano, y está claro que solamente esta justicia es la que puede devolver la paz social. Para devolver la paz a la sociedad hay que hacer una justicia tan grande, a veces tan fuerte, a veces tan violenta, a veces con inoportunidad —el mismo Apóstol San Pablo lo dice—, porque hay que hacer un esfuerzo tremendo en recobrar la paz de las masas tradicionalistas. Yo creo que los tradicionalistas no deben temer a las palabras, ni a las frases, ni en su día temer a las leyes demasiado avanzadas, porque siempre el correctivo llegará a tiempo. Demasiadas fuerzas resistentes y conservadoras hay en la sociedad. Pero hay que hacer un esfuerzo enorme de tipo psicológico, de arranque espiritual para recobrar la confianza y el espíritu de nuestras masas, porque no creen todavía en nosotros y han de tardar mucho tiempo en creer. Y han de tardar en creer, porque el fenómeno que se presentaba a estas masas era desolador. Después que el Tercer Estado hizo la revolución racionalista, la revolución política y la revolución económica, se convirtió en clase conservadora y económica. Nosotros hemos visto los últimos estados de la época liberal —y estaba gobernada por señores muy respetables, con barba, sombreros de copa— y eran partidos conservadores, y la verdad es que estaban conservando despojos revolucionarios, un botín mal adquirido, y eso ha exasperado al pueblo. Esas clases conservadoras se han vestido también con túnica cristiana y han hecho una explotación excesiva de palabras cristianas y aun del mismo emblema de la redención, y han desconcertado al

pueblo produciendo un grave escándalo en la conciencia pública. Esto es indudable (...).

Nosotros, los carlistas, debemos hacer un gran esfuerzo en la exposición de la justicia social. Como veis, yo no podía entrar aquí en esta breve conversación en los mil aspectos que tiene el desarrollo de una política legislativa social, porque no era lo propio de la conferencia, sino el hacer hincapié en los principios fundamentales y, sobre todo, en el principio de que es fundamental para una política carlista, la justicia social.

No es que para nosotros sea lo primero la justicia social, porque es la inquietud de la Humanidad de hoy, porque queremos estar a la última moda, y porque queramos conectar más firmemente con la ansiedad psicológica del mundo de hoy. También es por esto, pero, en primer lugar, es porque hoy, y en el 1860, y en 1760, y en el año 60 antes de Jesucristo, y siempre la primera política es la justicia, y la primera justicia, la pública, de modo que para nosotros es por una razón profunda de principios. Y además por una razón de gran oportunidad política porque la sociedad actual está muy sensibilizada (1) y muy dolorida por la revolución liberal. El ejemplo nos lo da la doctrina social de los Pontífices que llama en esto al mundo y a la Iglesia con una vehemencia extraordinaria. En esto el Carlismo en 1897 se adelantó a todos los españoles. Porque vosotros habéis oído hablar de la democracia cristiana última en España, de los curitas demócratas, de los cursos de seminario. Todo esto parece que es una cosa muy moderna... Curitas que oyen la voz de los Pontífices, que tienen una gran emoción social, y de justicia social... ¡El Acta de Loredan de 1897 se adelantó a todos en más de veinte o treinta años! Los españoles no habían leído la "Rerum Novarum" cuando ya la había leído Carlos VII y los teóricos del Carlismo. Ni nadie a finales de siglo había adoptado en sus programas políticos íntegra y enteramente, con

(1) Era certísimo que la sociedad española en aquel momento estaba muy sensibilizada a todo lo relacionado con la justicia social; actuaban para producir en ella esa sensibilización pequeñas minorías estratégicamente situadas en los medios de comunicación social, que invocaban la tal justicia social en todas partes y a todas horas, es decir, que muchas veces a tontas y a locas, disparatadamente. Por eso, aquellos jóvenes no necesitaban estímulos añadidos en esa dirección. Pero sí que necesitaban, y gradualmente, explicaciones ortodoxas, porque tras las invocaciones aparentemente buenas a esa justicia social se estaban deslizado, de puntillas y disimuladamente, ideas marxistas que luego afloraron con descaro dentro del propio Carlismo, empezando por los jóvenes de A. E. T.

integridad doctrinal, la doctrina social de los Pontífices. De modo que estamos al día por la razón profunda de los principios, estamos al día porque cronológicamente el Carlismo se puso en cabeza de todas inquietudes sociales de España a partir, como digo, del Acta de Loredan, y porque hoy hay en el Carlismo un movimiento de juventud que se demuestra en este curso, y en cursos que seguramente seguiréis celebrando después, un sentido de actualidad y de autenticidad que yo deseo que vosotros cultivéis constantemente.

... el Carlismo nunca ha estado tachado del gran capitalismo liberal ni de los zarpazos de la desamortización, ni de la lucha feroz del liberalismo. El Carlismo, desde 1833, está exento de toda responsabilidad en la administración del Estado. El Carlismo se ha defendido con tropas voluntarias, no con el dinero del Estado, con el dinero público, y éste es uno de sus títulos de legitimidad; no podemos entrar en ello. No se ha inficionado nunca del error liberal teórico en el orden económico, nunca tampoco en el orden práctico. Por consiguiente, tiene una gran autoridad moral, una gran libertad de movimientos para predicar a los unos y a los otros, y para condenar a los unos y a los otros.

Como consecuencia última, yo quisiera rogaros que ahondéis mucho en el sentido de autenticidad para hacer la justicia social, entendiendo que ella es la verdadera política, que os sintáis verdaderos políticos, algún día directores de la Comunión y ya desde hoy directores de su pensamiento con esta alta vocación, dispuestos a recobrar la confianza de la nación y a recobrar la confianza de las clases trabajadoras para rehacer la paz social, y en último término, para lograr el reinado de Jesucristo para que reine en toda la sociedad. Esta es una misión a la que debe entregarse el Carlismo —y sobre todo vosotros— como os digo, con gran generosidad de espíritu que debe traducirse en dos manifestaciones:

Primera, en un gran amor al trabajo, y segunda, en una gran audacia para no temer nada.»

VISITA A FRANCO

Era natural y conveniente que el nuevo Jefe Delegado hiciera una visita de carácter meramente protocolario al Jefe del Estado con motivo de su nombramiento, y con independencia de las líneas

generales de la política de la Comunión Tradicionalista. En este caso esa política era de búsqueda de un acercamiento a Franco.

Valiente puso en este trámite un punto de dignidad. No fue en seguida, ni pronto. Fue a ver a Franco en febrero de 1961. Tardó deliberadamente, hasta hacer notar el retraso, amparado en la coartada de que no se había ultimado la serie de nombramientos de la reorganización de la Comunión, y de que llegaban las fiestas de Navidad. Pero mostrando al buen entendedor su reticencia y sus reservas hacia el desarrollo de su propia política de acercamiento a Franco y mostrando también un propósito de firmeza. Hacer esta visita en seguida hubiera podido interpretarse como servilismo, y hacerla en un plazo prudente, como benevolencia.

Se habló muy poco de esta entrevista protocolaria y del simbolismo de su tardanza. Todo quedó desconocido para muchos. Solamente algunos carlistas recibieron de Valiente alguna explicación, digamos también que protocolaria, porque fue optimista. Sin embargo, uno de ellos anotó después de verle en su diario político: «Está nervioso, y aunque dice que todo ha ido bien, tengo la impresión de que no hay ningún indicio que dé pie al optimismo. Dentro de un par de días va a ver al Rey.»

LA RECONSTRUCCION DE LA ESPAÑA NACIONAL

La directriz política más importante de la jefatura de Valiente fue la reconstrucción de las alianzas que confluyeron en la España Nacional, como recurso para que la Comunión Tradicionalista recuperara el protagonismo y la consideración que en ella tuvo.

Se minimizaba la maniobra presentándola únicamente, o muy principalmente, como de colaboración con Franco y con la Secretaría General de su Movimiento. Pero tenía otras dos alas: una, buscaba contactos con los Generales de moda, con el mítico Ejército, según imperecedera manía y obsesión. Y otra, más discreta aún, pero muy tenaz y profunda, trabajaba por entenderse con las fuerzas católicas vaticanistas. Para esta última, Valiente estaba especialmente situado y dotado: había prestado eminentes servicios a

la Editorial Católica (1) y exhibía en un salón de su casa una preciosa copa de porcelana de Sevres que le había regalado dicha entidad para distinguirlo; era viejo amigo y compañero de campañas proselitistas de los dirigentes de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, y de la Orden de San Pablo, instituto secular secreto a las órdenes de la diplomacia vaticana. Quizá no fuera esto ajeno al desarrollo de su carrera política, incluso a su nombramiento como Jefe Delegado.

En la carta que sigue vemos la estimación que hace de la situación en este último sector.

«12 febrero 1960

Sr. Dr. Don Raimundo de Miguel.

Abogado del Estado.

Conde de Jordana, 3.

Burgos.

Querido Raimundo:

He recibido tu carta del 10. También yo he sentido mucho no haber podido hablar un rato contigo. Pero deseo hacerlo, y en cualquier escapada a Burgos tenemos que reunirnos para discutir unas cuantas cosas entre nosotros, a fin de asegurar bien los pasos que damos, porque tenemos muchos enemigos y toda cautela es poca.

Creo que vamos despacio, y midiendo mucho los pasos. Hasta ahora creo que los peores enemigos del Carlismo, que han estado siempre en lo que se llamaba la derecha en el régimen liberal, catolicismo liberal, o liberalismo católico, están ahora bastante desconcertados con nosotros. Unos están feroces con nosotros, pero otros empiezan a pensar que el Carlismo puede ser la verdadera solución católica de los problemas políticos de nuestro país.

Será difícil convencer a toda esa gente buena, buenísima, tan entrañablemente unida y subordinada a la Iglesia. Será difícil convencerles de que la solución verdaderamente nacional de los españoles está en el Carlismo, andando poco a poco, con sentido de responsabilidad y de actualidad el proceso largo, de restauración de la

(1) La Editorial Católica editaba el diario «Ya» y algunos otros periódicos en provincias. Tenía a la sazón cinco obispos en su Consejo de Administración y estaba en relación permanente con la Nunciatura; tenía todo el apoyo de la Iglesia oficial. No debe confundirse con la Editorial Católica Española, de Sevilla. Vid. tomo XVII, pág. 209.

orientación tradicional, o tradicionalista, o carlista, en definitiva. Será difícil esto, pero es cada vez menos difícil. Si sabemos aprovechar la evidente crisis del liberalismo en el mundo, y la del marxismo, podemos barrer los últimos residuos liberales, que aún puedan darnos mucha guerra. Mas para ello necesitamos, después de la ayuda de Dios, un empuje fuerte y esperanzado de la Comunión, que llegue a sentir la lucha política, como ha sentido siempre la lucha militar.

Debemos salir de la subestimación de la política, producida en muchos espíritus por el asco que causaba el liberalismo, y elevar esta vocación política a la categoría de la más alta de todas las vocaciones en el orden temporal.

Recibe un fuerte abrazo de tu buen amigo,

JOSE MARIA.»

* * *

Poco después, el 6 de abril, escribe al mismo destinatario y dilecto amigo lo siguiente:

«Creo que estamos en un momento sumamente grave. Sumamente grave. Don Federico Suárez Verdeguer ha aceptado ser preceptor de Don Juan Carlos. Hoy me han hablado de otros profesores del Opus que también van a formar el cuadro de profesores de este Príncipe. Todo esto me parece muy grave para nosotros, que somos católicos por encima de todo y que no podemos meter-nos en gravísimas discusiones entre católicos.»

VI. RESUCITA EL SEPARATISMO VASCO Y LA COMUNION TRADICIONALISTA LE REPLICA

La situación.—Hoja «La Monarquía Federal».—«Declaración de la Comunión Tradicionalista de Navarra y Vascongadas».

LA SITUACION

El método cronológico exige añadir aquí un nuevo eslabón a la larga cadena, iniciada durante la Segunda República, e insuficientemente conocida, de contactos, guerras y treguas entre la Comunión Tradicionalista y los separatistas vascos. En el tomo VII (año de 1945, pág. 108), hemos recogido una «Declaración de la Comunión Tradicionalista al País Vasco» que, en realidad, va dirigida a los nacionalistas vascos, en tono conciliador y con ánimo de acercamiento.

Desde entonces hasta la década de los años sesenta, cuyo estudio ahora iniciamos, han fracasado uno tras otro innumerables intentos conciliadores. Con todos ellos se cumple, hasta más allá de la saciedad, el requisito de los moralistas para legitimar unas hostilidades de que se hayan agotado las posibilidades de evitarlas.

Empieza el año 1960 con nuevas expresiones de buena voluntad. El número de marzo-abril de un boletín, bien impreso, titulado «AET. Portavoz político de la Agrupación de Estudiantes Tradicionalistas», publica en portada un breve editorial contraponiendo la Monarquía Tradicional a la Monarquía Liberal. El mismo texto se reproduce en tres columnas: la central, en español; la de la izquierda, en catalán, y en la columna de la derecha, en vascuence. Nadie, salvo los carlistas, se atrevía en aquella época a hacer una cosa así. Pero es en vano.

Se puso en circulación una octavilla impresa de las dos caras, muy bien presentada, y titulada «La Monarquía Federal», de autor anónimo, pero inspirado en ideas encontradas en libros y artículos de Don Rafael Gambra. Es un documento de altura y enjundia doctrinal, y por ello le reproducimos íntegro. Pero también fue en vano.

Los separatistas vascos estaban engreídos por el apoyo que les prestaban las democracias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial. Al final de la década de los años cincuenta consiguen una mixtura explosiva combinando esa ayuda extranjera con una nueva espiritualidad religioso-católica, el «progresismo».

Estamos en el umbral del Concilio Vaticano II; en toda la Iglesia universal está en auge un amasijo de herejías y disparates vulgarmente conocido por «progresismo». En el resto de España corroe la unión de la Iglesia y del Estado, y éste, desmedulado teológica y filosóficamente por esas nuevas ideas y sentimientos, marchará a la deriva después del Concilio. En éste se aprueba la libertad de cultos, esencia del liberalismo, que da a las religiones falsas los mismos derechos civiles que tiene la Religión Verdadera. Ahí está el germen del pluralismo malo y de la resurrección de los partidos políticos, y entre ellos, el que nos ocupa, el Partido Nacionalista Vasco. La Iglesia se inhibe de su misión de distinguir entre el bien y el mal, borra o disimula las diferencias entre ambos, y en múltiples asuntos es el mal quien sale ganancioso de ello. La libertad de cultos es complementada, al servicio del mal, por el pseudoecumenismo.

El progresismo potencia y relanza, agravadas y muy aumentadas, las doctrinas de Jacques Maritain y de Dom Sturzo, enemigos de la Cruzada de 1936, con la pasividad del Papa Pío XI, y con apoyo ideológico y diplomático de los separatistas vascos durante dicha Cruzada. Gran parte del clero vasco, y en menor cuantía del navarro, se está pasando a las filas de la nueva espiritualidad «progresista». Muchos curas que antes de la Cruzada estaban suscritos al diario «El Siglo Futuro» y a otros periódicos carlistas, como «La Constancia», de San Sebastián, y «El Pensamiento Navarro», de Pamplona, reciben ahora gratuitamente desde Francia, sin saber quién se lo envía, «la Croix», publicación exasperadamente progresista y antiespañola, paradigma de la nueva espiritualidad herética.

La libre circulación y la general aceptación de esa nueva espiritualidad «progresista» era exactamente lo que necesitaban los separatistas vascos para salir a la superficie con la frente alta y lavada de la vergüenza de haberse aliado con los rojos en 1936.

Paralelamente, ese mismo progresismo y los elementos que lo componían diezmaron el reclutamiento carlista que siempre se había hecho en los ambientes católicos, y que no podía hacerse de otro modo ni en otros círculos. Doctrinalmente, era una oposición muy seria a sus tesis y a su historia.

Simultáneamente, Franco seguía cometiendo errores políticos graves, continuados y sostenidos, en el País Vasco y en Navarra, que favorecerían indirectamente al separatismo. Y no cesaba de debilitar de mil maneras al Carlismo, que era el contrapeso natural de todos los separatismos.

Don Carlos Arias Navarro, que fue, años adelante, primer ministro, ocupaba la Dirección General de Seguridad. Un destacado carlista navarro, que le había conocido cuando era gobernador civil de Navarra, le fue a visitar a su despacho de la Puerta del Sol. Arias le contó confidencialmente que estaba asustado de la increíble cantidad de millones que la Revolución estaba invirtiendo en Navarra. A pesar de lo cual, no dejaba de hostigar a los carlistas.

Del auge separatista y del declinar carlista, iniciado disimulada, pero realmente este mismo año después de la entrevista Franco-Don Juan en «Las Cabezas», resultaba un acercamiento a una situación de empate o de equilibrio inestable, cuando menos a nivel local de cada pueblo, con el consiguiente recrudecimiento de las hostilidades.

Reanudadas éstas, los carlistas basculan del lado del Movimiento y del colaboracionismo con Franco. Es una alianza preciosa, pero Franco la desprecia. Este es uno de los diversos sumandos de la global culpabilidad que le incumbe, parcialmente, por la posterior situación en el País Vasco y en Navarra.

A fin de 1960, la Comunión Tradicionalista produce un documento político del más alto nivel. Los jefes carlistas de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, reunidos en Guernica el 8 de diciembre, hacen una Declaración que, bien impresa, se empieza a distribuir de mano en mano. La transcribimos íntegramente a continuación.

Nótese en ella el párrafo que dice: «El Carlismo, con los ojos abiertos a la realidad, pretende llevar al ánimo de todos que no puede admitir como consustanciales al régimen, surgido precisamente del 18 de Julio, errores personales o irregularidades administrativas, aunque hayan perjudicado a miembros destacados de la Comunión Tradicionalista, actores principales, algunos de ellos, en la preparación del Alzamiento Nacional.» Cualquiera diría que no

había habido, entre el Estado Totalitario organizado por Franco al final de la Cruzada y la doctrina tradicionalista, una antítesis doctrinal insalvable, y que solamente había que olvidar «pequeños detalles anecdóticos», como los destierros del Rey y del Jefe Delegado, Don Manuel Fal Conde. Tanta generosidad por parte carlista que no sin razón algunos carlistas creían que había que calificar de otro modo, era una colaboración valiosísima que Franco nuevamente despreciaba.

En este epígrafe también recogemos algunos fragmentos de las actas de las reuniones de la Junta Regional de Guipúzcoa el 18-XII-1960, y el 26-II-1961. Muestran con espontaneidad y naturalidad la actividad de los separatistas. De la primera de las dos actas hemos conservado, como en alguna otra ocasión, la prolija relación inicial de asistentes para atestiguar la vitalidad del Carlismo en aquellos años. Hay que señalar, además, la contradicción entre el acuerdo de sumarse a actos organizados por el Gobierno Civil y la conducta de éste de poner dificultades a los carlistas en las recientes elecciones municipales.

Don Germán Raguan propuso que, si estaban acordes las otras provincias, la Declaración de la Comunión Tradicionalista, que sigue, se editara también en vascuence; nadie se opuso a esta sugerencia, pero no se realizó, a resultas de la decisión de cesar en su difusión, que consta en el acta de 26-II-1961.

HOJA «LA MONARQUÍA FEDERAL»

Apareció por aquellos días una octavilla bien impresa, con el escudo de España en versión carlista en el ángulo superior derecho, titulada «La Monarquía Federal», anónima, sin fecha y con un pie de imprenta sin valor indicativo, como todos los inventados en la clandestinidad. Se identifican en ella ideas y expresiones de escritos de Don Rafael Gambra, pero éste manifiesta al recopilador que no fue su autor. Puede interpretarse a la vez, o alternativamente, como un intento de fijación de posiciones claras y auténticas ante los separatistas vascos, y/o como una reacción clarificadora frente a la literatura oficial desencadenada por los brotes separatistas.

«Desde hace más de siglo y cuarto impera en España el centra-

lismo nacido del liberalismo de la Revolución Francesa. A pesar de su sangriento fracaso, esa ideología se prolonga en los tiempos actuales. Fracasan y varían los regímenes políticos, pero el centralismo se mantiene como una constante en la vida política de nuestra patria. Los que esa idea defienden suponen que su España Una es la misma cosa que el Estado, y, como ellos son sus usufructuarios, el Estado es la misma cosa que ellos. Fuera de esa unidad no existe para ellos ninguna otra realidad pública más que organismos o delegaciones del Poder Central, que son uniformes y suyos como aquella unidad primera. En el Reino de Navarra o en el señorío de Vizcaya debe mandar un Gobernador Civil exactamente igual al de Ifni o Guinea (1), porque todas son provincias y todas son iguales como las patas del pulpo.

Sin embargo, la España verdadera, la que conocemos y la que amamos, es tan varia y diversa en sus tipos y costumbres como en su origen histórico. Ciertamente desde tiempo inmemorial se llaman españoles a los habitantes de esta península, pero la comunidad política que llamamos España es un producto de la libre federación de León y Castilla primero, de las tierras reconquistadas después, de la espontánea incorporación de las provincias aforadas, de la unión de Aragón y Navarra más tarde...

La unidad religiosa y la participación durante siglos en las empresas comunes de la Reconquista fueron dando lugar a esas pacíficas incorporaciones, hasta culminar en el siglo XVII que reunió a todos los pueblos españoles bajo una sola corona. Al mismo tiempo que la federación política se operaba, sin duda, una aproximación moral y ambiental, una paulatina unidad de espíritu y de anhelos. Sólo de estas tres formas de unidad puede hablarse en la España de sus mejores tiempos: unidad religiosa, unidad monárquica, unidad de anhelos colectivos. Pero esta triple unidad se construía sobre una inmensa variedad y libertad en todo lo demás: variedad de leyes y costumbres, variedad de lenguas y de administración. Y precisamente aquella unidad, su vigencia y fecundidad se condicionaba al respecto escrupuloso hacia el complejo mundo de países diversos de que había emanado. Tal es el espíritu foral que nos legaron nuestros antepasados, la tensión interna que constituyó nuestra civilización política. Así, tan pronto como el Conde-Duque de Olivares trató de cercenar las libertades forales, se perdió Portugal y se sublevó Castilla.

(1) Aquellos territorios se nombraron «provincias» en 30-VII-1959.

Después nacieron todos los separatismos, hasta los más absurdos, como el de las Provincias exentas o forales (las Vascongadas), cuya incorporación a la Corona de Castilla fue voluntaria y se distinguieron en toda su historia por la lealtad acrisolada a su Rey y Señor.

El falso patriotismo o nacionalismo español —de origen liberal— que comienza desde arriba afirmando la España Una identificada con el Estado acaba siempre negando el patriotismo local, el ser y la vida de cada uno de los pueblos que forman España. Es así extranjero en nuestra patria y, por lo mismo, el primero de los separatismos, la causa y el principio de todos los demás.

El verdadero patriotismo —el que nace del amor al padre y a la casa paterna— consiste para un vasco, por ejemplo, en sentir como propio, ante todo su pueblo o su valla y, por lo mismo, a su reino, provincia o señorío y, en el mismo amor, a la gran patria española en que radica y a toda la Cristiandad en que se integra. A través de una fe y una historia comunes en una libre federación política, esos sentimientos, lejos de contrariarse entre sí, se confunden y purifican en uno solo.

El Carlismo, que nace del suelo y de la tierra, que nadie ha fundado ni nadie mantiene, permanecerá siempre fiel al principio foral, es decir, a la patria de cada uno, a sus leyes, sus costumbres y sus instituciones. A todo eso que constituye la única y verdadera España que nosotros conocemos, esa patria común, multiforme y cordial, que los españoles de los más diversos y lejanos ambientes amamos como cosa propia.»

«DECLARACION DE LA COMUNION TRADICIONALISTA DE NAVARRA Y VASCONGADAS»

«La Comunión Tradicionalista, fiel a sus principios y consciente de su responsabilidad ante la Nación, hace pública su postura en el actual momento político ante las maniobras que, formadas insistentemente desde el exterior por los enemigos de la Religión y de la Patria, son secundadas en esta Región por algunos sacerdotes y seculares de filiación separatistas, en abierta rebeldía frente a la Autoridad Eclesiástica.

El ALZAMIENTO de 1936 —contra un poder incapaz de mantener la paz religiosa, el orden social, la dignidad de los ciudadanos y la integridad de la Patria— fue eminentemente POPULAR. Pueblo y Ejército "se habían propuesto la difícil y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos y el honor de Dios y la Religión" (PIO XI), que condensaron en el grito general de Cruzada "POR DIOS Y POR ESPAÑA".

Artífices principales en su preparación y desarrollo, los carlistas cumpliremos el gravísimo deber de hacer fecundos los sacrificios de nuestros mayores y de todos los muertos en la Guerra de Liberación.

En el VIVA CRISTO REY concretó nuestro voluntariado de todas las regiones españolas su inquebrantable unidad católica, su sometimiento a la doctrina total de la Iglesia y su obediencia incondicionada al Sumo Pontífice y a los Obispos.

La ordenada unidad nacional, que se basa en la rica variedad de sus hombres y tierras en las instituciones y hechos de su historia, se hace síntesis carlista en el VIVA ESPAÑA, que lleva en su esencia el Regionalismo nacional frente al Nacionalismo regional.

El Tradicionalismo, defensor de los indiscutibles derechos de las Regiones y de sus FUEROS —medio único de salvar las libertades de las agrupaciones naturales intermedias entre el individuo y el Estado— se opone a todo centralismo y a todo movimiento secesionista (1).

El Carlismo, íntimamente enraizado en la Historia e instituciones de la Región Vasco-Navarra, lamenta que alguna parte de este pueblo haya sido arrastrada por los dirigentes del separatismo vasco a la unión con los enemigos de Dios y España (2).

Nuestro VIVA EL REY recoge los anhelos de la Monarquía Legítima, que ha de ser, con arraigado asentamiento popular, TRADICIONAL, CATOLICA, SOCIAL, FORAL y REPRESENTATI-

(1) El Carlismo era la única fuerza política que cuando condenaba el separatismo condenaba a la vez, explícita e inseparablemente, al centralismo y exaltaba los Fueros. Así, era el único grupo de la España Nacional que pudiera servir de puente entre unos y otros. Pero ninguno de los otros dos bandos quiso acercarse a la mitad del puente.

(2) Este párrafo «lamenta», pero no «condena». Es un sutil recordatorio a la condición basculante del separatismo vasco, la cual sostenía una débil esperanza de entendimiento. Después de la muerte de Franco (1975), de manera formal y ya inmediatamente antes, a la sazón, de manera informal, pero eficaz, el separatismo vasco basculó nuevamente hacia los enemigos de Dios y de España.

VA. La instauración de esta Monarquía hará realidad el principio de que la Justicia es la función principal del poder político encarnado en el Rey.

El Carlismo, con los ojos abiertos a la realidad pretende llevar al ánimo de todos que no puede admitir como consustanciales al régimen, surgido precisamente del 18 de Julio, errores personales o irregularidades administrativas, aunque hayan perjudicado a miembros destacados de la Comunión Tradicionalista, actores principales, algunos de ellos, en la preparación del Alzamiento Nacional (3).

"En comunión con los demás españoles en los ideales que dieron vida a la Cruzada" hacemos protesta solemne de nuestro absoluto sometimiento a la voz infalible de la Iglesia y su Jerarquía; de la unidad intangible de las tierras de España; de sus libertades regionales y de nuestra fidelidad a Don JAVIER DE BORBON, único Príncipe que tuvo participación activa y decisiva en el Alzamiento y en quien concurren, de manera indiscutible, las dos legitimidades esenciales.

Como nuestros voluntarios salvaron los principios de la Monarquía Tradicional, Católica, Social y Representativa, defendiendo a los Reyes Legítimos, nosotros, siendo pilares de la doble legitimidad de herencia y de servicio, arraigaremos popularmente la nueva Monarquía, que hará incommovible la paz conquistada por el Movimiento Nacional.

Reunidos en Guernica los Jefes Regionales de la Comunión Tradicionalista de Alava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya, firman este documento —con el conocimiento de la Jefatura Delegada— el día ocho de diciembre de mil novecientos sesenta, festividad de la Inmaculada Concepción» (4).

(3) Este párrafo es un homenaje a la política de colaboración con Franco. Se le amnistia generosamente de la persecución a que sometió a los carlistas, desde el Jefe Delegado, Don Manuel Fal Conde, a los de filas. No la olvidaban muchos de los destinatarios de este escrito, que padecían, por ello, un odio rencoroso e irremediable contra Franco que les predisponía a entender con generosidad análoga y simétrica a los separatistas. A esta tendencia secreta se le da un toque de atención disimulado con este párrafo. En la generación siguiente esta sutil y secreta tendencia se manifestó descarada y trágicamente. Además de estos aspectos, hay que decir que este párrafo es sofista. Porque sin entrar en la comprobación, nada fácil ni elemental, de lo que afirma, resulta que, con independencia de ello, había un conflicto doctrinal pendiente, que era la disparidad radical en la concepción de la organización general del Estado, del territorio y de la sociedad.

(4) El cuidado en la redacción, algunos conceptos, giros y palabras, y aun la presentación esmerada, confirman que no estaba lejos de los redactores Don José María Valiente. Es, por ello, un documento de primer orden.

VII. BODA DE LA PRINCESA MARIA FRANCISCA DE BORBON PARMA CON EL PRINCIPE EDUARDO DE LOBKOWICZ

Carta de Don Javier de Borbón Parma a Don José M.^a Valiente.—Extracto de la crónica de Don Angel Romera con las biografías de los novios.—Extracto de unas crónicas de las ceremonias.—Polémica con los liberales.—Carta de Don Javier a Valiente.—Apéndices.—El matrimonio morganático del Príncipe Andrés de Borbón.—Conmemoración en la Isla de los Faisanes.

La Comunión Tradicionalista empezó el año con un acontecimiento vistoso: la boda de la Princesa María Francisca de Borbón Parma, que tuvo inseparables reflejos políticos. Este matrimonio aumentaba las relaciones de Don Javier con las Casas Reales y la alta nobleza europeas, las cuales se hicieron patentes en la ceremonia de la boda. Relaciones más firmes que con correlativa firmeza sirvieron a la Causa de la Comunión Tradicionalista española. El Príncipe Lobkowitz descubrió el Carlismo, y sin mayores distinguos doctrinales quedó prendado de él y le hizo cuantos altos servicios se le pidieron.

Tanto o más que cualquier otro enlace posible, éste consolidaba internamente uno de los rescoldos de la Cristiandad, su Nobleza católica. De otra parte, como el Príncipe de Lobkowitz vivía en Nueva York y trabajaba en sus medios bursátiles, fue considerado como un enlace o cabeza de puente en los Estados Unidos, dueños del mundo a la sazón. Empezaba el viejo sueño de Fal Conde, aireado por él como una consigna en cuanto terminó la Segunda Guerra Mundial, de montar bases carlistas en los Estados Unidos para procurarse influencia política y recursos dineros.

En España aumentó el entusiasmo de los seguidores de Don Ja-

vier, que eran la mayoría de los carlistas; se refleja en sus modestas publicaciones.

No se hizo esperar el ataque de los liberales seguidores de Don Juan de Borbón, al que se sumaron puntualmente los ex carlistas que se le habían incorporado en el Acto de Estoril de 1957, con el odio agudamente selectivo que tenían a su antiguo jefe. Lo hicieron desde su propia prensa y desde el periódico francés *l'Aurore* de 14/15-XI-1959, utilizado por sus corresponsales parisinos, que eran los ayudantes del Conde de París (1). Volvieron a sus recursos favoritos de que Don Javier era francés, y su matrimonio, morganático; tantas veces repetidos, que ya no producían emoción en el pueblo carlista; este episodio quedó en el arsenal de los polemistas liberales, que lo evocaban siempre en los largos memoriales de agravios contra Don Javier. Los tradicionalistas-juanistas españoles no se entendían con los legitimistas franceses, sino con los revolucionarios liberales, judaizantes y masonizantes que seguían al Conde de París y a los Orleáns.

CARTA DE DON JAVIER A DON JOSE MARIA VALIENTE

«París, 24 de noviembre.

Muy querido José M.^a Valiente.

La boda de mi hija Francisca M.^a ha sido fijada para el 7 de enero aquí en la Catedral de Nuestra Señora en París. He visto que los periodistas han hecho, probablemente apositamente, un comentario diciendo que fue una boda civil sin bendición de la Iglesia. He inmediatamente dado una rectifica, pero no sé con mala intención o por disguido, esa no ha pasado en la prensa española. Aquí en Francia es obligatorio antes de la boda religiosa de hacer una declaración civil adelante del Alcalde. Eso fue hecho en Besson antes solo del Alcalde y del Secretario, porque el Novio no tenía que tres días: quedarse y a vuelto a su trabajo en New York. Vuelvera únicamente pocos día en enero antes de la boda. Estos americanos son

(1) Véanse las relaciones de Don Luis Arellano con el Conde de París en el tomo 19(1), págs. 76 y 77.

listos, simpáticos, pero no pierden el tiempo; el trabajo es la primera ley después de Dios. He recibido unas cartas de España entristecidas del comentario o indignadas, no conociendo lo que significaba!

He oído también que un grupo pensaba hacer un regalo o obsequio a mi hija. Esa me pide que no sea nada que sea costoso. Hoy día onde tanta pobreza y miseria hai en el mundo, pide que si los unos o los otros desean ofrecer un dono, sea atribuido a las familias las más necesitadas carlistas, o a novios carlistas que por falta de medios, no pueden casarse; porque me dice Francisca, eso será un regalo a Dios y el beneficio recaerá sobre el donante y sobre la buena intención en gracias para Francisca María.

Fal me escribe que hai propuestas de ir en grupos carlistas a los santuarios marianos o parroquias para oír Misa el día de la boda, el 7 de enero, o como es un día laborable, un día próximo (el tiempo no cuenta ante Dios!). Eso será un verdadero regalo carlista.

Pido particularmente no organizar viajes para asistir a la boda. Quiero hacer la ceremonia con decoro, pero con sencillez, y como las dos familias y los familiares serán numerosísimos, no me sería posible ver en medio a la muchedumbre de gente presente suficientemente los nuestros y hablar con ellos. Tanto más que la situación nos obliga a evitar toda forma de manifestación también simpatía fuera del iglesia. Enviaré a ti y a un grupo estrecho de amigos y Jefes las cartas para poder ser presentes en representanza de todos (1).

Con tantas amistades, querido José María Valiente, quedo tuyo afectísimo,

Francisco Javier.»

(1) Este último párrafo, que a muchos parecerá carente de interés, trae a los coetáneos y conspicuos el recuerdo divertido —triste gracia— del pánico que tiene Don Javier a que los carlistas aparecieran por Francia diciendo que él era el Rey de España. Un nutrido grupo de ellos, en son de guasa y con talante de «aguafiestas», se presentó por su cuenta en la ceremonia con boinas rojas gritando «Viva el Rey Javier».

El Secretariado de la Comunión Tradicionalista envió el 22-XII-1959 una circular a los Jefes Regionales sugiriéndoles que organizaran «en esa región algún acto religioso pidiendo a Dios por la felicidad del nuevo matrimonio y las intenciones de la Familia Real». Era una maniobra de distracción para no organizar viajes a París.

EXTRACTO DE LA CRONICA DE DON ANGEL ROMERA EN LA REVISTA «SIEMPRE» CON LA BIOGRAFIA DE LOS NOVIOS

Le revista «Siempre», en su número 18, de diciembre 1959-enero 1960, publicó una crónica de Don Angel Romera, máxima autoridad dentro de la Comunidad Tradicionalista en cuestiones nobiliarias y genealógicas, con datos biográficos de los novios. Suprimimos los referentes a Doña María Francisca, por ser más conocidos y encontrarse muchos de ellos en esta recopilación, y transcribimos lo referente al Príncipe de Lobkowitz, que dice así:

«Con respecto al novio, Príncipe Eduardo de Lobkowitz, diremos que forma una pareja digna de Doña María Francisca. Pertenece a una de las más antiguas y nobles Casas católicas del Sacro Imperio Germánico, la de los Príncipes de Lobkowitz, Duques de Raudnitz y Condes principescos de Sternstein. Antiguos príncipes del Reino de Bohemia, mediatizados en Austria-Hungría, tienen a efectos matrimoniales, como todos los príncipes y condes mediatizados de Alemania, la igualdad de nacimiento y rango con las Casas reinantes.

El Jefe de la Casa principesca de Lobkowitz ostentaba en el Imperio austro-húngaro la dignidad de Gran Tesorero hereditario del Reino de Bohemia y miembro hereditario de la Cámara de los Pares austríaca. Los miembros de esta familia han destacado constantemente en la Corte Imperial, de la que han sido Embajadores en diversas ocasiones y han ocupado puestos destacados en la política del viejo Imperio, como el de Ministro, Gobernador del Reino lombardo-veneto, etc. Fue precisamente en Viena en el salón de los Príncipes de Lobkowitz, protectores de las artes y las letras, donde Beethoven estrenó en 1804 su Tercera Sinfonía, la famosa "Heroica".

Entre los enlaces ilustres que unen a los Príncipes de Lobkowitz con diversas Casas soberanas de Europa, queremos destacar el matrimonio del 5.º Príncipe de Lobkowitz, Fernando, Duque de Sagan, con la Princesa María-Gabriela de Saboya-Carrián, de la Casa que reinó primeramente en Cerdeña y Piamonte desde Carlos-Alberto y después en toda Italia hasta 1946.

En virtud de este casamiento, Su Alteza Serenísima el Príncipe Eduardo de Lobkowitz, cuarto nieto de los citados Príncipes Fernando y María-Gabriela y prometido esposo de la Infanta Doña

Francisca de Borbón, desciende en línea femenina de nuestro gran Monarca Felipe II, en cuyo linaje no se ponía el sol en nuestros dominios, ya que como es sabido la Casa de Saboya, aparte de otros enlaces posteriores con la Casa Real de España, desciende directamente de la Infanta Doña Catalina Micaela de Austria, hija menor de Don Felipe II, la cual casó con el Duque de Saboya Carlos Manuel.

Esto en cuanto al pasado de la familia. En cuanto a la persona del Príncipe Eduardo, hemos de consignar, en elogio suyo, que, exiliado de Bohemia y de Austria y perdida la mayor parte de la fortuna de sus antepasados, ha sido formado con profundo espíritu cristiano en la lucha y dificultades de los tiempos presentes. El Príncipe Eduardo nació en Nueva York el 12 de junio de 1926, y con sus títulos universitarios y su laboriosidad ha sabido hacer honor a las virtudes de sus abuelos. Con la constancia y el trabajo se ha labrado por su propio esfuerzo y valía una sólida posición en el dinámico y gran país norteamericano como acreditado hombre de finanzas en la profesión de la Banca. De carácter abierto y sencillo, realiza grandes obras de carácter social y se hace querer de cuantos le conocen.

En los Estados Unidos, donde han hallado acogida y apoyo tantos europeos desterrados, instalarán, pues, su residencia, después de la boda, la Infanta Doña Francisca de Borbón y el Príncipe Eduardo de Lobkowitz, a cuya dicha en estos momentos se asocian tantos españoles.»

EXTRACTO DE UNAS CRONICAS DE LA CEREMONIA

Las revistas «Sábado Gráfico», de Madrid, número 172, del 16-I-1960, y «Point de Vue-Images du Monde», de París, de 8-I-1960, publicaron extensos reportajes gráficos de la boda, cuyas noticias extractamos y articulamos con otras personales a continuación.

La ceremonia fue el día 7 de enero, a las 11 de mañana, en la iglesia de Notre-Dame, catedral de París. Todos los asientos de la iglesia estaban asignados nominalmente y ocupados desde mucho antes por la aristocracia francesa y europea y nutridas representa-

ciones del Cuerpo Diplomático y de las Ordenes Militares. La nave central ofrecía un aspecto impresionante, cuajada de tapices, flores, luces, uniformes y vistosos trajes de gala; el órgano resonaba sus notas por los gruesos muros. El espectáculo hacía recordar las bodas principescas y famosas que allí se celebraron: unos hablaban de la del Duque de Berri con Carolina de Nápoles, en 1816, y otros de la de Napoleón III con Eugenia de Montijo. También se recordaba la reciente posibilidad malograda de que la Infanta Doña María Teresa se hubiera casado con el rey Balduino.

Los invitados sumaban dos mil. La llegada de los principales fue anunciada a golpe de alabarda. Así entraron la emperatriz Zita, hermana de Don Javier y última emperatriz de Austria-Hungría, con su hijo el archiduque Don Otto; los príncipes reinantes de Luxemburgo; los Habsburgo, los Borbones, los La Rochefoucauld, los Broglie, los Brissac y algunos Aostas, hasta treinta parejas principescas. No asistieron los Condes de París ni los Orleáns. Los duques de Windsor estuvieron en sitio relevante, pero no en el altar por no ser católicos. En el altar, tres filas de Caballeros de la Orden de Malta y tres de la del Santo Sepulcro daban escolta al sitial cardenalicio.

La llegada de los novios fue acogida con un volteo de campanas. El traje de la novia tenía una cola de siete metros llevada por dos grupos de cinco niños de la aristocracia francesa. Celebró la Misa y bendijo la unión el abad de Solesmes y en ella dijo unas palabras del cardenal Feltin, arzobispo de París. En el presbiterio tuvo un lugar destacado el obispo de Sigüenza, Don Lorenzo Bereciartúa, que entre los ya pocos obispos carlistas era de los que menos se avergonzaba de que eso se supiera.

Después de la ceremonia religiosa hubo una recepción en el hotel Ritz.

POLEMICAS CON LOS LIBERALES

La popularidad y consideración que dio esta boda al Carlismo fue un contratiempo para la causa de Don Juan de Borbón y de su hijo. Sus seguidores pensaron que había que hacer algo, y recordando la famosa frase de Menéndez Pelayo, que seguía vigente, de

que aquí todo lo que viene de Francia pasa por un quinto evangelio, lanzaron su réplica desde el diario francés «l'Aurore», de 14/15-XI-1959, e inmediatamente la tradujeron y difundieron profusamente en distintas hojas por España.

El párrafo polémico de este texto inicial de «l'Aurore» decía: «Recordamos que Francisca de Borbón Parma no es Princesa. En efecto, su padre, Javier de Borbón Parma, se casó con una señorita de Borbón Busset y el matrimonio no ha sido reconocido por los jefes de la Casa de España y de Parma, lo que priva a sus hijos legítimos del título de Alteza Real y del derecho de sucesión a los tronos de España y de Parma, en el caso de que fuesen restaurados.»

Don Javier, muy sensible a estos temas, como todos los nobles, envió inmediatamente a «l'Aurore» una réplica que este periódico reprodujo el día 16-XI-1959. Decía así:

«El Príncipe Javier de Borbón Parma precisa:

El casamiento del Príncipe Javier de Borbón Parma con la señorita Magdalena de Bourbon-Busset, hija de los condes de Bourbon-Busset, no ha llevado consigo ninguna derogación de los derechos y títulos de sus hijos.

Por lo demás, según el uso de la Casa de Francia, no se tiene jamás por matrimonio morganático aquél que se hubiese celebrado como tal.

El casamiento del Príncipe Javier de Borbón fue oficialmente anunciado y reconocido por todas las Cortes de Europa de 1927, a las que se le comunicó por carta, de acuerdo con el procedimiento acostumbrado.

El jefe de la Rama, duque de Parma, recientemente fallecido, no solamente había aceptado este matrimonio, sino que había reservado, según costumbre, todos los derechos y títulos del padre a la descendencia.

Por otra parte, el Rey Alfonso XIII, a quien la cuestión no afectaba directamente, guardó siempre excelentes relaciones de parentesco con los príncipes de Borbón Parma y jamás emitió reserva u oposición a este respecto.»

Los carlistas difundieron en hojas volanderas la réplica de Don Javier a «l'Aurore», que fue silenciada por los periódicos españoles que habían recogido el texto inicial del periódico francés.

Un juanista tradicionalista, Don Luis de Noreda y Gómez de Arce, envió a Don Javier un largo alegato contra su réplica a «l'Aurore» y lo difundió por España de varias maneras. Ocupa folio y

medio a máquina con escritura apretada y lleva anexo un folio con textos de la Novísima Recopilación y de un dictamen, referente a otros príncipes en condiciones análogas de la «Hoja Informativa», número 116, correspondiente a España, del Institut International de Genealogie et Heraldique de 15-VII-1959. Todo ello insistiendo en el carácter morganático del matrimonio de Don Javier y de sus consecuencias para la herencia de sus derechos de hijos.

Los puntos de vista de Don Javier sobre los alegatos de Noraleda se encuentran en la carta suya a Don José María Valiente, que sigue. Don Melchor Ferrer replicó pública y extensamente a Noraleda en «Boina Roja», de IX-1960.

Los tradicionalistas juanistas, que eran los únicos que en su bando hacían cosas y tenían unas modestas publicaciones toleradas por el Gobierno, dieron resonancia al escrito inicial de «l'Aurore», a la réplica de Don Javier y al escrito de Noraleda en su boletín trimestral «Afirmación», del mes de abril. Y un año después, en su otro boletín, «Instauración», del trimestre de abril a junio de 1961, publicaron una catilinaria contra Don Javier en la que repetían este asunto.

CARTA DE DON JAVIER A DON JOSE MARIA VALIENTE

«Bost. Besson. Allier.
30 de junio.

Muy querido José María Valiente.

He recibido ayer una nota firmada (agresiva) de Luis Noraleda y Gómez Arce.

Quién es este señor? Pienso sea un pseudónimo; porque hace parte de una campaña de prensa organizada de unos periodistas franceses contra mí y mi familia apoyándose exactamente a las afirmaciones que esta carta contiene y referéndose al decreto de Carlos III o IV y a la Pragmática. Es una acción de origen de España y aquí favorecida de los "Orleans" (conde de París y las joven liberales). Así hábilmente ellos se refieren a España y bajanme a ellos.

A ese si puede contestar que la Pragmática como los decretos

de Carlos III y IV no pueden referirse a mi rama que entonces ya estaban independientes en el Ducado de Parma.

En segundo lugar, mi matrimonio no es un Matrimonio Morganático, pues la Rama de los Bourbon Busset es la más antigua de nuestra casa. Sólo la oposición del Rey Luis XI en el 1400 se opuso por razón política a ellas, pero ya su hijo Carlos VII de Francia y Francisco I habían abolido el decreto de Luis XI y desde este tiempo fueron siempre reconocidos de la Corte de Francia. Sólo en el tiempo del Rey Enrique IV se opusieron al Rey, porque ellos estaban en la Liga Católica contra el Rey tanto que fue protestante. Enfi a mi Matrimonio en Lignieres mi primo Don Jayme entonces Jefe de la Casa y Rey Legítimo de España estuvo presente. Cuanto a la nota del "Institut International de Genealogie et Heraldique", publicado el 15 de julio de 1959, es una obra sin valor jurídico publicado del grupo Don Juan, Conde de París, para ponerse en arbitrio a todas las Cortes de Europa!!

Te pido informarte sobre el valor de esta publicación y de las personas que lo han enviado.

Agradezco muchísimo la exposición tuya del 2 de junio, la de la "última batalla". Esta ha salido muy bien y es un magnífico thema de propaganda carlista porque es el espíritu nuestro y es la verdad.

Agradecéndote, querido José María Valiente, muy de corazón quedo muy afectísimo,

Francisco Javier.»

APENDICES:

EL MATRIMONIO MORGANATICO DEL PRINCIPE ANDRES DE BORBON

El Príncipe Don Andrés de Borbón Parma era hijo de Don Renato de Borbón Parma (hermano de Don Javier) y de Doña Margarita de Dinamarca. Su rápido noviazgo y matrimonio con la señora Marina Gacry, perteneciente al Estado Llano, conmovió a la aristocracia, a pesar de que en ésta iban siendo ya demasiado fre-

cuentos matrimonios desiguales (1). Los Príncipes de Borbón Parma convocaron su Consejo de Familia, importante institución de la Monarquía y de la sociedad tradicional en general, el cual produjo la nota de prensa que transcribimos a continuación. Estuvo formado por Don Javier, como presidente, y sus hermanos menores el Príncipe Félix, Gran Duque de Luxemburgo; el Príncipe Luis, y su sobrino carnal el Duque de Parma, Roberto II.

La nota dice así:

«El anuncio del casamiento del Príncipe Andrés de Borbón Parma con la señorita Marina Gacry ha sido publicado el 3 de mayo actual. El Consejo de Familia de los Príncipes de Borbón Parma, reunido el 30 de abril de 1960 con la aprobación del Duque de Parma y de los demás Príncipes de la Rama de Parma, ha declarado que desde el punto de vista familiar no reconoce este matrimonio, concertado contra las tradiciones y normas de su Casa.

Por eso, no reconocen a la futura esposa ni a los hijos que nazcan de esta unión (2) el derecho a llevar los títulos ni gozar de las prerrogativas de su Casa.

Consideran que no es posible eximirse de las obligaciones de su rango y conservar al mismo tiempo sus ventajas.

Lamentan que esta declaración no la haya hecho el mismo interesado.

París, 4 de mayo de 1960.

Francisco Javier.»

CONMEMORACION EN LA ISLA DE LOS FAISANES

La isla de los Faisanes es una isleta fluvial formada en el río Bidasoa entre Behobia y Fuenterrabía. En 1659 se firmó en ella la Paz de los Pirineos, desastrosa para España, entre Felipe IV y

(1) La misma hermana de Don Andrés, Doña Ana de Borbón Parma también tuvo un matrimonio conflictivo por haberse casado con Miguel de Rumania, noble, pero de religión ortodoxa, lo cual dio lugar a un bello comunicado que se encuentra en el tomo X, pág. 60, de esta recopilación. Fue la reina Federica de Grecia la que facilitó este matrimonio en una iglesia ortodoxa de Atenas sin que mediara una petición de dispensa al Papa.

(2) Nótese que discretamente se elude la palabra matrimonio.

Luis XIV, acordándose en ella el matrimonio de éste con la Infanta María Teresa, hija primogénita de Felipe IV.

El diario de Bilbao «La Gaceta del Norte», de 13-IX-1960, publicó el siguiente suelto:

«Tricentenario de la boda de Luis XIV-María Teresa.—Una brillante representación española asistió a los actos en San Juan de Luz. Francia, la republicana, celebra siempre, quizá con una remota añoranza, los fastos de su época de monarquía. Así, en San Juan de Luz, oficial y popularmente, se ha conmemorado el tercer centenario de la boda entre Luis XIV y la Infanta española María Teresa.

Muy ilustres presidencias: S. A. R. Don Javier de Borbón Parma con su hijo el Príncipe Carlos, descendiente de aquel matrimonio que dio origen al reinado de Felipe V y al nacimiento de la Casa española de Borbón.

Representando a Francia, junto a los diputados y otros cargos, y las autoridades de los Bajos Pirineos, el cardenal de Burdeos, el obispo de Bayona, y en representación de los príncipes franceses, el conde y la condesa de París, con dos hijas.»

VIII. ACTOS CARLISTAS

Suspensión de la concentración de Quintillo.—La concentración de Montejurra: Discurso de Don Ramón Massó.—Mensaje de Don Hugo.—Discurso de Don José María Valiente.—Crónica en «The Times».—Carta de Don Juan Sáenz Díez al Ministro de Información y Turismo.—Acto de propaganda y afirmación tradicionalista en Valladolid.—Crónicas de los actos.—Discurso de Don José Luis Zamanillo.—Carta de S. M. el Rey al Jefe Regional de Valladolid.—«Aplec» en Montserrat el día 3 de Julio.—Crónica del acto.—Discurso de Don José María Valiente.—Acto de reafirmación del 18 de Julio y de la Monarquía Tradicional en Villarreal de los Infantes, el 24-VII-1960.—Crónica del acto.—Discurso de Don José María Valiente.—Conmemoración del Centenario del Pronunciamiento de San Carlos de la Rápita: Carta de Don Javier a Don Ramón Forcadell Prats, el 24 de abril.—Crónica del acto del día 23 de octubre en Ulldecona.—Conferencia de Elías de Tejada.—Mensaje de S. M. el Rey Don Javier.

SUSPENSION DE LA CONCENTRACION DE QUINTILLO

La suspensión de la concentración de Quintillo, a última hora y cuando todo estaba ya a punto, causó estupor. Nadie entendía qué había pasado, ni se dieron explicaciones. Un prestigioso jefe militar carlista que aquellos días, en culto a la moda que era la guerra revolucionaria, leía a Mao Tse Tung, decía que Franco descubría en autodidacta el consejo de aquél de hacer cosas raras e incomprensibles para desorientar al enemigo.

En Sevilla y en toda Andalucía la suspensión produjo consternación; la gran masa carlista se pasaba todo el año hablando de la última concentración y preparando la próxima. Era un ciclo parecido a lo que sucedía en Navarra con la de Montejurra y en Valencia con las fallas.

En el resto de España la noticia se extendió lentamente, detenida y frenada por una doble censura: la oficial para los periodistas y la de los jefes carlistas para sus propios canales de difusión; era un revés para su política de colaboración. Un mes después se celebró sin novedad la concentración de Montejurra, que disimuló mucho este asunto cuando empezaba a conocerse.

Se había repartido mucho un folio bien impreso a título de convocatoria; sus párrafos no tienen mayor interés; se menciona la figura de Don Joaquín de Benthencourt y Domínguez, caballero militar e hidalgo andaluz en quien se personifica el recuerdo de los veteranos. Pero poco después se repartió una

CIRCULAR ANUNCIANDO LA SUSPENSION

«Comisión Organizadora Quintillo.

Sevilla, 12 abril 1960.

Mis queridos amigos y correligionarios:

"Nos temen, y no les falta razón", decía el mismo Don Carlos.

En el día de ayer he sido llamado por el Gobernador Civil, quien, personalmente en su despacho, me ha comunicado que, por orden de la Superioridad, no puede celebrarse Quintillo. Os adjunto fotocopia del "aplazamiento" y, para vuestro más exacto conocimiento, de la autorización dejada en suspenso.

Tened por seguro que recurriré, respetuosa pero enérgicamente, contra esta resolución que, al par que infundada, priva al Requeté de reunirse para un justo homenaje y una comida de verdadera hermandad entre los que fueron elementos decisivos en el triunfo de la Cruzada y dieron a ésta su carácter. A los que desde el año 1931 hemos estado en la calle proclamando nuestros Santos Ideales —cuando nadie se atrevía a hacerlo— y hemos sufrido cárceles, destierros, procesos, parece que se nos quiere poner al margen de la política,

impidiéndose el que nos reunamos en la Comunión de nuestros Ideales; cuando precisamente por haber sido parte integrante del Alzamiento del 18 de Julio, tenemos sobrados servicios de armas para que, al menos como un español más, se nos respete esa "igualdad ante la ley" del Fuero de los Españoles.

No nos asustan ni nos cogen de sorpresa estas actitudes: son muchas las veces que nuestros enemigos han extendido la papeleta de defunción del Carlismo, y en todas ellas siempre ha vuelto a resurgir con más ímpetu y virilidad, con mayor espíritu si cabe, mientras que los enterrados fueron los enterradores. Sabemos sufrir y esperar.

Es preciso, mis queridos amigos, que vuestros hijos aprendan esta lección de sacrificio que nos imponen, renunciando a nuestro Quintillo, por el solo delito de seguir siendo leales a nuestra Causa y constantemente fieles a nuestros sagrados juramentos. Que ellos, jóvenes hoy y promesas de mañana, sepan tener la misma valentía y caballerosidad que vosotros para perseverar fieles, sin ninguna claudicación, contra estas adversidades, contra los honores fáciles, contra todo halago. Si volvieran a España los principios liberales, como que las mismas causas traerían los mismos efectos —y la Revolución más tarde o más temprano volvería a clavar sus garras en nuestra querida Patria—, entonces, como hoy y como ayer, será el Requeté la única fuerza salvadora con raigambre popular, porque el Requeté es pueblo que siente y está dispuesto a sacrificarse por sus santos Ideales.

No cedamos en nuestra fe y entusiasmo. Si este año no pueden reunirse los 15.000 carlistas que tenían anunciada su concentración en Quintillo, que sean 15.000 oraciones pidiendo fuerzas al Señor para que nos otorgue la gracia de la perseverancia y el triunfo de la Santa Bandera. Oíd a Carlos VII: "el saber conservar la fe en momentos como los actuales, resistiendo a la guerra implacable que con malas artes se nos hace, no desmayar y seguir adelante por el camino del deber, tiene mucho más mérito que cuando en la lucha goza uno la dicha de exponer la vida, lleno de alegría y entusiasmo, por su Dios y su Bandera".

Con un fuerte abrazo y con la seguridad de mi lealtad a los Principios y a vuestros sacrificios.

Firmado: Enrique Barrau Salado.»

* * *

Acompañaba a este impreso otro con las fotocopias de dos oficios del Gobierno Civil; uno, autorizando la concentración, y otro, «aplazándola». En el de autorización, es el Gobernador Civil quien «accede a su petición, en uso de las atribuciones que me están conferidas»; en cambio, en el de denegación, con el eufemismo de «aplazamiento», el mismo Gobernador escribe que «he de comunicarle que, cumpliendo órdenes de la Superioridad, queda aplazada dicha concentración».

El Gobernador Civil, Don Hermenegildo Altozano, manifestó al recopilador, años después, naturalmente, que quien le ordenó la suspensión fue Don Camilo Alonso Vega, ministro de la Gobernación, pero que él tenía el convencimiento de que había sido cosa del propio Franco, sin cuyo conocimiento y benevolencia Don Camilo no movía un dedo. Ese convencimiento lo tenía todo el mundo; no me dijo Altozano una confidencia valiosa, sino una vulgaridad.

Esto sigue siendo válido, aunque Franco se hiciera el despistado en sus conversaciones con su primo y secretario el general Franco Salgado Araújo, que en su libro «Mis conversaciones privadas con Franco», escribe:

«18 de abril de 1960 (lunes).

Hablamos después de los tradicionalistas, que se quejan de que el ministro de la Gobernación no les autoriza los actos públicos que organizan; me dice Franco:

“Esas son cosas del ministro de las que no estoy enterado. La orientación política de los tradicionalistas es distinta de la del régimen, aun cuando no esté enfrente de éste.”

Me repite su concepto sobre el tradicionalismo:

“El tradicionalismo luchó más por los principios que por las personas. Olvidan que la sucesión legal a la corona de España está en el actual príncipe Don Juan, heredero de Alfonso XIII. Al rey que ellos preconizan no le conoce nadie, y los españoles no permitirán nunca que reine un rey francés.”

Le aconsejo que reciba al señor Valiente y que hable con él con toda claridad, exponiéndole sus puntos de vista. Le digo que la rama que dirigen Valiente y Zamanillo acepta los principios del Movimiento, pero no a Don Juan ni a Don Juan Carlos.

“Esto es lo malo —dice Franco—, la monarquía vendrá con estos príncipes o con un regente, pero nunca con reyes tradicionalistas.”»

LA CONCENTRACION DE MONTEJURRA

Desde que se hizo nacional y multitudinaria, a partir de 1954, la concentración de Montejurra era una prueba de fuego para los nervios de los dirigentes carlistas. Aquellas masas tenían un talante inflamable, y también tenía esta propiedad el acto en sí, porque su importancia en la política nacional crecía. Siempre se esperaban incidentes sangrientos, como el de la concentración en Begonia en 1942, y como los que finalmente le llegaron en 1976. Cuando terminaban los actos sin ellos, los dirigentes daban profundos suspiros y se iban a la cama, a descansar. En el año 1960, la proximidad de la entrevista Franco-Don Juan acentuaba los habituales temores. Hasta el punto de que algún alto dirigente carlista deseaba secretamente que fuera suspendida por orden gubernativa, como las de Quintillo y Montserrat precedentes.

Al fin, todo resultó bien también este año. Se habían multiplicado las consignas de paz y de serenidad y se les había hecho circular por todos los conductos en todos los niveles.

No asistieron ni Don Hugo ni sus hermanas. Pero envió el mensaje que sigue. Es verdad que estaba expulsado de España desde el año anterior, como en seguida recordaremos. Pero la verdadera razón de su ausencia era servir al deseo de quitar voltaje al acto y al de no verle involucrado en los tan temidos y presagiados posibles incidentes. Si el Secretariado hubiera querido llevarle, lo podía haber hecho clandestinamente, y Franco hubiera tenido que hacer vista gorda.

Como siempre en estas grandes concentraciones, se repartieron incontroladamente hojas de muy diversas facturas expresando ideas de grupos y aun de individuos. En esta ocasión se repartieron, entre otras, un folio bien impreso en las dos caras, titulado «La Monarquía Tradicional y la Cruzada», insistiendo en los tan conocidos argumentos contra la dinastía usurpadora; esta vez tenían mayor interés por la proximidad de la segunda entrevista en «Las Cabezas» entre Franco y Don Juan.

También se repartió un folio impreso «a caja» titulado «Querido Correligionario» y suscrito por «La Junta Directiva»; anunciaba la emisión de unos bonos de mil pesetas cada uno para adquirir unos nuevos locales para el Círculo Carlista de Estella y de su Merindad. Los que ocupaba en la plaza del pueblo desde hacía setenta

años, cargados de recuerdos, entre ellos el de la movilización del 18 de Julio, se tenían que desalojar por haberse declarado judicialmente terminado el contrato de arriendo. Finalmente, se adquirió un buen local frente a la estación. A él se trasladaron la estatuilla sedente del Sagrado Corazón, siempre presente en los Círculos Carlistas, unos divanes y butacas de terciopelo rojo, desvencijados, y media docena de grandes cuadros, algo ajados, de batallas y personajes carlistas. A él llegó, jadeante, el recopilador, en 1969, en el mismo momento en que Franco designaba sucesor suyo a Don Juan Carlos de Borbón y éste juraba guardar y hacer guardar las Leyes Fundamentales. Estaba desierto.

DISCURSO DE DON RAMON MASSÓ

«Carlistas:

Estos momentos son decisivos para España. Estamos aquí para muchos por un conjuro inexplicable, porque nos hemos reunido por la más pura espontaneidad. Nosotros, para venir a Montejurra, no necesitamos subvenciones. No necesitamos que nos empujen: porque el pueblo carlista sabe a dónde va.

¿Qué sucede? ¿Quieren inventarnos una Monarquía Tradicional sin carlismo? Pues vosotros lo sabéis y lo tiene que saber España: una Monarquía Tradicional sin carlismo no es posible.

Y vamos a hablar muy claro. Hay un grupo de intelectuales que, sobre posiciones aparentes, contrarias a su preparación cultural, quieren hacer una Monarquía fuera del carlismo. Escriben libros, hacen propaganda... Pero a quienes conspiran y preparan un golpe de Estado, en lo político, hay que barrerlos. Y ¿sabéis cómo?; de forma fácil. Si vosotros preguntáis a los que escriben libros, publican colecciones, dónde está el pueblo de su Monarquía, ¿sabréis que os contestarán?, nada. Porque no lo tienen.

Para instaurar una Monarquía hacen falta principios, hace falta una Familia Real y hace falta también un pueblo. Nosotros tenemos principios. Nuestros principios, que fueron ridiculizados durante mucho tiempo, ahora están en candelero, porque otra vez el viento de la historia sopla a nuestro favor.

Hoy, en España —guste o no guste— vamos camino de una Monarquía Católica, Social, Representativa y Foral. Esto está claro. Ello supone que nuestros principios están siendo aceptados por el país.

Además, hace falta una Familia Real. Pues bien, para instaurar una Monarquía hacen falta Príncipes con categoría instauradora. Es más, os digo que aunque se reunieran todos los educadores del mundo y quisieran dársela a una naturaleza con poca capacidad creadora, no lo conseguirán.

Carlistas: nosotros tenemos una Familia Real. Y además, quede claro, el único acto monárquico que se ha celebrado con un Príncipe, con un pueblo, ha sido en Montejurra, con Don Carlos y con nosotros, los carlistas.

Nuestra legitimidad está muy clara. Tenemos una historia transparente. Hemos jugado siempre con nobleza, por eso podemos hablar sin eufemismos y decir las cosas como son. Nosotros, que tenemos una trayectoria popular, no podemos ser exclusivistas. Estamos convencidos de que, para crear una gran Monarquía, hay que abrir los brazos. Y nosotros los abrimos para abrazar a todo el mundo que tenga buena voluntad. Ahora bien, a aquellos que quieren instalar una Monarquía al margen del pueblo, se los cerramos con el puño, si fuera necesario hacerlo.

Nosotros estamos serenos. Con más fuerza gritamos para decir las cosas. Porque quisiéramos que nuestras voces llegaran a toda España y traspasaran las fronteras, a pesar de que la prensa callará y no dará el verdadero sentido de este acto. Tenedlo muy presente, esto es así —muchas veces— porque esta prensa está vendida a posturas monárquicas que no tienen nada de populares. Y aunque haya quien piense que aludo a corresponsales que están aquí, no es así. Tal vez, en algún caso, quién sabe.

Nosotros estamos serenos y tenemos esperanza. Lo único que queremos, como os decía, es que se cree un gran movimiento popular monárquico, pero popular. No queremos Monarquías de Palacio, ni queremos Monarquías de profesores —sin pueblo detrás—, que luego queden en el papel, en nada, o que al final son arrastradas por las calles. Porque para Monarquía sin raíces y sin fondo popular ya las hemos tenido, y ¿sabéis cómo acabaron?, las dos en repúblicas sectarias.

Todos unidos en movimiento, atrayendo a la nación, hablando claro, estando en todas partes, crearemos un gran movimiento de

opinión y nos haremos con las simpatías de España y también de la prensa y de la radio, porque se sabe que jugamos limpiamente.

Y nosotros sólo queremos decir —para que lo oiga todo el mundo y nadie en el futuro pueda alegar ignorancia—, y os lo digo para terminar, que la Monarquía en España sólo se puede aclamar diciendo: ¡Viva la Monarquía Popular! y ¡Viva el Rey Javier!»

MENSAJE DE DON HUGO

Se hicieron muchas ediciones y lo reprodujo reiteradamente la modesta prensa carlista. Especialmente abundante fue un folio bien impreso y con su fotografía, que decía así:

«Carta-manifiesto de S. A. R. el Príncipe de Asturias
Don Carlos de Borbón-Parma, hijo de S. M. el Rey Don Javier,
leída en la cumbre de Montejurra ante más de 75.000 carlistas
el 8 de mayo de 1960

Puccheim, mayo de 1960

Querido Javier Astrain:

Lejos de mi Patria, te envíó un saludo para ti y para cuantos asistís en este gran día a Montejurra. Pero el Carlismo es más que Montejurra. La Monarquía Tradicional no es localista, ni caben personalismos: nuestra empresa es nacional y la responsabilidad de todos.

Hoy es grande nuestra responsabilidad. Los ensayos de la vieja Monarquía liberal hicieron perder al pueblo la fe en la posibilidad de una Monarquía que defendiera la justicia social. La instauración de la Monarquía Social hará realidad el principio de que la justicia es la función principal del poder político encarnado en el Rey.

La justicia es y fue siempre la misión primera del Rey. No sólo para asegurarla al individuo, sino, ante todo, para establecer la paz social.

No se trata de instaurar un Estado paternalista. El Estado paternalista es la última etapa del liberalismo. En él, el gobernante regala el bienestar principalmente, para evitar el descontento y

frenar toda revolución. La Monarquía Social, al contrario, garantiza que la participación en la riqueza, en el poder, y en la cultura, se oriente según lo que en justicia corresponde a cada uno, y no, en función de los monopolios de los grupos de presión.

Para crear esta Monarquía se necesita la adecuada estructuración social y representativa. Dentro de esta estructuración, una de las más urgentes es la sindical. Los sindicatos constituyen uno de los pilares de la soberanía social. Para poder ejercer realmente esta soberanía deben ser, sobre todo, auténticos. Porque su misión es la de representar al individuo encuadrado en su profesión.

Otro de los pilares de la Monarquía Social son las corporaciones locales. Mediatizarlas, en nombre de una mejor administración, es anularlas como poder social. No puede bastar como finalidad la eficacia y la agilidad en la administración (1). Actuar así indicaría no haber superado el ciclo del Estado liberal.

Sin un sistema de libertades municipales y regionales, la Monarquía Social no es más que un nombre. La Monarquía Social sólo será social cuando sea Monarquía Sindical. España sólo será una democracia (2) cuando sea Monarquía Federativa.

El 18 de Julio conquistó esta Monarquía para todos. Vosotros que —cumpliendo la orden de mi Augusto Padre— iniciasteis el Alzamiento, en hermandad con el Ejército y la Falange, obtuvisteis

(1) Entonces, y en años sucesivos, el atrayente y continuo perfeccionamiento del material de oficina y de las transmisiones se invocaba por los enemigos de los Fueros para argumentar que éstos ya no tenían justificación porque las oficinas de Madrid ya estaban equipadas con los últimos inventos, y con ellos se habían hecho suficientemente eficaces. Supina ignorancia culpable en personas cultas en otras materias.

(2) Parece como si el fin último al que hubiera de servir todo lo demás fuera la democracia. Palabra equívoca y mención alarmante que afea el resto del texto.

El erudito carlista Don Rafael Cambra, en su libro «El lenguaje y los mitos», al comentar la voz «democracia», dice, entre otras cosas: «La transmutación semántica no se ha operado aquí (en la palabra democracia) para conferir al término un nuevo sentido, ni para universalizarlo ni englobarlo, sino al contrario, para restringir su uso a un solo sentido con preterición u olvido de los demás. Democracia es hoy universalmente el régimen mayoritario de sufragio universal, liberal; es decir, carente de una «ortodoxia pública» previa o de principios preconstitucionales. La voluntad general no es en él un sistema de elección de gobernantes, sino un tribunal inapelable de toda cuestión, y el origen absoluto del poder. Confiriendo a este solo régimen el nombre de democracia, y sublimándolo como único legítimo y moderno, el marxismo elimina análisis y distinciones que serían muy útiles para el futuro de los pueblos, y procura establecer como solo gobierno válido el más proclive a su «revolución cultural», y, en general, a sus designios».

la Victoria legítima y, con ella, el título de legitimidad de la nueva Monarquía.

España sabe bien a quienes debe la posibilidad de una Monarquía Popular. Una restauración superficial que careciera de las raíces populares del Carlismo, quedaría agostada al poco de nacer. Pues "la Monarquía por sí misma nada vale —son palabras del Generalísimo— si no tiene el arraigo del pueblo".

Como nuestros voluntarios del pasado salvaron los principios de la Monarquía Tradicional, Católica, Social y Representativa, defendiendo a los Reyes legítimos; vosotros, siendo pilares de nuestra doble legitimidad, de herencia y de servicio, arraigaréis popularmente la nueva Monarquía, que hará inmovible la paz conquistada por el Movimiento Nacional.

CARLOS.»

DISCURSO DE DON JOSE MARIA VALIENTE

«El mensaje de Don Carlos, que acaba de leerse, dirigido al Jefe de Navarra, es un nuevo eslabón del vínculo que une a la Dinastía Carlista con su pueblo. Este nuevo Mensaje de Montejurra mantiene desplegadas, sobre esta noble cumbre, las banderas de la Monarquía auténticamente popular.

Todos os hablamos con la representación de un Rey que nació fuera de España, en el destierro, porque la monarquía liberal desterró a su familia, confiscó sus bienes y le negó la nacionalidad. Su padre fue un Infante de España, un General Carlista que recorrió el camino de la gloria que han recorrido después, en el 18 de Julio, los Generales de España, y los requetés de España, de Navarra y Montejurra.

Este Rey es el que aportó al 18 de Julio el riego heroico, inmenso, de boinas rojas de sus requetés. Nacido fuera de España, en el destierro, tiene el nombre del Santo de Navarra. ¿Cómo es posible que el Rey de la España tradicional, pueda ser motejado de extranjero en Montejurra?

Quiero estribar este acto en las palabras que ha pronunciado el señor Capellán de la Hermandad: que nosotros nos debemos a la verdad por encima de todo. Y la verdad para nosotros es que lo

primero es Dios, y que lo que no cimentemos en Dios, no estará cimentado, ni resistirá el paso del tiempo, ni las pasiones de los hombres.

Esté es un acto principal y fundamentalmente religioso; es un vía crucis, y un acto de juventud, porque hace falta mucha juventud de cuerpo, de alma, de fe y de esperanza, para subir esta cuesta difícil de Montejurra. Pero la subimos todos siguiendo los pasos del Maestro, porque sabemos que al final del Calvario está la losa que cubre sólo por poco tiempo el cuerpo de Cristo, levantada por los ángeles para la gloria de la resurrección. Los carlistas tienen la esperanza y la fe que mueve las montañas.

A todos los observadores les ha llamado la atención este acto de juventud de Montejurra, porque es un acto que está lleno de chicas y chicos. La organización más antigua de España es la que tiene más gente joven, es la más actual. En esta actualidad vivimos la tradición, y la tradición es hoy también, 8 de mayo de 1960. Hoy estamos en el centro de la política nacional, sobre estas piedras nobles de Montejurra, rodeados de nuestro pueblo, mientras otros están tomando martinis sobre el asfalto de la calle de Serrano.

Porque es un acto fundamentalmente de Dios, es un acto de amor. Al calvario de Montejurra no se puede subir sino por el amor, y la Comunión Tradicionalista vive porque está fundada en el amor. Todos los partidos liberales han nacido y han muerto, y son muchos los partidos políticos que se fundaron, nacieron y murieron. Les movía el odio, y se han destruido los unos a los otros. En cambio, a nosotros nos mueve el amor. El odio es destructivo y el amor es creador. Y como la juventud tiene siempre un ansia de autenticidad, la juventud va donde se le llama con amor y con verdad. Por eso, hoy, la juventud, como siempre, está con la Comunión Tradicionalista, con el Carlismo, porque es un movimiento de amor: de amor a Dios, a la Patria y al Rey que es fiel a las instituciones de nuestra Patria, y al amor del pueblo.

Después de Dios está cimentada nuestra organización sobre un amplio sentido de la Patria; no sobre intereses pequeños y partidistas. Otro fenómeno que observan los que vienen a Montejurra, además de ser un acto de tanta juventud, tan nuevo, de tanta actualidad, es el profundo sentido de la unidad de la Patria, porque aquí han subido juntos, y en esta hora, los pobres y los ricos, los que viven por sus manos, los apellidos antiguos, los nobles hidalgos, los títulos del Reino. Todos juntos, y eso es también una caracte-

rística única de la Comunión Tradicionalista y del carlismo. En todos los partidos políticos de España, sin ninguna excepción a esta regla, a un lado estaban los ricos, y al otro lado, los pobres. Aquí están los ricos y los pobres juntos, porque saben que sólo sobre las huellas de Cristo es como se hará la verdadera justicia social, si somos cristianos de verdad.

En el Carlismo siempre han estado los señores junto a su pueblo. En las guerras carlistas, en el bando liberal estaban los soldados obligados por las quintas y pagados con el dinero robado a la desamortización, a la que Menéndez Pelayo llamó "un contrato infamante de conciencias". En cambio, en el lado carlista estaban las tropas voluntarias, todas hijas del pueblo, y los señores con su pueblo, y el primer señor, que era el Rey, con su pueblo también. A pocas leguas de aquí —casi se ve con los ojos—, al fondo del valle, está Lácár, y ahí estuvieron los hijos del pueblo con su Rey, Don Carlos, defendiendo sus libertades contra la agresión del liberalismo centralista y despótico de los burgueses de la desamortización, infieles a su pueblo.

El sentido de la Patria es un amplio sentido foral, sin camarillas, sin partidismos. Con este ancho abrazo que el señor Capellán de la Hermandad dijo al hablar de los cientos de kilómetros hechos por los carlistas de todas las regiones, para venir aquí con sacrificios de toda índole. Esto, navarros, es un timbre de honor para vosotros. El Carlismo está manteniendo la verdadera tradición de España, y en el 18 de Julio ha sido Navarra su exponente máximo. Es una gloria poder decir, y lo aceptamos todos, que Navarra ha "navarrizado" a España entera, porque hoy suben por estos caminos de Montejurra los españoles de los cuatro puntos cardinales, sintiéndose de corazón carlistas como navarros, navarros como vosotros, católicos como vosotros y españoles como vosotros.

Ha dicho también el señor Capellán de la Hermandad que celebremos este acto con los brazos abiertos a todos. Con los brazos abiertos siempre está el Carlismo y sus reyes, y Carlos VII lo ha dicho constantemente: "Dadme buenos cristianos, y yo los haré buenos carlistas". Aquí se mantienen en la Comunión Tradicionalista, heredera del Carlismo, los odres viejos que se llenan constantemente con el vino nuevo de las nuevas cosechas. Estas aportaciones constantes de juventud se ennoblecen en las viejas soleras del Carlismo. Con los brazos abiertos, el rey de los carlistas os recibe a todos y os espera a todos.

Otro gran lema carlista es el "cueste lo que cueste", porque sabemos esperar. Hay momentos en que parece que quieren hacernos perder la paciencia. Y son ellos los que están perdidos, porque no saben esperar, ni tienen la fe ni la esperanza de los carlistas.

Los demás, que organicen campañas de rumores; nosotros, actos populares, como éste de Montejurra. Los rumores se los lleva el viento; la fe y la esperanza moverán las montañas, y esta montaña de Montejurra llegará un día, espiritualmente hablando, al centro de la nación. Porque si algún día tiene que llegar la Monarquía al Palacio de Oriente, llegará llevada por su pueblo, por las clases populares, asistidas de las clases directores que sean fieles al pueblo y sepan tener con dignidad su dinero y su cultura, para administrarlos en interés de todos. Si algún día ha de llegar la Monarquía al Palacio de Oriente, será después de pasar por las piedras de Montejurra, y no por las calles asfaltadas y burguesas del liberalismo que vive de espaldas al pueblo.

La Comunión Tradicionalista, heredera del antiguo Carlismo, puede estar segura del triunfo, porque es un movimiento de amor, que ha de vencer a los movimientos liberales y masónicos del odio. ¿Quién podrá vencernos, si es nuestro el amor? Esto es lo que significa el 18 de Julio. El 18 de Julio es la fecha más grande de España en siglo y medio. Es la crisis del liberalismo, del capitalismo de presión, del Gobierno exótico contrario al ser del pueblo. El 18 de Julio no perecerá. Los carlistas lo defenderán siempre (lo digo con todo el alcance que quiera verse en mis palabras) con los dos pies dentro, sin distinguos, sin reservas, sin juegos de palabras. Con los dos pies dentro, porque así están los dos pies dentro de la tierra de los requetés que murieron. No con un pie dentro para engordar ahora, y con un pie fuera para situarse con lo que venga.

¿Alteraciones de orden público en los carlistas? ¡Cuando son los carlistas lealísimos defensores de la verdad pública y de la verdad espiritual de nuestra Patria! Si en algún momento hiciera falta, señores de la Guardia Civil que nos acompañáis, ¿quién os acompañaría a vosotros más que los requetés carlistas? ¿Quién acompañaría al Ejército y a sus Generales más que sus leales voluntarios de los tercios de requetés? ¿Quién sostendrá las verdaderas instituciones de España? ¿Quién defendería la Iglesia y los sagrarios? ¿Quién defendería la bandera de nuestra Patria? Alteraciones de orden público en el Carlismo es una injusticia y una calumnia que rechazamos

con la mayor energía, y, al fin, con misericordia, porque el señor Capellán nos lo pidió a los pies de Jesucristo.

Queridos amigos: Nosotros queremos vivir siempre entre vosotros; y rodeados de nuestro pueblo. Queremos que la Monarquía nuestra sea la verdadera Monarquía popular, la Monarquía de todos los hijos de España. Aquí hemos llegado unos antes y otros después, pero aun los que han llegado ayer o anteayer, todos tendrán el pago del padre de familia a los trabajadores de la viña, como en la parábola que la Iglesia nos recuerda en la Dominica de Septuagésima.

Las Margaritas no abandonan nunca estos caminos, y están regados con sangre de los requetés carlistas. ¡Sois las Marías de este Sagrario, las primeras que habéis subido siempre al calvario del Carlismo! Junto con las Margaritas, los ex combatientes; los que ya no tienen la juventud en el calor de su sangre, pero la tienen en el vigor de su espíritu.

Y, en fin, todos, viejos y jóvenes, ricos y pobres, los niños y pelayos que nos están siguiendo por el camino de este viacrucis; hombres y mujeres, recibid el saludo del Rey, y el aliento poderoso del Carlismo, junto a estas cruces de Montejurra. ¡Viva Cristo Rey! Pidamos su reino y su justicia, porque todo lo demás lo tendremos por añadidura.

¡¡Por la Monarquía verdaderamente del pueblo!!

¡¡Por el Rey Javier!!

¡¡Viva el Príncipe de Montejurra!!»

CRONICA EN «THE TIMES»

El periódico londinense «The Times» era uno de los más prestigiosos y conocidos del mundo. Su corresponsal en España, Mr. Stuttard, envió una crónica sobre la concentración de Montejurra que fue publicada en el número del 10 de mayo. Ante el mundo quedó descubierto el secreto que más celosamente querían guardar los seguidores de Don Juan de Borbón: que ellos no eran los únicos monárquicos, que había dos ramas dinásticas, y que la que se les oponía tenía cierta entidad. Vivamente heridos, los juanistas escribieron al director de «The Times». Pero «el mal», que para los carlistas era

un servicio impagable, ya estaba hecho. Al fin y al cabo, Inglaterra siempre está con lo oposición, en todo tiempo y lugar.

La crónica del «The Times» dice así:

«Una demostración de fuerza por parte de los Carlistas.—Se reúnen 45.000 en la montaña. (Estella. Navarra. 8 de mayo. De nuestro corresponsal).—En la cumbre de Montejurra, a una milla aproximadamente de la histórica población de Estella (donde Carlos VII estableció su corte durante la primera —sic— guerra civil de hace más de un siglo), se reunieron ayer unos 45.000 carlistas para demostrar su lealtad a Don Javier de Borbón-Parma, como pretendiente al trono de España.

Se leyó una carta de Don Carlos de Borbón-Parma, de 29 años de edad, hijo de Don Javier. Don Carlos llevaba el título de "Príncipe de Asturias" en las hojas volantes que se hicieron circular. Es el título equivalente —en relación con la corona española— al de Príncipe de Gales en Gran Bretaña. Se espera que el título será adoptado también por el Príncipe Juan Carlos, de 22 años, hijo de Don Juan, el actual rival alfonsino pretendiente al trono.

Uno de los propósitos de la manifestación tenida en el fin de semana fue mostrar patentemente la fuerza del carlismo y su oposición —especialmente después de la reunión secreta entre el General Franco y Don Juan el 29 de marzo— a cualquier inclinación por parte del General Franco a elegir el futuro Rey de España entre la rama alfonsina de la dinastía Borbón.

Cualquiera que sea el destino de la ley de sucesión —preparada por el General Franco y aprobada por referéndum en 1947—, está claro que los carlistas no van a dejarse ignorar. La ingente multitud congregada en las laderas del Montejurra acogió toda alusión a la justicia de su causa con potentes gritos de "Viva el Rey Javier". El día finalizó con baile y otras celebraciones en las que daba la impresión de que la población entera llevaba la simbólica boina roja.»

CARTA DE DON JUAN SAENZ DIEZ
AL MINISTRO DE INFORMACION Y TURISMO

«Excmo. Sr. D. Gabriel Arias Salgado.
Ministro de Información y Turismo.
MADRID.

Mi distinguido amigo:

Todos los que hemos asistido este año a los actos trascendentales celebrados en Montejurra estamos indignados al observar que la Prensa y Radio Nacionales han silenciado o falseado estos importante actos, que responden al auténtico significado del 18 de Julio, y demuestran la lealtad al Movimiento Nacional y al Jefe de Estado.

Afortunadamente, el "Times" de Londres, la B.B.C., Radio París, etc., etc., han informado objetivamente sobre la significación e importancia de estos actos.

Tal conducta responde a una reiterada forma de proceder de la Dirección General de Prensa silenciando actos de profunda y sentida trascendencia en la vida política del Movimiento Nacional, cuyo silencio sólo puede explicarse si existe una orden directa tuya, toda vez que la citada Dirección General no es quién para, por sí misma, impedir la reseña de dicha conmemoración.

El hecho de que se reúnan cien mil carlistas, autorizados por el Gobierno, para conmemorar nuestra Gloriosa Cruzada y para defender la Monarquía Tradicional católica, social y representativa, proclamada por el Generalísimo Franco, lejos de perjudicar a nadie, favorece el futuro político de todos los españoles.

La Información debe estar al servicio de la verdad, de la justicia y de los Principios Fundamentales del Estado. Tal como se viene ejerciendo en España, con toda la responsabilidad podemos afirmar que no responde a esta exigencia nacional y que está causando males, tal vez irreparables, a nuestra Patria.

Constantemente las noticias se ocultan y se falsean, y es de dominio común que los españoles tienen que recurrir a la Prensa y Radio extranjeras para obtener una imparcial información, que a veces se confunde.

Jamás cayó en tanta vaciedad la información española como en estos últimos años.

Es obligación de todos los españoles luchar por los fueros de la

verdad y de la justicia y porque la información española recobre el prestigio que le corresponde.

Espero que medites sobre la gravedad de esta conducta, y que adoptes las medidas que puedan remediar esta situación, cuyos resultados tal vez todos tendremos que deplorar en plazo no muy largo.

Esta manera de actuar por parte de ese Ministerio pienso ponerla en conocimiento del Jefe del Estado.

Afectuosamente te abraza tu buen amigo,

Juan Sáenz Díez.»

ACTO DE PROPAGANDA Y AFIRMACION TRADICIONALISTA EN VALLADOLID. CRONICAS DE LOS ACTOS

«El 5 de junio fue Valladolid, corazón de Castilla, escenario de uno de los más grandiosos actos carlistas del año. Desde las primeras horas de la mañana las calles vallisoletanas se vieron repletas de boinas rojas. Autocares, coches, motos, y toda clase de vehículos traían asistentes al acto del teatro Zorrilla. De todas las regiones españolas asistieron representaciones, y Valladolid pudo pulsar su fuerte clima carlista al ofrecer el gran espectáculo de las nuevas promociones de gentes de boina roja, reclutadas en estos últimos años en la Tierra de Campos. Rostros curtidos por el sol de Castilla daban la nota de alerta a quien quisiera verlo, de que el Carlismo no es un fenómeno reducido a Navarra y provincias vascas o Cataluña, Maestrazgo y Levante.

El teatro Zorrilla estaba repleto de público. Numerosas personas hubieron de escuchar desde la calle los discursos de Ortí Bordás, Codón y Zamanillo, y el mensaje del Rey Javier al Jefe Regional López Barranco, leído por el jefe provincial, Manuel Piorno.

La ciudad entera vivió una intensa jornada carlista. Y con el ejemplo de siempre, todo se produjo dentro del mayor orden, demostrativo de una vitalidad y de una disciplina únicas. El atardecer fue copioso en despedidas emotivas, y las últimas luces del día despedían a las últimas boinas que seguían velando, esta vez desde el

asfalto, la guardia del Carlismo castellano.» Tomado de la revista «Boina Roja», s/f.

Hay que añadir un detalle importante recogido por el pliego impreso «Aspas Rojas», que dice así: «A Dios gracias, la verdad se abre camino, y en nuestros actos hemos sido gratamente acompañados con miembros de la Vieja Guardia de aquellas JONS de Valladolid, que en los momentos de peligro supieron estar en la brecha y que, consecuentemente, no quieren dejar de acompañarnos cuando defendemos —como entonces— la autenticidad de España».

En un informe de Don José María Valiente a Don Javier, de fecha 22 de junio, se lee: «El acto de Valladolid fue muy brillante, así como la intervención de Zamanillo. Se celebró en un teatro muy céntrico de la ciudad, y por todas partes se vieron las boinas rojas, en medio del mayor orden, y con el respeto y simpatía de la población».

El acto empezó con un discurso de Don José Miguel Ortí Bordás, y siguió con otro de Don José María Codón; finalmente, dirigió la palabra Don José Luis Zamanillo y se leyó un mensaje del Rey.

DISCURSO DE DON JOSE LUIS ZAMANILLO

«Mis primeras palabras sean de público y sincero agradecimiento a la primera autoridad civil de la provincia, por su comprensión al autorizar y apoyar la celebración de este acto. Con ello ha dado pruebas de que sabe lo que somos y de la confianza que en nosotros se puede tener. Porque el carlismo, la Comunión Tradicionalista, los requetés, merecen esta plena confianza de las autoridades por ser característica nuestra que nadie niega ni ha negado nunca la lealtad en los procedimientos, aun cuando critiquemos honradamente lo que nos parezca mal, y nuestra absoluta fidelidad al 18 de Julio, en el que estamos, durante todos estos años de postguerra, como solemos decir, con los dos pies y con el alma entera dentro. Nadie en España puede honradamente poner en duda la entrega total del Tradicionalismo y de los requetés al Movimiento Nacional y al 18 de Julio.

Llevamos dos años celebrando actos públicos como éste por toda la nación, explicando y difundiendo los principios fundamentales del

Movimiento Nacional, tal como se promulgaron en la Ley de 17 de mayo de 1958. Estos principios, que con tanto acierto supo proclamar el Generalísimo Franco, Generalísimo de la guerra y Jefe de Estado, se pueden concretar en las cuatro unidades fundamentales en la vida de una nación como España: la unidad religiosa, la unidad nacional, la unidad social y la unidad política. Estas cuatro unidades se han sintetizado siempre en el famoso lema carlista: Dios, Patria, Fueros, Rey.

Estos principios son aquellos por los que lucharon muchos millares de requetés y de falangistas, muchos de ellos sin saberlo, pero llevándolos en lo profundo de sus almas españolas y cristianas.

La Comunión Tradicionalista en el año 1936 se entregó con todas sus fuerzas y organización al Movimiento del 18 de Julio. Vosotros sabéis de aquellas jornadas gloriosísimas de los tres años de la guerra, codo con codo los requetés con sus hermanos los falangistas —y aquí veo una representación de la Vieja Guardia de aquellos tiempos, haciendo con su presencia una afirmación de la hermandad que nos une—. La Comunión Tradicionalista, después del triunfo de las armas nacionales, por circunstancias políticas nacionales e internacionales, quedó al margen de la vida pública en los cuarteles de invierno de la política española, en espera de que llegara la ocasión de un movimiento nacional pacífico en el que fuera preciso y conveniente su intervención. Y así ha ocurrido ahora. Acudimos al 18 de Julio guerrero de 1936. Y acudimos ahora al nuevo 18 de Julio, o al 17 de mayo para ser más exactos, porque se nos ha dicho que la continuidad del Movimiento Nacional precisa para que esté debidamente garantizada en el futuro, la instauración de la Monarquía Tradicional, católica, social y representativa. Es decir, que se dice por quien puede decirlo, que el futuro político de España tiene que ser la Monarquía Tradicional.

Y ¿quién puede hablar con más derechos, con más conocimiento de la Monarquía Tradicional que aquéllos que llevan siglo y cuarto defendiéndola a costa de los mayores sacrificios de sus vidas y haciendas?

¿Es que van a venir a darnos lecciones de Tradicionalismo, por mucho que ahora quieran cambiar las etiquetas o los collares, los mismos políticamente —algunos en sus antecesores y otros las mismas personas— que se dedicaron toda su vida a combatir aquella Monarquía Tradicional, a desterrar a los legítimos representantes de

aquella Monarquía y a encarcelar a los que dentro de la Patria defendían aquellos principios?

No somos exclusivistas. No somos monopolizadores de nada. La verdad de nuestros principios está al alcance de todo el que quiera conocerlos. Y no sostenemos ni defendemos ningún sistema esotérico, cerrado a los demás. Abrimos los brazos a todos y buena prueba de ello son estos actos, que somos los únicos monárquicos que podemos celebrarlos hoy en España. Porque somos los únicos que podemos hablar en 1960 con esta claridad, con esta honradez y con esta sinceridad, de los principios que informaron el Alzamiento de 18 de Julio de 1936.

En la valoración de los principios fundamentales hay, en pura teoría, una gradación: Dios, Patria y Rey. Pero en la práctica y en la política, es fundamentalísima la práctica, si no queremos quedarnos en unas etéreas teorías, ocupa el primer lugar, como medio necesario para la consecución del bien común, precisamente el último de estos principios.

Porque los principios no andan por la calle ni firman las leyes ni las publican en el "Boletín Oficial". Eso lo hacen las personas. Y por eso es absolutamente necesario en la práctica política tener y contar con quienes ofrezcan plenas garantías de realización de esos principios. Por eso, la cuestión de las personas no es secundaria, como dicen muchos, precisamente en defensa de su sistema de contrabando, de meter gato por liebre.

Nosotros, los carlistas, a pesar del nombre que llevamos, podemos decir con verdad que nunca hemos sido personalistas, porque ponemos por encima de todo a los principios. Y las personas, al servicio de esos principios. Pero sí exigimos y necesitamos a las personas. Porque la única garantía que en la práctica podemos ofrecer al pueblo son los hombres que representan y encarnan esos principios y que esas personas sean de absoluta confianza. Esa confianza imprescindible porque nos jugamos mucho —que no estamos ahora en unas elecciones municipales, nos jugamos el porvenir de la Patria— la tenemos en nuestros hombres, y sobre nuestras conciencias pesa la responsabilidad enorme del Movimiento Nacional y del millón de muertos y el sinfín de sacrificios de España.

En aquellos tres años se produjeron más muertos y destrucciones que en los siete siglos de la reconquista española. Y por esto, sobre los que Dios ha querido que fuésemos supervivientes precisamente para sacar las consecuencias de los sacrificios de los que murieron,

que aquellos sacrificios no queden en las páginas gloriosas de la Historia de España como motivo de unos párrafos más o menos elocuentes de unos juegos florales.

Se habla mucho del pueblo. Ahora está de moda hablar del pueblo. Y nosotros somos pueblo. Porque a los monárquicos juanistas que hablan de pueblo, porque no tienen más remedio que hablar de él, yo les pregunto: ¿Dónde está vuestro pueblo?

Nosotros sí podemos contestar a esta pregunta. Aquí está el pueblo monárquico español. En Montejurra con 80.000 personas de todas edades y clases. Y este pueblo sabe qué monarquía puede no defraudar sus esperanzas, porque las ha servido y defendido siempre.

Sabe este pueblo que las monarquías auténticas, no las repúblicas coronadas que destrozaron España, nacieron para defender al pueblo de los ataques y tiranía de los todopoderosos que antes se llamaban señores feudales y ahora se llaman grandes capitalistas de presión y grandes negociadores a costa de los intereses del pueblo.

Y la juventud de 1960, ansiosa de verdad y autenticidad, vuelve también a nuestras filas. Lo ha dicho un periódico de tanta solvencia moral informativa como el "Times" de Londres, al hablar de Montejurra. Es una de las cosas que más maravillan a los observadores extranjeros: La asistencia de la juventud a los actos carlistas de 1960.

Voy a leeros unas frases de Von Gabb, pronunciadas recientemente en un discurso en Madrid: "Las ideas monárquicas que se discuten hoy día entre la juventud no tienen nada que ver con títulos, palacios, coronas y otros signos exteriores de las antiguas monarquías. La Monarquía, tal como la considera hoy la juventud, está destinada a asegurar la continuidad del Estado y a garantizar que mediante ella se sobrepasarán los intereses de los partidos. La Monarquía de hoy no puede ser establecida mirando hacia atrás, hacia las inmediatas monarquías que hemos conocido. Tiene solamente su posibilidad considerada objetivamente como el sistema político más adecuado para el tiempo actual y el futuro.

Existen en la Historia suficientes ejemplos de sistemas políticos con la apariencia de Repúblicas, pero que en el fondo son monarquías, y, por otra parte, Monarquías que no han sido otra cosa que repúblicas coronadas".

"Lo ocurrido el 14 de abril no fue otra cosa sino que la República se quitó la corona", dijo cierta personalidad monárquica no carlista.

Sigue Von Gabb:

"Está reservada a la joven generación realizar las ideas de una constitución social monárquica para hoy y para mañana, una constitución social que sobrepase los intereses de los partidos y que sea al mismo tiempo supranacional. Que busque sus fuentes históricas donde esta idea estuvo ya una vez viva, por el propio interés y por nuestra forma de vida cristiana y occidental hay que hacer todo lo posible por afirmar a la juventud en esta idea. En Austria y en Alemania ya se han dado los primeros pasos para su realización. El camino hacia el éxito será difícil y duro. Y yo quiero expresar, en mi calidad de austríaco en Madrid, el deseo de que España nos sirva de ejemplo en el camino hacia la salvación de una Europa cristiana. Por esto es el gran papel del carlismo, que en España no desapareció nunca el concepto de Monarquía auténticamente tradicional. Desapareció del alcázar del poder y del estado, pero se refugió en las regiones y grupos más auténticamente cristianos. Y españoles. En las regiones más cultas es donde se ha conservado más el carlismo y de donde salieron más requetés. En 1931, el santón de la intelectualidad española, Ortega y Gasset, salió elegido por la provincia que daba el mayor número de analfabetos de España.

Esta Monarquía Tradicional, conservada como un tesoro por las masas carlistas, en sus mentes con la verdad de sus principios, en sus voluntades con la honradez de sus conductas y conservada en sus corazones con los sentimientos de amor entrañable hacia los Reyes de la dinastía legítima en los que tenían ellos toda confianza, esa Monarquía que las masas y el pueblo carlista ha conservado como un tesoro durante este siglo y cuarto, es lo que el carlismo viene a ofrecer hoy a toda la nación española.

Y el carlismo, que es auténticamente popular, con las únicas masas populares monárquicas que existen hoy día en España, puede y debe dirigirse a todos los españoles en la seguridad de ser escuchado y de ser entendido por todo el pueblo español. Incluso por los que fueron enemigos suyos en las cruzadas. Porque saben que el pueblo carlistas y en primer lugar auténtico pueblo. Y saben que es auténtico español. Y saben que deseamos una justicia social para los españoles todos, porque no ocultamos nada ni engañamos a nadie. Y nosotros, los del 18 de julio, somos los vencedores de la guerra. Y no admitimos discusión sobre esta victoria. En ninguna parte del mundo se han revisado las guerras civiles jamás. Pero actuaremos en servicio de todos los españoles que tienen pleno derecho a que los

vencedores de la guerra sirvan en la paz los intereses de toda la Nación.

Voy a terminar. Corre el tiempo, aunque sea un accidente, como nos ha dicho Codón, y no quiero cansaros más. Pero este magnífico acto no va a terminar con mis palabras. El final va a ser el mensaje que para vosotros me entregó Don Javier hace unos días. Vosotros, carlistas, lo escucharéis con el emocionado entusiasmo y firme lealtad de siempre. Y los no carlistas, escuchadlo con el respeto que merece el Rey del 18 de Julio.»

CARTA DE S. M. EL REY AL JEFE REGIONAL DE VALLADOLID

«París, 2 de junio de 1960.

Mi querido Fernando López Barranco:

Acabo de enterarme del hermoso acto de propaganda y afirmación tradicionalista que tú y los buenos amigos vallisoletanos preparáis para el próximo domingo, cinco del corriente.

Con tesón y paciencia carlista, habéis sabido superar los obstáculos que se oponían a esa pacífica y ordenada manifestación pública de la pujanza del Carlismo en el centro de Castilla.

Al igual que en otras regiones, e incluso con más mérito y esfuerzo, se celebra este acto vallisoletano en el mejor servicio y defensa de los ideales de la Cruzada del 18 de Julio, por los que tantos requetés dieron sus vidas y derramaron su sangre.

La garantía de continuidad política del verdadero espíritu del Movimiento Nacional sólo puede hallarse en la instauración de la auténtica Monarquía Tradicional. Así lo ha entendido, acertadamente, el General Franco al promulgar los Principios Fundamentales del Movimiento. Esa Monarquía siempre la han defendido los carlistas, lo mismo en el terreno doctrinal que en el de la lucha política o guerrera, según lo exigían las circunstancias de la Nación. A su defensa ha estado adscrita mi Familia y a ella tengo consagrada mi vida. Al hacerlo así, no hago más que seguir el ejemplo de mi Padre. General carlista a las órdenes de mi Tío, el inolvidable Rey Carlos VII. De la misma manera y con idéntica entrega que lo hace

mi hijo Carlos. Bien lo sabe comprender el lealísimo pueblo carlista que, instinto de pueblo de Dios, corresponde con obediencia y amor insuperables al leal servicio que le hacen sus Reyes legítimos.

Esta unión y compenetración íntimas del pueblo y su Rey han constituido la base fundamental de la Monarquía. Sin ellas, como demuestra la Historia, no es posible la supervivencia de nuestra institución secular. Y hoy menos que nunca. Por eso es grande mi satisfacción al comprobar que existe, actualmente, esa unión y recíproca lealtad entre nosotros, como en las mejores épocas de la vida secular del Carlismo.

Por otra parte, podemos estar seguros de que este magnífico ejemplo de la Comunidad Tradicionalista, único en la historia política universal, ha de servir de atracción y aglutinante a las fuerzas sanas de la Nación, ansiosas de encontrar para el futuro un apoyo firme y popular que les garantice la paz y el bienestar a que tienen derecho después de tantas zozobras y sacrificios.

A todos los reunidos, mis más cordiales saludos, con mis felicitaciones por vuestros trabajos, que, con la ayuda de Dios, obtendrán buen fruto para el bien de España.

Que Dios os guarde.

FRANCISCO JAVIER.»

APLEC EN MONTSERRAT EL DIA 3 DE JULIO: CRONICA DEL ACTO

El aplec de Montserrat se celebraba tradicionalmente en el último domingo de abril, que era el más próximo a la fiesta de la Virgen de Montserrat, porque reanudaba y continuaba la promesa de peregrinar anualmente al Santuario el día de la fiesta de la Virgen, hecha por las tropas de general Tristany en una situación apurada de la Segunda Guerra Carlista.

El desdoblamiento en estos años del aplec único en dos, el de los seguidores de Don Javier y el de los seguidores de Don Mauricio de Sivatte, constituidos desde 1958 en la Regencia Nacional de Estella, venía produciendo cierta dislocación en las fechas de ambos.

Este año de 1960 la dislocación se debió al gobierno y fue desnaturalizadora. Prohibió el aplec a los javieristas, que pedían cele-

brarlo entre la concentración andaluza de Quintillo, también suspendida, y la de Montejurra, finalmente autorizada. Era el torbellino que siguió a la entrevista Franco-Don Juan en «Las Cabezas». Se insistió en que cesara la prohibición de actos carlistas, y se hizo finalmente, aunque fuera de temporada, el día 3 de julio, para mostrar firmeza ante la injusticia, bajo la presidencia de José María Valiente y con la debida autorización. Fue un éxito. Le precedieron en el uso de la palabra los señores Coderch, Prat Piera y Márquez de Prado, y cerró el acto el Jefe Regional, señor Puig Pellicer.

El aplec de la Regencia Nacional Carlista de Estella tuvo que trasladarse al Tibidabo, como narramos en el epígrafe primero de este tomo.

DISCURSO DE DON JOSE MARIA VALIENTE

«La profunda unidad espiritual de este acto tiene una de sus demostraciones en la hermandad del catalán y del castellano, ambas lenguas de la gran España y de su destino espiritual en la Historia.

Siento no poder hablaros yo en vuestra lengua vernácula, como el amigo Prat Piera, entre estas rocas insignes de Montserrat. Os hablaré en la lengua en que San Ignacio escribió, muy cerca de aquí, en Manresa, su libro de los Ejercicios, libro que tanto habla del alma humana. Este gran libro universal, catalán de nacimiento, está escrito en la lengua de Castilla, y en ambas lenguas nos comprendemos y nos sentimos todos unidos en este acto. Este recuerdo que os hago, refuerza la unidad de espíritu que nos congrega hoy aquí.

Grandes españoles nos dieron siempre altos ejemplos en el sentir la profunda unidad de nuestra Patria, que funde al servicio de un destino común la rica variedad de su ser. Nuestra unidad nacional no es una uniformidad impuesta por un centralismo administrativo, sino el fruto de un espíritu que siempre se ha sentido llamado a servir los más altos ideales de la Humanidad.

De estos españoles insignes que nos han dado ejemplo para el sentimiento fervoroso de nuestra unidad nacional podría hablarse largamente. Pero en este momento me limitaré al recuerdo de Menéndez Pelayo y de Milá y Fontanals. La amistad que unió siempre

a estos maestros insignes es una gloria inmarcesible de la unidad de nuestra Cultura y de nuestra Fe, y un ejemplo para todos, que nadie podrá recusar. Milá y Fontanals legó sus papeles a la Biblioteca de Menéndez Pelayo, de Santander, y allí se guardan junto al Cantábrico esos papeles en los que vive el espíritu de vuestro gran catalán.

En un orden político superior, como es el orden en que nosotros queremos movernos (1), la gran figura política-moral de nuestro siglo XIX es Balmes.

En medio de la loca subversión de valores del siglo XIX, la figura de este gran catalán es la encarnación del orden moral, porque el buen sentido de la vida, vuestro "seny" famoso, no es meramente un afán egoísta y bajo, sino la visión completa de los valores, que empieza en los más altos para el espíritu, pero que no desdeña los intereses temporales de cada día, y ésta es profunda lección para el político, que nunca puede perder de vista la brújula que le señala la estrella del ideal, ni el movimiento del mar en cada instante para la salvaguarda de la nave que le está confiada.

Pero vengamos ya a nuestro momento. Parece que vamos saliendo de las nubes de rumores y bulos que nos han abrumado durante estos dos últimos meses. Van pasando los rumores y los bulos, como pasan las nubes. Casi siempre hay nubes en Montserrat. Pero estas rocas gigantes, talladas por los ángeles que vio nuestro poeta, permanecen enhiestas y serenas, en su escolta a la Reina del Cielo. Nosotros queremos ser, humildemente, pero confiadamente, bajo las nubes pasajeras, la escolta permanente de la Causa de Dios en nuestra Patria.

Pedimos a Dios ser dignos de mantener en alto las banderas que guían a nuestro pueblo.

La bandera de la Religión.—Nadie puede negar, ni siquiera discutir, dos hechos. El primero es el servicio constante del Carlismo a la Iglesia. El segundo es que el Carlismo nunca se ha servido de la Iglesia.

Pudiéramos decir, sin tristeza, pero con inevitable amargura, que muchas veces este servicio a la Iglesia ha sido mal comprendido por muchos que podían comprenderlo y no quisieron comprenderlo.

Todo respeto será poco para la alusión que va en estas palabras, pero el hecho es que algunos creen, sinceramente, servir a la Reli-

(1) Elegante manera de eludir la confrontación con Franco y de salvar la política de colaboración con él.

gión, y a quien sirven es a la Revolución. La Revolución los pone por delante, como pone a las mujeres frente a la fuerza pública, en las algaradas callejeras. Pero al fin los devora a todos.

En los graves momentos para la Iglesia, los Requetés han acudido siempre a su defensa, generosamente. Tan generosamente, que ha solido pasar los límites de lo puramente humano, y sólo Dios ha pagado esa generosidad.

Los más obligados a hacer esta justicia son los que han tenido siempre en los Requetés sus más abnegados defensores (1).

La bandera de Cataluña.—Es también un hecho innegable el profundo sentimiento de Cataluña que ha tenido siempre el Carlismo. Nadie más catalán que un carlista. Y al mismo tiempo nadie más fervoroso soldado de la gran Causa de España en la Historia.

Pueblos de Castilla y Aragón fueron liberados en la Cruzada por Requetés del Tercio de Montserrat. Estos muchachos catalanes entraban en esos pueblos con la bandera de España en sus fuertes puños, y hablaban en catalán y rezaban en catalán.

Sobre la tumba de esos Requetés, que esperan aquí, en esta tierra de Montserrat, el despertar de la resurrección de sus jóvenes cuerpos, podemos decir muy alto que el Carlismo catalán ha servido siempre a Cataluña, y tampoco se ha servido de Cataluña.

Es cierto que las oligarquías madrileñas del liberalismo señorial han carecido durante largo tiempo de sentido nacional y regional y y viven en un centralismo despectivo que constituye el separatismo peor; pero Cataluña está por encima de estos separatismos, vengan de donde vengan, y no debe ser juguete de unos ni de otros, sino mantenerse fiel a su ser regional, a su sentido tradicional, a sus fueros y libertades, que pueden girar, amplia y serenamente, en la órbita del destino espiritual y moral de nuestra gran patria común.

La concepción federativa de la unidad nacional, defendida siempre por el Carlismo, está hoy en pleno vigor científico, y es una de las grandes banderas de su autenticidad, y que logra más la adhesión de las generaciones jóvenes, hartas de las variedades y de las abstracciones del liberalismo declamatorio.

(1) Por aquellos días se había producido, al fin, un hecho concreto, llamativo e importante, que era exponente claro del deslizamiento en curso de gran parte del clero hacia la Revolución, no contenido por la Jerarquía. Fue una manifestación de curas por las calles de Barcelona, de la que se ocupó mucho la prensa diaria.

Dios quiera que esto lleguen a entenderlo todos los que con banderas catalanas prestan el peor servicio a la propia Cataluña.

La bandera de la justicia social.—Lo primero es la Justicia. El Reino de Dios y su Justicia. Lo demás es añadidura. La primera Justicia es la pública, la distributiva, la llamada *justicia social*. Esta última expresión no es nueva, sino que está empleada desde muy antiguo por los teólogos.

El liberalismo provocó un desorden económico que destruyó la paz social. Aún no nos hemos recuperado. El liberalismo del capitalismo de presión provocó la reacción marxista. Tampoco nos hemos recuperado aún totalmente de esto último; pero están mordiendo ya el polvo de la derrota, tanto el individuo anti-social como el Estado totalitario.

No tiene razón el individuo aislado, fuerte y audaz, que devora a sus hermanos; el lobo del hombre, amparado por el *laissez faire-laissez passer*, que es la bandera de la lucha biológica elemental y la protección del fuerte contra el débil. Tampoco tiene razón el Estado totalitario, que se alza para proteger a los débiles y acaba pulverizándolos y envileciéndolos del peor modo. El Estado totalitario es el Estado primitivo de la Humanidad. El más rudo. Es el Estado normal antes del Cristianismo y no es compatible con una sociedad cristiana.

Entre el exceso individualista y el exceso estatal, ambos ya en el suelo, avanza la concepción cristiana de la sociedad, que ha sido siempre la gran concepción carlista. Y con ella avanza la justicia social, que no debe ceder ni a la derecha ni a la izquierda, sino que ha de buscar el bien común, con serenidad, con juridicidad en el procedimiento, pero con mucha energía para combatir los egoísmos anti-sociales.

En el orden de la justicia social nadie debe adelantarnos, nadie se adelantó en España a Carlos VII. En su tiempo fue el primero que leyó, y sintió, las grandes Encíclicas sociales del Pontificado y las incorporó a su doctrina política. En nuestro país, y en punto a la justicia social, los católicos se retrasaron en más de treinta años con relación al Gran Rey carlista; también esto hemos de procurar que lo entiendan los que no han querido entenderlo.

La sociedad de Cataluña está llamada a ser un ejemplo en las realizaciones de la justicia social, porque aquí ha habido poco capitalismo de presión, deshumanizado y explotador del trabajo de los demás. En Cataluña casi siempre se ve, en las concentraciones de

capital, un fondo de virtudes de ahorro y de trabajo creador auténtico de riqueza, no sólo industrial, sino también agrícola. Todo esto, unido al gran sentido de familia que hay en Cataluña, puede dar a la convivencia social el calor entrañable de lo que hoy se llaman relaciones humanas. En fin, la religiosidad del alma de Cataluña no dejará de responder al llamamiento de la Iglesia, tan vehemente para la justicia social.

Si aún estamos retrasados en este camino, estoy seguro de que no es por falta de generosidad, sino por falta de formación, porque todos nos hemos entretenido mucho en los problemas de superficie, que agitaba el liberalismo, y no hemos andado bastante en los problemas sociológicos, que hoy interesan más seriamente.

La bandera de la ley.—Somos la ley, la legitimidad, todo lo contrario de la revolución, y después del 18 de Julio somos, además, el Derecho vigente en nuestro país, escrito con sangre de héroes y mártires; los que nos combatan son los que están fuera de la Ley.

Por eso pueden celebrarse estos actos nuestros, porque todo lo que hacemos y decimos es la ley. Hoy estamos en una posición fortísima, de la que no podrá sacarnos ninguna maniobra, si acertamos a no perder la calma y la visión clara de las cosas.

Y en punto a las instituciones políticas del futuro, y de la continuidad, somos también la ley y la legitimidad. Ha podido negarse nuestra legitimidad durante el siglo liberal, porque la ley era la *volonté générale*, pero la ley es la ordenación de la razón al bien común, y la razón que siempre estuvo con el Carlismo, aunque se le negó, hoy ya no se le puede negar después de la Cruzada.

"Rey serás si hicieres derecho".—El Príncipe que está al servicio del Derecho, de la doctrina, es el que tiene la legitimidad viva, y el que puede lograr la adhesión sincera, y no la palatina, de sus súbditos. Hay que servir al Rey, porque el Rey sirve a la ley y al promulgarla la hace suya.

También cerca de aquí, en Barcelona, en 1952, un Príncipe de la Dinastía Carlista hizo suya la legitimidad de la Monarquía, profesó sus leyes, y juró los Fueros. Sin dudas, sin vacilaciones, con entrega total. *Para darse a todos*, que es cosa distinta de *todos* los partidos políticos del liberalismo. *Todos* son los españoles, no las banderías del caciquismo liberal, del capitalismo de presión, del marxismo estatista, o de las sectas de historia negra contra nuestra Patria.

Fue en Barcelona, como digo, en 1952, en donde los carlistas pudieron decir, para responder a la profesión de la fe y de la ley

tradicional del Príncipe: "Si tú haces derecho, si tú eres la ley, tú, Javier, eres el Rey".

No hay personalismo en el Carlismo, sino que tiene toda esta hondura la doctrina monárquica tradicional.

En Barcelona, casi a la sombra de esta Santa Montaña, puede decir de nuevo el Carlismo:

"Cataluña y España por el Rey Javier."»

ACTO DE REAFIRMACION DEL 18 DE JULIO Y DE LA MONARQUIA TRADICIONAL EN VILLARREAL DE LOS INFANTES, EL DIA 24 DE JULIO DE 1960

CRONICA DEL ACTO

«Con una coincidencia circunstancial de fechas con la inauguración del Monumento al Alférez Provisional, pero sustancial de intención, tuvo lugar, el 24 de julio, el acto de Villarreal de los Infantes (Castellón), en el que numerosos carlistas de toda la comarca se congregaron allí, para dar fe, una vez más de su lealtad al 18 de Julio y a la Monarquía Tradicional declarada.

En el acto hablaron los señores Massó, Pérez España y Márquez de Prado, que pusieron de manifiesto la actualidad del 18 de Julio y la necesidad de ir dando vigencia a los principios de la Monarquía Tradicional en los distintos aspectos de la vida nacional.

Por último, Don José María Valiente se dirigió a los reunidos, y de sus palabras damos a continuación un resumen:

DISCURSO DE DON JOSE MARIA VALIENTE

«Como todos nuestros actos, éste que estamos viviendo con emoción que nos une a todos, es un acto de familia, que, como diría Carlos VII, es el prodigio de los tiempos modernos. Es verdaderamente prodigiosa y emocionante la realidad que supone este espectáculo que estamos viviendo en Villarreal de los Infantes; este

espectáculo tan cristiano, tan emotivamente religioso, tan popular, tan alegre, tan ordenado, tan confiado y optimista, con tantas de nuestras margaritas que nos acompañan y con el sol naciente de nuestros pelayos. Podemos decirlo todos sin arrogancias, sino con el amor que es el motor del Carlismo y lo ha sido siempre, porque por el amor fueron los carlistas a la guerra, fueron a morir, fueron a encontrar su propia muerte antes que la del enemigo, para que vivieran los que dejaban atrás, que eran la España antigua y el reinado de Cristo sobre la sociedad española.

Es el prodigio que nadie podría presentar ante la sociedad española, ante la opinión pública, como nosotros. ¿Qué organización política podría presentar sus hombres, sus mujeres, sus familias en suma, sus muchachos alistados con el espíritu castrense, serenamente castrense, de los requetés, con el espíritu esperanzado y juvenil, profundamente consolador y significativo para nosotros de los pelayos, algunos de ellos todavía agarrados a los brazos de sus madres o de sus padres? Es el río de la Tradición que continúa. Todo lo demás ha sido dar vueltas locas alrededor de fantasmas y de utopías.

Ultimamente ha habido algunos mal aconsejados que han creído que este río se podía detener, y este río no se puede detener. Nosotros somos la continuidad, la permanencia y el porvenir. Somos el prodigio de los tiempos modernos, decía Don Carlos en su testamento en 1897. Y en ese año en que ninguna organización política había pensado todavía en levantar las fuerzas de la juventud, él decía: "Muero alegre si he conseguido levantar una juventud que continúa mi obra." Somos algo vivo como es el río y sus aguas siempre nuevas y siempre distintas, somos los de siempre y los de 1960 y los del año 2000 y los del porvenir de nuestra Patria. Porque aplazamiento tras aplazamiento, aplazamiento tras aplazamiento, llegaremos al final, porque no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.

Habló el Rey en 1957 y tres veces ha hablado Don Carlos en las cumbres de Montejuorra. Y uno y otro no han mirado más que al porvenir, no han mirado más que a lo que hay que hacer, no han pensado casi nada en lo que hay que discutir. Todavía quedan muchas cosas que liquidar, porque después de un siglo de errores políticos en España y en el mundo, se tarda en recobrar la salud. La salud se pierde muy fácilmente y se recobra con mucha dificultad. Pero, según una frase que solemos emplear constantemente, como nosotros somos lo permanente de la nación, lo auténtico, cada día

ganamos fuerzas; lo decía un español de la época clásica romana: "Si hay algo fatal en el mundo es la victoria del que tiene la razón." Otros tienen muchas "razones", muchos puestos ocupados, muchos puestos de influencia, muchas grandes figuras sociales, mucha altura en la sociedad, pero... cuando llega el momento de poner todo eso en marcha, todo eso palidece, todo eso se escurre, todo eso desaparece; porque yo quisiera decir, prestando con ello respeto a las personas: un martes de abril del año 31, quiero decir, que más que un Monarca abandonara el Palacio de Oriente, fue España y la Plaza de Oriente quien abandonó aquella Monarquía.

Mucha Monarquía, mucha elegante aristocracia, muchos clubs distinguidos, muchos viajes confortables, pero ¡Viva el Rey! por las calles y los pueblos de España ¿quién sino vosotros los carlistas? Porque hoy cuando los pueblos de España oyen por sus calles gritar ¡Viva el Rey! a los carlistas, a los requetés, estén o no conformes, sepan o no sepan de lo que se trata, instintivamente aquel día se van a dormir tranquilos; mientras que si algún día oyeran decir otros gritos de viva el rey por las calles se les pondrían los pelos de punta...

"Dadme buenos católicos —decía Carlos VII— y yo los haré carlistas." Porque, ¿cuál es el fondo y raíz de este espectáculo con el que nos habéis recibido en Villarreal esta mañana? ¿A qué se debe esta presencia del pueblo representado en todos sus estamentos? ¿A qué se debe sino a la raíz profundamente católica del Carlismo? Por eso el Carlismo es popular, porque nuestra religión es popular, predicada por el Maestro, por el Divino Maestro, en medio del pueblo. El Carlismo es universal y amplio porque su raíz es la religión católica, que es universal y amplia. El Carlismo es generoso porque su raíz religiosa es la generosidad misma coronada por la corona de la caridad. Es la verdadera interpretación, podemos decir hoy, del espíritu católico de España.

Muchos quieren sentir la tradición de su pueblo. También hay muchos que quieren sentir la religión católica de su pueblo. Pero —esto lo podemos decir aquí en Villarreal, en el corazón de esta gran provincia de Castellón, porque yo sé que aquí puede ser una lección muy provechosa para muchos— ha habido en los últimos años muchos católicos sinceros que creyeron que las fórmulas políticas podían ser otras para defender la fe y sus creencias religiosas, y así las defendieron durante muchos años, durante la Monarquía e incluso durante la República. El Carlismo quedó en la retaguardia.

Hicieron aquellos católicos todo lo que pudieron, dirigidos por gentes sinceramente religiosas, de gran talento político, con grandes elementos de todo orden, ¿a quién pueden culpar de que todo aquello fracasara? ¿Pueden culpar a los carlistas? ¿Fueron los carlistas los que asesinaron a aquellos católicos del año 36? Pues ¿a cuándo esperan estos católicos después de tanto fracaso para volver a sus fórmulas naturales, a sus trincheras naturales, que son las del Carlismo? La experiencia debe ser aleccionadora para todos. El Carlismo está hoy al día más que ninguna otra fórmula política en España; porque el liberalismo está caído en España y en el mundo y el marxismo está tan caído en el mundo como quizá no lo está todavía en España.

Y aquí vemos hoy, y en todos los actos que estamos celebrando, que sobre todas las ruinas de nuestra Patria, se alza todos los amaneceres la bandera del Carlismo, y España aún puede decir, absorta sin duda, pero... ¿aún hay gentes en las ruinas?, ¿aún viven en las ruinas de España?, ¿pero qué pasa, qué pasa en la política de España que creíamos que era una pura ruina y aún hay allí una bandera, rota, llena de sangre, a jirones, pero que está ondeando viva a la luz del sol? ¿Quién tiene esa bandera roja y gualda de España? Otros también la sostienen y principalmente con nosotros el Ejército, al cual han ido a servir nuestro Rey y nuestros requetés, pero es indudable que quienes mantienen esa bandera de España entre tanta ruina, que si hay alguien que vive para salir de ellas, de tanta yedra, de tanta maleza y de tanto fracaso, es porque el asta de esa bandera la tienen los puños fuertes de los requetés, los puños alegres de los pelayos y el corazón de nuestras margaritas.

Nosotros hemos de seguir nuestro camino sin mirar a la derecha ni a la izquierda. Lo hemos dicho muchas veces porque lo repetían constantemente los diputados carlistas en el antiguo Parlamento ante aquel juego de izquierdas y derechas burguesas: "No estamos con vosotros, señores de la izquierda, pero tampoco con vosotros, señores de la derecha." ¿Quiénes han sido peores para el Carlismo? Pues no sabemos si han sido peores las izquierdas o las derechas. Porque las izquierdas eran la revolución y las derechas los conservadores de los frutos ganados con la revolución anterior. Los unos iban en busca de una ganancia ilícita y los otros iban a conservar la ganancia ilícita que ya habían adquirido; y para los unos y los otros nosotros éramos el verdadero estorbo y la verdadera molestia, éramos la voz de la conciencia.

Y eso es lo que somos hoy en España, la voz de la conciencia. Se celebra este acto, ante las autoridades, con gritos de ¡Viva el Rey Javier!, con la bandera del Requeté, al sol de San Jaime por las calles de Villarreal. ¿Que por qué se celebra esto? Porque es la conciencia española que de una manera o de otra existe hoy en los españoles, quieran o no quieran —y muchos que efectivamente no quisieran oírlo—, pero que es una voz tan autorizada, tan fecunda, tan serena, tan honrada que acabará por imponerse. El pueblo español quiere salir a lo llano, quiere sacar la carreta de tanto pedregal, de tanta lucha, de tanta derecha, de tanta izquierda, de tanta revolución, de tanta guerra, está harto ya de todo eso, quiere salir al camino real y en el camino real no ve en sus lindes, en sus filas, más que la seguridad de sus tradiciones. Quiere volver al camino tranquilo porque ha prestado ya todos los sacrificios que se le podían pedir. Si la guerra se hace para la paz, la guerra en que los requetés han vencido con otras fuerzas nacionales, se ha hecho para la paz. Y del 18 de Julio ha de quedar el recuerdo de una paz amartillada para siempre. Para nosotros la evocación del 18 de Julio no es una evocación nostálgica, sino que es una lección de paz para el porvenir. De paz advertida, de paz defendida, como la defenderán en todo momento los requetés, como la defenderán los carlistas todos, pero que hay que asegurar, pero que hay que ganar. Nos queda mucho camino político por recorrer —quizá menos de lo que pensamos— y hemos de estar dispuestos a arrostrar la lucha política lo mismo que hemos arrostrado en todo tiempo la lucha en el campo de batalla.

Pero ya estamos en el camino real, que es el de la Monarquía Tradicional, que ha de continuar el espíritu de la Cruzada. La Iglesia llamó al 18 de Julio una Cruzada y esto no habrá quien lo mueva, las cruces están en el camino del 18 de Julio. Y sirviendo a esas cruces, irá la Institución permanente, que no es una palabra para engañar a nadie, sino una palabra para proteger a todos. Porque la Monarquía liberal fue una Monarquía de clase para proteger a unos; en cambio, la Monarquía carlista es una Monarquía del pueblo para proteger a todos. Pues bien, esta Monarquía Popular es la que ha de dar continuidad al espíritu de la Cruzada. España quiere volver al camino real y en el camino real, con todas sus consecuencias, marcha por delante el Rey. Pero ya las cosas están claras, ha habido ya tantas declaraciones, tantos manifiestos, tantos deseos, seguramente bien intencionados, de arreglar las cosas de otro modo, que eso no tranquiliza a nadie; lo que tranquiliza a España, lo que la

puede tranquilizar para el porvenir —y nosotros vivimos para el porvenir, porque no somos la nostalgia, sino la historia— es una Monarquía verdaderamente popular, con un Rey a la cabeza que haya jurado los derechos del pueblo y se abraze a su pueblo. Y ése, amigos de Villarreal de los Infantes, podemos decir hoy sin personalismos, después de cargarnos de razón, después de haberlo intentado todo, hoy os podemos decir los dirigentes del antiguo Partido Carlista, de la Comunión Tradicionalista, de la doctrina tradicional de España, que la garantía de esa futura Monarquía Popular es el Rey Don Javier. ¡Por el Rey Don Javier!»

CONMEMORACION DEL CENTENARIO DEL PRONUNCIAMIENTO DE SAN CARLOS DE LA RAPITA

Las concentraciones, mayores o de rango nacional, y menores o de convocatoria local, se multiplicaban y crecían de manera que el fenómeno se les escapaba de las manos a los dirigentes de la Comunión Tradicionalista y llamaba la atención, primero, y alarmaba, después, al Gobierno y a Franco. No digamos a los seguidores de Don Juan de Borbón.

Don José María Valiente, y claro está que más aún el Rey, querían avanzar de puntillas, sin asustar a Franco. Entendían que el sector de actos públicos ya había crecido suficientemente, que ya daba los rendimientos que por su naturaleza le correspondía dar, y que había que progresar en otros sectores y de otras maneras aún por inventar, desconocidas pero presentidas como incógnitas de formulación negativa, de ser algo distinto de las concentraciones. En beneficio de esas nuevas creaciones había que evitar problemas y alarmas en las concentraciones. Así se lo da a entender, en una carta que vamos a leer, Don Javier a Forcadell, jefe del Maestrazgo e infatigable muñidor de actividades; un mes antes le manifiesta su deseo de que los actos del Centenario del Pronunciamiento de San Carlos de la Rápita no sean llamativos.

Por suerte, el Gobierno (manera de designar a Franco sin herirle) frenaba con suspensiones y dificultades los actos públicos carlistas.

Estas dos líneas de acción convergieron en el aplazamiento voluntario de los actos del Centenario de San Carlos, hasta octubre. Convenía dislocar hacia otras épocas del año las grandes concentraciones. Pero en los primeros días de octubre llegó la orden gubernativa de suspensión de los actos de San Carlos y de otro, menor, que por aquellas fechas se había de tener en Camporreal.

Forcadell se presentó inmediatamente en Madrid, enfurecido.

Se acordó renunciar a la defensa del acto de Camporreal en beneficio del salvamento del de San Carlos. Don José Luis Zamanillo escribió al ministro del Movimiento, Don José Solís, y éste contestó por medio del tradicionalista-franquista Gómez de Aranda que hablaría con el ministro de la Gobernación, Don Camilo Alonso Vega, de las suspensiones de actos carlistas, añadiendo que si Don Camilo no desistía de la prohibición, llevaría la cuestión a Consejo de Ministros. Don José María Valiente escribió al Capitán General de Madrid, laureado general Rodrigo, y al teniente general Franco Salgado, sendas cartas muy duras. Don Miguel Fagoaga y Don José María Codón, venido expresamente de Burgos, presionaron a través de sus contactos falangistas. Después de forcejeos, órdenes y contraórdenes, se autorizaron los actos de San Carlos de la Rápita y se perdió el de Camporreal. La política de colaboración había salvado un nuevo bache, pero en estas condiciones nadie creía en ella.

CARTA DE DON JAVIER A DON RAMON FORCADELL PRATS, EL 24-IV-1960

«París, 24 de abril 1960.

Muy querido Ramón Forcadell.

Tu carta del 15 ha llegado ayer tarde, por la suspensión del correo durante los días de Pascua de Resurrección y te agradezco mucho. Veo que no te fue posible venir aquí durante la Semana Santa y esta Semana Pascal. Yo regresaré a Bostz mañana que por dos días, y después me marchó a Stutgard, en Alemania, a un congreso por una semana más. Yo no puedo decirte con precisión cuándo regresaré. Por consiguiente, te pido escribirme tus proyectos para el centenario del Pronunciamiento de San Carlos. Si puedo, un poco

más tarde, iré a Perpignan para verte, pero mejor ponerme al corriente por escrito para que yo pueda darte mis instrucciones y consejos el más pronto posible, ya que tenemos apenas un mes para prepararlas.

Además, con las últimas disposiciones tomadas para las reuniones proyectadas y que nos han prohibidas, volviendo a la táctica antigua que conocemos demasiadamente, creo sea preciso preparar las cosas bien localmente, sin recurrir a las altas esferas, y sin una propaganda espectacular. Será bien suficiente el Maestrazgo para atraer una muchedumbre de nuestros fieles carlistas. ¡San Carlos y Ulldecona! Espero tu carta.

Te pido decir a tu esposa cuando iré allí seré feliz poder saludarla, y que espero que tu hijo sea como su padre!!

Con un fuerte abrazo, querido Ramón, quedo tuyo afectísimo,
Francisco Javier.

Te pido contestarme: Bostz Besson. Allier, onde el correo sigue.»

CRONICA DEL ACTO DEL DIA 23 DE OCTUBRE, EN ULLDECONA

Las autoridades nacionales de la Comunión fueron recibidas por un gran gentío y requetés uniformados con bandas de cornetas y tambores, de pueblos próximos. Don José Luis Zamanillo y el Delegado Regio, Don Juan Sáenz Díez, depositaron sendas coronas al pie del monumento a los Mártires y descubrieron una lápida conmemorativa en la casa que fue de Cristóbal Raga, en la que tuvieron asilo Don Carlos VI y su hermano el Infante Don Diego, en abril de 1860, cuando fracasó el pronunciamiento del general Ortega.

El párroco de Ulldecona bendijo la nueva bandera del Maestrazgo, que estuvo apadrinada por Doña María Guarch de Forcadell y Don José Luis Zamanillo. En la misma tribuna instalada en el Paseo Nacional, se ofició a continuación una Misa. Siguió allá mismo un acto político con seis discursos, seis, ampliamente reseñados en la revista «Boina Roja».

En la Plaza de la Villa se pasó revista a una formación de requetés uniformados de la región y luego se celebró una comida de hermandad con otra serie de cinco discursos en los postres.

En los días precedentes dieron conferencias los señores Elías de Tejada, José María Codón y Don Melchor Ferrer, en Tortosa, Benicarló y Ulldecona, respectivamente.

Por limitaciones editoriales reproducimos solamente, por su originalidad temática, la conferencia de Don Francisco Elías de Tejada, tomada de «Boina Roja». Los demás oradores insistieron en ideas ya recogidas. Añadimos, por su autoridad, un Mensaje del Rey Don Javier.

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR DON FRANCISCO ELIAS DE TEJADA

«Siempre es agradable hablar en un acto en que se recuerda la memoria de unos héroes; pero es mucho más agradable, todavía, cuando se hace en esta tierra catalana, que parece hecha especialmente para recoger todas las brisas del clasicismo mediterráneo, fundiéndolas en este corazón entrañable de todo el orbe catalán, que es la tierra del Maestrazgo, situada en la encrucijada de la cultura de un pueblo que dio nacimiento nada menos que a esa idea tras la que van, caminando incansablemente, los distintos pueblos de Occidente, sin encontrarla nunca. No es posible recordar a los héroes que cayeron hace cien años, en la pasión venturosa al par que triste de San Carlos de la Rápita, sin recordar al mismo tiempo la aportación fundamental que a la civilización ha dado esta gente de la tierra clásica de Cataluña.

Todo predica aquí seny, equilibrio, armonía. Auténtico sentido catalán de la existencia. Cuando venía por esta carretera, que monta y trepa desde Tortosa hasta Ulldecona, me parecía adivinar, en cada una de esas nubecillas que bogaban por el cielo, algo así como las blancas velas de aquellas naves imperiales, cuya gloria cantó Ramón de Muntaner, cronista impar para tanta gloria.

La lengua catalana

Andando por Tortosa recordaba que en esta tierra surgieron las leyes que regularon todo el comercio mediterráneo y que parece que quedaron como cristalizadas en esta Lonja, que es un navío anclado

entre palmeras. La lengua que oía, sea en Tortosa, sea aquí en Ulldecona, era la lengua primogénita de Occidente, aquella en que se formaron los primeros libros, apenas la cultura se deshacía de los pañales del latín antiguo. Aquella que nos dio, con los trovadores, la primera lírica que el Occidente ha conocido, con el valenciano Joan de Pertusa el primer libro de teología escrito en lengua vulgar, y los primeros libros de teología, con vuestro Rey Don Jaime *el Conqueridor* y con aquel otro *conqueridor* de almas que fue el beato de la barba florida de Mallorca: Raimundo Lulio.

El fenómeno político catalán

Andando por Ulldecona recordaba que aquí vino la majestad de nuestro señor Felipe II, el mayor Rey que la historia ha conocido. Al igual que aquella lección profunda de equilibrio catalanísimo que nos dio nuestro otro señor, el mayor emperador de Occidente, Carlos V, al fundar en el Colegio de San Luis, un centro para estudios de moriscos, en aquel patio en que, la sombra de los veintiocho reyes de la Corona aragonesa parece simbolizar este matrimonio ejemplar y único, catalanísimo, de la libertad con la realeza, en sus broncas y secas figuras de granito. Recordaba también, en esta tierra, que aquí celebraron Cortes de libertad los pueblos más libres del Occidente, en tiempos de Don Martín el Humano, en Ulldecona y, sobre todo, como la gloria más perfecta quizá de toda la cultura española, aquellas espléndidas Cortes de Tortosa de 1399, en las cuales se realizó aquel ensueño de lección política que tantos papanatas han ido a buscar en la Inglaterra victoriana, sin haber sabido que había nacido aquí, a la sombra de las palmeras tortosinas, la idea de que el imperio consiste en educar a los pueblos a ser libres. Si empiezo recordando aquí esta gloria, en esta tierra, es porque el *Montemolinismo* fue un fenómeno esencialmente catalán; catalán, por sus figuras de mayor prestigio; catalán, por las gentes que sintieron el anhelo de aquellas horas tristes; pero es que el *Montemolinismo* supone una cosa en la historia del pensamiento político carlista, fue la hora en que se fueron forjando los ideales del Carlismo. Tras la paz forzada y forzosa que impuso la traición de Maroto se abre un período de desalientos; pero también un período de profunda meditación. Y en este período de profunda meditación, que es como un puente que sigue a 1839, para terminar como un arco triunfal en el Manifiesto a los españoles de 1864, se va forjando

el pensamiento que preparó la gesta de San Carlos de la Rápita y la convicción de que el Carlismo era mucho más que una polémica doctrinal, era una concepción íntegra de la vida, la concepción española auténtica de la existencia.

Ni partido ni querella

Se ha discutido mucho por ahí si nosotros somos un partido político o una querella dinástica. Si el Carlismo no fuera más que un partido político o una querella dinástica hace mucho tiempo que habría perdido su razón de ser, porque entonces, agotadas las vías de la realidad histórica, habría dejado los giros de su propio pensamiento en las zarzas del camino hostil de la historia y en lugar de pensar con esperanza hacia el futuro, estaríamos como la mujer de Lot, cambiados en estatua de sal, por solamente mirar hacia el pasado. Pero el Carlismo supone mucho más que eso, supone mucho más que una dinastía, más que un partido, más que una circunstancia, es la única manera seria, recia, entera del sentido español de la existencia, porque la verdad es que nosotros no nacimos en 1833. Que nuestra historia empiece mucho más allá; la verdad es que nuestras banderas, cruzadas con la Cruz de Borgoña, son las mismas banderas que pasaron la gloria española por los campos de Flandes. Las mismas que besó el vendaval delante de los muros de Breda. Las mismas que alentaron en las empresas hostiles americanas. Nosotros no podemos haber nacido en 1833, porque enarbolamos la auténtica versión de España, y no de la España chata que conocimos hace un siglo. Cuando viene la paz forzosa y empieza la hora de la meditación, España se desangra en las ruinas de la pedantería del Ateneo y en la decadencia de los generalitos liberales. La reina castiza y chulapona paseaba su gracia desgarrada por los bailes de candil en Madrid. El Rey Francisco arrastraba sus vergüenzas en las salas y los pasillos, soñoliento, del Palacio de Oriente. Por decirlo en los versos de Valle Inclán, con desgarró valleienclanesco: "*Lucero se atusa, con toses de guapo, rie la comadre feliz y carnal, y un temblor cachondo la baja del papo, al anca fondona de yegua real*", y mientras tanto los reyes legítimos andaban desperezados y tristes por el extranjero. Los generalitos liberales se disputaban, alternativamente, los favores del poder y los favores de la reina. Y hubo un general, que habiendo conocido las circunstancias en que se produjo el cambio dinástico a la muerte de Fernando VII, sintió la voz profunda

de la entraña de la verdad y del honor, y vino a estas tierras clásicas del cruce de Cataluña con Valencia y fue traicionado y fue preso y fue juzgado ilegalmente y fue fusilado. Y cayó un día triste, el 18 de abril de 1860, delante de un piquete de ejecución. Pero sus ideales no cayeron con él. Sus ideales no podían caer con él, porque si hubieran caído con él hubiera desaparecido la esencia de España. Porque pensémoslo bien. La Edad Media constituyó un orden cerrado de valores, una jerarquía ordenada de pueblos que se quiebra cuando nace Europa en la época del Renacimiento. Produjose entonces la ruptura teológica por obra de Martín Lutero. La ruptura ética por mano de Maquiavelo. La ruptura política en la nueva concepción de la soberanía de Bodino. La ruptura constitucional, en los tristes tratados de Westfalia de 1748. Fue la hora en que en las tierras de Occidente Europa heredaba la cristiandad, horas tristes en que a medida que nacía y se desarrollaba Europa, iba muriendo y agonizando lentamente la vieja cristiandad del Occidente. Pero hubo un núcleo de pueblos, cuyos reyes quisieron defender la Cristiandad que moría, frente a la Europa que empezaba, fueron los catalanes, fueron los sardos, fueron los valencianos, fueron los castellanos, fueron las gentes de Nápoles y de Vascongadas, fueron las gentes de Galicia y Portugal. Fueron aquellos que pensaban, con Saavedra Fajardo, que Europa era un cúmulo de locuras, mientras que la verdad estaba en la vieja España que defendía la Cristiandad a muerte.

La imitación europea

Lo triste fue que en una determinada coyuntura, hacia el borde de 1700, estos españoles que no habían sido vencidos, aunque sí agotados por la tenacidad de la lucha antieuropea, vieron, en la propia capitanía de la fortaleza, tomar el mando al Duque de Anjou, un francés. Hermanos catalanes, mientras más se estudia la historia de las Españas, en estos últimos siglos, cada vez me admira más la profunda razón agudísima que os asistía a vosotros a oponeros que Felipe de Anjou se sentara en el Trono de Felipe II. Porque lo que él traía no era la nueva revisión de las Españas tras el agotamiento de la lucha antieuropea. Era transformar las Españas en un gigantesco Versalles de imitación. Y entonces asistimos al triste espectáculo de ver que los pueblos de la Corona aragonesa perdían sus libertades tradicionales, de ver que Castilla no recuperaba aquella

que una coyuntura había podido darles. De ver que a los pueblos americanos no se les daba tampoco, las propias libertadas castellanas, que se preconizaban falsamente en el Decreto del Buen Retiro de 1707, para transformarlas en bandera falsa que amparase la imitación del absolutismo francés. Y desde 1700 para acá somos un conjunto de pueblos que, por empeñarse en imitar las modas europeas, vamos de bandazo en bandazo, y fuimos absolutistas en el siglo XVIII, porque absolutismo era la moda que corría por Versalles. Y fuimos liberales en el siglo XIX, porque liberalismo era la moda de los parlamentos de Londres o de París. Hicimos Fascismo para imitar a Italia, y hubo comunistas para imitar a Rusia, y hasta hubo demócratas-cristianos para copiar al centro belga, y, sin embargo, como reserva fundamental de las viejas Españas, quedaba un conjunto de hombres que se empeñaban en seguir asidos a las viejas banderas de la ilusión española. Y éstos eran sencillamente los carlistas. Por eso los carlistas no daban una simple batalla de querella dinástica, daban la última visión del sentido español de la existencia y de la vida. Y cuando vemos formarse con un Pou, con un Magín Ferrer, con un Balmes —que tanto tenía de carlista—, con un Pedro de la Hoz, aquellas huestes de aguerridos de la pluma, hermanos de los soldados que caían en los campos de batalla, vemos que no lucharon porque se sentara un rey en el trono de Madrid; luchaban por una cosa mucho más sencilla y mucho más profunda, por querer seguir siendo españoles. Por no querer copiar las fórmulas que de fuera nos venían, por seguir aferrados a la vieja ilusión imperial que un día nos hizo grandes. Por eso el Carlismo tiene un sentido dinámico y profundo al mismo tiempo, porque nosotros representamos la última bandera enarbolada de la ilusión española. Somos los últimos caballeros de la Dulcinea de Roma, somos los últimos caballeros del honor. Y he aquí, que no permite más la coyuntura, sino la importancia que el *Montemolinismo* tiene, para la historia de las Españas modernas, porque él fue, cuando las gentes carlistas en la hora de la paz forzada y forzosa que trajo consigo la meditación inmediata, nos dimos cuenta que luchamos por algo más que por una querella dinástica, que luchamos por esta profunda y entrañable verdad española. Y heme aquí un poco al final de mi tarea. Otros pudieran hablar con mayor autoridad y conocimiento que yo.

Solamente tengo que decir, en mis últimas palabras, la ilusión de expresaros un deseo que consistirá, sencillamente, en pedir, hermanos catalanes, que sigáis cumpliendo ese viejo deber que tuvisteis en los tiempos antiguos, de enseñar a todos los pueblos en qué consiste la libertad política. Sé que todo esto es pedir quizá demasiado, porque es pedir continuar la más bella de las tradiciones políticas que el Occidente ha conocido, porque si es difícil continuar la historia, cuán no será difícil continuar la historia de aquellos pueblos, que fueron los grandes pedagogos del Occidente, cuando de política se hablaba, es pedir que sigáis pensando con aquella exactitud casi matemática, con que formulaba sus aforismos jurídicos la clara mentalidad, tallada en clasicismos, del jurista gerundense, Tomás de Mieres. Es pedir que nos enseñéis cuál es la verdad perfecta, orgánica, ordenada y libre, tal como la teorizaba vuestro incomparable Francisco de Ximenis. Es pedir que nos enseñéis cómo el convencimiento es la gran arma de las contiendas políticas, de la verdadera expresión de las polémicas entre los hombres: La guerra espiritual con la paz sensual, que postulaba el incomparable Raimundo Lulio. Es pedir que tengáis siempre presente que vosotros fuisteis capaces, gentes de la Corona de Aragón, gentes de Valencia y Cerdeña, de Aragón y de Cataluña, de realizar aquella hazaña portentosa, que fue el Compromiso de Caspe, con una sabiduría y un talento, un tino y una perfección de juicio, que ya quisiéramos para nosotros, ninguna de las gentes de Occidente, europeos españoles, en este mismo año de 1960 en que vivimos. Cuando vosotros, cuando quebraban todos los factores en pura plena edad de hierro, cuando era el rey el centro efectivo de todo ordenamiento político, y la clave de todo poder y orden de gobierno, supisteis tener la madurez de juicio, el *seny*, el equilibrio mental suficiente para elegir el problema angustioso, no pugna de banderías de partido, no a bases armadas de luchas militares, sino con un tribunal de justicia. Dadnos esta lección a los demás pueblos españoles, y dáosla con esta gracia mediterránea con estos frutos amorosos de que hablaba un gran poeta de esta tierra, que son los más gustosos que pueda haber para hablar de español cuando de estas materias se trata. Dándonos un poco, enseñándonos a esta gente de la meseta, de esta ciencia y este saber político vuestro, como si enviárais allá un jirón de vuestro mediterráneo azul y enseñadlo con este equilibrio y esa

medida, que también decía un gran poeta moderno catalán, Joan Maragall, cuando se refería al contraste espiritual y profundo, que hace la unidad española en esta fertilísima variedad histórica que se da entre las gentes del orbe catalán, y las gentes del mundo castellano. «Sola, sola en mitj del camp, terra endins, trista es Castella, i està trista que sols ella, no pot veure el mar llunyant. Parleuli del mar, germans.» Enseñadme, sí, vuestro equilibrio, y vuestro saber político, y enseñádnoslo porque buena falta nos hace a todos los españoles en esta hora en que memoramos la gesta de aquellos hombres que murieron en 1860, no por una querella dinástica, sino por seguir siendo españoles y secamente, españoles de veras.»

MENSAJE DE S. M. EL REY DON JAVIER

«París, 21 de octubre.

A mis queridos carlistas y requetés:

Al conmemorar el Centenario de los acontecimientos de San Carlos de la Rápita, en los que Carlos VI, conde de Montemolín, halló en el leal Maestrazgo hospitalidad en casa de un humilde jornalero, Cristóbal Raga, me es grato dirigirme a todos vosotros, queridos carlistas, para asociarme a los actos que habéis organizado en honor de los protagonistas de aquel Alzamiento que fue un esfuerzo precursor de nuestro Movimiento Nacional del 18 de Julio de 1936.

Me asocio a vosotros porque en la lección del cumplimiento del deber todos tenemos que aprender. El de los Reyes, de mantener los tradicionales derechos irrenunciables y el deber de no abandonar a sus leales que tanto se sacrificaron. El deber en el Capitán General Ortega, que no le arredran las dificultades y que en el momento supremo sabe callar salvando a los desleales para no perjudicar a los leales, y el deber de Raga, que hospeda al Rey y el Infante, sin inquirir su categoría, sin la menor curiosidad, pues le bastaba saber que eran carlistas perseguidos para que hallaran bajo su techo el refugio adecuado.

Me asocio a vosotros, porque el cumplimiento del deber es imperativo del honor. Por cumplir su deber la historia del Carlismo está jalonada de heroísmo.

Vosotros, que tenéis una tradición de fidelidad nunca desmen-

tida, seguid firmes en vuestro camino del honor. De aquí salieron aquellos batallones que guiaron Cabrera y Forcadell a la victoria, que Cucala y Segarra condujeron a empresas guerreras. Y como era necesario que esta tierra bendita sonara en la última gesta española, los requetés catalanes y valencianos escribieron la página imborrable de heroísmo, contra los enemigos de Dios y de la Patria.

Pero ahora vuestro deber es la disciplina. Disciplina noblemente aceptada es siempre un honor. Disciplinado fue Raga, le pidieron alojamiento para unos carlistas desventurados y no calculó el perjuicio que le podía reportar.

Cuando en Ulldecona os reunáis delante de la casa que albergó a Carlos VI, conde de Montemolín, y que, más tarde, visitaron mis augustos tíos los Reyes Don Alfonso Carlos y Doña María de las Nieves, al pasar de Cataluña al Ejército Real del centro, pensad que en estas tierras siempre ha florecido la lealtad y el honor.

Quedo, mis queridos carlistas y requetés,
vuestro afectísimo

FRANCISCO JAVIER.»

INDICE ONOMASTICO DEL TOMO XXII - (I)

- Adenauer, Konrad, 42, 53, 55.
 Alacoque, Sta. Margarita M.^a de, 10, 20, 22.
 Alba, Santiago, 118.
 Alcalá Zamora, Niceto, 109, 118.
 Alcubilla, Antonio, 96.
 Alfonso (XIII), 20, 73, 74, 76, 80, 87, 160, 169.
 Alonso Vega, Camilo, 84, 169, 200.
 Altozano Moraleda, Hermenegildo, 84, 169.
 Alvarez, Melquiades, 128.
 Arauz de Robles, José María, 85.
 Archiduque de Austria, 132.
 Arellano Dihinx, Luis, 155.
 Arias Navarro, Carlos, 60, 148.
 Arias Salgado, Gabriel, 181.
 Astráin Baquedano, Javier, 173.
 Austria, Infanta Catalina Micaela de, 158.
 Ayerdi, P. Basilio, 18.
 Balduino, Rey de los belgas, 159.
 Baleztena Ascárate, Joaquín, 70.
 Balmes, Jaime, 111, 190, 206.
 Baroja, Pío, 27.
 Barrau Salado, Enrique, 168.
 Barroso y Sánchez Guerra, Antonio, 38.
 Beethoven, 157.
 Bela Kun, 86.
 Beltrán de Heredia, 66.
 Benthencourt y Domínguez, 167.
 Bereciartua, Lorenzo, 159.
 Bodino, 206.
 Borbón, Infante Don Diego de, 202.
 Borbón y Austria Este, S. M. C. Don Alfonso Carlos de, 8, 10, 14, 21, 22, 31, 72, 102, 209.
 Borbón y Battenberg, S. A. R. Don Juan de, 5, 6, 7, 14, 19, 31, 38, 39, 40, 41, 42, 50, 51, 52, 59, 65, 66, 67, 69, 70, 71, 82, 83, 85, 86, 87, 89, 90, 91, 93, 148, 155, 159, 162, 169, 170, 178, 179, 189, 199.
 Borbón y Borbón, S. M. C. Don Jaime III, 72, 78, 85, 162.
 Borbón y Borbón, S. A. R. Don Juan Carlos de, 5, 31, 38, 39, 43, 59, 67, 71, 72, 73, 74, 80, 83, 86, 87, 89, 90, 145, 169, 171, 179.
 Borbón y Braganza, Juan, 21.
 Borbón Busset, S. A. R. Doña Magdalena, 160.
 Borbón Dampierre, Alfonso, 87.
 Borbón Parma, Ana, 163.
 Borbón Parma, Andrés, 162, 163.
 Borbón Parma y Borbón Busset,

- Hugo, 39, 42, 48, 49, 58, 59, 60, 61, 70, 79, 86, 87, 90, 93, 94, 95, 96, 97, 165, 167, 170, 172, 173, 175, 179, 188, 195.
- Borbón Parma y Borbón Busset, María Francisca, 38, 154, 155, 156, 157, 158, 160.
- Borbón Parma y Borbón Busset, María Teresa, 159.
- Borbón Parma y Braganza, S. A. R. el Príncipe Regente, Don Francisco Javier, 5, 6, 7, 15, 20, 38, 43, 45, 47, 51, 52, 57, 58, 62, 67, 68, 69, 70, 79, 81, 85, 86, 87, 88, 92, 94, 97, 98, 99, 100, 101, 103, 104, 153, 154, 155, 156, 159, 160, 161, 163, 165, 172, 178, 179, 181, 182, 187, 194, 199, 200, 202, 208.
- Borbón Parma y Braganza, S. A. R. Don Luis, 163.
- Borbón Parma y Braganza, S. A. R. Don Renato, 162.
- Borbón Parma y Braganza, S. A. R. e I. Doña Zita, 159.
- Braganza y Borbón, S. M. C. Doña María de las Nieves, 10, 22, 209.
- Cabrera, Ramón, 76, 209.
- Cánovas del Castillo, Antonio, 119, 131, 132.
- Carlos I, 78.
- Carlos III, 162.
- Carlos IV, 162.
- Carlos V, 12, 71, 72, 79, 80, 111, 203.
- Carlos VI, 72, 111, 208, 209.
- Carlos VII, 8, 10, 13, 17, 21, 72, 73, 76, 77, 78, 80, 85, 105, 108, 138, 140, 141, 168, 177, 179, 187, 192, 194, 196, 196.
- Carlos VII. de Francia, 162.
- Carlos VIII, 5, 86.
- Carrero Blanco, Luis, 87, 90.
- Castelar, Emilio, 125.
- Cea Bermúdez, 136.
- Coderch, 190.
- Codón Fernández, José M.^a, 181, 182, 187, 200, 202.
- Conde Duque de Olivares, 140.
- Conde de París, 155, 159, 161, 162, 165.
- Conde de Romanones, 118.
- Condes de Stertein, 157.
- Condesa de Albornoz, 133.
- Costa, Joaquín, 120.
- Cucala, 209.
- De Gasperi, 52, 53, 55.
- Donoso Cortés, 136.
- Dorao, Pedro, 51.
- Duque de Alburquerque, 66.
- Duque de Anjou, 132, 205.
- Duque de Berri, 159.
- Duque de Frías, 69.
- Duque de Quintillo, 92.
- Duques de Raunitz, 157.
- Duque de Sagan, 157.
- Duques de Windsor, 159.
- Elías de Tejada y Spínola, Francisco, 103, 104, 202.
- Enrique II, 132.
- Enrique IV, 73, 132, 162.
- Fagoaga, Miguel, 200.
- Fal Conde, Excmo. Sr. Don Ma-

- nuel, 5, 68, 83, 92, 93, 102, 104, 149, 153, 154.
 Federica de Grecia, 163.
 Felipe II, 158, 203, 105.
 Felipe IV, 163, 165.
 Felipe V, 71, 79, 165.
 Felipe de Anjou, 205.
 Feltin, Cardenal, 159.
 Fernando VII, 20, 71, 73, 109, 204.
 Ferrer, Magín, 207.
 Ferrer Dalmáu, Melchor, 10, 22, 113, 161, 203.
 Fontán, Jesús, 66.
 Forcadell, General carlista, 210.
 Forcadell Prats, Ramón, 199, 200.
 Fraga Iribarne, Manuel, 42, 97.
 Francisco I, 162.
 Franco, 5, 6, 7, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 49, 50, 52, 55, 58, 59, 65, 66, 67, 68, 69, 71, 73, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 92, 93, 96, 97, 142, 143, 148, 149, 152, 153, 166, 169, 170, 171, 179, 180, 183, 187, 189, 190, 199.
 Franco Salgado Araújo, Francisco, 169, 200.
 Gabb, Von, 186.
 Gacry, Marina, 162, 163.
 Galindo Herrero, Santiago, 84.
 Gamba Ciudad, Rafael, 149, 174, 177.
 Gasset, Rafael, 118.
 Gaviria Zubeldia, Pedro María, 15.
 Gibert, Rafael, 94.
 Gil Robles, Enrique, 104.
 Gil Robles, José María, 102, 103, 104.
 Gómez de Aranda, 200.
 Gómez Sagardoy, P. José, 18.
 Guarch de Forcadell, María, 201.
 Guevara, Juan Gualberto, 18.
 Habsburgo Lorena y Borbón Parma, Otto, 86, 159.
 Hedilla Larrey, Manuel, 41.
 Hernando, F., 10, 21.
 Hernando de Larramendi, 4.
 Herrera Oria, Angel, 104, 105.
 Horthy, Regente de Hungría, 86.
 Hoyos, Bernardo de, S. J., 31.
 Hoz, Pedro de la, 207.
 Isabel II, 12, 20, 71, 72, 73.
 Jaime I el Conquistador, 203.
 Kruschev, 11, 29.
 Lavardin, Javier, 90, 94.
 Ledochowski, Wladimiro, 40.
 León III, 9, 20, 138.
 Lequerica, José Félix, 86.
 Lerga, General carlista, 76.
 Lincoln, 131.
 Lizarraga, General carlista, 76.
 Lobkowicz, Príncipe Eduardo de, 154, 157, 158.
 Lobkowicz, Príncipe Fernando de, 157.
 López Barranco, Fernando, 81, 191, 187.
 López Rodó, Laureano, 86, 87.
 Luis XI, 162.
 Luis XIV, 165.
 Lulio, Raimundo, 203, 207.
 Lutero, Martín, 205.

- Mac Nair, Wilson, 111.
 Mao-Tse-Tung, 166.
 Maquiavelo, 206.
 Maragall, Joan, 208.
 Marañón y Posadillo, Gregorio, 27, 120.
 Margarita de Dinamarca, 162.
 Maritain, Jacques, 147.
 Maroto, 204.
 Marqués de Alhucemas, 118.
 Márquez de Prado y Pareja, José Arturo, 70, 101, 194.
 Martín el Humano, 203.
 Massó, Ramón, 50, 96, 171, 194.
 Menéndez Pelayo, Marcelino, 159, 177, 189, 190.
 Mieres, Tomás de, 207.
 Miguel de Rumania, 163.
 Miguel, Raimundo de, 97, 144.
 Milá y Fontanals, 189, 190.
 Montijo, Eugenia de, 159.
 Montoya, General carlista, 76.
 Muntaner, Ramón de, 202.
 Mussolini, Benito, 49.
 Napoleón III, 159.
 Nápoles, Carolina, de, 159.
 Nonell, Salvador, 23.
 Noraleda y Gómez Arce, Luis, 160.
 O'Donnell, 120.
 Olazábal, Rafael, 70.
 Ors, Alvaro d', 91.
 Ortega, General carlista, 101, 208.
 Ortega y Gasset, José, 27, 186.
 Ortí Bordás, José Miguel, 181, 182.
 Padilla, Ramón, 66.
 Palacios, Julio, 66.
 Pemán, José María, 82.
 Perales, Narciso, 68.
 Pérez de Ayala, Ramón, 117, 120, 121.
 Pérez España, José Antonio, 194.
 Pertusa, Joan de, 203.
 Piñar López, Blas, 68.
 Pío IX, 21.
 Pío XI, 9, 17, 20, 147, 152.
 Pío XII, 9, 15, 18, 19, 30, 31, 48.
 Piorno y Martín de los Ríos, Manuel, 181.
 Plutarco, 103.
 Pou, 206.
 Prat Piera, José, 189.
 Prim, General, 119.
 Primo de Rivera, José Antonio, 41, 95.
 Primo de Rivera, Miguel, 125.
 Proudhon, 136.
 Raga, Cristóbal, 201, 208, 209.
 Raguan, Germán, 149.
 Redondo García, Luis, 75.
 Roberto II, 163.
 Rodezno, Conde de, 85.
 Rodrigo, General, 201.
 Rojas, Fernando de, 41.
 Romera Cayuela, Angel, 157.
 Royo Vilanova, 66.
 Rubio García Mina, Jesús, 66.
 Ruiz del Castillo, 66.
 Saavedra Fajardo, 205.
 Saboya, Carlos Alberto de, 157.
 Saboya, Carlos Manuel de, 158.

- Saboya Cariñán, María Gabriela de, 157.
- Sáenz Díez, Juan, 40, 51, 89, 94, 95, 96, 100, 181, 201.
- Sagasta, Práxedes Mateo, 132.
- Satrústegui, Joaquín, 65.
- Segarra, General carlista, 209.
- Segarra Roca, Juan Antonio, S. J., 40.
- Sieyes, Abate, 110.
- Silvela, Francisco, 132.
- Sivatte y de Bobadilla, Mauricio, 95, 97.
- Solís Ruiz, José, 200.
- Sturzo, Dom, 147.
- Stuttard, 179.
- Suárez Verdeguer, Francisco, 66, 89, 90, 91, 145.
- Teseo, 135.
- Toca Echeverría, Ignacio, 51, 58, 59, 60, 61.
- Torres Martínez, 66.
- Tristany, 189.
- Tura, Pedro, C. M. F., 57.
- Unamuno, Miguel de, 27, 124.
- Valiente Soriano, José María, 5, 37, 38, 39, 40, 42, 43, 49, 50, 51, 55, 67, 68, 69, 70, 81, 83, 84, 85, 87, 88, 93, 94, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 108, 138, 143, 153, 155, 156, 161, 169, 175, 182, 189, 194, 199, 200.
- Valle Inclán, Ramón de, 204.
- Vázquez de Mella, Juan, 85, 132.
- Vedruna, Santa Joaquina, 12, 16.
- Vegas Latapie, Eugenio, 44, 90.
- Vigón, Jorge, 66.
- Villanueva, Miguel, 118.
- Voltaire, 120.
- Ximenis, Francisco de, 107.
- Ybarra, 60.
- Zamanillo González Camino, José Luis, 26, 51, 58, 89, 94, 95, 97, 100, 103, 169, 182, 200, 201.
- Zubiaur Alegre, José Angel, 63.

INDICE GENERAL DEL TOMO XXII - (I)

- I. RESUMEN DEL AÑO (pág. 5).
- II. LA REGENCIA NACIONAL CARLISTA DE ESTELLA (página 6).—Concentración en el Tibidabo (Barcelona), el día 22 de mayo (pág. 8).—Convocatoria (pág. 8).—Proclama, «Carlistas, españoles todos» (pág. 9).—Crónica de los actos (página 12).—Manifiesto de la Regencia Nacional Carlita de Estella (pág. 16).—Concentración en Poblet.—Crónica de los actos (pág. 32).—Proclama del Requeté (pág. 34).
- III. POLITICA DE LA COMUNION TRADICIONALISTA (página 37).—La política de colaboración y contactos con Falange (pág. 37).—Reunión del Consejo Nacional (pág. 42). Nota para los consejeros (pág. 43).—Documento presentado por la Jefatura Regional de Granada ante el Consejo (página 47).—El «Boletín de Información», número 1 (pág. 49). Reunión de Don Javier, Don Hugo y el Secretariado, en Hendaya, el día 2-VI-1960 (pág. 51).—Exposición del Secretariado a S. M. en 2 de junio de 1960 (pág. 51).—Carta de Don Javier al P. Tura, C. M. F. (pág. 57).—La situación legal de Don Hugo (pág. 58).—Carta de Don Hugo al Ministro de la Gobernación (pág. 59).—Nota de Don Ignacio Toca Echeverría al Director General de Seguridad (pág. 60). Elecciones a las Diputaciones (pág. 62).
- IV. ENTREVISTA DE FRANCO CON DON JUAN DE BORBON, EN LA FINCA «LAS CABEZAS», EL 29 DE MARZO DE 1960 (pág. 65).—Crónica juanista (pág. 66).—La reacción carlista (pág. 67).—Carta de Don Javier a Don José María Valiente (pág. 68).—Impreso, «En defensa del 18 de Julio (pág. 70).—Nota del Secretariado de la Comunión Tra-

dicionalista (pág. 81).—Comentario del «Boletín de Información», número 1 (pág. 82).—La situación de la Comunión Tradicionalista después de esta entrevista (pág. 83).—¿Hubo un proyecto de contramina? (pág. 87).—La designación de Don Federico Suárez Verdeguer (pág. 89).

- V. DON JOSE MARIA VALIENTE ES NOMBRADO JEFE DELEGADO (pág. 92).—La supresión del Secretariado (página 92).—Escrito de Don Javier a Don José María Valiente, el 25-IX-1960 (pág. 98).—Oficio del nombramiento (página 99).—Otros nombramientos (pág. 100).—Personalidad y pensamiento del nuevo Jefe Delegado (pág. 102).—Artículo de Elías de Tejada, «Los dos José María, según Plutarco» (pág. 103).—Declaraciones de Valiente a «La Gaceta del Norte» (pág. 105).—Conferencia en Jerez de la Frontera, el 12-XI-1960, titulada «Monarquía Popular» (página 108).—Conferencia, «El Problema Social» (pág. 137).—Visita a Franco (pág. 142).—La reconstrucción de la España Nacional (pág. 143).

- VI. RESUCITA EL SEPARATISMO VASCO Y LA COMUNION TRADICIONALISTA LE REPLICA (pág. 146).—La situación (pág. 146).—Hoja, «La Monarquía Federal» (página 149).—«Declaración de la Comunión Tradicionalista de Navarra y Vascongadas» (pág. 151).

- VII. BODA DE LA PRINCESA MARIA FRANCISCA DE BORBON PARMA CON EL PRINCIPE EDUARDO DE LOBKOWICZ (pág. 154).—Carta de Don Javier a Don José María Valiente (pág. 155).—Extracto de la crónica de Don Angel Romera con las biografías de los novios (pág. 157).—Extracto de una crónicas de las ceremonias (pág. 158).—Polémicas con los liberales (pág. 159).—Carta de Don Javier a Don José María Valiente (pág. 161).—Apéndices: El matrimonio morganático del Príncipe Andrés de Borbón (página 162).—Conmemoración en la Isla de los Faisanes (página 163).

- VIII. ACTOS CARLISTAS (pág. 166).—Suspensión de la concentración de Quintillo (pág. 166).—La concentración de Mon-

tejurra (pág. 170).—Discurso de Don Ramón Massó (página 171).—Mensaje de Don Hugo (pág. 173).—Discurso de Don José María Valiente (pág. 175).—Crónica en «The Times» (pág. 179).—Carta de Don Juan Sáenz Díez al ministro de Información y Turismo (pág. 181).—Acto de propaganda y afirmación tradicionalista en Valladolid.—Crónicas de los actos (pág. 182).—Discurso de Don José Luis Zamanillo (pág. 183).—Carta de S. M. el Rey al Jefe Regional de Valladolid (pág. 188).—Aplec en Montserrat, el día 3 de julio.—Crónica del acto (pág. 189).—Discurso de Don José María Valiente (pág. 190).—Acto de reafirmación del 18 de Julio y de la Monarquía Tradicional en Villarreal de los Infantes, el 24-VII-1960.—Crónica del acto (pág. 194).—Discurso de Don José María Valiente (pág. 194).—Conmemoración del Centenario de San Carlos de la Rápita (página 199).—Carta de Don Javier a Don Ramón Forcadell Prats, el 24-IV-1960 (pág. 200).—Crónica del acto del día 23 de octubre en Ulldecona (pág. 201).—Conferencia pronunciada por Don Francisco Elías de Tejada (pág. 202).—Mensaje de S. M. el Rey Don Javier (pág. 208).

ESTE TOMO SE ACABO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE GRAFICAS
LA TORRE EL DIA DE LA FESTIVIDAD DE SAN CARLOS BORROMEO
DEL AÑO DE GRACIA DE MCMLXXXIX

EXTRACTO DEL INDICE
DEL TOMO XXI- (II)

Notas caritativas menores

Actividades educativas

El Catolismo y la independencia de Argentina

El Catolismo y la nueva Europa Unida

Las tradiciones juveniles

Bibliografía

**EXTRACTO DEL INDICE
DEL TOMO XXII - (II)**

Actos carlistas menores.

Actividades estudiantiles.

El Carlismo y la independencia de Argelia.

El Carlismo y la nueva Europa Unida.

Los tradicionalistas juanistas.

Bibliografía.

APUNTES Y
DOCUMENTOS
PARA LA
HISTORIA DEL
TRADICIONA-
LISMO
ESPAÑOL

1

9

6

0

TOMO

22 (I)